EL HOMBRE Y SU DOBLE ORIGEN

Karlfried Graf Dürckheim



CUATRO VIENTOS EDITORIAL

EL HOMBRE Y SU DOBLE ORIGEN

Karlfried Graf Dürckheim



CUATRO VIENTOS EDITORIAL

Este libro es traducción de Vom Doppelten ursprung des menschen
Karlfried Graf Dürckheim

Traducción: Mario Fernández P.

Inscripción No. 55.000
Diseño de Portada: Allan Browne E.
Portada: Rosanna Lafertte T.
Editorial Cuatro Vientos, 1982
Impreso en los talleres de
ALBORADA S.A. TELEFONOS: 5518645-5569741

Tercera edición

OTROS LIBROS DE ESTA EDITORIAL

La Estructura de la Magia, por Richard Bandler y John Grinder
De Sapos a Príncipes, por Richard Bandler y John Grinder
Lenguaje, Enfermedad y Pensamiento, por Dr. Francisco Huneeus
Lilah: Juego de conocimiento de sí mismo, Harish Hohari
I Ching, Richard Wilhelm-Helena Jacoby de Hoffmann
La Esencia del Tai Chi, Al Chung-Liang Huang
El Enfoque Guestáltico y Testimonios de Terapia, por Fritz Perls
Dentro y Fuera del Tarro de la Basura, por Fritz Perls
Sueños y Existencia, por Fritz Perls
Esto es Guestalt,complicación, por John Stevens
El Darse Cuenta (sentir-imaginar-vivenciar), por John Stevens
No empujes el Río, por Barry Stevens
La Profundidad Natural en el Hombre, por W. Van Dusen
El Esquiador Centrado, por Denise McCluggage
La Música en La Mente, por Eloise Ristad
El Reencantamiento del Mundo, de Morris Berman
Sexualidad y Espiritualidad, de John Moore
Secretos en la Familia, de Lily Pincus y Christopher Dare
Manual de iluminación para Holgazanes, de Traddeus Golas
Carta de un Padre Desorientado, de Dr. Héctor Orrego Matte
Cuatro Vientos I, compilación, de Allan Browne y Francisco Huneeus
Palabras a mí Mismo, Hugh Prather
Vivir Mejor con Menos, Patrick Rivers
Jaque a los economistas, de Robert Lekachamn
Impro: La improvisación y el Teatro, de Kerth Johnstone
Use su cabeza para variar, de Richard Bandler
El Cáliz y la Espada, de Riane Eisler
Tengo un problema, de José Víctor Núñez
Psicología de lo esotérico, Bhagwan Shree R.
Las Artes del Retorno, de Abraham Freifeld
Fritz Perls, Aquí y Ahora, de Jack Gaines
Madre Paz, de Vicky Noble
El Neo Guestalt; Actitud y Práctica, de Claudio Naranjo

TITULO EN ALEMAN

VOM DOPPELTEN URSPRUNG DES MENSCHEN

Traducción

MARIO FERNANDEZ P.



Cuatro Vientos Editorial

KARLFRIED GRAF DURCKHEIM

Nació en München en 1896.
En 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial,
se enrola en el Ejército Alemán
y es destinado al frente de batalla
en donde permanece hasta su término en 1918.
Estudia Filosofía y Psicología
en las Universidades de München y Kiel,
obteniendo el doctorado en Filosofía en 1923.
Se desempeña como Profesor Asistente
en el Instituto de Psicología
de la Universidad de Leipzig,
desde 1925 hasta 1932.
En 1930 obtiene la Habilitación
para la Cátedra como Profesor de Filosofía
y en 1932 obtiene el Profesorado en Psicología,
incorporándose a la Academia Pedagógica
y Docente de la Universidad de Kiel.
Desde 1937 hasta 1948 permanece en el Japón,
en donde toma contacto
y se interioriza en el Budismo Zen.
En 1948 funda en Rütte,
caserío inmediato al pueblo de Tostmoos
en la Selva Negra (Alemania),
junto con la Dra. María Hippius,
el Centro de Desarrollo Psicológico Existencial,
que hasta hoy día dirige,
y en donde mantiene
una Escuela de Psicología Iniciática.



INDICE

Prólogo. Palabras iniciales del traductor 9

El tema 13

CAPITULO I
El doble origen del hombre 21

CAPITULO II
El hombre contemporáneo 35

CAPITULO III
Las experiencias del Ser 69

CAPITULO IV
El camino 103

CAPITULO V
El ejercicio 131

CAPITULO VI
El llamado al Maestro 187

CAPITULO VII
Meditación y vida meditativa 205

CAPITULO VIII
El terreno del testimonio 219

EPILOGO 235

Apéndice del traductor 239

Obras de Karlfried Graf Dürckheim citadas
en este volumen 247

PROLOGO

PALABRAS INICIALES DEL TRADUCTOR

Presentamos en traducción al castellano esta obra del Profesor, Filósofo, Psicólogo, Terapeuta y Maestro Espiritual que es el Dr. Karlfried Graf Dürckheim.

Nació el Conde Dürckheim en 1896 en Alemania, su patria de origen. A la fecha vive en el caserío de Rütte, inmediato al pueblo de Todtmoos en la Selva Negra. Ha sido en su país profesor de las universidades de Leipzig y Kiel. Pasó cerca de diez años de su vida en el Japón, en donde pudo apreciar y asimilar lo mejor de la sabiduría del Extremo Oriente y, en particular, del Budismo Zen. Desde hace años, instalado en Rütte, lugar no distante de aquel en que vivió sus últimos años el filósofo existencialista Martin Heidegger, continúa su trabajo tanto en lo personal como con pacientes, buscadores de la verdad, maestros, discípulos, sacerdotes y monjes de todas las creencias, amigos y cooperadores.

Tuvimos la suerte de visitarlo por primera vez en 1973, permaneciendo en aquella ocasión durante tres semanas en el centro que dirige, recibiendo y cambiando ideas y experiencias, aprendiendo y asimilando.

Esta obra, cuya traducción al castellano presentamos, quizá la más amplia de todos sus libros, resume apretadamente casi la totalidad de lo que, malamente, podríamos llamar su pensamiento. Malamente decimos, porque no se trata de un pensamiento, sino de un fondo de experiencia que revela

una sabiduría y la indicación de un camino acerca de lo que él mismo, en otra parte, llama "la obra máxima del hombre", y que define como "la obra que constituye él mismo como hombre verdadero".

Es el tema que empieza a tomar prioridad en nuestra época que marca un cambio en la dirección de la humanidad. Los tiempos que estamos dejando atrás, como dice Dürckheim, han sido los de la ciencia y de la técnica, los del descubrimiento y dominio de la naturaleza y del mundo exterior, pero en la que se olvidó al hombre en su propia humanidad, haciendo de él una "cosa", un "objeto", un "funcionario" del orden establecido y de las metas sociales, un "encargado de negocios" de un mundo deshumanizado que su mente racional pretendió organizar de conformidad a la "idea" que se formó de ese mundo y del orden que creyó encontrar en él.

El hombre que surge en la nueva época para tomar el relevo de la anterior, reclama y se alza contra ese monstruo que, creado por el propio hombre, lo sobrepasó y avasalló. Pide que se le devuelvan sus derechos, que se le reconozca su dignidad. Esta postura aparece en forma consciente o inconsciente en los grupos, movimientos y posiciones de rebeldía de la época actual, especialmente de la juventud, frente a las exigencias de una sociedad y una economía de consumo que pugna por hacer del hombre una rueda bien aceitada de la máquina, en donde funcione sin problemas para el conjunto y con cuyo fin se le procuran todos los medios que lo mantengan atado a una vida sin corazón, olvidado de su humanidad.

Pero no es sólo la rebeldía de la juventud ni de otros no tan jóvenes, ni tampoco la actitud de los que aprovechan el desconcierto, lo que revela el síntoma de los tiempos nuevos. También en esta época surgen en número insospechado los que buscan una nueva verdad de la que poco o nada conocen o que apenas intuyen. Con ellos aparecen grupos, movimientos, sistemas, escuelas y personas que prometen al hombre el reino

que éste busca. En todos los países y en todos los pueblos se advierte este afán y esta búsqueda de una nueva orientación. Desgraciadamente algunos de los que se presentan como los nuevos "maestros" proliferan sin estar preparados, aparecen con mezquinos propósitos o, lo que es peor, algunos por ignorancia y hasta de buena fe traen sólo el engaño consciente o inconscientemente.

Difícil es en estas circunstancias proponer o auspiciar un camino. La desilusión repetida, y con ello la desconfianza, son para la mayoría un obstáculo, pese a la necesidad y al impulso, cuya fuerza difícilmente ha podido apagarse. No obstante estos factores negativos, la profundidad que doctos y profanos apreciarán en la obra que presentamos, la seriedad de sus planteamientos, el testimonio vivo que es el propio autor, cuyo prestigio empieza a extenderse al mundo entero y las experiencias reales y concretas que nos muestra como posibles, y a las cuales se puede alcanzar, permitirán a los lectores formarse un juicio propio sobre la verdad y la posibilidad que en ella se nos muestra y que están a nuestro alcance.

Por el momento, creemos mejor dejar para una vez terminada la obra del profesor Dürckheim agregar algunas palabras relativas a nuestra propia experiencia en las formas particulares de un trabajo que lleve a la experiencia y a la realización por el ser.

MARIO FERNANDEZ P.

EL TEMA

El hombre tiene un doble origen: uno celeste, el otro terrestre; uno natural, el otro sobrenatural. Todos conocemos este axioma, pero ¿cuántos de nosotros lo tomamos realmente en serio como la expresión de una promesa, de una experiencia y de una vocación?

Nadie pone en duda el origen terrestre del hombre. Hablar de su origen celeste, en cambio, es apelar manifiestamente a la creencia o a las convicciones. El sentido de este principio, tal como el de todos los otros que conciernen a las primeras verdades, se pierde en la simultaneidad de una visión solamente profana de lo real y la media luz de un mundo más o menos imaginario que nada tiene de común con la "realidad" tal como nosotros la comprendemos. Sin embargo, se trata de algo completamente diverso.

La realidad en y por la cual efectivamente vivimos, en la que deberíamos vivir conscientemente, además, trasciende aquella otra en que el hombre "natural" se percibe y se mueve. El principio del doble origen humano expresa con simplicidad y claridad perfectas lo que el hombre es y lo que está llamado a saber. Privado de su verdad interior, aquélla según la cual debería vivir, el hombre enferma, entristece o se pervierte.

En el comienzo de la evolución humana sólo es activo el origen finito condicionado por el mundo. Sólo lo que le concierne es tomado en consideración, organizado, construido.

La parte que el hombre posee de su origen infinito se encuentra relegada en la sombra. El tema fundamental de la vida humana –y el objeto de la vida interior– es resolver esta tensión entre el origen terrestre y el origen celeste del hombre. Es necesario encontrarle una solución creadora y no eludirlo por negligencia.

Su naturaleza –y su destino– quiere que el hombre "coma del fruto del árbol del conocimiento". Pero no se contenta con desarrollar su conciencia racional, sino que, además, se detiene y se inmoviliza en ella excluyéndose así de la unidad primordial de la vida. Esta escisión lo coloca dentro de una realidad que, desde entonces independiente, el hombre está obligado a dominar y organizar para subsistir. Su esencia original que en él es promesa, experiencia y vocación innatas, como también manifestación del infinito según su modo individual, le está oculta de partida. Queda así limitado a lo que sabe, a lo que puede y a la actividad de su yo existencial, ignorante de su Ser verdadero. Sin embargo, la fuerza del UNO original, núcleo verdadero de su Ser esencial, lo atrae y lo invita a reencontrarlo y manifestarlo.

Lentamente, en el camino que lo lleva a alcanzar su calidad humana, el hombre se libera del poder de la sola naturaleza. Se realiza en un comienzo en su yo primario apegado al placer y a la seguridad. Más adelante en su personalidad capaz de dominar los impulsos y los sentimientos. Esta personalidad le despierta al sentido de los valores que ahora está presto a servir. Pero todo lo que el hombre realiza por sus propias fuerzas y bajo su propia responsabilidad al hacerse independiente le será benéfico, solamente en la medida en que permanezca en contacto consciente o inconscientemente con la unidad original de la Vida presente en su Ser esencial. Para que esta Vida se haga verdaderamente creadora según el modo humano, es necesario que el hombre la descubra y renazca por ella. Debe a continuación emanciparse para, finalmente,

dar testimonio de ella con completa libertad, en el lenguaje de la condición humana, por su manera de ser y actuar en el mundo.

Muchas personas encuentran una resonancia "mística" a esta tesis. Pero si ayer todavía esta palabra era sospechosa de referirse a un subjetivo puro, irreal, desconcertante, poco serio –o si se quiere a un privilegio reservado a un pequeño número de personas excepcionales y singulares– los que en nuestros días preparan el porvenir comienzan a entenderlo diferentemente. Para ellos evoca la realidad central de nuestra humanidad.

La antropología predominante durante siglos se revela demasiado estrecha. Ella reduce la totalidad del hombre a sus cinco sentidos, a su razón, a su pertenencia a una sociedad y a su fidelidad a los valores y al orden existenciales. Más allá comienza lo "trascendente" que pertenece al dominio de la fe. Trascendente, ciertamente, en la medida en que este "más allá" está alejado del horizonte del yo profano natural. Pero es necesario precisamente aprender a admitir que la esencia misma del hombre sobrepasa este horizonte y que la trascendencia inmanente en él constituye su Ser. Hay todavía algo más que agregar: este Ser, esta trascendencia que nos habita, no se sitúa ya sobre el solo plano de la fe o de la creencia. Ahora entra en el dominio de la experiencia y se transforma en conocimiento. Cuando aquello sobreviene, los espíritus se dividen. Y así comienza una nueva era.

Una nueva generación se prepara a forzar el acceso a una vida que viene del SER que entra ahora a su conciencia. Esto ocurre en este momento en un universo pervertido y corrompido por su alejamiento del SER. Aun el realismo de que hace alarde, muy irrespetuosamente en apariencia la juventud actual, simultáneamente expresa y oculta la fuerza de una aspiración dispuesta a destruir todo lo que le parece un obstáculo insuperable en el camino de su búsqueda secreta y a menudo inconsciente.

Frente a la nueva generación, el mundo de los educadores, de los terapeutas, de los directores espirituales, se encuentra ante problemas para los cuales nada los había preparado. En la época de su juventud, la autoridad de los superiores era más o menos tabú y los "valores intelectuales" a trasmitir eran indiscutidos. Los jóvenes cuya cultura y –a lo menos como ellos lo creían– cuya educación les estaba confiada, no les presentaban, en el fondo, verdaderos problemas. Sabían muy bien aquello que tenían que enseñar a los candidatos a exámenes y a diplomas, a los funcionarios y a los responsables en potencia, a los futuros miembros de la sociedad y de la religión. La línea de las creencias y del saber requeridos estaba todo trazado.

Esos tiempos han cambiado. Lo que sobre todo interesa a la nueva generación no es ya lo que tiene, lo que sabe y lo que es capaz de hacer, sino lo que es. Ella quiere ser lo que realmente es, es decir, según su Ser esencial. Lo que hace vibrar a esta juventud encargada del porvenir es la intuición de su origen infinito, y también la cólera por haber sido mantenida al margen de este conocimiento. Los responsables de ayer se encuentran con las manos vacías frente a los nuevos tiempos que toman el relevo de los anteriores. Muy pocos entre los "viejos" han tomado conciencia de su verdadera esencia con una fuerza y una claridad suficientes como para romper los límites de su antigua antropología. Sin embargo, si tuvieran esa conciencia, ella les libraría de los remordimientos que turban a muchos de los que hoy se apartan de las fórmulas e imágenes que la tradición religiosa les trasmitiera e impusiera. A menudo, bajo la mirada interrogante de los jóvenes, no sólo se presentan con las manos vacías, sino que ellos mismos son cáscaras vacías. No es que sean malvados y sin méritos. Se trata de ciudadanos conscientes, respetuosos de las leyes y de los valores morales, pero, en esencia, no tienen ni savia ni raíces.

Les falta la intuición y, más aún, el conocimiento de su origen celeste.

No sienten, no piensan ni viven por ellos. Un porvenir lleno de promesas se rebela, pues, contra este presente cargado con el peso abrumador del pasado.

Lo nuevo, sin embargo, no se impone sino tímidamente. ¿Cuándo, por ejemplo, un sacerdote entenderá jamás a un penitente confesarse de haber perseverado "fielmente" en el orden establecido a pesar de un llamado sobrenatural a transgredirlo? Es cierto que la conciencia objetiva y su sentido de los valores han hecho dar un paso decisivo a la evolución. Ambos han formado el espíritu que ha permitido al hombre dominar sus impulsos y sus sentimientos, someter su yo egocéntrico a la sociedad y defender su orden. Faltar a ellos constituye el pecado terrestre. Pero cuando el hombre se deja aprisionar por los valores humanos en el momento en que es llamado del "más allá", comete el más grave de los pecados: el pecado contra la vida sobrenatural.

Nuestro "origen celeste" significa que no somos solamente hijos del mundo espacio-temporal, sino también ciudadanos del reino divino. Esto parece un aforismo piadoso. Pero, para ser acogidas, las grandes verdades de la vida suponen siempre un cierto espíritu de piedad. Sólo la devoción permanece abierta de aquéllas. Sólo por ésta se puede acceder a un saber que sobrepasa las perspectivas del intelecto en que la naturaleza misma esconde la Vida inaprensible para lo racional.

¿Quién sospecha la importancia que ha tomado repentinamente el origen divino? La promesa y la vocación que se descubren en su verdad trastornan a veces toda una existencia y la hacen volver a cero. Los padres, los educadores, los responsables de la juventud ¿acaso saben que la conciencia repentina de lo que somos por nuestro Ser esencial puede significar el despertar a otra realidad que obliga a una nueva vida? Sin embargo, así es. Es necesario ir hacia aquello —o aquél—

que somos por nuestro Ser. Para ello debemos morir a nuestra existencia de niños de este mundo y renacer a nuestro Ser sobrenatural. Es un hecho inaudito, pero, sin embargo, pertenece al *conocimiento primordial* de la gran tradición y de sus maestros. El hombre, todos los hombres son atraídos hacia aquella realidad por su Ser esencial. ¿Somos todos llamados a tomar conciencia de este conocimiento? ¿Pertenece él solamente a los elegidos que pueden experimentar y realizar plenamente su sentido? Esta es una cuestión diferente. Pero es tiempo ya de dar al mayor número posible la oportunidad de hacer la prueba. Los llamados tendrán necesidad de coraje para liberarse de las imágenes y formas que para la generación precedente representaban el misterio, pero que obscurecían la verdad integral. Tales imágenes y formas retardan la evolución de quienes están prestos a la experiencia sobrenatural de una realidad reservada hasta ahora a la fe del hombre natural.

El SER oculto e ignorado derriba ahora las murallas que lo encubrían y que impedían al hombre alcanzar por la experiencia a su plena conciencia. Lo que el hombre entonces ve con los ojos de su Ser esencial es experiencia, promesa y vocación. Puede responder sí o no. En esto consiste su libertad, la sola libertad que posee. Puede coger o dejar escapar la oportunidad que se le ofrece cuando se le abre el ojo interior. Puede aceptar "lo imposible" o atrincherarse en lo posible. Puede abandonarse a la duda o a la fe creadora, cuya eclosión hace posible lo imposible. Hacer confianza en la fuerza creadora de la transformación ahora liberada por la experiencia, no es ni una imprudencia ni un infantilismo. Rehusar admitirla cuando ella despierta, significa, por el contrario, traicionar nuestro origen supraterrestre, porque al hombre corresponde realizar en el universo la obra de Dios.

Nuestro tema queda así expuesto.

Tenemos un origen celeste. Somos hijos no sólo del mundo sino también de Dios, llamados a la madurez. Somos her-

manos de Cristo en nuestro Ser esencial y participamos de su reino que no es de este mundo.

Somos llamados a llegar a ser *personas*, esto es, a alcanzar el grado en que el *Verbo* que nos habita pueda, a través de nosotros, resonar en el mundo. Somos llamados también a dar testimonio de su presencia intemporal y a hacerlo fecundo en el espacio y en el tiempo.

No sólo podemos creer en nuestro origen infinito, sino que también podemos tomar conciencia íntima de él por una experiencia especial. Si respondemos a este llamado seguiremos el camino de la transformación, gracias al cual en nuestro origen natural daremos testimonio de nuestro origen divino. Pero todo esto permanecerá oculto en tanto que la luz que nos habita permanezca encubierta por la obscuridad del espíritu objetivamente definidor y por una conciencia medioeval del pecado. Es necesario tener el coraje de mirar a la luz de la promesa, pues a cada uno de nosotros ha sido otorgado y permitido tomar conciencia de nuestra calidad de hijos de Dios una vez que hemos alcanzado el grado necesario. Para que esa conciencia florezca, basta poseer la sencillez de corazón que disipa la niebla del temor y que acepta lo que la inteligencia no puede captar ni la voluntad cumplir. Atreverse a vivir la promesa como una vocación, tal es el comienzo y el sentido del camino en que el Ser infinito del hombre, transformado en conciencia íntima que lo compromete, puede tomar forma en nuestra existencia finita.

CAPITULO I

EL DOBLE ORIGEN DEL HOMBRE

Dos especies de sufrimiento, dos especies de júbilo

Existen dos especies de sufrimiento y dos especies de felicidad. El doble origen del hombre se manifiesta en ellas. Hay el sufrimiento que nace de los peligros, de la injusticia y de la crueldad del mundo y de la imposibilidad de arrostrar convenientemente todas las situaciones. Existe la felicidad de sentir la seguridad, el sentido y el amor que nos proporciona el mundo. La felicidad y el sufrimiento del hombre por su unión o separación de su Ser esencial son de un orden diverso. Es el sufrimiento de estar separado del SER. Es la felicidad de su unión con él en medio de las amenazas, del absurdo y de la soledad; la alegría de sentir una misteriosa presencia que transforma y suprime el sufrimiento creado por el mundo. La felicidad o la pena del *yo profano* condicionado en todos los planos, expresa el origen terrestre del hombre. La alegría y el sufrimiento que surgen de la unidad o de la separación del SER, revelan su origen divino, el Dios escondido que hay en él.

Igualmente hay dos maneras de mantenerse bien. Una es la salud psicofísica, el buen funcionamiento y la eficacia en el mundo. La otra nace de la unidad con el SER, aun en los momentos de enfermedad del cuerpo. Una precisa la medicina pragmática, la fisio o la psicoterapia; la otra de un guía para el camino tal como se conoce en la tradición del *maestro*. La observancia de esta última tradición, más viva actualmente en el Oriente que en el Occidente, constituye en adelante el deber

de nuestra época. Se trata del redescubrimiento del camino interior ligado a la experiencia "mística", no ya como el privilegio de algunos y la tarea de pequeños grupos secretos, esotéricos, sino como movimiento universal de todos aquellos que han alcanzado el grado de madurez necesaria. El hecho de reconocer como real en sí mismo este sufrimiento y aún más, como el solo sufrimiento esencialmente humano, implica un cambio en la manera de concebir, de juzgar y de apreciar el verdadero sentido de la "vida humana". Pues, sólo la importancia que se reconozca a este sufrimiento puede mostrar lo que el hecho de ser hombre representa como oportunidad, obligación y promesa. Hacer de una actividad productiva un criterio absoluto, resulta un error de graves consecuencias. El sentido del sufrimiento interior, si se comprende, puede en un instante iluminar el paisaje entero de la existencia humana. Exige desde entonces una completa renovación. Hasta ese momento el hombre veía solamente su sufrimiento en el mundo. Por el sufrimiento que viene de la separación de su Ser, presiente repentinamente que la raíz de este sufrimiento provenía de la no aceptación de su núcleo divino.

El Yo Existencial y el Ser Esencial

En tanto que desde su centro vital el hombre está unido a su solo yo existencial, será de éste del que todas las cosas extraerán su sentido y sus contornos: el horizonte de lo real, de las cosas, de los valores, de los otros hombres, de la sociedad, de Dios incluso. El hombre de nuestra época se encuentra así aprisionado. Que el centro de todas las cosas no sea este yo profano sino nuestro Ser sobrenatural innato que trasciende las perspectivas del yo, había llegado a ser una cuestión de fe, de creencia más bien, o simplemente se le había olvidado. Para todos los que lo han probado, y éstos son hoy día toda una generación, el hecho de admitir la legitimidad de la *experiencia*

transformadora del Ser, es decir, de nuestra manera de participar en el SER universal, abre una nueva era.

Para el cristiano aquello significa que el hombre no está limitado a su yo condicionado por el mundo. Puesto que no está sujeto solamente a la carne, sino también al espíritu, es un ser no contingente y pertenece al reino que no es de este mundo. Lo sustancial de toda experiencia del SER es un acontecimiento espiritual en que el misterio infinito, el Verbo creador, se revela en tanto que centro de la vida consciente. Desde entonces, no se trata ya de una cuestión de creencia, sino del fruto de una experiencia que todo lo transforma, de una experiencia en que el SER sobrenatural elimina todo un orden de existencia lleno de sufrimientos. Con este cambio empiezan los nuevos tiempos.

A contar del momento en que el hombre que todavía no ha experimentado la transformación logra el dominio de su naturaleza primitiva, se considera como un sujeto autónomo cuyo saber es objetivo y de comportamiento independiente. Toma todo lo que siente y percibe como hechos. En lo que percibe ve objetos de pensamiento o metas para su voluntad que se le ofrecen para su propia utilización a fin de que las organice de acuerdo a su conveniencia. Todo se le presenta como posible o como opuesto a su voluntad: lo otro, los otros, incluso Dios. Juzga bueno o malo lo que comprende como tales según su propia concepción del bien y del mal.

La irrupción del SER y el renacimiento por él, que es su consecuencia, rompen, sin embargo, los límites del yo. El hombre se creía el amo a quien todo obedecía, esta ilusión ahora se desvanece. Habiendo llegado a ser lo que es en verdad, se siente subordinado a un Otro que está sobre él. A través de todas las penas y todas las contingencias, este Otro lo sostiene, lo dirige, lo llama y, en un nuevo sentido, lo hace libre y poderoso frente al mundo. Lo era ya desde el fondo. Lo había sido siempre más allá del tiempo en su Ser esencial por su

origen que jamás se apaga y que permanece escondido en su yo existencial. La sola cuestión es saber "cuándo" se descubre en él. Porque, sujeto consciente, el hombre "es" lo que es, en la sola medida en que lo perciba íntimamente. Por esta toma de conciencia se reconoce ciudadano de dos mundos: del mundo espacio-temporal contingente y de una otra realidad, de la realidad absoluta por encima del tiempo y del espacio. Estos dos aspectos son inherentes al hombre integral. Reconocer las exigencias de cada uno, admitirlas, aceptar sus antagonismos y hacer posible finalmente su integración a fin de llegar a ser una persona en su total individualidad, tales son el sentido y el fin del camino interior (II).

Entre el Ser Esencial y el Mundo

En su existencia limitada por el tiempo y el espacio, el hombre crea las condiciones que le aseguran la estabilidad de su posición en la existencia, pero que ponen en peligro el testimonio de su Ser esencial. La energía y la capacidad de que tiene necesidad para subsistir y para ser feliz son de un orden diferente de aquellas otras que exigen la salvaguardia de ese Ser. El acrecentamiento de las fuerzas profanas le obstaculizan en gran medida construir y cumplir su vida por el Ser. Apegarse al mundo representa para el hombre poner en peligro la unidad consigo mismo. De esta manera la organización de nuestra forma de existir se construye bajo duras condiciones de tensión entre nuestro "cuerpo vital" sujeto al destino exterior y la "forma del SER" presente en nosotros. El testimonio puro, absoluto de este Ser, es su vocación. El "Cuerpo destinado" es un producto del mundo. El Ser esencial no es de este mundo. De allí surge un perpetuo conflicto entre la "forma del Ser" sobrenatural innato, y el "cuerpo destinado" sujeto a las condiciones de la tierra que percibe del SER únicamente lo que el mundo permite que le penetre. La fusión de este cuerpo des-

tinado con la forma del Ser es, desde la infancia, el tema de la maduración humana.

A lo largo de toda nuestra vida el mundo nos llama desde afuera, mientras el Ser esencial nos llama desde adentro y hacia la interioridad. El mundo pide saber y poder. El Ser exige que nos olvidemos de lo que sabemos y podemos en beneficio de la maduración espiritual. El mundo requiere una actividad ininterrumpida. El Ser nos pide sólo aceptar lo que somos en lo más profundo de nosotros mismos. El mundo nos empuja sin descanso a que rindamos y nos hace desear la estabilidad de una posición bien establecida. El Ser quiere que, vueltos hacia él, no lo perdamos de vista por conseguir seguridad y tranquilidad. El mundo nos compromete a hablar y actuar sin cesar. El Ser esencial nos exige que silenciosamente nos abandonemos a su acción sin actuar nosotros mismos. El mundo nos obliga a pensar en nuestra seguridad. El Ser esencial nos da valor para tomar constantemente nuevos riesgos. Sometemos al mundo definiéndolo y explicándolo. El Ser se abre a nosotros cuando ya no lo definimos y soportamos lo inexplicable. En el mundo buscamos la seguridad. La fuerza del Ser esencial que nos sostiene se manifiesta cuando abandonamos aquello que nos reconforta y nos sostiene. Por la renuncia a las posesiones de este mundo y solamente bajo esta condición, el Ser no cesará de colmarnos. Queremos una existencia sin peligros, protegidos del dolor. La madurez en "nosotros mismos" pasa por la inseguridad y el sufrimiento, crece en el dolor y no da sus frutos sino en el morir (VI).

El hombre se encuentra frente a una doble tarea: por una parte debe formar el mundo con su propio esfuerzo; por la otra, ha de madurar en el Camino interior. El mundo le exige que se afirme y se acredite por la eficiencia: debe servir fielmente a la comunidad y a sus valores durables. En ciertas ocasiones, el Ser presente en nosotros puede exigirnos rechazar todas las exigencias del mundo y oponer nuestra voluntad a

la de la comunidad. Llegado al término de una evolución en que se ha seguido el llamado del SER, el hombre está liberado no sólo de su dependencia, sino también de toda obligación frente al mundo. Libre de los lazos terrestres que se han disuelto en el SER, ha dejado de ser un "hombre entre nosotros". Algo de esta nostalgia se conserva en cada uno de nosotros. Es la aspiración *oriental*. La posición occidental frente a la vida es opuesta a la anterior. El occidental busca la afirmación en el mundo en donde también puede perderse. La vida cristiana comprende y concilia la visión de Oriente y de Occidente. Quiere que el hombre perciba su origen celeste y lo manifieste en el mundo de su origen terrestre. La vida interior no saca entonces al hombre fuera del mundo. No se opone a lo exterior, porque comprende la interioridad de todo: del mundo y de todas las cosas. La experiencia de la unidad del SER se contradice con el ser-en-el-mundo sólo si lo interior se ve como lo exterior. El arraigo en el SER no se opone a las exigencias del mundo. Por el contrario, es la condición que permite cumplir tales exigencias de una manera adecuada. Sólo por el contacto con el SER podemos percibir el mundo en su propia esencia. Sin algo que cubra y atenúe la visión, los ojos nunca podrían percibir el sol. A través del reflejo del universo que captan los ojos terrestres, los ojos celestes pueden descubrir el cielo en el mundo. Pero el ojo terrestre al reflejarse sobre aquél, hace del infinito que lo habita una lejana bóveda celeste.

La Imagen Innata del SER y el Camino Interior

El hombre nunca desea vivir solamente para subsistir. Quiere vivir su vida y realizarse como un sujeto determinado y en una forma determinada en cuanto a sí y a su mundo, en concordancia con su Ser esencial. Además, sea que lo sepa o no y a pesar de lo contingente de su existencia en el mundo, quiere

siempre conseguir una forma que le permita manifestar el SER sobrenatural presente en su esencia. ¿Dónde encontramos esto en nuestras enseñanzas y en nuestra educación?

La viva exigencia de su conciencia y una aspiración permanente de su Ser esencial, presionan al hombre a realizarse en una forma determinada para que el SER, presente en él, pueda lucir inalterado. Ello no sería posible sin conciliación entre lo que el hombre es por el hecho de su origen divino que a través de su Ser esencial desea hacerse visible en el mundo, y lo que está presionado a ser como sujeto consciente sometido a las circunstancias del mundo.

A través de todos los cambios en la vida, un factor individual permanente nos empuja a conseguir una forma determinada cuya única verdad es nuestro deseo y vocación. Esta fuerza que nos compromete es la "imagen interior" presente en nuestro Ser esencial. Esa imagen es nuestro Ser, conocido como la forma de vida hacia la cual nos prepara y nos compromete, sin error posible, la fórmula del devenir determinada por nuestra aspiración fundamental y nuestro camino interior. El Ser esencial es, en sí, un camino interior más que una imagen. Es el único camino en el que cada cual, cumpliendo diversos grados y etapas, puede realizar su vida en la verdad. El Ser esencial en cada hombre, es el camino que le está prescrito. Es su verdad, su vida, su promesa, su tarea. Es la realización de sí mismo y el sentido de su existencia (X, 1).

Trascendencia

Nuestros contemporáneos se han hecho circunspectos y no pronuncian ya sin cierta reticencia la palabra "Dios". No es porque no sepan o no quieran saber de Dios, sino al contrario, porque comienzan a presentirlo. Por ello, toda palabra que trata de explicar este misterio haciendo de él una cosa o "alguien", les parece demasiado débil, insuficiente, hasta absurda. Otras pa-

labras menos comprometedoras entran ahora en juego, como por ejemplo, la de "trascendencia".

¿Qué entendemos nosotros cuando en este libro hablamos de trascendencia? Entendemos por tal todo aquello que sobrepasa de una manera inexplicable el horizonte de los sentimientos y del saber natural. Es el SER insondable de todos los seres y la trama de toda vida, el SER sobrenatural más allá de los contrarios. Por trascendencia entendemos la VIDA misma, la gran Vida que está más allá de la vida y de la muerte. Hablamos del SER que anima todas las cosas y del cual todos participamos según el modo individual de nuestro propio Ser esencial, de la Vida en y por la cual nosotros *somos* y podemos llegar a ser nosotros mismos. La vida que nos acoge y nos renueva, siempre de nuevo, la fuente de nuestro origen, nuestra naturaleza esencial, nuestra verdad. Ella quiere transparentarse en y a través de nosotros en tanto que personas verdaderas, esto es, en nuestra vida, en nuestro saber, en nuestra acción, en nuestro amor en el mundo.

Cuando hablamos de esta trascendencia no nos apoyamos en una fe tradicional, sino sobre experiencias irrecusables en que otra dimensión nos toca sin dejarnos la menor duda. Son aquellas experiencias en que la plenitud, el orden y la unidad del SER rozan al hombre, lo llaman, lo liberan y lo comprometen. El yo percibe este SER como un TU. Sin embargo, debe entenderse bien: por medio de la conciencia racional que se esfuerza por separar al hombre en cuanto sujeto, de su experiencia, nada de esto puede captarse. Pero, en el presente de la experiencia, todo lo que es percibido por el yo se le presenta como un TU, incluso la trascendencia. Cuando el yo percibe este fondo en la experiencia, todo pierde su diversidad. Aquello que la percepción racional toma por "alguna cosa", en la unión de la experiencia mística se vuelve "Nada". A continuación, entretanto, por la intensidad de la experiencia se manifiesta el gran TU.

Cuando lo que vivenciamos en el presente de la trascendencia lo sentimos como un TU, ¿por qué no hablamos simplemente de Dios? Pues, porque para el hombre contemporáneo verdaderamente interesado y comprometido en la búsqueda, volver a la vida religiosa se le hace difícil, a veces hasta amenazante, porque el divino regalo de las experiencias aparece vinculado a una palabra que le evoca ciertos conceptos teológicos o ciertas fórmulas religiosas que, cuando se despojaron de su substancia, originaron la crisis actual de la fe. Es por ello que nosotros hablamos de la otra dimensión, de la Vida sobrenatural, del Ser divino, de la realidad más allá del tiempo y del espacio, del Absoluto, de la Vida superior. También hablamos de la VIDA que escribimos con cuatro letras mayúsculas. De todas maneras, cualquiera que sea la expresión, entendemos referirnos al misterio infinito que habita nuestro Ser esencial y que es vocación del hombre manifestar y servir (XI).

Es destino del hombre al tomar conciencia de sí, alejarse de la protección del SER. Pero en el sufrimiento causado por esta separación reside la posibilidad de que a través de una conciencia superior vuelva a descubrir que es hijo de Dios. El adulto pierde de vista su patria de origen. La madurez lo lleva a reencontrarla en un nivel superior. La recupera cuando el misterio de su Ser esencial le toca permitiéndole percibir su origen celeste como una bendición, una liberación y una vocación. De esta experiencia se trata hoy día. Representa una nueva conciencia que cada día se impone más y más con fuerza renovada. En nuestra atmósfera que cada vez se hace más árida y despersonalizada, la importancia de las experiencias personales se acentúa. Deberían, en consecuencia, imponerse cada vez más a nuestra atención. Sin embargo, ¡con qué rapidez vemos a menudo que las experiencias más íntimamente vividas se degradan al nivel de la conciencia objetiva! Esta las etiqueta y las clasifica y así cesan de ser fecundas. De esta manera la conciencia "no objetiva" queda sin evolucionar y rechazada, no

obstante que es el más eficaz instrumento de progreso sobre el camino interior. Volver a encontrar esta conciencia conforme al SER es, pues, una tarea capital en el umbral del camino.

Las Dos Especies de Saber

Existe un saber condicionado por el tiempo y un saber atemporal. El saber que sirve para dominar el mundo, progresa constantemente. Un descubrimiento sigue al otro. Lo que se sabía ayer ya no satisface hoy. Pero el saber de un Lao-Tse es una sabiduría tan valedera hoy día como en su tiempo. Hay, pues, un saber del mundo que aumenta con el progreso, y hay un saber temporal, primordial, del SER y del Camino.

Los arcanos de la sabiduría eterna de la humanidad se refieren al Ser del hombre, su progreso interior y su relación con la vida sobrenatural. Algo que es vivo, independiente del tiempo y del espacio, nos ha sido trasmitido. Este saber se presenta siempre, es cierto, bajo apariencias temporales, sometido a los contrarios y a niveles de evolución que al mismo tiempo los muestran y los ocultan. Aquel que tiene los ojos abiertos a la visión de su Ser, ve iluminarse a través de todos los fenómenos este Ser sobrenatural de todas las cosas, propio de su esencia escondida. El hombre posee inconscientemente un sentido y una conciencia primordial que le son innatas. Experiencias particulares los despiertan, pero son inaccesibles al microscopio de la inteligencia, aun del intelecto más agudo que, en relación a "aquello", siempre dirige la atención en una dirección equivocada. Las experiencias despiertan al hombre tanto al conocimiento original de las condiciones que ocultan el SER, como a aquellas otras en que, por el contrario, el SER puede manifestarse, devenir y consciente y tomar forma en el mundo. Encontramos este conocimiento esclarecedor en los sabios y en los maestros, en lo sustancial de los mitos de la creación de to-

dos los pueblos, y también en las enseñanzas de los fundadores de las grandes religiones y de sus principales discípulos. La enfermedad que aqueja al hombre olvidado de su origen celeste, cuando este olvido lo lleva casi a su perdición, lo hace redescubrir aquel origen por medio de la experiencia del SER, es decir, de la trascendencia como experiencia.

El saber cuyo valor es siempre contingente y que progresa constantemente, se refiere al mundo. Se funda sobre la experiencia natural. La aprehensión por la conciencia objetiva, termina por constituir la ciencia y la técnica. Por ellas el hombre comprende objetivamente el mundo y lo sujeta a su voluntad. El conocimiento primordial sobrevive al tiempo, pero debe ser siempre redescubierto. Se refiere al Ser esencial del hombre, a su sufrimiento y a su misión. Se apoya sobre las experiencias sobrenaturales y lleva a la sabiduría por la cual el hombre se reconoce en el SER y se transforma de acuerdo a la misión que le ha sido confiada.

Ola, Hoja y Rama

Reconocer que se es una parte del Todo, que aún más, se es ese Todo al que se pertenece en cuanto parte, exige una cierta forma de conciencia. Una conciencia diferente de aquella que ve al Todo en que ella está y que está en ella, como separado y distinto de sí mismo. Tomemos tres ejemplos para explicar esta verdad: Si se dice a la ola: "Tú estás en el mar", ella responderá: "Es verdad". Si entonces le preguntamos: "¿Y dónde comienza el mar?". "Ahí", respondería ella. "Ahí donde termina mi espuma. Yo estoy desde aquí hasta allá, a mi costado está el mar". Si al continuar interrogando le preguntásemos: "¿Y tú, no eres acaso una ola del mar, no eres tú misma el mar que en ti aparece en forma de ola?", la ola quizá lo comprendería, pero intelectualmente. Le haría falta otra forma de

conciencia para comprender la verdad que resulta del hecho de que el mar no está simplemente "allá", presente como objeto, al frente y opuesto a ella, sino que la contendría. Para comprender le haría falta una conciencia interiorizada. Solamente entonces la ola tendría una conciencia íntima, no objetiva, de ser ella misma el mar. Esta conciencia, y solamente ella, le permitiría percibir lo que le oculta su conciencia objetiva.

De la misma manera sucedería con la hoja de un árbol. Si la hoja no tiene su condición de hoja, sino una representación que la diferencia del árbol, a la llegada del otoño sentirá temor. Temerá secarse, desprenderse y finalmente podrirse en la tierra. Pero si ella captase realmente que ella es en sí misma el árbol en cuanto hoja, y que la vida y la muerte anual de las hojas forman parte de la naturaleza del árbol, tendría otra visión de la vida. Para captarla en el fondo de sí misma necesitaría también esta conciencia íntima en que se percibiría en su naturaleza esencial como modo de ser de un Todo mayor, modalidad que la haría sentirse en cuanto árbol. Solamente en la medida en que, en su condición de hoja, ella se sintiera a sí misma árbol, podría morir sin temor y sin rebelarse. Con las otras hojas cumpliría el nacer y morir a través de los cuales el árbol cumple su destino en un eterno apagarse y devenir.

De la misma manera ocurriría con el tronco y las ramas de una vid: "Sí", diría la rama, "yo me sujeto al tronco. Yo soy una rama y donde mi tallo comienza empieza el tronco". Pensaría así en tanto que, como el hombre que no ha despertado, viviera la realidad como un "yo soy yo" y "aquello es aquello". Sin embargo, la rama podría un día percibir en lo más profundo de sí misma que ella es la vid en forma de rama; que la vid es ella misma y que su ser real, el fondo de su propia forma, es la vid, es decir, el todo de que forma parte. Si alcanzare verdaderamente esta intuición íntima, tendría una conciencia de sí conforme a su Ser. Pero para ello es necesario otra conciencia.

El origen del hombre es doble: uno celeste y el otro terrestre. Como para la ola su "ser mar", para la rama su "ser vid" y para la hoja su "ser árbol", sólo la visión en una intuición profunda, permitiría al hombre ver que su vida secreta es el Todo presente en él, su patria trascendente. Entonces conocería su origen celeste que sería ahora experiencia, promesa y vocación y no tendría ya necesidad de contentarse con la sola creencia.

CAPITULO II

EL HOMBRE CONTEMPORANEO

En la Sombra de la Obligación de Rendir

Un día me visita un importante hombre de negocios. "Profesor", me dice, "necesito que me ayude. Ignoro lo que me ocurre. Gozo de buena salud. No tengo problemas de familia ni preocupaciones económicas. Practico el deporte. Nada tengo que reprocharme. Mi conciencia está limpia. Soy respetado por mis empleados. Sin embargo, algo me carcome. Me siento vacío y solitario aun en la compañía de otros. Hay algo que no comprendo".

Le pregunto "¿Dígame, qué estima lo más importante en su vida?".

"Ah", me contesta. "De eso no tengo la menor duda. Se lo puedo decir con cuatro palabras que he hecho colocar en todas las dependencias de mi industria. Ellas son: El rendimiento es todo".

"De modo que para Ud. el rendimiento es todo", le digo. "¿Cree Ud. en ello seriamente?".

"Por cierto", sostiene con una mezcla de orgullo y desafío que, al terminar, se diluyen en un asomo de duda.

"¿No ha oído Ud. hablar de un camino interior que, igual que el cumplimiento del deber en el mundo, es tarea de todo hombre? ¿No se ha preocupado Ud. de la necesidad y del bienestar que traen un progreso y una maduración interior, sin los cuales no se consigue la paz?", le respondo.

El rostro de mi paciente se obscurece: "¿Acaso Ud. se

refiere a la religión o a algo espiritual? Mi señor, personas como yo no pueden perder su tiempo. Con ellos no se fabrican máquinas ni se abre uno camino en el mundo".

Este tipo de respuesta es típica. Revela el abismo de la situación. Personas como mi interlocutor, capaces, cultas, llenas de buena voluntad, están tan obsesionadas con la idea fija del rendimiento, es decir, con la ilusión que los hace considerar el éxito y la eficacia de su labor en el mundo como la sola manera de vivir y hacer frente a sus responsabilidades humanas, que se creen sinceramente obligadas a rechazar toda vida interior. El resultado es que se transforman en bestias de carga sujetas al arnés de sus obligaciones frente al mundo. Los estrechos límites de su formación hace de ellos una caricatura de lo que el hombre es y de lo que debiera llegar a ser: una unidad de cuerpo, espíritu y alma. Si tuviera que hacerse el retrato de este tipo de personaje, se le tendría que dibujar con una enorme cabeza, un pecho sobresaliente, brazos y piernas movidos por un funcionamiento mecánico, sin armonía orgánica, cuyo conjunto total estaría sujeto y dirigido por una voluntad de acero. Al medio del cuerpo, en el lugar en que debiera estar el centro animador y organizador, habría casi nada. En efecto, en un espacio vacío y bajo la cáscara que representaría un yo ansioso y vulnerable, el verdadero Ser estaría reducido a una vida lánguida, insinuándose apenas como un fantasma. A pesar de los adelantos materiales, de lo que sabe y de lo que puede, el hombre que corresponde a esta imagen permanece en la infancia. Exteriormente adulto, pero interiormente inmaduro, lleno de ilusiones, carente de dominio sobre sí mismo, mal defendido contra las fuerzas del destino, termina por fracasar en la vida porque ha fallado frente a sí mismo. Desde su Ser esencial, descuidado y ahogado, surgen estos sentimientos inexplicables de angustia, de culpabilidad y de soledad que tantas personas sufren hoy día, aun cuando se encuentren en la cúspide de un éxito aparente. Los que los ven desde el exterior,

admiran su fachada. Detrás de ella vive un individuo miserable, atormentado por el sufrimiento psíquico y la falta de serenidad interior que los ha dejado inmaduros. Ellos no tienen contacto con su Ser esencial. Ignoran su origen celeste, el sentido que tiene y lo que exige. Todo lo que pueden oír al respecto les parecen palabras vanas. Lo que tiene importancia para el mundo es, a sus ojos, la sola realidad. Son meros instrumentos de la eficiencia (III). ¿Pero acaso la eficiencia no es digna de ser considerada?

Elogio de la Eficiencia

Por una acción eficaz y por ella sola, el hombre aprende a hacer frente a las necesidades y exigencias del "mundo", de la naturaleza y de la sociedad.

Para subsistir y dar un sentido a la vida, se necesita realizar una obra. Esta es necesaria para sobrevivir y dirigir útilmente las fuerzas de la naturaleza. Solamente sus obras hacen del hombre un miembro útil de la sociedad y lo llevan a superar su egocentrismo. Toda realización valedera al servicio de un fin o de la sociedad, obliga al hombre a sobreponerse a su yo egoísta y a orientar su actividad en favor de exigencias fundadas en un criterio objetivo de los valores. No hay otro camino para lograr una personalidad, es decir, para llegar a ser un administrador fiel y consciente de los valores del mundo que se le han confiado.

Al criticar la eficiencia, cuando ella es suficiente justificación de sí misma, no se trata, sin embargo, de poner en tela de juicio su valor en cuanto tal. Tampoco se trata de minimizar su importancia en la educación ni para la formación de la cultura. Pero para que constituya un principio válido y fecundo, no debe reinar solo ni ser elevado a la categoría de un absoluto. Debe ser integrado a esa totalidad que es la vida hu-

mana. Si llega a ser el centro de esta última, su acción sobre el mundo es desastrosa y hace al hombre perjudicial. La responsabilidad del error no es del principio de la actividad eficaz, sino del hombre que la coloca como su único valor fundamental, con olvido de su Ser esencial y de su madurez. No es el principio de eficiencia que corrompe al hombre, sino el hombre quien corrompe al principio (IX). Una actividad eficaz, entretanto, puede servir a lo sobrenatural de tres maneras:

1. Si lo que resulta o se realiza –sea un acto, una obra, o un servicio a una organización– hace resplandecer en cualquier forma lo sobrenatural.
2. Si crea o permite las condiciones bajo las cuales el hombre puede vivir y desarrollarse de acuerdo a su Ser esencial.
3. Si la correspondiente actividad representa algo más que ella misma, es decir, si no se cumple bajo su solo signo, sino que, en razón de ella, el que la cumple integra algo más a sí.

La medida exterior de toda actividad es su resultado, vale decir, lo que produce. La medida interior es lo que su realización aporta al hombre mismo.

Nos Falta el Silencio

A nosotros los contemporáneos nos falta el silencio. El silencio exterior, pero, más aún, el silencio interior, es decir, una disposición que nos haga capaces, aun en el bullicio y la agitación exteriores, sentir, guardar e irradiar la calma. Hay un silencio especial en que se vive un estado que nada tiene que ver con el ruido o la ausencia de ruido. Más aún: el ruido exterior puede llegar a ser el telón de fondo sobre el cual se destaque aquello que ningún tumulto puede turbar. Es el silencio justo. Es una disposición, un estado de alma. El bullicio del mundo se transforma en una vibración de fondo sobre la cual el silencio se hace precisamente consciente y se despliega a perfección.

Hay un silencio de la vida y hay un silencio de la muerte. El silencio de la muerte lo encontramos allí donde ya nada se mueve.

El silencio de la vida es aquel en donde nada detiene el movimiento de transformación. Este silencio es el fruto del camino interior.

Los hombres de quienes el silencio emana, porque lo poseen interiormente, han llegado a ser raros. Una calma o una impasibilidad afectadas han tomado el lugar del silencio que arraiga en el SER. Pero la calma exterior adquirida por disciplina, es diferente de la serenidad que refleja una postura interior sin intervención de la voluntad. Es distinta de la calma del flemático en que la subyacente pulsación de la vida está ausente. Existen, bien entendido, personas de epidermis gruesa. Otras tienen una naturaleza que vibra siempre espontáneamente al unísono, y frente a ella los conflictos se disuelven. A las primeras, su falta de sensibilidad y de emotividad les evita la agitación. A las segundas, los impulsos interiores y las impresiones penosas que les llegan de afuera y que a otros afectarían, se disuelven satisfactoriamente antes de penetrarles en profundidad. Para estas personas la calma es chata y desabrida. Sólo la serenidad que revela la presencia del SER más allá de los contrarios, produce la fuerza, la profundidad y la luminosidad. La calma justa es una fuerza que emana de nuestro origen celeste. Cuando surge en una persona, su acción produce orden y calma. Sin pronunciar palabra, conduce a sí mismos a aquellos que le rodean. Bajo el signo del Ser esencial que en ellos se expresa, se quiebran las olas de la agitación. Lo negativo desaparece, los problemas se resuelven espontáneamente. Es el silencio justo, la voz de la Vida que se hace perceptible.

Un sentido que secretamente vive en el hombre le dice que el silencio justo a que el alma aspira es más que una satisfactoria ausencia de ruido, más que un antídoto de calma contra la agitación y el agotamiento de la vida. También es algo

más que un elemento simplemente necesario para la vida del espíritu o para la salud psíquica. Sabe que el verdadero silencio es fundamentalmente distinto de la simple condición para una vida feliz y que más bien es el signo de una vida llena de la experiencia del SER. En nuestros días esta experiencia primordial no está tan lejana como para que la auténtica felicidad no pueda llegar a expresarse con el silencio. Inversamente, es cuando permanecemos verdaderamente silenciosos que puede nacer la felicidad.

La receptividad al silencio y la disposición a aceptar los sacrificios que le corresponden, difieren según los individuos, dependiendo de la edad, del grado de madurez y del carácter. Las pruebas y los sufrimientos obligan. La necesidad de vivir hacia el exterior es menos favorable que la tendencia a la introversión. El campesino conoce el silencio más que el hombre de ciudad. La falta del silencio de la naturaleza puede hacer surgir una nostalgia que nos haga volvernos a la experiencia interna, mientras el hombre en contacto con la naturaleza la saborea como algo natural y evidente.

En todos los países del mundo el campesino hace sentir al extraño que entra a su casa por primera vez, "la prueba del silencio". No mide el valor humano del visitante por sus primeras palabras. Una gesticulación indiscreta, una mirada penetrante y directa le son sospechosas. Con la cabeza ligeramente inclinada, presta atención al silencio que acompaña la atmósfera del extraño. Interroga el "aura" en que aparece la substancia, las vibraciones silenciosas que envuelven a las personas independientemente de sus gestos y palabras.

El arte de todo maestro consiste en apreciar el equilibrio y el grado de orden interior del discípulo, no por sus palabras o por su capacidad, sino por la mesura y la cualidad del silencio que desprende.

¿Qué es la madurez? A esta pregunta, Stomi Takahashi, el filósofo del Sendai, me respondió después de callar un instante: "El silencio inconmensurable".

Del gran buscador Sören Kirkegaard se ha dicho:

"A medida que su oración se hacía más meditativa, tenía menos y menos cosas que decir. Finalmente se quedó silencioso. Silencioso y, lo que es más, opuesto, si ello es posible, a las palabras. Supo después que orar no es sólo callarse, sino escuchar. Y es así: orar no significa oírse hablar. Orar significa quedarse silencioso, ser y quedar en silencio hasta que en la oración se escuche a Dios".

La Enfermedad de Nuestro Tiempo

La enfermedad del hombre contemporáneo, "heredero de los tiempos modernos", se debe sobre todo al hecho de que su centro vital no es ya el SER divino presente en su conciencia íntima, sino el yo profano que lo aprisiona. El centro que le da su sentido no es ya el Todo que comprende y gobierna todas las cosas. Ya no es Dios. La capacidad racional y la disposición a servir con superación de su yo egoísta, han persuadido al hombre de su independencia y de su valor propio. Ello implica, junto con la pérdida del arraigo en la trascendencia, la secularización de toda la vida y de todo sentido en la existencia.

En la medida que la vida se reduce a una estructura que se puede conocer y organizar racionalmente y en que todo bien depende del buen funcionamiento de esta estructura, el hombre se transforma en un "funcionario", aún si se coloca al servicio de "valores superiores" o de la sociedad. Se limita a sí mismo al transformarse en un simple "encargado de negocios", cuyas funciones y actividades son mensurables o cuantitativamente valorizadas. Esta despersonalización frente a la vida va mucho más allá de la necesidad de poner entre paréntesis el egocentrismo del yo personal y más allá también de la exigencia de una actividad desinteresada y válida en toda so-

ciedad organizada. La "persona profunda" inalcanzable para lo racional, ya no es tomada en consideración. Olvidada en cuanto factor esencial, ya no es sino una nada, pues, en nuestro universo humano sólo aceptamos como realidad aquello a lo que damos importancia.

El menosprecio de la individualidad secreta y la negación de la profundidad trascendente del Ser esencial son el resultado de esta exclusión del elemento personal. La integridad esencial del hombre es así privada de su núcleo y de su centro, pues, solamente en ellos el hombre es aquello que se trasciende a sí mismo. Pero no se encuentra en su verdadero centro, sino cuando la forma de vida de su ser-en-el-mundo se realiza también, en su condición humana individual, de conformidad al Todo supraterrestre que es su morada fundamental.

El rasgo específico de esta carencia es la acentuación excesiva del aspecto viril y activo del espíritu humano que define y discrimina, ordena y limita. Se afirma en desmedro de las fuerzas femeninas de receptividad y flexibilidad, de las fuerzas que llevan a la fusión, que borran fronteras, que sostienen, protegen y transforman. De este exceso de espíritu viril resulta un terrible estrechamiento de la visión. A través del prisma masculino que define objetivamente y a causa de la conciencia orientada por la posesión, la seguridad y la eficiencia, el Logos se reduce a la razón, las fuerzas cósmicas a las energías psicofísicas tangibles, el amor a una forma de fijación. Todo, absolutamente todo, incluso el hombre, se transforma en objeto que puede ser manipulado.

El rechazo de la profundidad trascendente de nuestro Ser personal y de su testimonio en el mundo, es el elemento decisivo. A causa de este rechazo, la víctima del yo profano es ahora nuestro Ser esencial que no puede ser aprehendido objetivamente, que es la forma en que en nosotros está presente el SER que constituye la realidad fundamental de nuestra existencia que estamos destinados a manifestar, cada uno de acuer-

do a su fórmula particular. La toma de conciencia íntima de su presencia, es determinante de toda maduración. Cuando la conciencia de la realidad está dominada por la razón, todo lo que no corresponde a su orden o que lo sobrepasa, incluso la trascendencia, deviene irreal, o molesto y desconcertante, poniéndose al haber de las simples creencias, de la fantasía o de la especulación metafísica.

Entretanto, todo lo que el hombre conoce, todo lo que cree poder dominar de una manera permanente gracias a sus capacidades naturales, se fija o se disuelve si no está en contacto con el Ser esencial, porque con ello le falta el aliento creador y liberador de la Vida sobrenatural que fecunda toda realidad.

Para que el hombre alcance la madurez, para que su acción sea bendita y su libertad auténtica, le es necesario aceptar su Ser esencial, es decir, la manifestación en su individualidad de la vida sobrenatural presente en su cuerpo terrestre. Necesita que lo acepte en su conciencia responsable, que mantenga y cuide el hilo de oro que lo liga a él, incluso en su actividad en el mundo. El grado más alto de inmadurez y de servidumbre es, pues, la actitud que adopta el hombre que creyéndose capaz de mantenerse independiente de su Ser esencial, hace de la conciencia de la realidad como él la ve y donde la trascendencia no tiene lugar, la instancia suprema. Con ello termina por caer en un sufrimiento cada vez mayor que es la consecuencia de la represión de su Ser esencial (X).

La Formación del Yo y el Ser Esencial

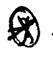
El problema de la formación del yo es uno de los temas humanos fundamentales. La relación justa del hombre con el mundo, consigo mismo y con la trascendencia, depende de la formación de un yo justo. Pero lo mismo que una psicología

no puede llegar a un resultado valedero sino partiendo de un punto de vista metapsicológico, tampoco podrá apreciarse con exactitud el éxito o el fracaso de la formación de un yo existencial justo sin que el problema se enfoque bajo el punto de vista sobrenatural, es decir, relativo al origen y a la vocación trascendente del hombre. Al comienzo y al final, en el origen y en el pleno desarrollo de toda vida, está el trascendental "YO SOY".

El hombre presiente en el fondo, en el centro y en todo lo que es, el gran "YO SOY", como la paz del Ser divino del que ha salido y al que volverá: creación –liberación– creación sin fin. Comprendido así, el "YO SOY" significa aquello que comprende y dirige todas las cosas; su Verbo habita en el hombre, le da una forma corporal y una conciencia encarnada en él. Por esta conciencia y esta forma ese Verbo quiere ser manifestado en el mundo.

Cada ser, y el hombre en particular de acuerdo a su cualidad humana, está llamado a vivir de la manera que le es propia el principio divino. Los modos y los grados de esta adquisición de conciencia caracterizan la temática de la vida humana. El gran "YO SOY" se manifiesta en cada uno en las múltiples maneras de decir "Yo soy". En un principio oculto, surge un día en el hombre que sufre de su ausencia bajo una luz que todo lo transfigura. La meditación vivida como ejercicio de transformación termina en un "Yo soy" que produce una profunda y total liberación.

Al nivel de la conciencia racional el hombre no dice "yo soy" sino "yo soy yo". El yo expresado en segundo lugar es el centro de la conciencia humana natural. Es la condición y el componente indispensable para el desarrollo pleno de la vida del hombre. Forma la base de la conciencia condicionada por el mundo y orientada hacia él, así como el centro de la visión del mundo del hombre natural. Antes de la formación de este yo el hombre permanece ligado solamente al orden cós-



mico que lo protege, pero también está entregado a las fuerzas de la vida. No es todavía un sujeto. En la pequeña infancia, como también sucede al hombre primitivo cuya vida aparece estrechamente mezclada con la vida del grupo, no se tiene aún conciencia del yo ni del mundo. Intimamente ligado a todo lo que lo rodea, el individuo vive de su participación en un todo que lo protege y lo sostiene.

El "yo soy yo" caracteriza la conciencia de una identidad determinada. Esta conciencia comprende tres afirmaciones: 1) "yo soy yo y deseo permanecer", es decir, la subsistencia del yo a través de todos los cambios; 2) "yo soy yo, con mi propia individualidad y mi propia forma", es decir, afirma la particularidad del ser de sí y la diferencia de éste con los otros; y, 3) "yo soy yo y me afirmo frente al otro", dicho de otra manera, afirma la separación y la oposición que existe entre sí mismo y los otros.

Al alcanzar la conciencia de este yo, y en la medida en que el hombre sigue a esta sola conciencia, se separa de la unidad de la vida original más allá de los contrarios. Por su "yo soy yo", el hombre que se siente siempre uno con su cuerpo, capta la vida por antimonias: oposición entre el yo y el mundo, entre aquí y allá, entre el antes y el después, entre arriba y abajo, entre cielo y tierra, entre espíritu y cuerpo, etc. Mientras se identifique enteramente con ese yo, verá y juzgará todo según sus categorías. Lo que no concuerda con las categorías de espacio y tiempo, de identidad y causalidad, no puede ser percibido ni considerado como realidad. ¿Qué queda, en consecuencia, cuando ese yo termina y desaparece? Allí no queda nada, piensa el hombre "occidental" que se identifica con su yo. En ese momento, dice la sabiduría oriental, aparece justamente la realidad que "no es de este mundo". Pero la primera es la única realidad que admite el yo. La otra, aquella que sobrepasa las fronteras de la realidad del yo, es decir, que la trasciende, se encuentra más allá de las cinco pre-

guntas que se expresan con un: ¿qué?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿de dónde?, ¿hacia dónde?, que son las que se hace el yo racional. ¿Cómo conocemos nosotros la existencia de esa otra realidad? Por las experiencias en que aquel que es consciente no es ya el yo que define sino una forma de conciencia interiorizada que capta, conserva y fecunda. Es la conciencia interior penetrada por el Ser. Mientras más se apega el hombre a su yo existencial, mayor es la oposición entre la necesidad de permanencia con su orden de conciencia ligado al yo, y el Ser esencial que en el hombre empuja a una permanente transformación.

Por su esencia el hombre participa del SER de una manera individual. En su pequeña existencia que va de nacimiento a muerte, participa de la gran Vida que trasciende el tiempo y el espacio. El "Ser esencial" es el modo en que el origen infinito está presente en la finitud del yo contingente. Es la manera en que el SER quiere manifestarse en el mundo en una forma determinada. Así, el Ser esencial es también el principio formador, el camino interior innato en el hombre que lo lleva a la forma que le ha sido destinada. Esta forma será siempre la de su Yo. Pero el verdadero yo no puede revelarse en el yo existencial físico, sino en la medida en que el hombre, aún con todo su condicionamiento por el mundo, permanezca o se haga transparente al Ser esencial en cuerpo y alma. El yo puede o no puede llegar a triunfar. Triunfa, cuando cesa de ser un impedimento, cuando hace posible e incluso asegura la transparencia que permite la manifestación del Ser esencial en la forma individual que le es propia. Pero el desarrollo ordinario del hombre en cuanto ser consciente, lleva consigo en el comienzo la supremacía de la razón que todo lo define, que crea un orden estático y que, para subsistir, busca consolidarse en toda posición ganada. Estorba de esta manera las fuerzas de la eclosión de una forma en que la armonía con el SER exige una constante transformación. La participación en la plenitud, en

el orden y en la unidad de la vida eternamente creadora, es desgraciadamente estorbada por esta forma de conciencia. Sin embargo, es esta forma de conciencia la que hace al hombre capaz de evolucionar y organizar el mundo.

El orden de la conciencia centrada en el yo implica en un comienzo una visión del mundo que esconde la Vida superior. Fundada en el origen natural del hombre, recluye en la sombra su origen celeste produciéndole un sufrimiento que es típicamente humano. Tarde o temprano, sin embargo, la dolorosa limitación de esta conciencia despierta en el hombra la nostalgia de la unidad inicial de la vida.

Produce un día bajo ciertas experiencias, el telón de fondo sobre el cual se destaca y revela el SER, el "TODO" que rompe todas las fronteras. Pero sin la formación del yo existencial condicionado por los contrarios, no habría experiencia fecunda de las trascendencia que está más allá de los contrarios. Recobrar interiormente esta trascendencia después de la caída, recobrar la raíz del verdadero sentido, la patria que acoge y que no es de este mundo para que se manifieste en la existencia, tal es la vocación del hombre. Es el nervio secreto de toda aspiración humana, de toda búsqueda de felicidad, de su realización y de la paz. Lo que se le opone es la fuente de todo sufrimiento. El solo hecho de aparecer esta aspiración, esta nostalgia y esta búsqueda, es ya una "experiencia", la promesa de una fuerza cuyo reino es universal, un conocimiento indiscutible, pero ello solamente para el hombre que logra romper valerosamente, sin temor al castigo, los lazos que lo unían a la sola conciencia objetiva y a su universo de representaciones esclerosadas.

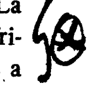
Un día, atraído por el deseo de escapar al sufrimiento que le imponen los límites de una conciencia apegada al solo yo existencial, el hombre comienza a reflexionar. Se interroga sobre la estructura particular de esta conciencia que estrecha la realidad del yo. Esta reflexión, necesaria, le hace presentir

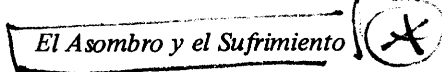
el camino que ha de llevarlo a través de las experiencias a su integración con el SER, excluido del caparazón del yo. También es el camino que conduce a la formación del yo al servicio del SER y que no se le opone. Todo depende finalmente de este yo justo. No se trata de destruir ningún yo, cualquiera que él sea, sino de liberarse de un falso yo y de construir un yo profano transparente al Ser esencial.

La oposición entre el yo dependiente del mundo y el verdadero yo unido al SER, es la fuente de un antagonismo inevitable inherente al hombre. Debe ser vivido en una toma de conciencia cada vez mayor de los vínculos que lo arraigan al SER y del testimonio que de él debe dar en el mundo. Una actividad humana en el mundo que se conforme con el SER, depende tanto del hecho de repetir el ejercicio por el que dirigimos el pensamiento hacia el SER, como de la decisión por la cual el hombre resiste la tentación de abrirse exclusivamente hacia el mundo o exclusivamente hacia el SER. Debe dirigirse a dar testimonio del SER sobrenatural en el mundo, de acuerdo a su forma individual y bajo su propia responsabilidad. El hombre es llamado a continuar la obra divina a la manera humana y en un mundo humano. El reconocimiento y el sentido mismo de su autonomía y de su libertad es así el fruto del sufrimiento por su "caída".

La fuerza, la tendencia fundamental, el "principio" mismo del yo existencial es de definir. El hombre logra formar un yo cuando piensa "yo soy yo", es decir, cuando se afirma en su identidad. Solamente así logra la calidad de su "posición" humana. A partir de la etapa del yo se construye el mundo en tanto que opuesto. En relación a cualquier punto de vista todo pasa al estado de objeto determinado. El mundo propio del hombre toma el sentido de una estructura autónoma, objetiva y definida. Con este estado, la vida forma con aquellos que la viven un "medio" que es una amalgama compleja que, en un comienzo, todavía no es el universo separado

e independiente. Una posición sólida del yo, en un medio objetivamente determinado, es necesaria al hombre. Sin embargo, tal mundo se torna peligroso si el hombre busca establecerse y cobijarse exclusivamente en él. Una constante de la vida humana es construirse sobre una realidad teórica o prácticamente definida, independiente del propio hombre. La otra tendencia, la del sujeto, que busca la liberación del sufrimiento en el mundo, no cesa nunca de actuar oponiéndose a la anterior (IV).





El Asombro y el Sufrimiento

Dos tendencias conducen al despertar, al desarrollo y al cumplimiento del espíritu humano, pero ambas pueden también constituir un peligro. Una de esas tendencias es el asombro, la estupefacción. La otra es el sufrimiento. Estas dos tendencias se encuentran en todo hombre. Es necesario aprender a discernir la acción propia de cada una y el peligro de la influencia exclusiva de la una o de la otra para considerarlas luego en conjunto correctamente y coordinar su acción de una manera positiva.

Por el asombro nos formulamos diversas preguntas tales como: ¿qué es esto?, ¿cuál es la relación entre estas cosas?, ¿de dónde viene?, ¿qué consecuencias puede tener? Cada una de estas preguntas coloca al hombre frente a un objeto diferente de sí mismo que toma el primer lugar de su interés para conocerlo o dominarlo, para darle una estructura o realizarlo. Frente al objeto, quien asombrado lo interroga, se retira a un segundo plano, se borra a sí mismo en cuanto es sólo el objeto de su sorpresa lo que se le presenta como digno de ser conocido. En el caso opuesto, siendo el sufrimiento el agente de la actividad intelectual, aquel que sufre es el factor determinante, decisivo y director. El objeto delante de él no arranca

su sentido de lo que es en sí, sino del hecho que para el sujeto que sufre, es favorable o perjudicial, le da seguridad o lo devuelve a la duda. El objeto se hace así para el sujeto el motivo de llegar cada vez más hondo a su propia profundidad independiente del mundo, vale decir, a su propia interioridad.

El que se asombra es atraído por una realidad independiente de sí mismo. Aquel que es tocado por el sufrimiento ve en toda realidad aquello que lo hiere, porque el centro de la realidad que lo mueve es el mismo.

Por el asombro o el sufrimiento, la vida insondable empuja al hombre a tomar conciencia de sí. Por medio del asombro, esta vida toma forma en la conciencia objetivamente conocedora de la cabeza buscadora de claridad. Por el sufrimiento, sentido interiormente, es la conciencia del corazón la que busca liberarse. De la primera nace la inquietud por conocer y dar forma a una realidad conocida como objeto independiente y autónomo en su funcionamiento, o como una obra válida, esto es, como una realidad objetiva despojada de toda escoria de sensibilidad subjetiva. La segunda suscita el deber de madurar en un sujeto que está libre de la ilusión que lo hace imaginar un mundo objetivo. Pero el movimiento constante de su devenir interior lo obliga entonces a aceptar, sin dejarse turbar, un mundo que ha estructurado interiormente, peligroso y en permanente transformación. De este lado reina una imagen de la vida dominada por la visión de un sujeto emancipado finalmente de toda realidad del mundo. Del otro lado es la representación, despojada de toda vivencia subjetiva, de una realidad existente en sí que se puede aprehender ontológicamente. A esta realidad debe creer y servir. El espíritu se orienta entonces hacia aquello que resiste el tiempo: la materia indestructible como el mármol, la creación de una obra de arte, un descubrimiento cuyo contenido encarne un sentido o un valor superior a la temporalidad. El mundo correspondiente a los valores más apreciados para tales hombres, será entonces

uno de estructura estable y ordenada, fundada en hechos perfectamente manejables por la técnica. Los organismos y las relaciones humanas funcionarán en ese mundo sin choques ni peligros y el conjunto formará un todo perfecto. Esta concepción encierra la idea de un mundo liberado de todo aquello cuyo valor es transitorio, en donde todo sería armonía sin sombras y en donde brillaría una luz de eternidad. Construir tal universo sería el motor y el sentido de toda evolución hacia el hombre perfecto. La humanidad misma se colocaría al servicio de esta finalidad.

El modelo de vida que suscita el sufrimiento es el opuesto del anterior que mira a la realidad objetiva. Es aquél en que la última realidad es el sujeto mismo en lo más profundo de su interioridad. La realidad última no es ya un objeto externo independiente de la conciencia. Por el contrario, una conciencia despojada de toda otra cosa, liberada de toda influencia de los objetos, sería el móvil y la esperanza de la existencia humana. Ningún objeto separado del hombre, ninguna realidad objetiva e inaccesible a la vivencia humana tendría importancia. Entonces, la suprema interioridad, el SER de todos los seres, en virtud de una conciencia superior se abriría a la conciencia más profunda del sujeto y con ella se cumpliría el destino humano, la libertad, la liberación, la paz suprema. Cuando la más íntima experiencia llega a ser ella misma la realidad, la idea de un mundo objetivo, extraño al universo de las vivencias como centro de la realidad definitiva, se presenta como un absurdo. Allí donde el fin que se busca es una conciencia no turbada por objeto alguno, la definición de las cosas y la formación de una conciencia natural objetiva aparecen como el comienzo de todas las desviaciones. Cuando esa conciencia se coloca como el amo absoluto, se comete el error más grave del espíritu humano.

La vida del hombre se encuentra atraída siempre en estas dos direcciones: la inteligencia orientada hacia aquello que

debe y puede definirse y el sufrimiento que aspira a la liberación. Cuando cualquiera de estos dos impulsos deja de admitir al otro, la vida humana arriesga perder la ruta o su sentido. El sufrimiento que produce el fallar al camino es, sin embargo, la condición necesaria al descubrimiento consciente de la verdad y de la vida justa y a la integración final de las fuerzas espirituales nacidas del sufrimiento y del asombro. El predominio de la aspiración a la liberación caracteriza el sentimiento vital del Oriente. El reino de la realidad objetiva caracteriza a la civilización occidental. La visión de la vida contenida en el pensamiento cristiano nos trae la abolición creadora y redentora de este antagonismo. En este pensamiento se encuentran, al servicio del SER que tiende a la luz en el hombre que sufre como sujeto, tanto el conocimiento y la forma del mundo objetivo, como el SER en cuanto factor fundamental de la estructura y del sentido de toda transformación en el mundo. Vocación del hombre transformado en persona, esta vida "integral" llega a ser el criterio y la medida de todas las etapas de la vida humana (XV).

¡Asombro - sufrimiento, raíces de la dinámica del espíritu! Primero aparece el asombro. Es la energía que permite al hombre realizarse cada vez más en el mundo objetivamente aprehensible. El sufrimiento nace de la confrontación del hombre con la existencia como una angustia reveladora de una desconfianza frente a un mundo del que querría liberarse. Sin embargo, no es la solución. Cuando el hombre deja de mirar a su propio sufrimiento para prestar atención a la humanidad desdichada, se ve obligado a reconocer la importancia del mundo que debe comprender y dominar racionalmente. Aunque las preguntas propuestas por el asombro conducen necesariamente al progreso de la razón y de la realidad objetiva extrañas al sentimiento, el asombro en tanto que fenómeno primordial permanece desde el comienzo hasta el fin como la expresión de aquella sobre-realidad que escabulle a la razón y tien-

de a la luz tanto por nuestra "realidad de la cabeza" como por la dolorosa "realidad del corazón". Las energías vitales nacidas del asombro y del sufrimiento sirven en común al mismo objeto: la liberación y la redención que el hombre siempre y en todas partes ha suplicado á sus dioses. Quizá llegará el día en que el hombre comprenda que el sentido de la vida que por el asombro y por el sufrimiento lo empujan a avanzar, es liberar al ser divino que habita en él de la prisión a que lo arrojó su origen terrestre.

El Triunfo en la Formación del Yo Existencial

Un yo existencial que ha triunfado puede ser definido como aquel en el que el hombre encuentra la felicidad y la libertad en el testimonio y servicio del SER. Es una forma viva, transparente frente a sí mismo, que siempre y en toda circunstancia gira alrededor del eje de una vida conforme al SER. Es capaz de una eterna transformación de acuerdo a su propia individualidad, permaneciendo transparente al SER bajo cualquier forma, y en toda transparencia mostrando una forma. Alcanzar esta "forma que permite la transparencia" y esta "transparencia que siempre se expresa bajo una forma" es, en definitiva, el fin de todo ejercicio espiritual.

El yo existencial que ha triunfado ha debido cumplir la primera función en la formación del yo: la autonomía fundada en el dominio de los impulsos naturales y en la aptitud para el conocimiento racional que hacen del hombre una personalidad accesible a los "valores". Pero, además, el hombre que ha tenido éxito en la formación de un yo profano, ha logrado también el contacto con su Ser esencial. Lo que el hombre es por su propio Ser –y no lo que tiene, lo que sabe y lo que puede– le otorga confianza frente al dolor y fe en un sentido infinito, en la plenitud y el orden de la Vida de que todo

depende. Por la unidad del SER que lo protege en su Ser esencial más allá de los contrarios, se siente uno con el mundo. Obviamente, aun cuando haya logrado su auténtico yo, el hombre sigue viviendo en el mundo y orientándose por lo que para él es lo sólidamente establecido. Pero puede sin problemas hacer frente a todos los cambios, a los peligros que siempre se renuevan y a la impermanencia de la vida, en tanto no se identifique enteramente con la voluntad de durar del yo. Por su Ser esencial puede soportar la transformación constante que es propia de la verdadera vida que incluye tanto la muerte como el nacimiento. "La muerte es el precio del pecado" no significa ahora "debes morir porque has pecado". El temor frente a la muerte corresponde a la voluntad de durar que rechaza la desaparición que es inherente a la vida con el mismo título que el nacimiento.

Para el hombre que ha formado un auténtico yo existencial la vida ya no se ordena alrededor de una posición en el mundo: busca la transparencia al SER sobrenatural y la transformación que él exige. El auténtico yo no se opone ya a sí mismo sino que es el instrumento de la manifestación del Ser esencial en cuanto constituye la forma de existencia humana por la cual el hombre da testimonio en el mundo del SER sobrenatural. El hombre que ha formado un yo justo no vive ya por su solo yo. Si bien es cierto que como yo vive en función del mundo del espacio y del tiempo, su existencia se apoya en su Ser esencial que está más allá de su ser-en-el-mundo. El centro ordenador de la conciencia existencial que manifiesta su origen terrestre es el yo que define, pero este yo está comprendido en la unidad cuyo eje se funda en el origen celeste de su ser en permanente transformación. La esencia que tiende a manifestarse coloca al yo al servicio del SER.

La dependencia en relación al principio del yo constituye un doble peligro para la evolución humana. En efecto, la influencia predominante del yo existencial impide por una

parte la admisión del centro en que se expresa la integridad de la vida, bloqueando con su orden estático el acceso al SER y el aliento de la gran VIDA. Por la otra, el yo que no se ha formado suficientemente no puede realizar una forma, vale decir, la estructura que es necesaria para que el Ser esencial pueda expresarse en el mundo a través del hombre.

Cuando el hombre permanece unido a su Ser esencial su vida gira alrededor del eje, a la vez firme y flexible, de una transformación sin fin, gracias a la secreta elasticidad de lo profundo. Este eje no existe cuando la formación del yo ha fallado, sea porque el yo permanece fijo en las posiciones ganadas, encerrado en un rígido caparazón, sea porque a punto de disolverse gira sin forma ni dirección. Le falta en estos casos la postura que llega del Ser esencial y que excluye tanto la rigidez como la relajación total.

El hombre siente de dos maneras el paso de su yo existencial a la trascendencia de una instancia más amplia que lo comprende: una es la irrupción del SER en tanto que Logos; la otra es la afluencia de fuerzas cósmicas. Una y otra preceden la formación de la persona en el pleno sentido del término.

La participación en las fuerzas del Cosmos o del Logos que envuelven al yo profano, es en sí impersonal. Las fuerzas chtónicas o cósmicas son prepersonales; las fuerzas espirituales suprapersonales. Al trascender su yo natural, el hombre puede establecerse en una o la otra de esas fuerzas y actuar a través de ellas aún sin alcanzar el grado de persona en el sentido más elevado del término y sin comprometerse con ellas en cuanto persona. Puede ser cogido por las fuerzas de la tierra o por las del espíritu. Su pequeño yo puede ser cogido alternativamente y aun aspirado por ellas de tal manera que puede aparecer vacío de yo, no solamente en la embriaguez del entusiasmo, sino también en su actividad cotidiana responsable (por ejemplo, como curandero o guía espiritual). En estas actividades que pueden ser muy beneficiosas, no se da, sin embargo, a sí mis-

mo en cuanto individuo real, único, en un cuerpo que miles de circunstancias han ayudado a formar, individuo inseparable de su destino personal tejido con sus alegrías y sus dolores, con sus esperanzas y sus angustias. En una palabra, no está verdaderamente presente como "tal hombre" en su acción bienhechora. Todo verdadero instructor, médico, terapeuta y también todo guía espiritual, conocen el paso específico que se atraviesa en la relación con aquel que le ha sido confiado, en el instante en que no puede hacer otra cosa que abrirse al otro. Dejando en ese momento su bagaje profesional, sale al encuentro con el otro totalmente sí mismo. A pesar de todos los peligros que tal paso comporta, sabe y siente que solamente entonces le toca de persona a persona [1].

Es cierto que para que algo bueno resulte, el que da y guía debe haber alcanzado su propia integración como persona. A menudo este primer y verdadero encuentro personal no se logra, precisamente, porque el hombre, aunque unido a las fuerzas cósmicas o espirituales, se encuentra al mismo tiempo despojado de su yo. Vive, ama, crea y actúa sea desde su centro terrestre, sea desde su centro celeste, pero todavía no desde el núcleo de su ser-en-el-mundo en tanto que persona. Su acción o su ayuda eventuales son prepersonales como aquéllas de ciertos curanderos, o impersonales como las de ciertos sacerdotes. El hombre realizado no es sólo un eslabón entre el cielo y la tierra, entre la naturaleza y el espíritu, o sólo naturaleza o sólo espíritu: es la fusión de uno y otro polo en su conciencia despierta (XIII).

Las Deformaciones del Yo

Hay dos formas de evolución en que falla el yo. En la primera

[1] Ver H. Trub "Heilung aus der Begegnung", Sttugart, 1953.

fracasa porque se fija en un caparazón o forma rígida. La otra no le permite encontrar una forma determinada para el yo.

1. El Yo Prisionero de su Caparazón

En la deformación del yo producto de una forma rígida, el principio del yo definidor y objetivante es el que ha logrado la independencia. Es propio de la naturaleza del yo, observar; después, fijar lo que ha constatado y apoyarse en algo establecido que sea sólido y durable. Ello puede ocurrir en el terreno práctico de la vida cotidiana, en el del conocimiento teórico o en el del comportamiento ético.

El hombre encerrado y endurecido en el caparazón de su yo existencial, se sujeta obstinadamente a lo conseguido interior o exteriormente y sufre por todo cambio. Ve continuamente poner en tela de juicio las "posiciones" que le parecen objetivamente seguras: sus teorías y sus "opiniones sobre el mundo" y hasta sus posiciones prácticas, utilitarias o éticas. Sus preocupaciones y su angustia no le dan reposo. Sufre las contradicciones entre la imagen ideal que se ha formado de la vida y de sí mismo y lo que la vida y él son en realidad. Se defiende atrincherándose obstinadamente, a menudo a pesar de objeciones válidas, tras su "punto de vista" o su "sistema". Sus convicciones y sus actos son determinados por ideas arcaicas sobre la realidad o sobre lo que ésta debería ser. Finalmente no acepta sino lo que puede ser explicado y lo irreprochable porque eso es lo perfecto "en sí mismo". Se siente, pues, obligado a clasificar, verificar, corregir, defender, asegurar siempre y a intentar hacerlo aun mejor. Así, la plenitud de la Vida que le ha sido destinada es sacrificada a la estrictez de su punto de vista ético.

La obsesión perfeccionista es un síntoma de la esclavitud del yo sujeto al rigor de su caparazón. Este yo está siempre

irritado porque el mundo no responde a lo que debería ser según él. Herido por injusticias de toda clase o desesperado de su propia incapacidad, tarde o temprano estará amenazado por un nihilismo, cuyos torbellinos también llevan al naufragio de la creencia en Dios. Nada tiene sentido. La vida no se ajusta a la imagen precisa que se ha hecho de un Dios que es todo bondad y todo Sabiduría. Abandona, pues, sus creencias. Encerrado en el círculo de su yo ¿cómo podría saber que se trataba de una pseudo fe? Porque solamente allí donde termina la comprensión humana comienza la fe. Tampoco sabe que hay un sentido más allá del "sentido" y del "sin sentido" y que para descubrirlo es necesario haber llegado al límite del absurdo de las explicaciones egocéntricas o racionales puras y en ese momento aceptar su fracaso.

La vida reducida a un concepto pragmático revela el aprisionamiento del yo en su caparazón y su angustiante necesidad de seguridad absoluta. Falta a este yo prisionero la confianza fundamental en la Vida que es la expresión de la presencia del SER. ¿Qué puede hacer, entonces, salvo buscar la seguridad con sus propios medios? La estimación de sí mismo se funda ahora en lo que posee, en lo que sabe y en lo que puede. El hombre prisionero de su yo existencial pasa el tiempo tratando de mejorar y asegurar su posición. Tanto como por el interés material, es empujado por la necesidad de ser reconocido y por la preocupación de su reputación. Se siente agredido, se tensa y reacciona con amargura: se retracta en lugar de atreverse a responder como le habría gustado. Por debilidad y por no comprometer su imagen "registrada", rechaza lo que es su primer impulso y también la reacción que se impone. El peso de la carga de que no se ha despojado, lo comprime y hace nacer poco a poco la angustia esencial que a diferencia del temor frente a algo determinado, proviene de lo que se ha prohibido expresar que lo lleva a la depresión. Mientras más se endurece en su caparazón, más arriesga estallar y desplomarse.

En el plano social, el hombre prisionero de su yo es egoísta, egocéntrico, incapaz de amar. Porque sus pensamientos giran constantemente alrededor de sí mismo, tiene dificultad en comprender la situación de los otros. Abrirse y darse a sí mismo no le es posible porque la conciencia que tiene de sí, sin apoyo en su Ser esencial, lo obliga a estar siempre a la defensiva. Careciendo de raíces en el SER todo gesto de ofrenda le hace temer la entrega. Poco inclinado a acercarse a otros, no participa de las fuerzas que sostienen y protegen a la comunidad y, como se cierra a todo contacto auténtico, tampoco participa de las fuerzas suprapersonales de la gran naturaleza ni de la espiritualidad que, más allá de la simple relación, se abren en el contacto verdadero.

El hombre prisionero del yo es extraño a su propia profundidad. Está separado de su Ser esencial y, como consecuencia, de la plenitud renovadora de las fuerzas del orden y de la unidad que viven en él por el SER que trasciende todo orden existencial. Como admite exclusivamente aquello que no amenaza su posición tercamente defendida, se aísla no sólo de las fuerzas amigas universales cuyas ondas le alcanzan, sino también y hasta hacerlas estériles, de las fuerzas formadoras de su propia fuente interior. Al no poder integrarse con su naturaleza profunda, se inmoviliza sin transformarse ni madurar. Finalmente, ni siquiera el éxito en el mundo le permite superar su indigencia interior. Por el contrario, el éxito lo va colocando más y más en un callejón sin salida. El éxito que obtiene por sus propias fuerzas no lo hace sino endurecer y reforzar el muro que lo separa de su Ser esencial. Así se explica lo insólito en apariencia que la sola fama no sea ni siquiera para el justo un bien durable. En efecto, para el hombre que ha alcanzado el éxito, la ansiedad y la desconfianza, la sensación de vacío aumentan frecuentemente en la misma medida en que, rodeado de admiración, el hombre se impone y se eleva. Mientras más gana en importancia, sin apoyo en su Ser esencial,

más grande es el riesgo de ver derrumbarse su edificio social al que faltan los cimientos de una base interior independiente de las circunstancias externas. En efecto, sólo es durable en este mundo aquello que tiene arraigo en lo sobrenatural.

2. *El Hombre sin Caparazón*

Para vivir en el mundo el hombre necesita una forma apropiada a ese mundo y a sí mismo. Cuando el yo es demasiado fuerte, esta forma se endurece y se congela. Nada puede entrar y lo que está en lo interno no puede salir. El hombre ya no vibra con el mundo ni se transparenta a su Ser esencial. La deformación contraria lo deja demasiado abierto. En este yo todo entra, pero nada queda. El hombre con un yo débil no ha logrado construirse un refugio sólido. Carece de un piso firme y sus muros no son impermeables. Los contornos son indecisos, nada retiene, le faltan las condiciones necesarias tanto para mantener como para acoger en forma durable al Ser esencial y dar testimonio de él.

El sujeto carente del límites es incapaz de conservar su integridad frente al mundo del que es solamente una presa. Tampoco tiene cohesión frente a sí mismo. Entregado a sus impulsos y a sus estados de ánimo, sin libertad de decisión, su inconsistencia y su dependencia de los instintos y de los sentimientos le impiden seguir una conducta definida. El "hombre yo" consciente de su propio poder, vive en una seguridad ficticia. Para el hombre que no ha logrado formar un yo, afirmarse en la existencia es un problema permanente.

Oscila entre un estado de debilidad total —en cuanto carece de un apoyo en sí y el mundo lo arrastra en su torbellino— y estallidos que surgen del instinto de conservación que se expresan con reacciones inadecuadas, agresivas o defensivas, con las cuales busca compensar su sentimiento de impotencia.

Las fuerzas que organizan y dan estructura son también deficientes. Su desorden y su falta de precisión interior que lo hacen sufrir, se reflejan hacia afuera por la ineptitud para organizar su vida y su medio. El constante temor de perderse si se adapta a las condiciones del medio, engendra en él una tendencia a replegarse quejumbrosamente sobre sí mismo.

A veces se afirma adoptando actitudes y fórmulas que toma de otros y a las que se sujeta minuciosamente. Sin embargo, extrañas a su personalidad, están vacías de vida interior. Sufre por su Ser esencial no reconocido ya que no puede expresarlo al no tener una forma que con cierta firmeza sostenga el yo. El hombre carente de yo no puede darse a sí mismo en forma consciente y decidida. Vive y sufre en un estado de permanente abandono, sin sostén ni contención. Ama y odia sin medida, porque carece de medida propia. No puede retroceder en sus pasos reflexivamente. No es de extrañar que el temor secreto de estar expuesto a ataques y rechazos lleve a este tipo de hombre a refugiarse en una defensa crispada. En la situación inversa, el "hombre yo" buscará de tiempo en tiempo romper el muro de su prisión congelada, entregándose a un libertinaje disolvente que lo arranque de sí mismo. Si el prisionero del yo endurecido corre el riesgo de una explosión y de una repentina disolución, el que carece de una coraza, en el otro extremo, puede endurecerse repentinamente y entregarse a una actitud venenosa y agresiva.

La relación entre el hombre carente de yo y las fuerzas del SER que buscan realizarse en su Ser esencial, resulta trágica. Estas fuerzas hacen irrupción en él trayéndole a menudo un estado de bienaventuranza profunda, pero no pueden arraigar en él. Lo que ha probado se desvanece porque es incapaz de dejar que tome una forma. Así cae constantemente desde la luz a las tinieblas, de la alegría a una profunda tristeza. Abierto, sin resistencias ni barreras, se deja traspasar desde el interior y desde el exterior por el bienestar y la felicidad o por el sufri-

miento, sin que dejen en él rastros durables. La bienaventuranza desaparece y el dolor no da frutos. Es el hombre de ojos tristes.

Es un error ver siempre el peligro sólo en el endurecimiento por la creación de una forma definida. Desde la infancia la forma conseguida es el abrigo que permite al hombre conservar el misterio de su núcleo íntimo. Este abrigo no es solamente el castillo que protege contra el mundo: es también el refugio que protege el centro sagrado. El hombre sin coraza no es quien no ha formado un yo fuerte, sino quien ha formado un yo insuficiente que es la presa tanto de las fuerzas de afuera como de las de adentro. Estas penetran en él con un poder devastador que no puede resistir; o bien, lo colman de bienes cuyos dones no puede conservar, quedando siempre vacío. Si se le da un encuentro auténtico con su Ser esencial, percibe por la primera vez con una felicidad inefable su centro supratemporal. Mientras el hombre yo, cuando se siente repentinamente liberado por la experiencia del SER, se transforma gracias a ella hacia lo abierto y afectuoso, el hombre que no ha formado un yo definido encuentra por la primera vez, al dársele la experiencia del SER, una forma determinada y estable.

Las dos deformaciones del yo que se han descrito sucintamente, señalando diferencias, son en realidad mucho más complejas. La mayor parte del tiempo lo "mucho" y lo "muy poco" no se refieren todos a la totalidad de la vida sino a aspectos parciales. Una misma persona puede tener un yo muy importante frente a ciertas situaciones y uno insuficiente en otras. La manifestación contradictoria de lo "mucho" y de lo "muy poco" puede depender de la constitución o de la evolución del sujeto. Una educación mal dirigida, sueños de la infancia, ideologías éticas o religiosas, tabúes que se han fijado neuróticamente, por ejemplo, pueden dar origen a enfermedades o sufrimientos que impiden una evolución de acuerdo con el Ser esencial. Una terapia fundada en la psicología de lo profundo, puede en estos casos ser necesaria.

3. El Hombre que a Todo se Adapta

Existe también una tercera deformación del yo cuyo apartamiento del Ser esencial pasa a menudo desapercibida, porque al adaptarse a todo que así deja de ser fuente de sufrimientos, da la impresión de conformidad consigo mismo. En el caso de aquel que a toda situación se adapta y cuyo yo no se ha endurecido bajo una coraza inconfortable. Tampoco es atormentado por una ausencia de límites. No es tenso ni excesivamente relajado. Su capacidad de adaptación lo hace sentirse bien en toda circunstancia, de una manera agradable para sí y para los otros. Se las arregla para proteger con flexibilidad la comodidad de sus procesos interiores frente a todo ataque desde dentro o de afuera y, como no hiere a nadie, tampoco recibe golpes de los otros. Lo que le falta, sin embargo, es la profundidad, porque se mantiene alegremente en la superficie. Con soltura y siempre disponible, pero sin corazón, es amable sin comprometerse y sin amor. Se presenta abierto, pero no se deja aproximar. Se expresa con firmeza, pero vive en un eterno compromiso. Para todos los problemas tiene a mano una solución que nada le cuesta. Es el amabla egoísta que da a todos sin darse nunca a sí mismo, que en apariencia todo acoge y acepta, pero que no toma ningún riesgo ni se compromete. Nunca se da completamente y, cuando desaparece, su ausencia pasa desapercibida. Da la impresión de estar en armonía con su Ser esencial, pero en el hecho nunca ha tenido contacto con él. Adaptándose siempre al mundo, mantiene un control automático de sus impulsos hasta hacerlos inofensivos. Evita lo muy caliente y lo muy frío, lo obscuro y lo demasiado claro y, en una tibia media luz, se desliza sin fricciones sobre la superficie de la vida. El rostro serio o alegre, la voz deliberadamente baja o fuerte, según el deseo de los otros, es siempre un huésped agradable y buscado. Sin embargo, el momento llega para este hombre en que la angustia lo coge furtivamente. La vida

excesivamente fácil termina por inquietarlo. Su inconsistencia y su vacío interior hacen surgir en él un vago sentimiento de culpa.

Los hombres de este tipo han de aprender algún día a darse de corazón, a comprometerse, a asumir riesgos. El encuentro con su auténtico Ser, cuando el momento llega, representa para estas personas una experiencia dura, porque no es como para los otros dos casos, la liberación bienhechora de un largo sufrimiento. El reemplazo de su fórmula anterior de adaptación representa, por el contrario, su primer sufrimiento y la obligación de renunciar por amor a su Ser esencial a una forma que lo sostenía con agrado y que había logrado mantener sin perderla de vista. Si al fin, descontento de este equilibrio fácil, se atreve a dar el salto, la experiencia del SER le permitirá el acceso a una felicidad especial, porque encontrará en ella su verdadero centro y la oportunidad de conseguir, simultáneamente, su auténtica forma y la transparencia frente al SER. De esta manera, y por primera vez, podrá sentir el verdadero contacto con el TU (III).

La Madurez

La única manera de ayudar al hombre de nuestro tiempo a superar sus males es alimentando en él una transformación que libere su pensamiento prisionero de su yo existencial. Se trata, pues, de ponerlo en el camino de su maduración, es decir, de ayudarlo, a pesar de todas las dificultades, a entrar al camino de la realización de su verdadero yo y de dar testimonio del SER. Se trata de hacer un hombre que, integrado con su Ser esencial y con ello unido a la Vida sobrenatural, alcance la madurez como persona. Al obrar en él el SER sobrenatural, descubre la libertad suprema de la independencia frente al mundo.

La "madurez de la persona" exige más que un saber y un poder por grandes que éstos sean. Más que una moral firme, más que la profesión de una fe religiosa, significa una transformación de la totalidad del ser humano gracias a la aceptación consciente del SER, viviéndolo como persona responsable. El sujeto que alcanza la madurez, no sabe, no posee, ni puede más que el que no ha madurado, pero es más que éste. Madurar no significa solamente libertad para decidir el comportamiento en el mundo, sino también para dar testimonio de su propio Ser esencial y del origen trascendente al que está íntimamente unido, y ello, a pesar de las dificultades del mundo. Anclado en su Ser esencial, aquel que ha llegado a la mayor edad no solamente puede hacer lo que desea (porque nunca desea más de lo que debe), sino que tiene el derecho de ser quien es. Puede y debe ser aquel que es en lo más profundo, es decir, aquel que es por su Ser esencial y por Dios; aquel que desea ser y debe ser. Este "tener-derecho-a-ser" en el mundo lo que verdaderamente uno es, es la aspiración humana fundamental. En ella se encuentra y está en acción el origen celeste del hombre. Aceptarlo, manifestarlo en el mundo del origen terrestre, en eso consiste la madurez.

¿Qué significa para el hombre madurar?

Significa aceptar en sí mismo el deber de aquella libertad que le permite renunciar a sus propios deseos y aceptar en su voluntad personal aquello que percibe en una experiencia profunda como la exigencia de su Ser esencial. Alcanzar la mayor edad es aceptar confiadamente la justa utilización de su libertad personal.

El hombre alcanza la mayor edad cuando su arraigo en la fe de la trascendencia encontrada en la experiencia es para él un conocimiento cuya manifestación se renueva en cada instante. El fruto de la maduración lograda es una vida de conformidad a su vocación: dar testimonio en la existencia del SER sobrenatural.

El hombre es mayor de edad en la medida en que es capaz de aceptar aquello que lo obliga hacia la verdad contenida en su experiencia de la trascendencia, obedeciendo el llamado del SER más allá del tiempo y del espacio que percibe en su Ser esencial y del que debe dar testimonio en el mundo espacio-temporal. Este testimonio no adquiere todo su valor sino cuando se cumple en la existencia histórica. El hombre que verdaderamente ha llegado a la mayor edad, representa al SER sobrenatural hecho realidad en su condición humana.

El hombre que ha alcanzado la mayor edad, manifiesta la Vida sobrenatural por el eterno nacer y morir de su universo.

La libertad del hombre mayor de edad es más que una libertad interior que le permite dominar el pequeño yo y sus impulsos primarios hacia el placer y el poder. Es también, más que la libertad de poderse colocar sobre el mundo contingente y abandonarlo para mantenerse fiel a los valores absolutos en los campos de la ciencia, del arte o de la filosofía. Dar testimonio de la libertad esencial de la persona es afrontar el destino histórico y afrontar el sufrimiento sin intentar colocarse "espiritualmente" por encima de lo insoportable y sobrellevarlo por el contrario con paciencia como la puerta que se abre a otra dimensión.

La madurez se afirma sólo cuando ante la amenaza de destrucción y el absurdo de circunstancias demasiado duras para la resistencia natural, el hombre resiste la tentación de traicionar su Ser esencial por medio de la fuga o la evasión del ensueño.

La inmadurez se reconoce cuando todos los medios son adecuados para subsistir, cuando para obtener la tranquilidad se prefiere una paz dudosa a enfrentar un conflicto, y también cuando se justifica el engaño en razón de normas de conducta sin valor esencial. La inmadurez se demuestra igualmente cuando el individuo sólo acepta la sociedad en cuanto ésta lo protege o lo cobija y cuando invoca una fe religiosa para jus-

tificar una falsa humildad. En resumen, cada vez que el hombre toma el partido de una armonía periférica que se opone a las fuerzas de la profundidad que lo inquietan o cada vez que decide a favor de lo horizontal contra la aceptación de lo vertical, demuestra inmadurez.

El hombre alcanza la madurez en la medida en que dispone del coraje para aceptar los momentos obscuros de la vida. En la medida también en que acogiendo y respetando el silencio en que resuena el llamado de la profundidad, acepta mirar sin velos la realidad del mundo y dejarla venir tal cual es, sin temor. Gracias a su unión con el SER, toda situación lo encuentra abierto al mundo, con inocencia y sin prejuicio. Sabe ver lo cotidiano con ojos nuevos. Desconfía de sí mismo y desconfía de sus ideas preconcebidas relativas al mundo, al prójimo y a Dios. Cada vez que permanece en una situación estable conserva, sin embargo, por fidelidad a su Ser esencial, la libertad de romper los lazos, de aceptar la humillación y de comenzar de nuevo abandonando lo adquirido.

A través de todas las situaciones concretas de su existencia histórica y de todo cambio, el hombre que ha llegado a la madurez guarda su fidelidad al SER. Se guía exclusivamente por el deber fundamental que lo obliga y que para él se revela en todas las circunstancias de la vida, sin excepción. Cada una de ellas es "la mejor ocasión" de dar testimonio en el tiempo de lo que está más allá del tiempo; de lo absoluto, en lo contingente; en el mundo, de lo sobrenatural. La finalidad de la vida no es dominar los aspectos contingentes del mundo ni huir de lo contingente que es propio del destino natural, refugiándose en lo absoluto. En el conocimiento y en la acción acepta la responsabilidad de transparentar el SER en la existencia histórica con todos sus riesgos y sus imperfecciones. Para ello es necesario siempre retomar el camino, porque el SER, la VIDA superior oculta tras lo devenido y tras los conceptos objetivos no florece sino en una renovación creadora y liberadora. El hom-

bre madura, entonces, cuando la rueda de la transformación ya no se detiene y cuando las palabras de Meister Eckhart "El Ser de Dios es nuestro devenir" se hacen una realidad con el "si" al eterno nacer y morir.

El hombre que ha llegado a la mayor edad da testimonio de un fundamento en el SER más allá del tiempo y del espacio, que arranca de su propia experiencia y no de las creencias que profesa. Al dar testimonio encuentra la fuerza para soportar lo que es insoportable para el yo natural y para aceptar lo inaceptable. Ello supone la fuerza para transformarse de grado en grado y para comenzar siempre de nuevo. Sólo quien esté anclado en la profundidad del SER puede dominar el temor a sufrir que el yo siempre renueva. Sólo él no ve en una armonía sin dolor el criterio del bien, ni en la ausencia de conflictos el valor supremo. Quien permanece en contacto con lo sobrenatural es capaz de soportar las injusticias y los absurdos del mundo sin guardar amargura. Por el contrario, saca de ellos el fruto de su maduración. Más aún, a través de las injusticias y de los absurdos se transparenta para él un sentido que está más allá del sentido y del "sin sentido" en el mundo.

Creer que se puede superar de una vez y para siempre la angustia, la tristeza y la desesperación, no es haber alcanzado la madurez. Por el contrario, aquel que vive su sufrimiento y progresa gracias a él, ha llegado a la mayor edad. También ha llegado aquél para quien los peligros del mundo y su propia imperfección, constituyen la ocasión repetida de reconocer su identificación inmadura con el yo ansioso, triste y desesperado y también para volverlo de nuevo a la unidad en virtud de su contacto con la profundidad del SER. Bajo el signo de una transparencia creciente a la trascendencia, la persona colmada y regenerada por la profundidad liberadora de su Ser, puede así, en todas sus debilidades, encontrar la fuerza para soportar, dar forma y dominar la existencia en el mundo.

CAPITULO III

LAS EXPERIENCIAS DEL SER

El Postulado

La nueva generación encargada del porvenir toma perentoriamente conciencia del origen celeste del hombre y presiente como una promesa el sentido y la vocación que representa para todos nosotros. De ahí arranca su exigencia, cada vez más insistente, de una información precisa acerca de las razones que justifican una distinción entre las dos realidades, aquélla de la tierra y aquélla del cielo. No se trata solamente de un problema de creencia, expresión o producto de un deseo, de una aspiración, o de la confianza que se pone en las sagradas escrituras. Debe ser posible producir experiencias concretas. Estas experiencias, de un orden particular, nos deberán permitir afirmar la realidad de otra dimensión que no es de este mundo con igual derecho que la experiencia de nuestros cinco sentidos nos autorizan a sostener la realidad de un universo material tangible. Esta primera afirmación no sólo debe apoyarse sobre experiencias descriptibles e indiscutibles. Es necesario también dar un criterio acerca de su validez. Debemos estar en situación de indicar la forma en que las experiencias legítimas han de distinguirse de otras vivencias tales como las proyecciones de la mente, los efectos de las drogas, las alucinaciones y las visiones histéricas, entre otras. En las páginas siguientes daremos primeramente dos ejemplos que contienen el relato de experiencias que corresponden a un contacto con el SER. Uno es un recuerdo de la infancia típico, el otro es una conversación como muchas otras que se tienen hoy día.

Al comienzo de una serie de consultas, una mujer de alrededor de cuarenta y cinco años me hizo, en varias sesiones, el relato de su vida. De este relato y después de tres horas de conversación, extraje un momento preciso de la infancia, aparentemente de poca importancia. "Dígame señora, Ud. me ha dicho en su primera visita que se encontraba un día en la iglesia con su madre ... La luz, dijo Ud., caía sobre un vitraux de una manera extraña. Mientras lo contaba me pareció que su voz tenía una vibración especial. Reflexione un poco y dígame: ¿Había en ello algo especial?"

"No", me respondió. "Por qué había de haberlo. Era hermoso. Sin embargo ... (y lo que había vivido pareció volver una vez más a su memoria) ... era bello de una manera particular ... Sí, en efecto ya me había parecido antes. Era algo muy singular. No duró sino un instante. Yo estaba ... ¿cómo decirlo? Como si estuviera en un mundo distinto. Sí, ahora me acuerdo: todo fue paz en mí, repentinamente luminoso, cálido". Se detuvo y, con una expresión diferente, un poco turbada, me preguntó vacilante: "¿Cree Ud. que debo atribuirle importancia?"

"Así lo creo", le contesté. "Piense Ud. hasta mañana y vea si ha tenido otros momentos parecidos".

Ella volvió al día siguiente. Cuando el momento me pareció favorable le pregunté: "¿Y bien, se ha acordado de alguna otra cosa?". "Sí", me contestó. "He recordado ... dos veces más me sucedió aquello". Nuevamente su mirada pareció dirigirse a lo interno. "Fue una vez en el bosque. Tenía dieciséis años. No sé como sucedió. Me había detenido un instante. Había llovido, el sol caía sobre un trozo de musgo y ... ocurrió lo mismo ... repentinamente, la misma cosa. En el momento en que sin saber qué hacer, observaba el musgo, fue como si

algo me hubiera cogido. Sentí un escalofrío mientras me cogía una gran calma, pero no era yo. En ese momento algo crujió, escuché, y repentinamente, todo desapareció". La mujer calló.

"¿Y la otra vez?" pregunté.

"Sí, me acuerdo perfectamente. Fue en el tranvía. Una anciana se sentó frente a mí. Me miró. En realidad miró a través mío, pero me miraba de todas maneras. Más bien sentí su mirada en lo profundo. En ese momento tuve la impresión que un rayo cálido me entraba, un rayo que me liberaba y al mismo tiempo me renovaba. Lo sentí bueno. En ese momento sentí una fuerza muy grande como si nada pudiera pasarme, como si todo estuviera en orden".

"¿Y cómo relaciona Ud. estas tres experiencias?", le pregunté.

"Es muy simple", me respondió. "Fue siempre lo mismo", e inmediatamente su mirada se aclaró, agregando con una voz contenida, a la vez que plena de emoción: "Ahora sé lo que Ud. quiere decir".

A partir de ese día la vida de esa mujer empezó a cambiar. No sólo había vivido tres veces esa experiencia, sino que también había reconocido su valor y su verdadera significación. Empezó a admitir en ella esta realidad superior a toda nuestra realidad. Habitualmente no la consideramos, pero si nos abrimos a ella verdaderamente, la acogemos y nos dejamos llevar por ella, nuestra vida cambia fundamentalmente (III).

Una Conversación

"¿Qué puedo hacer para que aquello que he vivido se produzca de nuevo?. No, más aún ¿para poder retener el contacto con aquello?".

"¿Qué has sentido?"

"No lo sé. Sé solamente que era grande. Me ha quedado un estremecimiento interior".

"¿Bello?, ¿Bueno?"

"No, más que bello o bueno. Era simplemente "eso" ".

"¿Es decir?"

"Lo que importa es que era fuerte, grande, indescriptible. Plenitud, luz, amor. Todo junto".

"¿Ha sido una impresión muy grande?"

"Más que eso. Una impresión me parece demasiado subjetivo. Era mucho más. Era una presencia tal que yo nunca la había sentido".

"¿Y tú?"

"Repentinamente me he sentido diferente. Completamente libre. Enteramente yo mismo y en mi mismo, al mismo tiempo que ligado a todo. No pensaba en nada y lo sabía todo. Tenía una gran energía. Feliz fuera de toda medida. Durante un instante he sido completamente yo mismo. No. Más que eso. Yo mismo y, sin embargo, yo como nunca antes lo había sido y aun, más que eso".

"¿Qué hacías en ese momento?"

"Nada. Cayó sobre mí de un solo golpe. Me cogió, me dominó, me vació, me llenó. Me llevó a mi mismo, me anonadó y después me sacó de nuevo fuera de mí. Es un hecho increíble".

"¿Estabas confundido? ¿El mundo a tu alrededor, cómo lo sentías?"

"¿Confundido?, ciertamente no. Nunca he tenido la mente más clara. Podía ver más de lo que nunca había visto".

"¿Qué?"

"El interior de las cosas, a través de ellas, su "centro". No puedo describirlo. Todo tenía un sentido diferente. Todo era exactamente como antes y al mismo tiempo más, mucho más y a causa de ello completamente lo mismo".

"¿Y tú?"

"Exactamente la misma cosa. Enteramente otro, un otro y a causa de ello, completamente yo mismo. No me pertenecía".

"¿Y ahora?"

"Ah, sí, ahora. Busco a alguien que me explique. No. ¿Para que explicar? Alguien que me lo confirme, que me descargue, más aún, que me dirija. Yo sé que es en esa dirección donde se encuentra".

"¿Qué?"

"El sentido, la razón de ser. Por qué estamos aquí. Tengo necesidad de alguien que lo conozca, que "sepa" y ..."

Miles de veces tiene lugar hoy día este tipo de conversación. La ocasión es siempre la misma: la irrupción del SER sobrenatural en nuestra existencia consciente, promesa, obligación, pero siempre de una importancia tal que para aquellos a quienes toca la tomen en serio y tengan necesidad de ayuda.

Los acontecimientos que dan lugar a conversaciones de este orden pueden ser más o menos profundos –sólo un breve contacto– o bien de una fuerza extraordinaria. Por ello debe distinguirse entre contacto y experiencia del SER (XII).



El Contacto del SER

A través de los siglos atraviesa como un hilo de plata el mensaje de aquellos a quienes tocó como un relámpago en un momento determinado de su vida una otra realidad. Los liberó repentinamente de su miseria o brotó en ellos como un llamado y una promesa. Experiencia trastornante de la irrupción del SER sobrenatural en la existencia cotidiana.

Pero los instantes más luminosos o los más inolvidables de emoción o de felicidad en que el SER penetra nuestra conciencia profunda no son siempre los más comunes en nuestra vida. Hay horas menos brillantes de estados que, sin embargo, son especiales, repentinos, y en que sin que nos demos cuenta

clara, el SER nos toca. Una impresión particular nos coge. Estamos completamente presentes y, sin embargo, nuestra atención no capta nada preciso. Nos sentimos encerrados en nosotros mismos y al mismo tiempo abiertos como nunca a una gran plenitud. Tenemos la impresión de flotar y, sin embargo, nos movemos con toda seguridad como si estuviéramos firmemente en la Tierra. Nos sentimos lejanos pero completamente presentes, vacíos y llenos de vida a la vez. Nos encontramos en nosotros pero nos sentimos unidos a todo lo existente. Separados de todo pero participando de todas las cosas, ligados sin estar sujetos, inexplicablemente dirigidos pero libres. Sin bienes ni derechos, pobres en el mundo y, sin embargo, interiormente llenos hasta el borde, poderosos y ricos. Algo valioso y al mismo tiempo muy frágil actúa en nosotros en aquellos instantes. Por ello nos movemos instintivamente con prudencia. Nos cuidamos de examinar demasiado lo que nos ocurre. Una intuición primordial nos advierte que el foco de nuestra conciencia objetiva que congela todo lo vivo no debe turbar la tibia semiobscuridad del espíritu despierto. Cada vez que el SER nos toca nos parece oír las palabras de los místicos: "Ver como si no se viera, oír como si no se oyera, sentir como si no se sintiera, poseer como si no se tuviera". Pero el encanto desaparece. Repentinamente su presencia nos abandona. Basta que nos asombremos y preguntemos "¿Qué es?" para que desaparezca. Desde dentro o desde fuera algo llama nuestra atención y nuestra conciencia que en el instante anterior estaba abierta como una gran fuente presta a recibir simplemente sin preguntar ni inquirir, se transforma en un rayo agudo que, cual una flecha, clava la experiencia a una definición. Un momento antes el mundo nos parecía encantado, extrañamente entretejido a la trama de nuestra vida. Ahora caen en el orden habitual. Nos encontramos pobres, reducidos a nosotros mismos en el universo de la vida diaria. Lo que acabamos de probar se desva-

nece como si hubiéramos tenido un sueño. Sin embargo, no fue un sueño. Era el anuncio de la verdadera y auténtica verdad. Por un instante pudo aparecer en nosotros porque, liberados de los estorbos de nuestra conciencia ordinaria, estábamos abiertos a ella. En estas experiencias algo atraviesa los muros de nuestra conciencia y ese algo es de naturaleza trascendental. Por breve que sea –puede ser sólo una fracción de segundo– esta experiencia muestra a nuestra conciencia profunda con una evidencia que no admite la menor duda, la Vida que, sin saberlo, atraviesa constantemente la tela de la vida de nuestro yo existencial. La relación entre aquello que probamos en esos instantes y la Vida infinita, no se aclara sino en la Gran Experiencia. Es necesaria su luz para discernir la autenticidad y la legitimidad de los contactos con el SER y también para captar la importancia de estos contactos, aun de los más pasajeros, con el trabajo y el progreso en el Camino (VI).

Experiencia del SER – La Triple Unidad del SER

Sólo la calidad de lo que se experimenta y la influencia que ejerce, nos autorizan a hablar de las experiencias del SER como experiencias del SER divino, de la Trascendencia, de la Vida sobrenatural. Son tan radicalmente diferentes de toda experiencia existencial, que deben distinguirse de éstas como sobrenaturales. Es por ellas que tenemos derecho a hablar de nuestro origen divino y del reino que no es de este mundo, no en el plano de la fe (aunque ésta pueda permanecer inquebrantable), sino en el de un conocimiento irrecusable.

La circunstancia que este conocimiento no se apoye en hechos racionalmente definibles y explicables, sino en experiencias personales cuyo contenido escapa a la conciencia objetiva, no puede hacerlo sospechoso. Por el contrario, es la condición que le confiere sentido y validez. Esta circunstancia, sin

embargo, no impide ver, reconocer y establecer un orden en estas experiencias personales, ni advertir el terreno al cual ellas se refieren.

Cada vez que somos tocados por la dimensión que ciertas experiencias nos autorizan para calificar como sobrenatural, advertimos en ella un carácter trinitario. Se comprueba, además, que la triple unidad de que tomamos conciencia, determina todo lo viviente. Es también la llave que nos permite comprender todo lo que es humano. La relación que sigue es un primer testimonio de esta triple unidad.

Tenía en Tokio sobre mi mesa de trabajo un cuadro con un paisaje de la Bohemia, obra de Caspar David Friedrichs. Un japonés practicante del Sen, admirado un día de este cuadro, me hizo una pregunta sorprendente: "¿Logró pasar?". "¿Qué entiende Ud. por pasar?" le pregunté a mi vez. Sin vacilar me preguntó todavía: "¿Tenía temor a la muerte?" ¿No veía un sentido aún en lo absurdo? ¿No estaba bajo el signo del amor universal?".

No tener miedo a la muerte –ver un sentido más allá del sentido y del sin sentido en el mundo–, vivir un amor que no depende de los sentimientos de simpatía o antipatía, tales son los signos que permiten reconocer una sabiduría superior en el mundo. Este japonés no podía interpretar la transparencia que veía en la obra de arte, sino como un signo revelador del despertar a una realidad superior de su autor. De este estado, el hombre que se ha unido a la realidad más allá del tiempo y del espacio y más allá de los contrarios, extrae su actitud frente a la vida –paradojal a los ojos del que no ha despertado– en que ya no teme a la muerte, en que se ha liberado de la desesperación frente a las injusticias del mundo, en que el amor es independiente de las circunstancias externas. Que este triple sentido exprese el hecho de haber logrado la trascendencia, no es una casualidad ni una opinión personal. Revela una estructura universal de la Vida.

Nada podríamos decir del SER ni de la VIDA sobrenatural que lo comprende todo y que penetra la vida universal, si no encontráramos estas tres modalidades en nosotros y en todo lo vivo. Tomar conciencia de la triple unidad del SER, que constituye la esencia en nosotros y en todas las cosas, es la condición y la llave de todo conocimiento y de toda creación y realización justas. ¿En qué sentido se puede hablar de "triple unidad?"

Todo lo que vive quiere vivir, es decir, quiere subsistir por una fuerza que lo hace capaz de vivir y resistir todo lo que le es contrario.

Todo lo que vive, no solamente vive, sino que es empujado a una forma particular. Mantenerse en la existencia no es posible sin expresar una forma determinada. Por la estructura que le corresponde, lo viviente tiene un sentido.

Finalmente, todo lo que vive, no vive sólo de sí y para sí, sino para y de cara a una totalidad mayor de la que participa en esencia hacia la cual se dirige y en la cual únicamente encontrará su realización. Es la unidad del SER que vive en él y que actúa como necesidad de eliminar toda particularidad para conseguir la fusión con el Todo.

En esta triple unidad que distingue a todo lo que vive en este mundo se manifiesta la Vida universal, el SER divino que en su trinidad inmanente reina sobre todo lo vivo en lo que se manifiesta: como plenitud inagotable del SER, fuente original de la fuerza de voluntad y de atracción del hombre por la vida física; como ideal del SER, expresado en la imagen innata del Ser esencial del que el espíritu del hombre extrae su disposición hacia una vida llena de sentido para realizarse en una forma justa; y como unidad del SER en la que el alma encuentra realizada su aspiración de amor hacia el Todo que lo dirige hacia la unidad consigo mismo, con el mundo y con Dios.

Sobre esta triple unidad del SER que sostiene y mueve

toda vida, se fundan también las aspiraciones naturales del hombre: vivir en seguridad tanto como lo sea posible, es decir, mantenerse en la vida; tener una vida inteligible en la estructura de órdenes e imágenes en que reinen el sentido, los valores y la justicia; y, vivir en un todo en el que encuentre amor y protección.

Al nivel de la conciencia del yo natural las aspiraciones fundamentales de la vida se expresan: en la voluntad de subsistir, es decir, de tener una existencia asegurada; en la necesidad de vivir de acuerdo a un sentido trazado conforme a su Ser esencial y a la equidad; y en la nostalgia de la comunidad.

Lo que se opone a estas tres aspiraciones fundamentales da origen a los correspondientes males que aquejan al hombre: el temor a la muerte, la desesperación ante el absurdo y la desolación producto de la soledad. El hombre sufre cuando su vida, el sentido que ella tiene o la protección que el medio le brinda, se encuentran en peligro. Sufre "naturalmente" cuando se identifica con su yo existencial y no se ha experimentado en su Ser esencial. El SER presente en su Ser esencial, en efecto, le hace vivir la vida, el sentido y la unidad, así como lo que a ellos se opone, en forma totalmente diversa de como la vive el hombre todavía sujeto a su yo existencial. Pero justamente el sufrimiento que experimenta cuando las aspiraciones que a su modo de ver son vitales están en peligro, es la puerta que le abre a la experiencia del SER. Ese sufrimiento es la condición, al mismo tiempo que el telón de fondo sobre el cual se destaca en la gran experiencia la dimensión situada más allá de sus sufrimientos humanos y de los cuales se libera (X).

Tres Experiencias Fundamentales

Todo ser humano ha tenido en algún momento de su vida la experiencia del SER. Por falta de preparación adecuada, des-



conoce su sentido y la desperdicia. Son momentos de felicidad y de liberación que a menudo nacen con ocasión de un sufrimiento que llega al límite de nuestra resistencia. Estas situaciones extremas pueden justamente permitir, a quien franquea el umbral de su propia resistencia, el encuentro con lo que está "más allá".

A las tres calamidades del hombre corresponden tres experiencias esenciales de lo sobrenatural en nosotros que, si sabemos como reconocerlas, nos liberan en un instante de todo sufrimiento existencial.

En este mundo tenemos temor. Sin embargo, ante la muerte inminente —en un bombardeo, en una enfermedad grave o en cualquier otra situación de peligro verdadero— algunas personas han sentido, en el momento preciso en que la muerte parecía inevitable, en que el temor era insoportable y su resistencia interior se quebraba, durante un segundo, sólo una fracción de segundo probablemente, en un instante en que a pesar de todo se sometieron y aceptaron lo inaceptable para el hombre natural, que su actitud de sometimiento y aceptación, absolutamente paradojal para el yo que siempre desea subsistir, se transformó repentinamente en una paz absoluta, imprevisible, que los liberó de todo temor. Sintieron, o aún mejor, supieron que en ellos vivía algo inalcanzable para la muerte y para la destrucción, algo que no tiene relación alguna con lo que la muerte significa en este mundo. Por un momento percibieron claramente: "Si me lanzo, sabré de una vez por todas por qué y para qué debo vivir". No supieron lo que sintieron ni lo que eran en ese instante, pero se sintieron otros, plenos de otra fuerza. Ignoraban de dónde venía esa otra fuerza y no sabían su finalidad. Sabían solamente que los sostenía una fuerza invencible. Estos hombres han sido tocados por el SER. Su conciencia fue penetrada o, mejor, el SER pudo devenir su propia conciencia profunda, porque el yo natural al entregarse hizo estallar la coraza en que se había encerrado y que lo deformaba.



La experiencia de un hombre que, al experimentar el más allá en él, pierde el miedo a la aniquilación, es una de las que autorizan hablar del SER sobrenatural.

La segunda de las grandes pruebas de la vida es la falta de sentido, el absurdo en sí, que lleva al hombre a la desesperación extrema, a los límites de la locura. Cuando un ser indefenso está constreñido a soportar un tratamiento inhumano o debe sufrir la intolerable injusticia de un encarcelamiento que nada puede explicar, puede sentir también un cambio brusco y paradojal. En estos casos el hombre cumple algo que sus propias fuerzas no se lo permitían: acepta lo inaceptable. En el momento de este sí a una situación irritante pero inevitable, puede asomar la conciencia de un sentido profundo, extraño al sentido o al sin sentido de este mundo. Puede sentir repentinamente la presencia de un orden inexplicable. Una luz de la que no sabe ni la causa ni su naturaleza lo ilumina. Encontrándose ahora bajo una fuerza sobrenatural, se siente inundado por una claridad que no es de este mundo.

Existe, finalmente, una tercera experiencia del SER. Cuando un aislamiento total, la pérdida de un ser querido o la exclusión de la comunidad en que se ha vivido, arrojan al hombre a una soledad demasiado intensa para ser soportada, se le da la posibilidad de realizar lo irrealizable. Si por un instante, sometiéndose a la realidad que se le presenta, acepta por una vez lo inaceptable, puede llegar a sentir brazos invisibles que lo acogen y lo envuelven secretamente con una protección tierna. No sabe quién lo ama ni a quién ama. Se encuentra, simplemente, como en los otros casos, en un estado de fortaleza y claridad, defendido por un amor supraterrestre. Así, en una medida que sobrepasa todo lo que nunca había imaginado, se abre al SER que todo lo envuelve y a todo sostiene (IV).

La triple unidad del SER que tiende a manifestarse en nosotros es un a priori de la experiencia humana. Sea que nos demos cuenta o no, percibimos el mundo y a nosotros mismos –también en la conciencia de nosotros– en un triple aspecto. Estos tres aspectos aparecen en nuestra conciencia: en cuanto Plenitud de vida, como conciencia de fuerza; en cuanto Ley interior, como conciencia de nuestro valor personal; y, en cuanto Unidad que envuelve todas las cosas, como conciencia de "nosotros". Pero el sentido de esta conciencia de sí es diferente según se trate de un hombre todavía arraigado en el yo contingente orientado hacia el mundo, esto es, si se trata sólo del yo existencial; que si se trata, en cambio, de un yo fundado en el Ser esencial, trascendente del mundo, absoluto, esto es, si se trata de un hombre que está presente tanto por su origen terrestre cuanto por su origen divino tal como le aparece en las experiencias del SER.

Cuando un hombre se apoya solamente en su yo existencial, la conciencia personal de su fuerza depende de lo que tiene, de lo que sabe y de lo que puede. Pero si esa fuerza arranca su fundamento del Ser esencial, ella depende de lo que el hombre "es". Se afirma, precisamente, cuando ya nada tiene, ya nada sabe y ya nada puede de conformidad al mundo. Y cuando la aniquilación lo amenaza, se siente sólidamente al abrigo de una otra Vida, indestructible, como aquel que "es". Esto puede ser el don de la gran experiencia.

El criterio que puede tener de su propio valor el yo existencial, está sujeto al juicio de sus semejantes. Estar consciente de su valor de conformidad al yo de la esencia, es ser totalmente independiente de la opinión ajena. Es sentir precisamente este valor cuando se es rechazado, desconocido o despreciado por el mundo. Sobre este valor se funda una libertad real.

El sentido de solidaridad del yo profano depende de contactos asegurados, de lazos tangibles con un "tú" y del apoyo de la sociedad. La protección de un "nosotros" fundada en el Ser esencial, es decir, en la verdadera conciencia de "nosotros", se hace sentir justamente en el momento en que se es excluido del mundo, en el dolor del abandono y en la soledad. En el fondo de esta soledad exterior, quien vive en contacto con el Ser esencial percibe su pertenencia a un Todo sobrenatural cuyo amor lo llena y lo protege. Ello puede ser también un regalo durable de la gran experiencia (XI).



Potencia, Sabiduría, Bondad

La experiencia del SER tiene una dimensión tal, que por ella la existencia espacio-temporal y sus pruebas son dominadas y sobrepasadas. El hombre se percibe en su Ser esencial y, por ello mismo, en la fuerza sobrenatural de una potencia jamás imaginada, en la claridad de una sabiduría que coloca sobre otro plano el problema del sentido y del "sin sentido" del mundo, y en una bondad, finalmente, en que no intervienen ya las condiciones de simpatía o antipatía, ni de lo bueno o de lo malo. Potencia, sabiduría y bondad supraterrestres ¿no son acaso los tres grandes atributos que todas las religiones confieren a su Dios y que quien las prueba en sí mismo lo observa con una sorpresa tremenda? Así es, sin duda, pero afirmarlo ¿no es volver a subjetivar lo divino o hacerlo deslizar al terreno de lo psicológico? ¿No se manifiesta en esto una tendencia peligrosa a la desmesura? Verdaderamente no. Lo que en estos casos se experimenta es la participación en lo divino mismo de nuestra esencia. La idea de esta participación fundamental en el SER divino parece fuera de toda medida al hombre que permanece en las demasiado humanas limitaciones de su conciencia objetiva centrada en el yo y en la

idea ontológica de la realidad que engendra. En este círculo restringido no tienen lugar ni las vivencias subjetivas, ni lo preobjetivo, ni lo que está más allá de lo objetivo, según la significación que tienen en la experiencia. Afirmar que el hombre participa de lo divino, en estas circunstancias, evidentemente parece exorbitante. Pero cuando ello se conoce en la experiencia, no es un signo de desmesura sino una prueba de humildad.

La palabra humildad puede ser tomada en dos acepciones. La más corriente es "no querer parecer más de lo que se es". La otra, la más a menudo olvidada, "no querer parecer menos de lo que se es". Identificarse con el yo separado del SER es una manera de ver y una afirmación que falsifica el contenido de la experiencia profunda. Tiene el alcance de considerar al hombre como fundamentalmente apartado de Dios, en lugar de reconocer lo divino de su Ser esencial y la naturaleza real de su humanidad. Calificar de híbrida la experiencia de lo divino en nuestro Ser esencial, es una interpretación errónea propia de la ignorancia. Por el contrario, esta experiencia hace sentir y reconocer la distancia infinita entre lo que el hombre ha alcanzado en su condición humana en el mundo y lo que el hombre marcado con el sello de lo divino es y debe llegar a ser en su totalidad. Ninguna de las deformaciones del yo que empujan al hombre alejado del Ser a buscar obstinadamente los bienes materiales, el prestigio y el poder, pueden despojarlo de su centro. Los auténticos sentimientos de culpabilidad y de conciencia de haber pecado, no existen solamente frente al mundo y los demás hombres. Más fuertes son estos sentimientos en relación al centro verdadero.

La conciencia del pecado y los sentimientos de culpabilidad dan su sello a la imagen del hombre en el único caso en que, por falta de la experiencia necesaria y por temor a la desmesura, los responsables de la evolución de los símbolos pongan al yo existencial en el lugar del Ser esencial que no quieren re-

conocer ni aun cuando alguna vez hayan tenido la experiencia.

Es necesario abandonar una tradición que nos extravía. El temor de un exceso de soberbia los intimida cuando debían tomar orgullosamente conciencia de la presencia fundamental en el hombre del Ser esencial divino. Sitúan al hombre en la teoría de una antropología equivocada por su estrechez de espíritu, manteniéndolo prácticamente bajo un sentimiento de inferioridad. La tradición negativa en que han sido criados les impide confesar, aun cuando hayan tenido una gran experiencia y se hayan sentido otros, que de esa manera han adquirido un rango humano superior al de aquellos otros que no han tenido esa experiencia o que no han sido cambiados por ella. ¿Un rango superior? ¿No es eso una desmesura? Sí, ciertamente, si aquel que ha tenido la experiencia del SER atribuye ese "más" a su yo existencial y le supone ese mérito. Pero si como persona se atreve a ver en ese "ser más" un don del SER, lo tratará con sabiduría y, sobre todo, estará en situación de ayudar en su búsqueda a aquellos que también por su parte están en ella. Un hombre es culpable si deja de lado aquello que es en esencia y si, encontrándolo, lo desconoce. Pero aquel que acoge este regalo con alegría, como una misión confiada a su responsabilidad, no es culpable. Este busca la realización de lo que ha conocido como aquella promesa presente en cada uno de nosotros del reino que no es de este mundo, del reino del que todos somos hijos y ciudadanos.

Dos fuerzas antagónicas obran en todo hombre: el elán del Ser esencial que quiere manifestarse en el mundo y el despotismo del yo, cuya voluntad de sobrevivir y cuya conciencia de su valor, el temor de sufrir y la necesidad de placer, se oponen a la voluntad del Ser esencial. La irrupción hacia su propio Ser en la experiencia del SER puede tener así dos caras. Puede liberar al hombre de su triple sufrimiento al sentir por la primera vez que su centro no es el yo que le trae el temor, el desaliento y la tristeza. Esta irrupción puede ser también, sim-

plemente, la luminosa experiencia del Ser presente en nosotros y de su promesa, sin que hayamos sufrido una verdadera angustia. Horas de felicidad, experiencias de la gracia innata en y por nuestro Ser esencial, momentos de una metamorfosis del hombre entero. En un instante, sin motivo alguno, el hombre se siente otro y alrededor suyo los seres y las cosas bañados por otra luz que surge desde otro centro.

Es importante saber que son posibles estas dos eventualidades: unas experiencias del SER que nos liberan del sufrimiento y otras en que, simplemente como un don gratuito, el SER esencial penetra la conciencia profunda como un rayo venido de otro mundo que todo lo ilumina con una claridad diferente. Esta irrupción repentina se encuentra ya en los contactos del SER en que sin sufrimiento alguno el soplo divino se hace sentir súbitamente. Al recordar estas situaciones se descubre, es cierto, que la mayor parte de las veces momentos dolorosos han precedido el contacto con el SER, momentos en que renunciamos a algo a que estábamos apegados, en que lo inaceptable casi nos ha quebrado, noches de lágrimas y de tristeza frente al absurdo o a la injusticia del mundo. Delante de la virtud los dioses han colocado la necesidad del mérito: antes de entrar al reino, el abandono de todo lo que el ciudadano de este mundo posee.

Los Criterios de la Experiencia Auténtica

La realidad que se conoce en la experiencia del SER sobrepasa el entendimiento del yo profano, parece aún paradojal a éste, sale del terreno de la simple creencia y se suma al saber del hombre como un conocimiento de un orden particular. Estas experiencias se producen más comúnmente de lo que se supone de ordinario, pero es necesario sin embargo haber alcanzado un cierto nivel para reconocerlas, sentirse en ellas y aceptar el compromiso que exigen. Es legítimo entonces preguntar-

se: ¿de dónde sacamos la certeza de haber adquirido un saber válido, de no ser víctimas de la ilusión o de la proyección de nuestros deseos y esperanzas subjetivos? ¿Cuáles son los criterios que nos permiten pensar que estas experiencias son verdaderas, de una otra dimensión, experiencias del SER en consecuencia? Podemos al respecto tomar cinco criterios:

1. La naturaleza de su cualidad, imposible de confundir con otras experiencias.
2. El brillo especial que le va unido.
3. La transformación que produce.
4. El surgimiento de una nueva conciencia.
5. La intervención del enemigo.

1. La calidad numinosa

A toda experiencia e incluso a todo contacto del SER, pertenece la calidad específica de lo numinoso: lo numinoso hace sentir en lo que se ha experimentado, por sutilmente que sea y a través del velo de los hechos inmediatos que ocupan el primer plano de la conciencia, la presencia de la Vida que gobierna sobre todo las cosas. Nos toca y nos envuelve de un "aura" especial que a través de la cubierta de los hechos empíricos y de sus marcados contornos, hace surgir en la conciencia profunda algo que a la vez trasciende el mundo de los hechos y deja hablar a través suyo al Ser esencial de todas las cosas. En la medida en que el hombre se detiene en los objetos conocidos o en que define la realidad del mundo, de acuerdo al orden cuyas relaciones vive con más o menos detalles, pierde de vista la realidad vibrante de la VIDA siempre imposible de definir. En otros términos, la fuerza regeneradora y vivificante presente en el TODO que anima y agranda el horizonte, no penetra su conciencia profunda. Pero como esta presencia constituye en el mundo y en el lenguaje de la individualidad el núcleo de todo ser humano, no puede ser mantenida siempre en la sombra. Al-

gún día se rebela, liberándose e iluminando la conciencia de una nueva claridad.

La calidad de lo numinoso es aquella que, sin error ni confusión posibles, revela a la conciencia humana la presencia de una otra realidad. Ninguna palabra puede describirla, no se la puede encasillar en parte alguna. Esta otra realidad hace absurda cualquier palabra, cualquier concepto, cualquier imagen. No se trata de un superlativo de lo bello o de lo bueno. Es algo distinto que puede surgir con cualquier sentimiento del mundo, con cualquier estado de ánimo, con cualquier cualidad, en otras palabras, con cualquier contenido de la conciencia, pero bajo una condición: que sea transparente a aquello otro imposible de describir que nos afecta por su calidad de numinoso.

Lo numinoso impregna toda experiencia religiosa. No existe en alemán una expresión correspondiente a ello. La palabra "santo" no expresa todo su sentido. El francés (y también el castellano) tiene dos expresiones diferentes: "santo" y "sagrado", el "sanctum" y el "sacrum". Podría decirse "lo santo y lo sagrado". La noción de santidad en nuestra tradición, está ligada a una persona, la persona de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de la Santa Virgen o de los santos. Parece hoy día que el alejamiento de la religión ha hecho a nuestros contemporáneos desconfiados respecto de lo numinoso y lo sagrado. Se trata de recuperar la sencillez hacia la experiencia de lo numinoso. Más aún, es necesario darle el rango que merece en la jerarquía de las cualidades perceptibles.

El concepto de lo numinoso cubre un dominio más vasto que el de lo sagrado. En él resuena la doble cualidad de la trascendencia que puede ser también la de las tinieblas. Lo que es cruel, aterrador, fantástico, diabólico, tiene también una calidad numinosa. Esta calidad puede atribuirse a todo. Se la puede encontrar en la naturaleza, en el encuentro con otro ser, en la danza, en el erotismo, en el arte (en aquellos instantes en que, por ejemplo, la palabra bello ya no basta). Siempre, como

R. Otto lo ha mostrado en relación a lo sagrado, en esos casos somos tocados por un "tremendum" y un "fascinosum". Como lo ha dicho C. G. Jung, algo aquí nos "subyuga". Poderes de atracción, como también de repulsión, nos conmueven más allá del espacio del yo profano y nos trasladan a otra dimensión que trasciende el horizonte del yo. Lo que allí nos espera puede aniquilar o salvar, nos puede enajenar o liberar, pero, de una u otra manera, el contacto con lo numinoso nos lleva siempre más allá de nosotros mismos.

La inquietante ambivalencia de lo numinoso se cuela y produce problemas al trabajo del maestro, mensajero trasmisor de la promesa y también destructor de todo lo que le estorba en el camino. La atmósfera a su alrededor está llena de amenazas. La amenaza de aniquilación del viejo yo que contiene al mismo tiempo la promesa de un nuevo estado. Orientado hacia lo numinoso, la voz iniciática es siempre alarmante, llena de peligros y de promesas.

Lo numinoso forma parte de las cualidades fundamentales de las vivencias infantiles. La vida en el niño se conserva aún sin rupturas ni divisiones. Cuando la conciencia objetiva y su centro, es decir, cuando ella misma y el yo conciente de sí y de su universo comienzan a despertar y a crecer, la unidad que sostiene, anima y protege la vida logra todavía guardar al margen de la conciencia esta cualidad de las impresiones vividas. Subsiste más tarde en la memoria de mucha gente como el "brillo de la infancia". En tanto que la conciencia objetiva racional que crea el "hecho", fija los conceptos y se orienta por el orden que elabora, no se desarrolle todavía, el conjunto de las impresiones permanece fundamentalmente empapada, como en los pueblos primitivos, de algo maravillosamente acogedor. El desarrollo de la conciencia objetiva, racional y pragmática va a unas con la desaparición de este estado interior cuyo recuerdo queda después como aquél del hechizo de la infancia. Sin embargo, la aparición de la conciencia que hace

cambiar de un solo golpe lo que le rodea haciendo un mundo que responde a la pregunta de "¿qué es eso?", en el hombre que define lo que vive y le da un nombre, creando así los hechos, puede hacer surgir un algo con el brillo de lo numinoso en el propio terreno de los nuevos descubrimientos. Es así que el niño vive alternativamente dos clases de milagros. Por un lado, sobre el telón de fondo del Todo aún indiferenciado puede vivir el milagro del mundo objetivo que, al mismo tiempo que el yo, nace poco a poco con toda la magia que contiene. Por el otro, aparece el milagro cuando sobre el fondo de los múltiples hechos que constituyen el mundo, vive todavía desde el interior lo maravilloso del Todo, envolviendo y penetrando con su aura numinosa todo lo que el niño experimenta (X).

2. *El Brillo o Resplandor*

Aquel que ha sido tocado por el SER y que lo ha acogido, posee un resplandor especial, particularmente cuando acaba de tener la experiencia y también después, en cuanto permanezca acogido a su influencia. Este brillo hace perceptible una fuerza que trasciende la perspectiva de nuestra conciencia ordinaria. La aureola no es una invención de los pintores sagrados. Los hombres de gran transparencia poseen un resplandor que alcanza a fenómenos concretos de luminosidad, según se ha confirmado muchas veces. Que una óptica especial sea necesaria para advertirlos, no cambia la realidad. Una realidad tangible permanece como tal aun cuando exija para percibirla un sentido diferente. El sentido que nos permite percibir esta cualidad luminosa puede ser desarrollado. Es necesario, sin embargo, si se trabaja en el Camino, distinguir los rayos de una luz sin relieve, nacida de condiciones profanas —alegría o sufrimiento en el mundo— de aquellos otros cuya fuente es el contacto o el soplo del SER que hace aparecer otra dimen-

sión. Esta luz de origen trascendente escapa a nuestra facultad de visión ordinaria, lo mismo que ciertas frecuencias de vibraciones están más allá de la capacidad del oído normal. La percepción de esta luz no exige un aumento cuantitativo de la visión habitual, sino el desarrollo de una percepción potencial de otra naturaleza. La educación de esta potencialidad supone otro nivel de conciencia. Hay gentes ciegas o sordas al SER. Hay otros, en cambio, que pueden percibir en ellos mismos o en otros este brillo invisible. Personas inteligentes son a veces sordas al SER, mientras que otras menos desarrolladas intelectualmente tienen una gran sensibilidad a su respecto. La sutilidad de las almas es diferente de la claridad intelectual.

Lo mismo que la cualidad numinosa no es un superlativo de una cualidad propia de la sensibilidad ordinaria, el brillo luminoso del SER no es tampoco un fenómeno óptico en el sentido habitual de este término. Es un aura que manifiesta la presencia de otra dimensión. Indica en quien la percibe un cierto nivel y supone una cierta transparencia. Para quien es sensible a este aura, la presencia de un hombre en que obra el SER cambia la atmósfera que le rodea. El conjunto de esta atmósfera, comprendidos luz, sonido, olor y aún el tacto en tanto que medio de sensaciones, adquiere una naturaleza especial, una transparencia particular. Por la inversa, el aire que rodea una persona materialista, su aura en consecuencia, será de alguna manera impenetrable, pastosa, viscosa, sin tonalidades ni vibraciones, espiritualmente vacía. La fuerza vivificante, la plenitud y el sabor, así como la profundidad, están ausentes.

El resplandor es distinto de la radiación. Hay una radiación feliz. La vemos, por ejemplo, en una niña joven que desconociendo aún la maldad del mundo, avanza en la vida inocentemente, sin preocupación. El hecho de sentirse intuitivamente llena de una vida que aún no está presente sino por sus solas promesas, le presta esta radiación especial. Estas personas jóvenes son especialmente sensibles en la época en que la

conciencia objetiva, definidora, comienza a tejer su velo de ignorancia alrededor de sus almas contemplativas, haciendo que en la obscuridad que se aproxima, el SER brille con una intensidad singular. Esta luz palidece cuando el saber profano se endurece y el orden establecido toma el lugar de lo vivencial. El adulto, perdido en un mundo que aprehende objetivamente, vive la mayor parte del tiempo alejado de la luz del SER. La claridad de mediodía de su conciencia profana no le permite ver la suave luz de las estrellas, que es la del SER.

Todas las cosas, las plantas, los árboles, las piedras y aun los hombres, tienen su radiación. Es, de alguna manera, la emanación de una fina substancia material. Su naturaleza, así como la atmósfera que rodea no importa que objeto, dependen de circunstancias de distinto orden. En este sentido las cosas, los seres, los lugares poseen cada uno su propia radiación. La de la vida difiere de la de la muerte. Lo viejo resplandece de una manera distinta que lo nuevo, la enfermedad que la salud. Cada color tiene su radiación particular. La atmósfera que rodea los objetos depende de este conjunto de vibraciones. La de un cuarto acogedor, por ejemplo, comparada con la de un laboratorio. La sensibilidad para percibir las diversas clases de radiación difiere según los individuos.

El brillo inherente a la transparencia por el contacto o por la ausencia de contacto con el SER, es una cosa especial. Por él, la VIDA misma nos toca en un lenguaje cada vez diferente, pero cuya tonalidad es siempre la misma. Tiene siempre un carácter de pureza, de frescor y de profundidad como si la eterna juventud del SER, cuya transparencia podemos percibir, se hiciera sensible. El ejemplo más emocionante es la transfiguración del rostro en el momento de la muerte. Su claridad en ese momento es una clase de reflejo del infinito. La luz del Ser esencial lo ilumina. Solamente a continuación viene el trastornante paso hacia la muerte real, hacia el cadáver. El cuerpo se comprime, se reduce, se agota; como cadáver ya no es un hombre. La transparencia ha desaparecido. El cuerpo ceroso,

sin vida frente a nosotros, ya no responde ni a lo interno ni a lo externo. Al desintegrarse despide el olor de la descomposición.

La presencia del SER que se percibe en el instante mismo, gracias a la transparencia del momento de la muerte, se muestra en esta transfiguración pasajera que precede a la muerte total.

El resplandor que viene del SER no puede ser localizado. Está fuera de toda objetivación. Es por ello que no puede ser percibido por la conciencia que define y limita. Por este motivo, aquel que está cogido por las trabas de la conciencia racional, el médico por ejemplo, que no hace sino constatar la muerte, no ve la transfiguración. Podrá hablar, quizá, de facciones relajadas, de expresión tranquila, pero se detiene en la superficie de lo finito y contingente. La profundidad del SER que precede y trasciende todo lo contingente, la majestad de lo divino que se manifiesta en estos casos, no le son accesibles. El resplandor del SER no se abre a nosotros sino en el encuentro de Ser esencial a Ser esencial. Cada vez que nos roza, el corazón de nuestra verdadera naturaleza se siente llamado - llamado y presente.

Existe también un resplandor de las tinieblas, pero éste no es el que negativamente irradia un ser desgraciado o irritado, ansioso o ausente. Un resplandor negro de carácter trascendente, angustiante, como una presencia maléfica, destructora en el sentido sobrenatural, diabólica en suma, parece impregnar el aire. Se trata del placer de destruir, de un no sarcástico, supradimensional a todo lo que es plenitud, sentido, amor. Este resplandor aniquilante emana de hombres, de cosas, de lugares poseídos por el poder de las tinieblas.

En el camino de la iniciación importa desarrollar tanto como la percepción del resplandor positivo, el órgano sensible al resplandor de la trascendencia negativa. Si se ha comenzado el camino, es necesario, sobre todo, aprender a reconocer su

propia afinidad con esta última trascendencia: la atracción secreta del mal, el adversario en nosotros, este principio que fundamentalmente discute o aniquila la Vida en su triple unidad de plenitud, sentido y unidad. El hombre contiene en sí al demonio. Reconociéndolo solamente, podrá llegar a ser la fuerza que, queriendo el mal, haga el bien. Aquellos que son llamados por el Espíritu también sienten la trascendencia arcaica negativa, la tentación de la "Gran Madre" que amenaza al espíritu.

Pero existe además un resplandor falso cuyo origen no es del Ser esencial sino del yo engañador que ha tomado su lugar. Esta falsa claridad es la de una luz luciferina que deslumbra sin claridad. Se parece mucho al verdadero resplandor, pero es fundamentalmente diferente. Para ser capaz de distinguir de manera segura la luz luciferina de la verdadera, es necesario estar presente por el Ser esencial. El hombre todavía cogido por el yo profano se deja fácilmente engañar por la luz falsa. Tiene algo de seducción que arrastra al yo profano para corromperlo. Es una luz fría, sin corazón. Fascina como una promesa, pero no es sino engaño y mentira, trivialidad y presunción.

Los hombres de quienes emana este falso resplandor eran al comienzo los portadores de la luz del Ser esencial. Pero, porque usurparon para sí mismos el lugar del SER que se contenía en ellos, éste no pudo surgir. El espacio entre ellos mismos y su naturaleza profunda no ha sido purificado. Están invadidos por un yo impregnado de sí mismo, ávido de prestigio y de poder, que impide al hombre realizarse. Su mirada brillante, atraviesa y succiona a la vez. Detrás de una aparente plenitud se adivina la indigencia de la vacuidad. Bajo la falsificación del contacto y del calor, se disimula un carácter frío y distante, una soledad congelada en que la indiscreta insistencia con que buscan captar la confianza, esconde el peligro del asesino disfrazado como amigo. Sin embargo, la mirada encantadora de los hombres de este tipo, sus gestos amables y sobre todo su sonrisa acogedora, hacen de ellos seductores natos.

¿Existe prueba más sólida de la autenticidad de una "experiencia" que la transformación a que ella da origen? La experiencia, para aquel que la prueba, como un relámpago muestra el mundo bajo otra luz y le confiere la decisión y la fuerza para comenzar una nueva vida diferente de la que ha llevado hasta entonces.

¿Se encuentra en la humanidad sufriente algo que merezca mejor el calificativo de "verdadero" que la metamorfosis de un hombre débil en otro que no teme la muerte o ver a un desesperado por el absurdo y la injusticia presentir a través de ese absurdo un sentido más alto o uno que anonadado por la pena y la soledad sienta en su aislamiento una inmensa protección? ¿Cómo recusar transformaciones semejantes que conducen a un comportamiento, a un conocimiento y a experiencias supranaturales de indubitable realidad que por su naturaleza sólo pueden calificarse como de sobrenaturales?

La otra dimensión, la de la realidad trascendente, no aparece como una redención solamente en la miseria humana extrema, también en la plenitud que libera de la angustia frente a la destrucción, en el sentido de un orden sobrenatural que libera de la desesperación frente al absurdo y en los lazos con la unidad del Todo que salvan al desamparado de su desolación. Igualmente es la realidad cuya ocurrencia cambia totalmente al hombre que ha vivido solamente de su yo profano, satisfecho de su valor y de su orden. Aquello que le parecía estable y seguro se le muestra ahora construido sobre la arena; lo que primeramente se le mostraba como razonable se le aparece como falto de sentido; pone en tela de juicio la comunidad que lo protegía y sus vínculos de afecto.

Aquel que ha sido tocado por el SER, lanza por la borda todas sus ideas anteriores sobre la vida. Su sana conciencia anterior se le muestra solamente como una fachada detrás de la

cual se ocultaban el temor, la mentira y la culpabilidad. Sobre todo los valores, aquellos que todo hombre y no sólo el egoísta ha aceptado de perfecta buena fe, le parecen ahora objetables en su relación al Ser esencial. Objeta estos valores ante todo, porque, empeñado ahora inevitablemente en el abandono de lo devenido, rechaza toda posición fija, y también porque tales valores pueden apartarlo de la exigencia fundamental del SER cuya triple unidad debe manifestar en el mundo por una perpetua transformación.

El hombre debe, por su propio esfuerzo, soportar la existencia, darle un sentido e incorporarse y sostener una comunidad. Pero en la misma medida en que busque establecerse y asegurarse en ella en una forma definitiva, encontrará, en cuanto esté abierto al SER, exigencias que le trastornarán sin consideración. Para el cristiano, más que una liberación de su sufrimiento existencial, el criterio decisivo de la realidad de las experiencias del SER será un llamado a seguirlas, es decir, a abrirse activamente al reino que no es de este mundo. En el mundo tenía temor. Renunciando a su yo, acepta la destrucción y la muerte y vive en el reino donde la muerte no tiene cabida. Si acepta el absurdo y el dolor de la extrema injusticia —es decir, lo que el yo existencial no puede admitir— y permite que las tinieblas se le acerquen, la luz que está más allá de este mundo lo ilumina. Y, cuando finalmente sufre la soledad total, aquella que no se puede vivir, la unidad supraterrestre lo acoge en el seno del amor del SER que redime. Cualquiera que sea la forma en que el cristiano conciba la redención por los sufrimientos y la muerte de Cristo, hay una manera de comprenderla tomando en serio las palabras: "mi reino no es de este mundo", "Uds. son mis amigos", "yo os he dado el ejemplo". Si el cristiano sigue el ejemplo de Cristo aceptando lo inaceptable, por esta imitación concreta se siente salvado de las consecuencias de su separación del SER. Aceptando la gracia innata, la encuentra en el corazón de su Ser esencial. Abando-

nando todas las exigencias de su yo existencial relativas a la estabilidad, al sentido y a la protección, vive en la beatitud de su Ser sobrenatural escondido, por el cual nunca ha cesado de ser salvado.

Saber por cuanto tiempo un hombre puede permanecer en el estado de liberación que le es concedido en la experiencia del SER, es una cosa diferente. Es también posible preguntarse en qué difiere esta interpretación de la redención por el Cristo, de aquella otra de la teología tradicional. En la medida en que no se tenga en cuenta sino al hombre natural y en que, por otra parte, no se quiera ver el milagro, estas interpretaciones no pueden conciliarse. Pero si el teólogo admite el "núcleo del hombre" como un más allá de sí mismo, como el "Verbo" innato en él, no tiene razón ya para excluir las posibilidades humanas de la experiencia transformadora del Verbo. Admitirlo, es echar el puente para la comprensión de aquello que el Cristo dio al hombre, el puente de que todo depende para una generación que busca una base para su vida religiosa, pero que no quiere oír hablar de milagro en el sentido existencial. La experiencia del SER salva esta oposición entre el hombre racional y aquel que cree en el milagro.

4. El Nacimiento de una Nueva Conciencia

Toda experiencia auténtica del SER contiene la alegría de sentirse libre de los límites estrechos y de la indigencia frente a todo lo contingente del mundo. Por ello mismo trae la felicidad propia de una plenitud insospechada, de un sentido infinito y de una protección sobrenatural. Tal experiencia no es auténtica, sin embargo, sino cuando va acompañada del nacimiento o de la renovación de la conciencia en el Ser esencial. No es, por lo tanto, sólo una liberación sino también un compromiso ineludible que prepara para una nueva vida en adelan-

te penetrada y determinada por el "camino interior". Por camino de transformación entendemos la actitud gracias a la cual el hombre puede cada vez más manifestar y servir aquello que la experiencia del SER le ha hecho conocer por un instante como el sentido y la plenitud esenciales. Es el compromiso con el camino iniciático. La conciencia despierta es aquí la conciencia absoluta.

Existen tres formas de conciencia: la primera, la conciencia infantil nace del temor al castigo. Esta conciencia tiene mucha más energía que lo que ordinariamente se supone. El temor al infierno, el miedo a las consecuencias de una vida perversa o falsa, la "conciencia kármica", forman parte de ella.

La segunda conciencia se siente como la voz del medio a que se pertenece. "El ser de todos es el deber de cada uno"[1]. La identificación incondicional con un hombre, una comunidad, una causa o una obra, manifiesta las amarras y la obligación por el remordimiento de la conciencia cuando no se actúa automáticamente de acuerdo con sus directivas, se las traiciona, o se les es infiel. "La fidelidad es el sello del honor", dijo Hindenburg. Por la infidelidad se pierde el honor y con ello la existencia, es decir, la identidad como miembro de un grupo. La fidelidad de sus miembros es la condición y el criterio acerca de su pertenencia al grupo.

La tercera conciencia es la conciencia absoluta. Se la prueba cuando una instancia más alta obliga a hacer algo que la primera conciencia no considera y que la segunda rechaza porque podría, si se presenta el caso, exigir una infidelidad, una traición o un escándalo. Esta conciencia manifiesta imperativamente la exigencia del Ser esencial que anula todo vínculo y toda obligación existenciales: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos". La experiencia del SER saca a esta

1 Cf. "Psychologie de la communauté". Nouvelles Etudes. Psychologiques, 1926.

conciencia a la plena luz. Cuando toma posesión en un hombre ella es el testigo de la presencia del SER.

La obediencia a la conciencia absoluta no se refiere ya al viejo conflicto entre los impulsos y los deberes. Sólo afecta al que existe entre el deber que se funda en la "tendencia de nuestro Ser esencial" y nuestros propios impulsos y el que existe entre los deberes para con el mundo y los deberes para con nuestro Ser esencial. La experiencia y la educación de esta conciencia son parte necesaria del "camino de la iniciación".

5. La Intervención del Enemigo

Curiosamente, nunca falta en la experiencia del SER la aparición de su enemigo. Donde quiera que se manifieste el Ser esencial, surge el mundo antagonista. El enemigo es una fuerza que contrarresta o destruye la vida querida por Dios. Mientras más clara es la orientación hacia lo sobrenatural, mientras más determinado el hombre está a su servicio, más seguro es que encuentre al enemigo al frente, encarnizado en apartarlo del camino justo. No se trata de una leyenda piadosa, sino de un hecho de la experiencia que no se puede explicar lógicamente. Desde el momento en que un hombre recibe la gracia de una experiencia del SER, algo aparece para turbar en las horas que siguen el estado de beatitud a que lo ha transportado esa experiencia que libera y compromete. No se trata de una compensación psicológica que, por la ley de equilibrio, hace que a la alegría desbordante siga una depresión o un estado de tristeza debido a una exuberancia que las circunstancias no justificaban. La oposición viene de afuera. El golpe se recibe del exterior: agresión, noticia triste, ofensa, accidente. A lo anterior se agrega la formidable tentación de contar: "Cuando el corazón está lleno, desborda por la boca". Helás. ¡Ay de mí! Porque el secreto bienhechor vive sólo en lo íntimo. Si

rompiendo el silencio se le da a conocer, la beatitud se desvanece.

Un ejemplo universal de esta acción del enemigo son las drogas. No es un simple azar que, justamente en este momento y no antes, cuando el Occidente y particularmente su juventud se abre por la primera vez y en un amplio frente a la experiencia del SER, haya surgido el enemigo proponiéndole las drogas. "Mira tú, puedes tener mucho más fácilmente impresiones maravillosas. Un poco de esta droga y lo conseguirás sin trabajo alguno". Y la juventud se deja seducir por la tentación de obtener sin esfuerzo experiencias agradables en lugar de recurrir al trabajo interior, es decir, al esfuerzo. Porque es solamente por este trabajo interior que se puede alcanzar legítimamente, siguendo un proceso de transformación, lo que las drogas prometen otorgar sin dificultades por medios ilegítimos: una ampliación de la conciencia ordinaria que hace posible experimentar lo sobrenatural en su plenitud liberadora y creadora.

Transparencia

Toda experiencia del SER implica un cambio que se siente repentinamente como una obligación. La transformación preparada y exigida por la experiencia del SER tiene por objeto la gran transparencia, la transparencia a la trascendencia que habita en todo hombre. La transparencia es una disposición del espíritu que hace al hombre accesible al SER sobrenatural presente en su Ser esencial y le permite dejarlo transparentarse a su través, en su universo. Hace del hombre por primera vez una *persona*.

El SER, fuerza, creación y luz, trinidad que en la vida engendra la plenitud, la forma y la unidad, aparece en el estado de transparencia tan pronto destacando uno como el otro de estos aspectos.

Bajo estos tres aspectos la radiación del SER toca a cada uno de nosotros diferentemente de una manera correspondiente a su grado de madurez. Se hace verdaderamente perceptible y palpable de una manera especial sólo en el movimiento de intercambio entre estas tres formas en que se revela al espíritu humano. El espíritu humano receptivo es ya una manera de manifestación del SER, porque una inteligencia solamente existencial estará siempre cerrada a lo sobrenatural. Así, la toma de conciencia del SER en la triple unidad de sus formas no es sólo una visión humana sino, si así pudiera decirse, es un encuentro del SER consigo mismo en la conciencia del hombre. En este encuentro consigo mismo el SER se manifiesta de una manera humana teniendo para el hombre hasta entonces sujeto a su conciencia objetiva un carácter liberador y creador (X).

Cuando el SER penetra la conciencia como plenitud, el estado de transparencia es percibido como la fuerza de la presencia del SER en su resplandeciente poder creador. El hombre que lo vive percibe el elán vital divino en la abundancia de Vida que lo envuelve tanto como una regeneración y una creación de formas, cuanto como las fuerzas de lo profundo que lo protegen y lo hacen renacer. Este elán vital se vive como de una potencia infinita que al tomar posesión de la conciencia íntima, hace estallar sus límites. La verdadera experiencia del SER es sentida por el hombre, independientemente de su estado en el mundo, caracterizándose justamente por la ausencia de toda relación o correspondencia con la existencia condicionada por el espacio y por el tiempo. La plenitud del SER puede ser sentida precisamente en su potencia, su riqueza y su fuerza, en los momentos de mayor desvalimiento, debilidad e impotencia. De igual manera, el principio creador de sentido que tiene el SER nos alcanza en aquellos instantes en que el absurdo es verdaderamente desesperante; y llena la más íntima conciencia con su unidad que acoge y protege cuando el esta-

do de abandono y de soledad están en su máximo. De esta manera la transparencia verdadera representa la victoria sobre el mundo, sobre sus peligros, sobre sus absurdos y sobre su crueldad y también sobre sus correspondientes estados de angustia, de desesperación y de miseria. La transparencia a la VIDA sobrenatural es el "niño" que nace con cada morir de la transformación que renueva y al llegar la muerte física aporta al hombre el esplendor de la gran VIDA que viene hacia él.

La experiencia del SER es la estrella alrededor de la cual gira la vida espiritual de todas las religiones. Cualquiera que sea su nombre o las imágenes particulares con que integre los postulados de cada tradición espiritual o religiosa, o la profundidad, la duración o la diversidad de sus matices, se le llame Satori, Samadhi o Presencia Divina (Presentia Dei), el núcleo será siempre el mismo. Siempre y en todas partes la experiencia existe. Puede ser una vivencia pasajera o un acontecimiento que marque al hombre con un sello nuevo y definitivo. Puede encontrársele en forma de estados efímeros o persistentes que pueden ser de unas horas o de días. De acuerdo a la aceptación o el grado de madurez de un sujeto, puede ser un abrir y cerrar de ojos en la ensoñación de la conciencia objetiva o el despertar definitivo a una nueva visión del mundo. Pero una iluminación, única o repetida, más breve o más durable, no hace todavía un iluminado. Un estado de gracia no hace al hombre transformado por esa gracia. Es necesario, pues, distinguir entre la experiencia y el camino iniciático que aquélla prepara. El camino iniciático hace de la experiencia el eje de la existencia y acoge lo que ha sido experimentado como un llamado a la transformación.

CAPITULO IV

EL CAMINO

Experiencia del SER y Transformación

Cuando adviene al hombre una experiencia del SER sobrenatural, la transformación que ella representa puede traerle un viraje de ciento ochenta grados en el sentido de su vida. El eje de su vida que era la existencia humana natural, pasa ahora a un centro que sobre el telón de fondo de su existencia profana lo siente como un SER divino sobrenatural. Pero para entrar al camino, es necesario que el hombre atribuya a la experiencia una profunda importancia acogiéndola por entero a fin de que sea el motor de una nueva vida. Por lo sobrenatural que ha experimentado, el hombre se siente en adelante alimentado y sostenido, formado y llamado, dirigido y protegido, envuelto en una VIDA que constituye su propio Ser esencial.

La experiencia auténtica no se manifiesta y cumple sino por el obedecimiento al llamado a la transformación en el sentido en que durante un instante lo ha percibido en la experiencia. El hombre se siente entonces guiado más y más por la realidad del SER sobrenatural que no solamente lo llena, también le exige un riguroso compromiso, lo colma de felicidad, pero también de una nueva responsabilidad. Por este SER se sabe repentinamente destinado y llamado a descubrir en un sentido más profundo de conocimiento, de amor y de creatividad, a sí mismo y al mundo y a cambiarlos integralmente. Su vida no será ya presionada y dividida entre, por un lado, las

tentaciones y exigencias del mundo, y, por el otro, el temor o la necesidad de obediencia a un Dios lejano. Está sobre el Camino que lleva a una liberación creciente de la fuerza divina que le habita. Ahora, surgida en él, esta fuerza lo libera no sólo de las angustias de su existencia. También lo hace capaz de la *transformación creadora* querida por Dios, del mundo que le ha sido confiado.

La experiencia de unidad con el SER y de nuestro origen celeste percibidos en una hora luminosa de nuestra vida, no es solamente el comienzo ni el objeto posibles del Camino de transformación del hombre, cuyo fin es la transparencia cada vez mayor del SER presente en su naturaleza esencial. El fin de la gran experiencia en la que "se extingue" el yo, no es la total disolución de éste sino su transformación. Esta es la tarea del camino interior. En este Camino el hombre debe aprender sin cesar, en medio de "lo exterior" a dar su justo lugar a "lo interior" tanto de sí mismo como de todas las cosas.

Mientras el SER y la propia esencia sean percibidas por el hombre sólo por su oposición al yo orientado y condicionado por el mundo, este hombre quedará bajo el dominio del yo existencial cuya conciencia conoce todo en pares de contrarios. Esta conciencia distingue ingenuamente en el SER y el mundo dos "alguna cosa" que ve en oposición y que siente como antagónicas. El verdadero fruto de la fusión del hombre con su Ser esencial es un nuevo modo de presencia existencial por la cual el SER más allá de los contrarios, el yo verdadero y la conciencia que lo acompaña, pasan a ser los criterios determinantes de la vida. La conciencia natural que subsiste, conserva su lugar en "lo profano" a la entrada del templo y desde allí ha de empeñarse en preparar y hacer fructificar la experiencia.

El dominio que ejerce la conciencia responsable de la oposición entre el mundo y el Ser esencial, es el resultado de un largo proceso en el devenir. La integración del mundo del

espacio y del tiempo con el mundo sobrenatural se realiza cuando el hombre alcanza finalmente su madurez como persona. El yo existencial se hace más y más transparente al Ser esencial y éste brilla cada vez más a través del yo profano. En la persona plenamente realizada en que se reúnen los polos contrarios, lo transparente y lo que se transparenta coinciden cada vez más. El hombre que lo vive puede decir de sí mismo: "el ojo que me ve y el ojo con que yo veo no son sino uno". Entonces, gracias a la transparencia, la trascendencia inmanente en nosotros se manifiesta en nuestra humanidad.

La realización de sí mismo no se cumple en el hombre de manera natural como en una planta. Es la respuesta activa al requerimiento "yo te he llamado por tu nombre porque tu eres mío". El llamado muy personal que la experiencia del SER hace al hombre en su individualidad única lo obliga a una nueva vida. Contiene también el llamado a retornar a la patria, pero uno y otro son claramente distintos. El hombre que se ha perdido en el mundo debe retornar a la casa del Padre pero ¿acaso para quedarse allí y ver desaparecer su individualidad propia? Ello sería oriental. Para nosotros occidentales y cristianos al retornar al hogar el hombre no pierde sino su yo equivocado para dar nacimiento al otro yo que será el testigo del Padre. Retornará al mundo como una persona a través de la cual resonará el llamado liberador y creador del SER (VI).

Pero ¿quién conoce su propio nombre? El hombre nunca llega a crecer hasta el nivel que le ha sido destinado. Debe primero descubrir su Ser esencial y el Camino de realización de sí mismo que por su esencia es su vocación. Para esta realización se le exige enseguida su cooperación responsable: sin ella no alcanzará la forma que le está reservada. Si no profundiza sin cesar su experiencia del SER, su esfuerzo no lo llevará a la forma justa. Esta forma justa de la transparencia buscada no es una estructura detenida. Es, en verdad, la fórmula del "nacer y morir" en la cual el hombre sacrifica siempre a la vida

en perpetua renovación todo lo logrado. Alcanzar por y vuelto hacia esa formula la madurez, esto es, una existencia consciente y una libertad personal, tal es la finalidad del Camino.

Camino Iniciático y Místico

El Camino cuyo fin es el verdadero yo del hombre transformado en testigo del SER en el mundo es el "camino iniciático" que abre las puertas del misterio. El misterio es precisamente la VIDA y el SER ocultos en todo lo que vive. Lo que constituye el Ser esencial de todas las cosas es su participación en ese SER. Es el Todo que todo lo abarca y cuya presencia da la vida a cada una de sus "partes". El Todo omnipresente habita en cada ser vivo de una manera individual y esta presencia habla y llama a cada uno, constituyendo su Ser esencial, el centro secreto alrededor del cual todo gira, del cual todo emana y cuya manifestación es su finalidad. Por la experiencia del SER este Todo que comprende el universo entero penetra la conciencia profunda. Atraviesa el cerco de sistemas en que la personalidad temerosamente se encierra y organiza, en su búsqueda independiente de realización de acuerdo al espíritu del mundo. Entonces comienza lo propiamente nuevo a abrirse al hombre como promesa y tarea que al servicio del SER lo transformarán. Para tal hombre, en adelante vuelto hacia el Uno, único necesario, renovándose sin cesar a su contacto, la vida girará alrededor de la experiencia.

Lo común entre el camino iniciático y el místico es el hecho que ambos giran alrededor del eje de la experiencia del SER. Esta última es y vive tanto en el camino iniciático como en el místico, como la luz de la vida y es siempre un don de la gracia que el hombre recibe sin haberla merecido. No se la puede "hacer". Pero sobre el camino iniciático, bajo la dirección de un maestro y por la fuerza de la experiencia, el as-

pirante trabaja constantemente en profundizarla, transformándose y perfeccionándose de acuerdo a su espíritu. Desde que sobrepasa el nivel natural donde el hombre "ignorante e inexperimentado" aun cuando sea altruista y bien intencionado vive y actúa siendo ciego al SER el aspirante se ejercita fielmente y con método a fin de lograr los peldaños siguientes. El nuevo grado lo alcanza cuando su relación con el Absoluto no se limita a los relámpagos ocasionales de experiencias eventuales para volver en seguida a la mera creencia. Esta relación debe llegar a ser una presencia de la trascendencia que cada día en mayor medida y conscientemente percibida, penetra al fin toda la personalidad. En el camino iniciático el hombre trabaja por crear la estructura durable de una actitud que aun en los gestos corporales más insignificantes favorezca y resguarde la transparencia a la trascendencia. La experiencia del SER será, bien entendido, un don imprevisible de la gracia. En el camino iniciático, sin embargo, el hombre adquiere el discernimiento de las condiciones que hacen posible su acción. Se hace más y más consciente de las resistencias que el mismo le opone y trabaja ejercitándose para fortalecer una disposición permanente que corresponda al don de la gracia. El camino lo mantiene en un constante movimiento de transformación que es ya testimonio de su unión con la VIDA universal (XI).

El Sentido del Camino

La transparencia que persigue el camino es diferente de la diafanidad prepersonal y primitiva que, por ejemplo en los niños, deja transparentar sin alteraciones la Gran VIDA. En todos los grados de conciencia algo vibra siempre de esta transparencia primitiva. Se manifiesta en el "si" a la vida cuya presencia inconsciente acompaña en el fondo toda vivencia. Este "si" expresa en el hombre, criatura consciente, el "elán vital" incons-

ciente que anima todo lo viviente dando el tono del acorde fundamental. La VIDA sobrenatural está allí presente como una fuerza llena de promesas que sostiene y nutre. Cuando el hombre se endurece en la independencia de su forma de existencia y no vibra ya con aquel acorde, el SER cesa de "vivificar" su crecimiento profundo. Entonces no hace más que vegetar en una forma carente de alma. Cuando por decepciones y frustraciones ese "si" a la vida se cambia inconscientemente por un rechazo, el hombre siente que pierde el suelo bajo sus pies. La depresión, la angustia o una clase de vértigo lo cogen. Tiene la impresión de ser aspirado por un vacío donde se ahoga y del que quisiera poder arrancar. Puede también sentir un agotamiento producto de la fatiga, la tristeza y el desorden o de perturbaciones nerviosas. Pero justamente el carácter totalmente negativo de lo que vive en aquellos momentos puede hacerlo tomar conciencia de lo que lo causa, es decir, de su separación del Ser esencial. Si en estos momentos tiene la intuición de la cualidad específica de profundidad del sufrimiento engendrado por esta separación de la vida sobrenatural, percibirá repentinamente la *presencia* de la Vida *en su ausencia misma*. Más de una vez la calidad numinosa ligada a este rechazo doloroso ha abierto el camino a un "si" renovado o, más aún, por la primera vez aceptado.

Para aquellos que no han sufrido la prueba, la aceptación es natural e inconsciente. La aceptación de la Vida íntimamente reencontrada, factor de una conciencia nueva, da al hombre tocado por la prueba la oportunidad de sentir la plenitud creadora del SER que gobierna y hacer crecer su vida. Pero aun en el hombre que naturalmente acepta la vida, el despertar a su Ser esencial puede cambiar también fundamentalmente el acento. En lugar del "si" natural y espontáneo que lo incorporaba a la armonía de la Vida, interviene una fuerza alada que lo lleva de otra manera diferente, pero que representa un terrible peligro. Por sobre las cumbres y los abismos ella lo lleva al último

extremo del precipicio. A cada instante corre el riesgo de ser arrastrado hacia las planicies del mundo natural o hacia las cimas espirituales en donde, arrancando a la tierra, tampoco tendrá el cielo. El "si" que se revela en el contacto con el SER y se afirma, siempre más claramente en el camino, hace brotar finalmente la presencia del gran "Yo soy". Cuando comienza a brillar, su llama ilumina con otra luz el paisaje de la vida.

El camino es la manera en que el hombre, aceptando el sufrimiento de su finitud, reanima sin cesar la chispa del infinito que vive en él. Es por este abrazo del infinito que aprende a reconocer la fórmula del devenir de su Ser esencial y comienza a morir y a nacer sin cesar, siempre de nuevo.

Pero no hay un crecimiento continuo a lo largo del camino espiritual. Nunca ese crecimiento es parejo. Comienza por una caída, y las trampas, las grietas, los obstáculos que debe sobrepasar, son innumerables. Desde lo alto de aquello "Otro", donde alcanza por un instante, el hombre cae de nuevo constantemente en la forma existencial de su yo natural. O, todavía más, emerge de las profundidades del misterio en la planicie de lo cotidiano. Cada vez debe cumplir una revolución total, un salto peligroso hacia el nivel de su Ser esencial. Es una vida azarosa de un modo particular, una vida que no conoce el reposo, pero que por el despego logra una paz bienhechora. En la aceptación como en la acción, sin oponer resistencia, el hombre obedece la ley de transformación. Esta nueva vida exige una personalidad diferente de aquella que el mundo reclama. Por ello el universo del hombre consagrado al camino iniciático es otro. Tan pronto el SER nace en él y comienza a transformarlo, su universo también se modifica.

El hombre conscientemente comprometido en el camino no solamente se siente a pesar de sus imperfecciones más y más ligado en lo profundo a lo divino, sino que también se siente marcado cada vez más por el sello de lo sobrenatural hacia lo cual se orienta. Dolorosamente toma conciencia

creciente de aquello que queda en él y que no pertenece a lo divino. Cada experiencia que lo lleva a la unión con lo divino lo hace sentir la inmensa distancia que todavía lo separa, en cuanto hombre que siempre debe volver a la prisión de su yo profano, de una forma de existencia que se conforme a lo sobrenatural. De esa manera progresa por la fuerza de las cosas tanto en el camino como al encuentro de la humildad.

En el camino nunca se llega. El signo del progreso hacia el fin consiste en verlo alejarse siempre, hasta que se comprende que el camino mismo es el fin, es decir, el estado que permite una progresión segura hacia el "morir y devenir" eternamente liberador y creador.

El camino que comienza con la experiencia del SER implica un abrirse paso siempre de nuevo hacia el Ser esencial. Hace al hombre capaz de sobrepasar lo devenido, abandonar lo conseguido, renunciar a lo engañoso a que el yo existencial se sujeta para seguir el juego del papel que representa en el mundo. Exige a veces liberarse hasta de los vínculos con actividades bienechoras conforme al SER. En el camino, porque lo transforma, el hombre es llamado sin descanso a nuevas tareas. Siendo otro, ve en adelante de otra manera y otras cosas. Lo cotidiano ya gastado aparece bajo una nueva luz. El contacto con el SER, cuyo encuentro inesperado espanta al hombre corriente, es cada vez más para él la fuente siempre surgente que lo purifica, lo nutre y regenera.

En el camino un acontecimiento primordial inherente a toda vida se hace más y más aparente. La plenitud indivisa de la unidad primordial entra consigo misma en una tensión de polaridad, se divide y diferencia en polos que tienden a ser autónomos. Al comienzo, la unidad que los comprende no se pierde completamente. Pero en la medida en que cada parte acentúa su independencia y su individualidad, la amenaza aumenta para el todo y para las partes que se encuentran

privadas de sus raíces. Las partes arriesgan encerrarse en ellas mismas y al confiarse a sus solas fuerzas pierden el vínculo original con el SER y con ello el fundamento mismo de su existencia. Es destino del hombre estar expuesto en mayor o menor medida a este peligro. Al nacer el yo independiente, se produce una separación fundamental. Por la conciencia racional que define, el yo se construye a sí mismo y construye un mundo hecho de distinciones teóricas y de constataciones prácticas. Se separa así de todo y se encuentra finalmente llevado a la prueba de la ruptura de su vínculo con el SER, después a la de su identificación con el "yo soy y quiero *mantenerme* como tal, *diferente* de lo otro y en seguridad *contra* él". Sin embargo, su esencia no ha sido nunca despojada de su unidad con el SER del cual sólo había perdido la conciencia. Por eso, en el umbral del camino iniciático se encuentra la nostalgia y la voluntad de abrirse de nuevo, por una nueva conciencia, a aquello a que bajo el velo de la conciencia objetiva el hombre pertenece por su esencia. La entrada a este camino se abre en el momento en que por una experiencia particular, el SER del cual se participa siempre en esencia, penetra a la existencia de la que se había separado dolorosamente. El tormento del Ser esencial rechazado cambia ahora por primera vez en una toma de conciencia llena de promesas y de felicidad por su liberación. Parece que esta separación inconsciente del Todo primordial, es siempre la condición necesaria para que surja en una conciencia la de una vida nueva regenerada de la cual la otra conciencia ahora sobrepasada le había privado.

Para el hombre que necesita hacerse autónomo, la fusión esencial ineludible con el SER entraña no obstante un peligro: arriesga no querer abandonar de nuevo esa patria original reencontrada en la unidad primordial. El SER, la Gran Madre, no le permite ya separarse de ella o lo llama siempre a su seno. El hombre se encuentra siempre dividido entre la fuerza que lo

empuja a la libertad de una forma independiente (Yang) y el retorno al seno materno protector primitivo (Yin). Para llegar a ser una persona de verdad, debe adquirir su autonomía y separarse del Todo primordial en el que el seno materno lo rodea y lo acoge. Pero para ser un hombre independiente y completo no debe jamás perder el contacto con la profundidad materna que lo nutre, ni siquiera en su independencia. Este tema esencial del devenir humano se repite en cada etapa de su evolución. Mientras más alto el nivel de esta evolución, mayor es la tensión así como la obligación de integrar la profundidad maternal con la autonomía viril a fin de restablecer la unidad humana original.

Las Resistencias al Camino

El hombre que se compromete firmemente en el camino iniciático no sospecha de los numerosos obstáculos que debe sobrepasar si desea mantenerle fidelidad. Mientras más avanza más dolorosas son las pruebas. El enemigo recurre a innumerables medios para detener al hombre en su búsqueda de la unidad de la vida creadora y liberadora y para impedirle dar testimonio en el mundo como lo desea el camino interior.

El objeto del camino es la VIDA. Todo lo que inmoviliza al hombre le resulta un obstáculo.

El sentido del camino es la realización de sí mismo por el Ser esencial y su objeto es la transparencia del hombre a este Ser. Todo lo que le dificulta esta transparencia le estorba y la obstinación del yo existencial –del yo existencial primario y también de la personalidad formada– es parte de estos obstáculos.

El camino tiende a una experiencia cada vez más profunda y a un testimonio cada vez más puro de la VIDA en su triple unidad, es decir, en su plenitud, en su orden y en su unidad. Toda etapa recorrida por el hombre en el curso de su

evolución natural, lo aleja de la realización de sí mismo. Aun las fases más precoces de su formación permanecen activas hasta el fin. El factor que ha sido la dominante desempeña su papel a todo lo largo de la sinfonía eternamente inconclusa de la vida. Pero cada etapa, como cada una de las cuerdas de un instrumento, da en el conjunto la nota que es suya. Si es muy fuerte estorba las vibraciones del Todo. De todas las etapas alcanzadas o recorridas vienen las resistencias y las regresiones de los impulsos, de los hábitos y de las actitudes antiguas que se aferran obstinadamente y que es necesario sobrepasar.

Se presenta primero la resistencia tan difícil de vencer del yo primario que comprende el lado animal del hombre. Su subestimación es un obstáculo constante a la espiritualidad, pero un rechazo total de este aspecto priva de savia al crecimiento en el camino. El yo primario se manifiesta sobre todo en la búsqueda de seguridad. Muy desarrollada esta tendencia inconsciente es contraria al sentido del camino; sin embargo, su ausencia completa impide el progreso. Del yo primario surge también el apego a la colectividad primitiva todavía dominada por la Gran Madre arcaica. Esta resistencia al camino es a menudo difícil de discernir. Se expresa lo más corrientemente por deseos y aspiraciones que parecen naturales hacia la intimidad de un círculo, de una comunidad, de una iglesia, de un monasterio, de un valle de paz. Con exteriores legítimos son maneras de faltar al camino cuando bajo la suposición que pueden ayudar a la realización de sí mismo se decide sentar total y definitivamente plaza en ellos. Pero si el hombre pierde contacto total con la tierra materna, se seca y se hace estéril. Resolver de una manera justa tanto en el plano natural como en el de lo iniciático la tensión siempre renovada entre la autonomía viril creadora y la tendencia femenina a la fusión, es un problema constante en el camino.

La voluntad de afirmarse frente al mundo y la tendencia a saciar los impulsos elementales dependen del yo primario.

Cuando es frustrado se hace estéril. Si es sobreestimado, impide la maduración.

En la pubertad el adolescente siente su virilidad o su femineidad. Descubre también su individualidad en un primer encuentro consigo mismo en su Ser esencial. La dimensión que llegará más tarde de manera completamente consciente en el paso de la iniciación, aparece aquí por primera vez.

En muchos casos la edad de la pubertad puede ser la anunciadora del camino. Por este contacto inicial con la trascendencia el joven siente por primera vez el mundo y el orden de los adultos como un obstáculo al mundo sobrenatural al cual despierta interiormente. El frío racionalismo, las convenciones impersonales, la hostilidad de la sociedad frente al individuo, la sobreestimación de la eficiencia y la negación de los sentimientos, se extienden como un velo de nubes frente al alba del reino que no es de este mundo (III).

La realidad de los adultos se siente con evidencia como un obstáculo al florecimiento del Ser esencial. Sin embargo, el freno que el mundo insensible de la eficacia práctica y de la adhesión a sus exigencias pone a la revelación directa del verdadero yo, forma parte de la evolución hacia el despertar de ese yo. Una persistencia muy prolongada de los impulsos y de las maneras de ver legítimas de la época de la pubertad pueden, pues, representar un obstáculo en el camino iniciático, ya que si reclaman un constante contacto del hombre con su esencia al servicio del SER, el camino exige un desarrollo integral del individuo.

Uno de los primeros pasos en el difícil camino de la madurez humana es la toma de conciencia del antagonismo entre la exigencia –natural para el yo profano aun en el nivel de una personalidad dedicada a la sociedad– de fundar la vida sobre valores reconocidos, y la verdad de la VIDA que jamás se fija en parte alguna. ¿Cómo es eso? Una vida conforme a la ética, una personalidad segura de sí, méritos reconocidos ¿no son

acaso el más alto valor? Plenamente realizada la toma de conciencia de este antagonismo, no es un conocimiento teórico, sino un despertar esencial, un golpe que abre los ojos. El mundo apegado a sus valores, la personalidad y sus méritos existenciales, deben repentinamente borrarse frente a la realidad creadora del SER que escapa a todo lo devenido. Tomar conciencia de ello puede representar una valerosa entrada al camino. Bajo una condición sin embargo: que se mire y acepte en su plenitud el contenido de promesa y también el peso de obligación que representa. A partir de entonces se acumularán las dificultades que los hábitos inveterados, las reivindicaciones y las tentaciones de la existencia oponen a las exigencias del SER sobrenatural reveladas en el despertar iniciático. ¿Cómo satisfacerlas? ¿Cómo conciliarlas con el mundo? ¿Elegir una o la otra? No. ¿La una y la otra? No. ¿Cómo hacerlo entonces? Realizar la integración de manera de hacer del mundo el campo de manifestación del SER y en donde éste, presente en la esencia del hombre, se convierta en el fin y el sentido de la vida en el mundo (XI).

El Sufrimiento Heroico

La resistencia que una existencia que se ha fijado opone a la impulsión de la Vida que de grado en grado impone la transformación, causa al hombre un gran sufrimiento. Se hace terrible cuando habiendo alcanzado el estado en que se desea acoger el llamado del SER, no se logra abandonarlo todo para obedecerle. Su yo independiente y rebelde no logra ceder su lugar a la ola del SER que busca tomar en él una nueva forma. Su situación se hace peor todavía cuando no reconoce como legítimo este elán del SER y se cree obligado a resistirlo y a aceptar heroicamente la tensión. No nota que el mismo causa su sufrimiento y que su actitud que acepta el dolor es la que lo origina. Lo que toma sin comprender por una fuerza tenebrosa

que busca destruirlo es la fuerza del crecimiento de la VIDA que choca con lo ya devenido. Lo que parece obscuro es la luz que rechaza. Cuando alcanza el punto de ruptura su solo remedio es un abandono valeroso, una aceptación confiada. Por una conversión total debe reconocer que el mismo obstruye la ruta a la VIDA que requiere nuestra adhesión y nuestra cooperación para que surja en la forma que nos ha sido destinada.

La desesperación de golpearse contra sus murallas abre la puerta a la gran y última decisión. Al derrumbarse un orden que cree haber organizado sólidamente, el hombre busca todavía por medio de su saber, su poder y también de sus ideales y valores, mantenerse apegado a las viejas estructuras. En ese momento el yo profano se empeña en utilizar hasta el agotamiento las fuerzas que siempre le han servido. Los deseos del viejo yo se manifiestan con violencia. Porfía y toma como un momento de debilidad la crisis que vive. Por despecho apela al "honor". O bien, siente de nuevo la tentación de sus más bajos instintos. En el momento de la prueba advierte horrorizado que se encuentran intactas las energías de los impulsos que creía haber dominado tiempo atrás. Todavía una vez más el espíritu humano falto de docilidad y obstinado, busca el apoyo de sus viejos métodos: *es necesario* ser razonable; *debe* haber una justicia; *debo* conseguirlo por mi mismo. Y cuando todo prueba ser inútil, intenta una "retirada digna" y se recoge "libremente" dentro de sí. Busca romper radicalmente y por sus propias fuerzas todos los lazos que lo ligaban a un mundo "tan malvado". Orgulloso y solitario, trata de oponerse al universo entero. Toma distancia y observa desde lo alto. Pero todo es inútil. Sus sufrimientos no terminan. La hora exige otra cosa.

Es necesario abandonar radicalmente, sin ninguna reserva, la posición del yo. Esta necesidad angustiante puede presentarse bruscamente al espíritu con claridad extrema. Pero aquel a quien su carácter ineludiblemente termina por impo-

nérsele, trata de afirmar su independencia por última vez. Si está preparado para forzar la puerta tras la cual presiente la presencia de "lo otro", busca sin embargo hacerlo por sus propios medios y se impone a sí mismo el cambio que promete salvarlo. Con todas las fuerzas de su voluntad exasperada se lanza al encuentro de su última esperanza. Como si se tratara de un derecho, espera que la puerta se abra fácilmente para él. Pero no se trata de un derecho. Y es justamente porque intenta hacerlo por sí mismo, ese "darse" desesperado, magnífico a sus ojos, pero todavía sujeto a su voluntad, no alcanza el fin deseado. Todavía *quiere* algo en su interés personal y todo ello es inútil en cuanto interviene la voluntad de conseguir o de conquistar alguna cosa. Allí donde comienza el dominio del Ser esencial, cesa el imperio de la voluntad. Para sentir realmente esta frontera es necesario que, agotada su vehemencia, el hombre madure y esté presto a *someterse* a una instancia más alta. Solamente entonces llega el momento. Cuando al fin se desliga de sí mismo, renuncia a su voluntad y hace abandono del yo, con "la mano en la empuñadura de la puerta", agotado en su desamparo, siente abrirse la puerta de la libertad que resistía sus ataques. Se abre ahora a su interioridad: la luz surge a torrentes. Es el instante de la gran transformación (II).

Trastornado, el hombre descubre una dimensión nueva, imprevista, completamente distinta. Se siente removido hasta el fondo de sí mismo, acogido y sostenido por una potencia bondadosa que lo protege. Con felicidad extrema siente un centro indestructible. En el momento mismo en que lo amenazaba un total aniquilamiento, la Vida que todo lo comprende lo toma a su cuidado y se siente acogido en el orden universal. El que entonces despierta se encuentra en una tierra nueva, en un orden nuevo y frente a un nuevo comienzo. Alrededor suyo todo se ha regenerado. El mismo se siente otro, pero en ese otro se siente más *sí mismo* como antes nunca lo había sido. Por primera vez descubre en toda su verdad el ca-

rácter único de su Ser esencial y, por lo mismo, la fuerza, la ley y la protección del SER universal. Es la gran experiencia, cuya gracia puede recibirse cuando se soporta la desesperación hasta el total abandono de sí mismo. Es la experiencia del renacimiento por el SER, de la transformación desde el estado del yo, a la existencia por el Ser esencial. Por esta experiencia el hombre atraviesa el umbral que lleva a la Vida desde la cual la existencia en que le mantenía vegetando su forma de conciencia anterior parece apenas un esbozo de vida. A aquellos a quienes transforma fundamentalmente, la experiencia les ofrece por segunda vez el fruto del árbol del conocimiento. La primera vez había sido la conciencia de sí mismo y la potencia del conocimiento objetivo. Ellas le habían permitido alcanzar su independencia, pero la particularidad de la condición humana que le aportaban lo colocan frente al callejón sin salida del aislamiento. En la medida en que su capacidad de organizar y de actuar, de conocer y dar normas por sí mismo lo colocaban frente a una forma de despotismo, había perdido todo contacto con el SER. Una forma de vida que no puede conciliarse con este contacto lo conduce a su perdición. Un descubrimiento repentino, la apertura a la iluminación interior y la conversión que se le concede, le hacen pasar de su yo arrogante separado del Ser esencial, al plano superior del retorno a la gran unidad. Si no vuelve atrás, la acción del SER se manifiesta en él por un ritmo de entusiasmo y de florecimiento fecundo, en armonía con la unidad fundamental y con el soplo de la Vida que crea y libera.

El Obstáculo Bienechor

El yo existencial vuelto hacia lo solidamente establecido altera la conciencia de la Vida sobrenatural e impide la transparencia. Pero, finalmente, aquello muestra ser sólo un engaño. Para que la Vida tome conciencia de sí misma en el hombre,

éste debe encontrar la resistencia de una forma contraria contra la cual se destaque y le permita manifestarse. Si no encuentra una superficie que lo refleje, el rayo no se convierte en luz. Cada paso hacia la actualización del yo, orientado hacia el mundo y alejado del SER, importa, pues, tanto el peligro de un alejamiento cada vez mayor, como la posibilidad creciente de tomar conciencia del sufrimiento causado por esa separación. Debe entenderse claramente que esta posibilidad se da sólo en la medida en que el hombre no busque percibir el SER que comienza a asomar a su conciencia íntima, por los mismos medios que produjeron su alejamiento. Los procedimientos de la conciencia objetiva son aquí inoperantes. La más aguda y la más diferenciada de las capacidades intelectuales que permiten comprender y ordenar la vida en conceptos científicos, no son adecuados como medios de aproximación a este mundo. El estudio de libros de sabiduría, de religión o de esoterismo, tampoco sirven. Sólo puede abrir los horizontes nuevos el cambio hacia un modo nuevo de percepción de sí mismo y del mundo que logre tomarlos como una realidad en la cual el SER esté a la vez velado y manifestado. El entendimiento objetivo por fino que sea es incapaz de captar lo objetivamente incomprensible. Lo que se encuentra más allá de las fronteras de nuestra conciencia ordinaria no puede ser alcanzado por los medios que pertenecen a lo que está más acá de esas fronteras. Es necesario oír los acordes y la música que vienen del SER con otros oídos y responder con armonías diferentes de las que nos son familiares. Comprender cuán imperfecta es la manera de oír y de escuchar que pertenece a este mundo puede, sin embargo, ayudarnos a desarrollar una forma de escuchar que nos permita descubrir una percepción adecuada. Cuando el médico examina un enfermo, por ejemplo, puede darse cuenta repentinamente con angustia que la mirada con que observa, interroga y define objetivamente al paciente, hace de él un objeto. Esa mirada

no solamente deja de lado la individualidad propia del sujeto que sufre, sino que también le hiere en cuanto persona. Quizás entonces cambie su actitud: abierto, con compasión hacia lo humano que no se puede nunca "definir", dará un paso más allá, aunque ello raramente suceda, para hacerse receptivo y alcanzar el *Ser esencial.* Logrará así un conocimiento que toca otra dimensión inalcanzable por los conceptos y que le permite decir la palabra o hacer el gesto que sana. Esta forma de percepción, al hacer desaparecer la distancia objetiva que es reemplazada por una fusión interior, da lugar a una transformación creadora y liberadora. Supone un salto hacia otra manera de ser del hombre, un cambio profundo, una maduración en común en el camino hacia la realización del verdadero yo. La transformación que produce es más intensa que la del paso a la edad de la pubertad, pero se le parece en cierta medida sin embargo.

La Aceptación de las Tinieblas

En el camino que lo conduce a cada una de las formas de existencia, el hombre ha callado siempre muchos aspectos sobre los que hubiera querido hablar. Ha encerrado lo que hubiera querido liberar, ha reprimido a menudo lo que hubiera querido vivir. Sin embargo, en tanto lo no aceptado no sea aclarado, reconocido, vivido e integrado, sin preocupación por las consecuencias que es el precio a pagar frente al orden establecido, toda existencia permanece construida sobre la arena. Desde el momento en que una persona empieza a presentir que la transparencia es su fin verdadero, le es necesario buscar incansablemente aquellos aspectos a los cuales se ha adherido y que lo bloquean. No puede alcanzarlos por una suerte de acrobacia intelectual o recurriendo a la imaginación. Debe comenzar de nuevo una y otra vez, eliminarse en cuanto yo que detenta conscientemente una posición con el fin de puri-

ficarse interiormente y permitir el surgimiento del SER en una transformación continua de la persona hacia la transparencia. La resistencia del yo profano apegado a lo conseguido se observa sobre todo en cada contacto con el SER cuando éste dura más de un solo instante. Pero a quien se ha endurecido en su posición de hombre importante en el seno de la sociedad, nada es más difícil que oír la voz de lo profundo que amenaza su posición, escucharla y obedecerla.

La primera experiencia de la iluminación es también inquietante de una manera extrema. Para que se haga realidad es necesaria la transformación. Toda metamorfosis real caracterizada por una transparencia durable supone precisamente, después de una experiencia de la luz, una caída en el mundo de las sombras, un aniquilamiento en lo profundo. En el momento mismo en que el despertar a la vida aparece alcanzado, cuando ya distinguimos el brillo de sus colores y percibimos su perfume creyendo tenerlo a la mano, todavía necesitamos renunciar a esta última tentativa. Es necesario enfrentarnos una y otra vez con nuestra sombra. Solamente así podemos alcanzar la transformación definitiva y legítima que exige también el enfrentamiento con las potencias metafísicas de las profundidades. Porque el hombre ha sido apresado por ellas puede enseguida reconocerlas e integrarlas.

La transparencia auténtica por la cual el SER surge definitivamente a la vida, como la luz que absorbe en sí todos los contrarios de claridad y tinieblas, exige antes la muerte en las tinieblas absolutas. Esta muerte está precedida por la experiencia de la luz en que el hombre se siente por primera vez liberado de las miserias del yo existencial. Esta primera experiencia, cuando liberado del yo se siente transportado más allá de sí mismo hacia lo sobrenatural, le produce la tentación de quedarse allí. Acarrea, sin embargo, a continuación, una experiencia de las tinieblas tan imposible de reducir al plano psicológico como la primera luz liberadora. La pene-

tración a esta claridad, que nos separa de lo más íntimo de nosotros mismos, más allá de los contrarios y más allá de la luz y de las sombras, no puede producirse sin el encuentro con la luz y con su opuesto.

El Temor Frente a la Vida.

El orden de la vida y la estructura de conciencia que separa al hombre de su esencia, pueden ser más o menos densos y porfiados, pero pueden también hacerse por un instante o por un momento más largo, permeables al SER. Ello puede ocurrir por acontecimientos externos o por una fuerza interior que abre una brecha a la defensa del yo "bien ordenado". Una pena, un momento de pavor, una breve alegría, un entusiasmo en cualquier circunstancia pueden hacer surgir un instante de transparencia. Algo nuevo surge entonces de la profundidad removida y, por un instante quizá, puede trastornar todo el orden de la vida. El hombre se ve colocado ante una realidad que hasta entonces ignoraba o, más bien, estaría colocado frente a esta realidad si supiera de que se trata. Pero la mayor parte de las veces no hace más que presentir la amplitud de una dimensión desconocida. No sabe lo que ella le trae o no está dispuesto aún al viraje necesario. Ignorando lo que le será exigido, siente temor. Un mecanismo de defensa se desencadena automáticamente y se encierra de nuevo sobre sí mismo. La ola de la Vida que por un instante hacía surgir en él una energía regeneradora, cae sin dar frutos. Los viejos mecanismos bien establecidos vuelven a asumir sus derechos. Todo depende aquí, sin embargo, de una apertura definitiva a la vida nueva.

Todo hombre, según su agrado de evolución, dispone de un cierto grado de libertad que le permite elegir entre abrirse a lo profundo que resuena en él o preferir un mecanismo de defensa, esto es, la libertad de reaccionar aceptando el llamado o resistiéndole. Pero las más de las veces se atemoriza por las

fuerzas del inconsciente, las de la sombra que amenazan su orden actual, y también por la intensa carga de nueva vida que contiene. Teme ver salir desde la sombra una vida que, porque la ha rechazado, se ha vuelto malsana y venenosa. Tiene más temor de ella que del abandono de sus antiguos sistemas, porque, más que la destrucción de aquello que la sombra amenaza, teme la vida cuyo rechazo engendra la sombra. Cuando esta vida sea liberada de las fuerzas agresivas acumuladas por la sombra, pondrá más en duda su existencia bien ordenada. Así la resistencia contra una victoria sobre la sombra y su integración a la personalidad, tiene una doble raíz: una es la preocupación por mantener sin cambios lo que ya existe y, por tanto, el temor de su destrucción; la otra es el temor a lo nuevo que surgirá para tomar el lugar del orden antiguo después de la eliminación de la sombra. Puede ser, por ejemplo, una mascara de religiosidad que, cuando se arranque, deje aparecer la bestia.

La Sombra

La gente joven se incorpora a disgusto a la sociedad de consumo en la que es llamada a asumir un papel de miembro bien adaptado, útil a la organización colectiva. Se ven ellos privados del reconocimiento y de la apreciación de su individualidad y tienen necesidad de renunciar a muchas aspiraciones que vienen de lo profundo y que dan testimonio de su Ser esencial. La posición feliz o desgraciada que encuentran y desarrollan en la estructura de la comunidad es, entretanto, el único telón de fondo sobre el cual pueden percibir y experimentar lo que es en efecto el camino iniciático. Es en este terreno en el que dan testimonio de su compromiso frente a la presencia creadora y salvadora de la otra dimensión, de aquella que trasciende no sólo el yo primario egocéntrico, sino también la personali-

dad altruista que vive al servicio de la comunidad. La experiencia del SER sobrenatural conduce a sobrepasar todos los lazos existenciales. Al obedecimiento al llamado que surge de esta experiencia se oponen tanto una adaptación satisfactoria a la sociedad como una servidumbre oprimente a sus sistemas. Sin duda que mientras más encuentra el hombre el sentido y la satisfacción de la vida en la eficiencia, en el servicio, en el amor y en la creación altruista, el renovado mayor dominio que ese sentido ejerce sobre su pequeño yo lo compromete frente a un SER superior. ¿Qué más desea? En efecto, la abnegación al servicio de los valores de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno y los símbolos que los encarnan, el olvido de sí en la ayuda al prójimo, a la comunidad y al mundo, es la manera en que en esta etapa la otra dimensión se manifiesta. Constituyen en efecto una derrota del yo egocéntrico ávido de poder, gozador y perezoso frente al dolor. Este mundo llega a ser entonces para el hombre que ha logrado formar una personalidad, el lugar de florecimiento de una forma completa de su humanidad donde parece realizar todas sus posibilidades. Pero el hecho de adscribirse a un orden existencial satisfactorio y de sujetarse a sus valores termina por constituir el principal obstáculo al nacimiento del otro reino. Paradojal en apariencia, la oposición a la sociedad, el rechazo de sus aspectos decepcionantes o irritantes, favorecen a menudo la apertura a otras dimensiones.

La protección de una sociedad en la que la existencia determina el deber de sus miembros, corresponde a una necesidad primordial del hombre en tanto que ser social dependiente del tú y de la colectividad. Esta necesidad, así como las tendencias que implica y cada una de sus realizaciones, crea una oposición y, en consecuencia, una resistencia frente a la vocación venida del Ser esencial, ese núcleo de la individualidad que reclama desligarse de todo lazo a fin de manisfestar libremente lo sobrenatural. La acogida y el abrigo en el seno

de un grupo, desde la familia hasta el Estado, corresponden pues, naturalmente, a un aspecto y a un grado del devenir humano y, para muchos, el más alto que podrán alcanzar. Pero cuando ellos se imponen como un absoluto, representan un estorbo a la manisfestación del SER que es sólo posible en el plano individual. Esta reserva no se aplica al solo caso de la sociedad moderna de consumo y de rendimiento que ha llegado a ser inhumana.

Actualmente, cuando la oposición entre el Ser esencial y la sociedad parecen haber llegado justamente al paroxismo, importa reconocer las resistencias que se oponen al viraje hacia el SER aun en una sociedad digna del hombre, simplemente porque su estabilidad exige el funcionamiento perfecto de la cooperación entre todos sus miembros y descuida así, necesariamente, al individuo. La represión de las tendencias personales que impone, es la principal fuente donde se origina la sombra.

Entre el yo que se expresa en papeles multiples en el mundo, y el Ser esencial individual que tiende a manifestarse, se coloca la sombra que ejerce sus efectos malignos en el inconsciente. Perturba tanto el funcionamiento armónico del yo profano como el surgimiento del verdadero yo. Sin el aniquilamiento de esta sombra no puede haber progreso serio en el camino interior.

Por la sombra nosotros entendemos los impulsos no aceptados que sin embargo forman parte integral del hombre. Lo rechazado, lo reprimido que tiende a salir a la luz, amenaza la superficie ordinariamente unida, la fachada de bondad que se muestra al mundo. Se siente, pues, como tenebrosa.

La sombra se compone de aspectos del carácter innato no desarrollados, de impulsos y deseos naturales primitivos reprimidos desde la infancia: deseo de relajar los controles sobre uno mismo, por ejemplo; necesidad de ser apreciado y comprendido; de recibir afecto. Comprende también los ren-

cores ahogados nacidos de las contrariedades, de las vejaciones y de los ataques de un mundo malvado. La sombra es, pues, una masa de expresiones agresivas y de explosiones prohibidas. Comprende finalmente las contradicciones entre los diferentes aspectos del yo profano determinados por la sociedad, y la individualidad no aceptada del Ser esencial. A la sombra pertenece simplemente, en su conjunto, lo que es oprimido, lo que es aún inconsciente, lo no admitido y, por lo mismo, la Vida que amenaza siempre a lo que ha llegado a ser. Por ello, y esto parece paradojal, el propio Ser esencial que tiende a manifestarse, rechazado por la forma detenida del yo, es siempre en el hombre el núcleo de la sombra. En otros términos, la sombra del yo existencial es justamente la trascendencia inmanente en la misma medida en que la ahoga el orden del yo profano. Es pues, también, la presencia que habita en nosotros de aquel que dijo: "Mi reino no es de este mundo"; que nos dio el nombre de hermanos; que nos exhortó a seguirle. Aquel que incluso en nosotros ha venido a traer la espada y no la paz; aquel en fin que pudo decir a los vacilantes: "dejad que los muertos entierren a sus muertos"; y a su madre: "Mujer, ¿qué hay entre tú y yo?"

Es la sombra la que vive en nosotros como el escándalo absoluto, el terror de nuestro burgués y de nuestro fariseo interior. El Cristo en nosotros –el camino, la verdad y la vida no aceptada– es para el hombre apegado al mundo, precisamente para el justo, el núcleo de sombra absoluta, porque amenaza destruir los sistemas bien establecidos. Pero en la sombra está también la gran promesa, la luz interceptada. La sombra, conocida como la vida reprimida, puede ser también la luz bajo la forma de aquello que le obstruye el camino Cuando las murallas caen, el padecimiento que viene de lo reprimido puede transformarse en una experiencia bienechora de la vida que contiene. La sombra no es sólo la fuerza que amenaza lo existente, sino también el aspecto de las tinieblas

que poniendo en peligro nuestra forma actual nos promete la luz de la regeneración.

La sombra se construye en gran medida durante nuestra pequeña infancia. El niño siente una confianza primitiva hacia la vida. Primitiva significa aquí "anterior a toda experiencia", no condicionada por ella, pero confianza que determina y contiene las experiencias bajo la protección todavía no turbada del SER. Cuando el terreno psicológico y las personas del medio en que el niño se desarrolla están en armonía y guardan el contacto con su Ser esencial de acuerdo al lenguaje de cada uno de sus grados de evolución, es decir, de las formas de organización sucesivas de sí mismo y del mundo que debe atravesar, el paso del sentimiento inicial de confianza instintiva hacia el mundo, hacia el orden de conciencia del adulto, se efectúa sin ruptura. Se alcanza así una seguridad natural, una capacidad de afirmarse y un sentimiento de pertenecer sin conflictos al mundo que le rodea. La capacidad de relacionarse y la capacidad para el amor que se otorga libremente, crecen gracias a esta fe, manteniéndose sin deformaciones en el orden fundamental de la vida. Pero para ello es condición que las personas que rodean al niño no contraríen sus tendencias básicas ni la individualidad de su Ser esencial y que, por el contrario, las favorezcan. La formación de un yo se logra así, porque el niño no se ha separado de las raíces de su esencia. El adolescente adquiere entonces frente a la vida una actitud de confianza en sí sostenida por su Ser esencial que no se desazona cuando falla frente a las responsabilidades o a los obstáculos del mundo. Las desilusiones no quiebran su fe en la vida y gracias a ese sentimiento de protección fundamental se mantiene, a pesar de los momentos pasajeros de soledad, en contacto inmediato con los otros, con el mundo y con Dios.

Pero cuando en la infancia los sentimientos instintivos de fe y seguridad son decepcionados por la falla de las personas claves que rodean al niño, éste se repliega sobre sí mismo.

Ello representa más que un fracaso psicológico. Su relación con la profundidad formadora conforme a su verdadero yo es falseada en adelante. El arraigo en y la unión con el Ser esencial necesarios a la formación de un yo sano, dependen de este contacto. En cuanto pierde el vínculo original que le une a aquello que es por esencia, el hombre queda reducido y entregado a la capacidad de su yo, a aquello que posee, a lo que sabe y a lo que puede. La confianza en sí es ahora " de segundo grado". No se apoya sino en la eficacia de su yo y en la aprobación de los otros. Si el uno y los otros son débiles, ningún sentimiento de seguridad personal pueden crecer en él. Así se forma un sujeto que con una resistencia más o menos heroica intenta reemplazar por la inteligencia y la voluntad, por el trabajo y el dominio del yo, aquello que ha perdido en fuerza y valor naturales. Tras la fachada crece ahora "la sombra", el lobo, la hermana tenebrosa, la hechicera, "el otro yo" (alter ego), que encarna con la vida no vivida, tanto los impulsos iniciales del Ser esencial como las reacciones que ha reprimido en relación a las ofensas o a las tentaciones del mundo. Lo no vivido, lo no expresado, fermentan en agresividades reprimidas que, porque son inconscientes, se vuelven contra el hombre bajo la forma de depresiones o de enfermedades y dolencias.

La acción perniciosa de la sombra se ejerce sobre el inconsciente. Se coloca entre el Ser esencial y el yo consciente con su fachada. Es el principal obstáculo en el camino de la madurez. Tomar conciencia, reconocer e integrar las fuerzas que encierra, es parte del trabajo en el camino interior. Es la etapa en que la ayuda de la psicoterapia es necesaria. En efecto, existen muchas analogías y relaciones bien marcadas entre los trastornos neuróticos y la enfermedad del hombre contemporáneo en cuanto a sus orígenes y a los medios para superarlos.

A la consulta de los psicoterapeutas no llegan sólo los

casos de perturbaciones extremas, sino también los de ansiedades que caracterizan la enfermedad de nuestro tiempo: la de aquellos que, a pesar de todos los conocimientos, la capacidad y los adelantos materiales, padecen la angustia de no tener derecho a ser "aquel" que son por esencia. El origen de este sufrimiento tiene numerosos aspectos comunes con aquellos que el psicoterapeuta descubre en los conflictos neuróticos nacidos en la primera infancia. Sus causas más frecuentes: la represión que desalienta al niño y destruye su confianza primitiva y su independencia, la incomprensión de la individualidad de su Ser esencial, la falta de afecto, todas las cuales dejan al niño abandonado a sí mismo. Todo ello socava la fe en la vida. El resultado aparece más tarde manifestándose como angustias, como sentimiento de culpa o como neurosis de contacto. Sus factores tienen claras analogías con las características de nuestras formas actuales de existencia. Mientras mucho se habla de libertad individual, las fuerzas de crecimiento y de afirmación de sí mismo se van reduciendo y desarticulando de día en día. Las manifestaciones de la personalidad son sacrificadas a la adaptación al papel que se debe representar. Los contactos afectivos se degradan y ceden su lugar a un tipo de relaciones pragmáticas. Exactamente como el niño colocado en condiciones semejantes, el hombre contemporáneo adopta frente a un mundo que es fundamentalmente contrario al SER, un compartamiento de llave maestra que le asegura una cierta seguridad y la ausencia de conflictos y sufrimientos. Pero en la medida en que este comportamiento se automatiza hasta llegar a ser una segunda naturaleza, igual que los mecanismos neuróticos, daña al Ser esencial cuyos impulsos reprimidos en el inconsciente engendran las fuerzas de la sombra que producen las agresividades reprimidas, las depresiones y finalmente la enfermedad.

CAPITULO V

EL EJERCICIO

El Sentido del Ejercicio

El único camino que lleva desde la experiencia del SER a la transformación que procede y que da testimonio del SER, es la fidelidad al ejercicio.

El fin de toda práctica en el camino es la transformación gracias a la cual la presencia del SER sobrenatural se impone más y más claramente a la conciencia íntima y ejerce cada vez mayor influencia sobre la existencia del hombre. Ella le acerca al estado de transparencia que permite al SER manifestarse en él y a través suyo en el mundo por su plenitud, por su ley y por su unidad. El SER es en el hombre el motor, el sentido y la bendición de su acción o de su abstención de la acción, revelándose por el brillo que desprende de su sola existencia. El hombre participa del SER por su esencia. Esta participación es lo que constituye su Ser esencial que, en sí, es el SER mismo en su expresión humana individual. La transformación en testigo del SER representa por ello para el hombre la realización de sí mismo. El hombre debe llegar a ser lo que fundamentalmente es, esto es, según su propia esencia: una modalidad de la Vida divina. Debe tomar conciencia íntima de lo que es y de lo que siempre será por su origen celeste: un hijo de Dios. Ello debe ocurrir de manera tal que lo lleve a decidir libremente, como persona responsable, dar testimonio de lo absoluto en medio de lo contingente que es su condición por su origen terrestre.

Condicionado por el mundo, el hombre toma conciencia de ese mundo y de sí mismo de una manera tal que rompe su unión original con el SER. Los límites y la estructura de la visión de la realidad que así adquiere, le impiden interiorizar la conciencia del SER en su yo profano que desde entonces se aleja, oponiendo sus exigencias a las de la esencia en que el SER habita. Este antagonismo crea un sufrimiento específicamente humano que da origen a la posibilidad de que un día aparezca el conflicto entre el Ser esencial y el yo profano. Poco a poco o por una brusca incisión, la experiencia del SER penetra entonces a la conciencia profunda: la puerta se abre al SER que hasta ese momento permanecía oculto. La tarea del hombre consiste ahora en mantener abierta esa puerta a fin de que la acción del SER pueda transformarlo como sujeto centrado en el yo. El solo hecho de la experiencia y dependiendo del grado de profundidad que ella tenga, lo modifica en alguna medida. Nunca el hombre puede ser el mismo después de la experiencia. Sin embargo, aun después de muchas experiencias de iluminación en que el SER alumbra por un instante la obscuridad de la existencia profana, no se produce todavía una transformación durable. Por ello es necesaria la fidelidad al ejercicio. El ejercicio es el nervio de la vida alimentada por el nuevo significado que comienza.

Para dar este nuevo sentido a su realización, el hombre necesita tres medios: experiencia, comprensión, ejercicio. Estos tres factores están siempre unidos y su influencia se combina constantemente en el camino. Cuando por la comprensión el sentido de la experiencia crece, ello es también prueba de su profundidad. Así, con la ayuda del ejercicio que gana en precisión, se alcanza la siguiente etapa de la transformación.

La metamorfosis que exige el camino iniciático concierne a la totalidad del hombre: cuerpo, espíritu y alma.

Cuerpo - espíritu - alma. Una infinidad de conceptos resuenan con tales palabras. En el ejercicio, considerado como una práctica de transformación, el cuerpo de que se trata no es el cuerpo que se tiene, sino el cuerpo que se es.

El alma se refiere a la actitud del corazón, la forma en que sentimos, la disposición general. Oscila entre la claridad y la obscuridad, entre la contracción y la dilatación, entre el frío y el calor. La naturaleza de la disposición y las causas de sus fluctuaciones permiten distinguir claramente si el hombre vive por el contacto con su origen celeste o por el de su origen terrestre.

La metamorfosis que concierne al espíritu corresponde, ante todo, al hombre en tanto que poseedor de una conciencia. No debe entenderse por conciencia solamente su contenido, sino también sus formas. Cuando el hombre natural alcanza el grado iniciático, otros contenidos se agregan a los anteriores de su conciencia, pero todos toman, además, un sentido nuevo. La importancia y el valor de los sistemas que en el mundo orientan su vida consciente, se modifican con la aparición de un centro que tiene una nueva significación. En lugar, o paralela a la forma de conciencia objetiva, aparece la conciencia interiorizada. Cuando no solamente por razón de una creencia sino como consecuencia de un conocimiento fundado en la experiencia y fortalecida por ella, el SER divino deviene el centro y toma la dirección del hombre, el orden terrestre mantiene su validez en la sola medida en que, a través del hombre total, sirve de testigo al SER.

Cuando el SER alcanza la interioridad del hombre como promesa y exigencia, el papel del ejercicio se dirige ante todo a cambiar la forma de conciencia. La práctica dirigida a la trans-

formación debe desarrollar en primer lugar la conciencia profunda.

El hombre posee dos especies de conciencia: la conciencia sensitiva, intuitiva, no objetiva que percibe la vida cualitativamente. La alegría y la tristeza la caracterizan. La segunda es la conciencia objetiva que define, que se empeña en detener el curso de la vida. Reflexiona acerca de lo que vive por su relación al yo y, tomando aquello como un objeto, lo hace consciente y lo define como "tal cosa". Esta conciencia objetiva se funda en una realidad de hechos independientes del sujeto que los vive. En la conciencia interiorizada la vida penetra y permanece en lo que ha sido experimentado. La conciencia objetiva concibe la vida como una serie de relaciones que ella clasifica y ordena. Toma como "real" lo que puede insertarse en una estructura preestablecida de conceptos (Descartes). El predominio de esta conciencia es uno de los mayores obstáculos en el camino iniciático, porque este camino se mueve alrededor de la vida inaprensible por los conceptos y sólo él, y de conformidad a la conciencia interiorizada, guarda el contenido de lo que se ha probado en las vivencias, dejándolo obrar sin objetivarlo. Destruir la hegemonía de la conciencia objetiva es, pues, el tema esencial de todo ejercicio en el camino iniciático. Toda práctica en el camino implica, pues, un ejercicio de la conciencia interior.

En la medida en que la realidad de la vida sobrenatural que impera en el camino iniciático por la promesa, la experiencia y la obligación, comienza a dominar el horizonte del hombre, la necesidad de una nueva forma de conocimiento se hace sentir Muy poco de común tiene con la "ciencia" en el sentido que se da generalmente a este término. Paralela a las ciencias exactas y a las que se refieren al hombre, otra forma de ciencia humana debe desarrollarse. El conocimiento bajo el signo del origen celeste es diferente al saber mirado bajo el ángulo terrestre. El conocimiento de las ciencias exactas comienza por la observación de

los hechos y termina con su explicación, cuya validez está sujeta a la conformidad dada por los demás (consensus omnium). El saber de las ciencias humanas comienza con las formas de percepción que se refieren a las relaciones significativas y terminan con una comprensión que supone previamente en quien efectúa el estudio, un sentido de aquello que debe ser comprendido.

En la ciencia del hombre del futuro, la profundidad posible del conocimiento depende de la madurez de quien lo obtiene. Esto quiere decir que con la profundidad del saber, menor es el número de los que pueden alcanzar aquello de que se trate. Las palabras, las imágenes, los conceptos de esta ciencia son cifras y signos. Se apoya en el entendimiento iniciático y no en el racional. Su fundamento es la experiencia del SER y la transformación que es su consecuencia. Lo anterior significa que la experiencia del origen divino del hombre y el reconocimiento de la misión que le ha sido impuesta en el mundo levanta, para aquellos a quienes toca, el velo que antes les ocultaba esta nueva realidad. Impone a los mismos una nueva forma de conocer que les haga posible percibir esta realidad. Un conocer que no se apoya en un distanciamiento objetivo y pragmático, sino en el conjunto de vibraciones de una relación personal, no objetiva, esto es, en el amor.

El mundo dado en herencia al hombre en el plano existencial no cesa de estar objetivamente presente en la nueva visión. Pero en esta misma objetividad, una cosa que la trasciende debe ser percibida como su centro. El hombre no se puede dirigir a este centro ni responder de acuerdo a su constitución esencial, a menos que logre aprehenderlo y captar su importancia en sí mismo. "Si no se le cubre en alguna medida, el ojo no podrá ver el sol". Todo ejercicio serio dirigido a la transformación, gira alrededor de la captación de su íntimo sentido. La nueva conciencia que nace y se desarrolla gracias a él, permite alcanzar planos superiores. Todos los esfuerzos del hombre para alcanzar o extender el horizonte de su visión

a niveles más altos por medio de su conciencia objetiva natural, son inútiles, ya que ellos están limitados por el orden de las formas que le son propias: las categorías de tiempo y de espacio, de identidad y de causalidad, entre otras. Pero si alcanza la conciencia de conformidad a su Ser esencial, las más humildes de las cosas comunes al mundo le parecen nuevas y, bajo el velo de lo conocido, se revela el misterio de lo eternamente desconocido. En todo encuentro, y especialmente con personas individuales, el ojo del Ser esencial contempla el Ser del otro. En el interior de este otro, el mundo objetivo se hace también transparente. En quien la percibe, la trascendencia omnipresente y oculta en él se le manifiesta en su encuentro con ella misma.

Mientras la transparencia objeto de la búsqueda o de la fe es examinada por la sola conciencia natural y buscada como "alguna cosa", sólo se muestra bajo aquellos aspectos que reflejan el carácter y la organización de la conciencia que separa de aquella. Si se coloca la concepción de la realidad objetivamente válida a los ojos del yo, sobre una representación de la trascendencia que también haga de ella la realidad objetiva de "alguna cosa", las consecuencias son desconcertantes. La trascendencia se presenta en este caso como un objeto cuya realidad es no sólo independiente de la vivencia del hombre, sino, además, inaccesible al mismo. Toda experiencia de la trascendencia se hace así sospechosa de ser pura subjetividad.

Lo dicho es particularmente grave cuando, habiendo experimentado la trascendencia verdaderamente como la realidad del "tú", mantenemos la distancia por temor de caer en la subjetividad y terminamos oponiéndolo, colocándolo al frente (vis a vis), y así lo hacemos inaccesible y le negamos la unidad inherente a un tú verdadero.

Ejercicio y Gracia

Un tema central recorre toda vida religiosa: el problema de la relación entre el ejercicio y la gracia. Un acercamiento entre la acción del hombre –es decir, de la fuerza de su voluntad y de su capacidad– y la de la gracia cuyos dones proceden de otra fuente, lleva a formarse una idea de las relaciones del hombre con la trascendencia. Una imagen del hombre en sí se refleja también en estas ideas. Toda religión y toda teología, por el hecho de ser tales, suponen una antropología determinada, cuyas particularidades y limitaciones son a menudo insuficientemente conocidas. Para la antropología, que forma la base de nuestra vida y de nuestra educación religiosa, ha llegado el momento de sobrepasar las barreras que hasta ahora han sido temerosamente respetadas. Con una actitud más abierta deberíamos corregir el trazado actual de las fronteras entre el hombre y la trascendencia. La idea de la gracia se ha fundado hasta el presente en una concepción limitada al hombre "natural" en el que la conciencia de sí y la visión de la realidad que se estima seria, dependen de su identificación exclusiva con el yo existencial. A partir de su posición, el yo existencial define siempre lo otro, es decir, todo lo que vive, como un objeto. El mundo, en la medida en que es realidad, es conocido como un hecho objetivo. Sin objeto, el yo tampoco existe. Cuando se atribuye esta estructura exclusiva a la conciencia humana, todo lo que posee una realidad potencial debe ser entendido como algo al frente (vis a vis) de quien lo vive, quedando todo lo demás como "puramente subjetivo". De esta manera, y debe entenderse bien, no se puede considerar la acción de la gracia sino bajo el aspecto de una relación "distante" entre Dios y el hombre.

Cuando el hombre ve todas las cosas a través de su yo existencial, una experiencia sentida como una gracia está naturalmente revestida para él de una cualidad de origen divino,

desprovista de todo carácter humano. El don que trae, ninguna relación tiene con el esfuerzo del hombre, con sus méritos o con su evolución personal. El trabajo mismo, incluso el del ejercicio, no tiene entonces relación alguna con el don de la gracia.

Hoy día en que la importancia de las experiencias del SER empiezan a ser tomadas en serio, parece llegado el momento de reconocer al hombre que vive, sufre, busca y ama, al hombre real, un núcleo de lo absoluto, de lo suprahumano, de lo sobrenatural que trasciende la capacidad del entendimiento y del horizonte de su visión existencial. Cuando interviene la irrupción de la realidad supraterrestre, el hombre vive lo que le trasciende como el modo en que se hace presente en él un SER absoluto, como el fundamento mismo de su vida, de su centro, de su propio Ser esencial. Experimenta y reconoce aquello como una evidencia que no le deja lugar a ninguna duda. La noción de la gracia se llena para él de un nuevo sentido y le hace descubrir otros aspectos del problema de la relación entre ejercicio y gracia. La gracia no se le aparece ahora como viniendo del exterior. Por la gracia innata a su Ser esencial se percibe a sí mismo como quien es, esencialmente. Debe ahora interiorizar esta conciencia de sí mismo como centro, promesa y vocación. He aquí, comparado con todo lo que puede esperar del esfuerzo de su yo existencial, lo que es el don de la gracia. Tomar plena conciencia de este don, abrirse a él, transformarse en armonía con él al servicio del SER divino que lo habita, tal es la tarea que su destino señala al hombre. Cumplirla es el trabajo del ejercicio.

El hombre natural ve en la gracia un regalo venido de Dios, desde afuera. Para el hombre iniciático, la gracia es el Dios interiorizado, regalo y obligación que debe hacer conscientes, profundidad de su Ser esencial como de toda otra realidad del mundo objetivo. El trabajo del ejercicio está limitado para el hombre natural a una práctica física, psíquica

y también moral. Tomar conciencia de la gracia innata a la forma de su Ser esencial y después corresponder a la voluntad de la manifestación de la gracia, es decir, hacerse transparente a fin de percibirla y permitirle revelarse en él y a su través en el mundo, es, por el contrario, el trabajo del ejercicio para el hombre iniciático.

La idea que el hombre existencial tiene de la Vida que tiende a una transformación dinámica perpetua, es contraria a la misma por la tendencia al estatismo para subsistir y mantenerse que implican. El ojo interior del hombre iniciático ve, en la fuerza del devenir y en la liberación y transformación por el SER y al servicio del SER, su propio principio de conocimiento y de acción. Bajo este principio, el conocedor y lo conocido en el Ser esencial, es decir, en el Cristo, se encuentran y se descubren recíprocamente. El hombre iniciático no ve ya en la relación entre el ejercicio y la gracia un don que se recibe, colocado al frente de lo que hace, sino lo que es él mismo inconscientemente en su Ser esencial, pero que por medio del ejercicio especial puede hacerse consciente y formar el principio directivo de la vida y de la verdadera realización de sí mismo (XIV).

Repetición

La primera condición de toda práctica es comprender y asimilar verdaderamente su sentido como ejercicio. No se trata aquí de un ejercitarse con miras a un aprender destinado a rendir más en el mundo, sino a alcanzar una nueva manera de ser, puesta al servicio de la vida interior. La educación de una aptitud termina cuando se logra ejecutar aquello para lo que se ejercitaba. Para la vida interior, el ejercicio comienza en el momento en que se sabe hacer aquello que se ha aprendido y consiste en una eterna repetición de lo que se sabe hacer. Cuando

la técnica de una actividad se ha adquirido, la forma de efectuar la repetición refleja la actitud del que la ejecuta. Toda falla en la ejecución revela ahora una errónea actitud del practicante. Cuando así se reconoce, los esfuerzos que siguen, destinados a una ejecución perfecta, representan el trabajo del practicante sobre sí mismo. Igualmente, los ejercicios fundamentales de postura y respiración justas no representan un adelanto sino si son realizados correctamente. El hombre interior avanza por la repetición constante a lo largo de todo el día, ejecutando los movimientos conforme al Ser esencial. De esta manera lo cotidiano llega a ser el campo del ejercicio.

La repetición propia del ejercicio espiritual se impone con dificultades aún en estos momentos en que aparece una reacción de espontaneidad contra las manipulaciones siempre en aumento de una sociedad técnicamente organizada. Sin embargo, la repetición lleva a encontrar, aquí y ahora, en el presente mismo, el conocimiento creador, el amor, la formación, la acción inmediata. La repetición es también mal tolerada como un medio de progreso de la religiosidad, porque se encuentra en oposición con una óptica que ve lo esencial en el aspecto único de los momentos en que el hombre se dirige personalmente a Dios y en aquellos otros de su acción imprevisible sobre el hombre. Sin embargo, por la costumbre de ciertas actitudes precisas que crea la repetición, ésta contribuye a producir las condiciones que, justamente, favorecen una espontaneidad que surge de la profundidad y también una apertura a la irrupción repentina y siempre única de lo divino. Un tercer factor, finalmente, desacredita hoy día la repetición: todo ejercicio exige una disciplina y la generación actual es alérgica a ellas. Es antiautoritaria, hasta la beligerancia, de cualquier forma y de cualquier orden que ellas sean. La repetición que es un principio del ejercicio, implica naturalmente la obligación de hacer algo, cualquiera que sea el deseo o el estado de ánimo del momento. Es necesario, sin embargo, distinguir a este res-

pecto entre una disciplina voluntariamente aceptada, resultado de una libre decisión por la que el hombre responde a la autoridad de su propio Ser esencial, de la disciplina impuesta que viene de la obediencia a una autoridad exterior.

El fin del ejercicio es la transparencia. La sirve en lo inmediato, automatizando una acción de manera de permitir el menoscabo del yo que define objetivamente, que siempre hace algo y se inquieta por el éxito que espera. Definir y apegarse, hacer voluntariamente algo en busca de un resultado, y temer el fracaso, estorban la interiorización y bloquean la acción en potencia de aquella realidad que nunca puede ser "hecha" y que obra solamente cuando se retiran la voluntad, el saber y la fuerza activa dirigida.

En el comienzo de todos los cultos religiosos se encuentran el canto y la danza bajo la forma de una incansable repetición de movimientos rítmicos y de salmodias. Estos ejercicios suspenden la forma de existencia y de conciencia que sostiene las "posiciones" del hombre natural. Llevan al ejercitante a un estado particular que lo saca de sí mismo. Arrancado a su yo individual que lo encierra y que lo separa de los otros, entra en un estado estático y se siente acogido en una realidad mayor. Puede dejarse llevar, abandonarse, sentirse bienhechoramente liberado y protegido. En una clase de vértigo, se coloca más allá de los estrechos límites de sus perspectivas habituales. No solamente se encuentra entonces en contacto con otra dimensión. Tiene la sensación de haber recuperado su parte original. Vivir aquello ¿no es acaso primitivo? ¿No es accesible esa vivencia solamente al hombre primitivo? Ciertamente no. Lo que el hombre hipercivilizado toma como su independencia, es algo que lo separa de la unidad primordial. Esta lo atrae siempre, sin embargo, pues él participa irremediablemente de ella por su Ser esencial. Mientras más extranjero se hace a su patria de origen, más será cogido por la fuerza de su remolino el día que se abandone a este "primordial". Muchos

fenómenos de nuestro tiempo deben ser interpretados como intentos de liberación de aspectos rechazados que arrancan desde el hombre primitivo. Cuando no son solamente castigados a nombre de la mesura, sino también tratados como sospechosos y reprimidos, terminan por explotar con toda su fuerza elemental (XIV).

Toda educación, sobre todo la de las profesiones destinadas a dar una dirección a los hombres –profesores, terapeutas, sacerdotes–, comprende cada vez más la búsqueda de gestos que se conformen al Ser esencial y a sus ejercicios de perpetua repetición. Por la danza, en particular, medio de exploración y de liberación de sí mismo, y por la expresión corporal. Pero importa también conocer la doble significación de todo ejercicio y adquirir el sentido del cuerpo.

La Doble Significación de Toda Acción

La ambición y el temor de sufrir del yo primario, la necesidad de ser reconocido en su valor y de ejercer el poder, su desconfianza fundamental hacia la vida y el deseo de seguridad que ésta engendra, dificultan la realización del potencial de eficacia y de desarrollo de una personalidad de servidor responsable de la sociedad. Pero este yo es sobre todo un obstáculo en el camino de la transparencia y, en consecuencia, del camino iniciático. Una modificación de la actitud general, y por ello mismo, de los gestos por los cuales se expresa el yo y se comporta, es, pues, necesaria para eliminar la rigidez y el endurecimiento del yo existencial. En relación al trabajo importa saber que la respiración, la postura y la tensión, no son sólo el terreno en que se expresa el yo existencial. Su carácter está siempre también determinado por la relación entre el yo profano y el Ser esencial. Es también una muestra del grado de transparencia. Toda alteración de la respiración implica un im-

pedimento a la transparencia. Así, la postura, la respiración y la tensión, pueden ser ejercitadas conscientemente en el sentido de la maduración interior. Este aspecto físico del trabajo interior ha pasado desapercibido hasta ahora, igual que ha ocurrido con otras actividades, cuya técnica poseemos y que podríamos utilizar como medios de progreso en el camino interior. Para comprenderlo es necesario estudiar a fondo el doble significado que tiene toda acción.

Toda acción tiene, en razón de su objeto, un sentido exterior: éste se refiere al resultado que se obtiene. También muestra lo que el ejecutante es capaz, lo que ha aprendido, lo que sabe. Pero por la forma en que se realiza, por el "cómo" de su ejecución, toda acción puede también tener éxito o fracasar en relación a su sentido interior. Esto último se refiere a lo que la acción aporta a quien la realiza y a lo que a través de la acción expresa el sujeto, en cuanto a lo que es o ha llegado a ser. La disposición con que se realiza cada acto permite utilizarlo para progresar en el camino hacia el verdadero yo. Para ello es necesaria una actitud reveladora de la decisión de fidelidad hacia el SER. Los gestos perfectos, esto es, conforme al Ser esencial, tienen una fuerza terapéutica indudable (VI).

La danza, la genuflexión, el andar procesional que son gestos ligados al culto, no son los únicos: todo movimiento encierra la posibilidad de experimentar y dar testimonio de nuestra participación en la realidad de nuestro origen infinito y de nuestra voluntad de servirlo cuando estamos en el camino. Es así ciertamente, pero debe entenderse bien, a condición de permanecer o de esforzarse en permanecer, consciente o inconscientemente, bajo el signo de lo numinoso, es decir, en contacto con nuestro Ser esencial. El esfuerzo nos mantiene por el cuerpo que somos en un cierto "equilibrio dinámico". Es determinante de la armonía de nuestros movimientos, mantiene nuestro propio ritmo, evita el inmovilismo y el bloqueo. Aun en la detención necesaria entre dos movimientos, se

muestra un momento de la respiración y por ello en toda circunstancia puede sostener nuestro progreso interior (VI).

Forma Transparente

"El espíritu sopla donde él quiere" – pero ¿cómo podemos sentir su soplo, acogerlo y obedecerle? Pudiera ser que lo oigamos por casualidad sin importar la disposición de espíritu en que nos encontramos. Pero no podremos estar abiertos de manera durable a lo que la voz de la trascendencia exige y promete, sino bajo una cierta "forma". Ciertamente la trascendencia puede tocarnos durante el sueño o la vigilia, en la excitación o la calma, en un estado de relajación o de tensión, pero no podemos corresponder a sus exigencias a menos que estemos en la "forma justa". Esta actitud es, al mismo tiempo "forma transparente" y una "transparencia que es forma". Es necesario ser accesibles a la plenitud, al orden y a la unidad del SER presente en nuestra esencia, transparentes y receptivos y también en capacidad de guardarlo y trasmitirlo. En el hombre, ser consciente, la Vida se hace consciente de ella misma en una perpetua transformación, en una respiración incesante, en el eterno "morir y renacer" de una forma y en la constante repetición del Yin y del Yang.

Una estructura que esté de acuerdo con el SER no puede jamás ser la realización de una imagen en una forma definitiva y perfecta. Sólo en un cambio de la forma hay correspondencia con la vida que se experimenta en el despertar al Ser esencial vivo.

La "forma" que en el camino nos está destinada no puede ser sino una disposición de todo el hombre que permite un movimiento de metamorfosis sin fin. El fin es, entonces, una fórmula de transformación que llega a ser una segunda naturaleza y que determina la actitud total del hombre inte-

gral. El hombre integral comprende también al hombre en su cuerpo.

El arte de percibir el cuerpo, de reconocerlo y tomarlo como un instrumento de avance en el camino interior, a través del cual el Ser esencial se manifiesta siempre progresando, supone condiciones distintas de las que permiten reconocerlo como medio de subsistir en el mundo. En el cuerpo, entendido como "médium" del Ser esencial, el hombre no disminuye con los años. Puede, aun en el momento de morir, simplemente por su manera de "ser ahí", corporalmente, alcanzar la total transparencia y completar, precisamente por la muerte, la vocación del hombre que es dar testimonio de lo divino en el mundo.

El Cuerpo que Somos

Nuestra concepción tradicional del cuerpo sobrelleva la representación dualista de un cuerpo sin alma, frente a un alma sin cuerpo a que está inexplicablemente unida. Frente al hombre tal como lo encontramos y frecuentamos todos los días, al que amamos o tememos, esta separación es insostenible. ¿Quién ha visto nunca andar un alma sin cuerpo o un cuerpo sin alma? Un cadáver ¿es acaso un hombre?

Si preguntamos a quien nos escucha si es al alma o al cuerpo al que oye (la concepción tradicional no reconoce otra clase de entidad), nos responderá posiblemente "la voz que oigo es algo físico, pero lo que escucho viene del alma o del espíritu". Semejante respuesta es un absurdo. Deja entender claramente que el hecho inmediato escapa a la vista. La respuesta a la pregunta "¿a quién oye Ud.?" es, simplemente, "lo oigo a Ud.". Me oye a mí, a la persona determinada que se encuentra más allá de la oposición entre cuerpo y alma. Si las ciencias humanas se decidieran a tomar en consideración a ese alguien, como lo hacemos nosotros diariamente en el

contacto con nuestros semejantes, un nuevo capítulo comenzaría, no sólo para el conocimiento, sino también para la educación, el tratamiento terapéutico y la dirección espiritual del hombre. Hoy día estamos en el punto del comienzo de este nuevo capítulo. Empezamos a tratar seriamente a este "alguien", es decir, a considerarlo como persona, a reencontrar físicamente al hombre que está más allá de los contrarios de cuerpo y alma o cuerpo y espíritu. Este viaje representa también un cambio en la concepción de lo que es el cuerpo.

Resulta curioso observar la consideración que sobre el cuerpo se tiene en el Extremo Oriente donde se le considera como un mal necesario que desempeña el papel de instrumento de transparencia de la trascendencia, mientras que en el Occidente cristiano, centrado en la encarnación del espíritu, se ve en él un adversario, un obstáculo y una perturbación en el camino de la salud. Para el Occidente el cuerpo tiene, en el mejor de los casos, una importancia profana y pragmática. Se le coloca alejado de toda realidad espiritual. No es difícil asombrarse entonces si los ejercicios corporales del antiguo Oriente introducidos en Occidente, como el Hatha Yoga, se enseñan y practican como una forma de gimnasia. Así, falsamente ejecutados, se tergiversa su verdadero sentido que es el iniciático consistente en "ligar al yugo del Absoluto".

El solo sentido del cuerpo entre nosotros, es el de ser un instrumento para subsistir en el mundo, forjarse un camino y realizar un trabajo. Es por ello que se "ejercita" el cuerpo, es decir, se le entrena y trata como una máquina que debe ser mantenida en buen estado, sólida, flexible y bien aceitada a fin de que funcione eficazmente y sin dificultades. De hecho, un "tratamiento" tal concierne solamente al cuerpo que "se tiene". Algo completamente diferente ocurre cuando en lugar de ejercitar el cuerpo con miras a su funcionamiento y rendimiento, se le trata para ponerlo al servicio de la transformación interior. No se trata ahora del cuerpo que se tiene sino del

cuerpo que se es. Esta constituye ya una diferencia decisiva en toda terapia dirigida a la persona y no solamente al cuerpo. No es menos importante cuando se trata del avance en el camino interior. En efecto, igual que no es suficiente la salud física para asegurar un comportamiento correcto del hombre natural, la práctica de las buenas maneras no basta como testimonio corporal de lo Absoluto en lo contingente. La transparencia que bajo el signo del Absoluto se exige a la forma corporal es más que aquello, y también es otra cosa diversa al simple comportamiento adaptado a una sociedad o a un trabajo.

¿Qué debe entenderse por el cuerpo que somos? Por tal debe entenderse al hombre, al hombre total en cuanto persona , no solamente en su manera de vivir sino en su forma de estar presente tal como su cuerpo lo representa. No puede percibirse solamente el cuerpo en una distancia objetiva como aquel cuerpo que se tiene, del que se toma conciencia como una cosa o como un instrumento de que nos servimos para realizar un trabajo pragmático y mensurable. Se puede y se debe más bien interiorizar la conciencia del cuerpo, como la del cuerpo que somos. En el cuerpo puedo captar la forma tangible de aquel que soy aquí como persona en el mundo, por el cual los demás me perciben y por el que yo percibo a los otros.

De esta manera comprendido, el cuerpo es la totalidad de lo particular y de los gestos por el cual el hombre mismo en tanto que persona consciente de sí, vive en el mundo, actúa, se expresa, siente, se presenta, existe o desaparece en el espacio y en el tiempo, se realiza en su Ser verdadero o fracasa en esta realización.

No estamos allí sólo interiormente, sino también físicamente por la manera en que como personas somos visibles y tangibles en el mundo, sea que estemos o no en el verdadero camino, sea que dominemos o no una situación, seamos fuertes o débiles, en equilibrio o vacilantes, en contacto o

a la defensiva, abiertos o cerrados a la vida, adaptándonos u oponiéndonos, resplandencientes o sombríos, amigos o enemigos, radiantes o no, y sea que en estas situaciones estemos o no en armonía con nuestro Ser esencial. Cualquiera que sea la exigencia momentánea, interior o exterior, es en el cuerpo en el que reconocemos si "estamos" de una manera justa o falsa. Es justa si el cuerpo deja transparentar su Ser esencial, esto es, la modalidad por la que la Vida desea tomar forma y manifestarse en nuestra forma individual, aquí y ahora, en el momento presente. Es falsa en la medida en que el cuerpo en cuanto tal nos impide llegar a ser y manifestar la forma que concuerda con el SER, aquí y ahora.

Para aquel que aunque por una sola vez haya tomado conciencia de la tranformación de acuerdo con el SER, transformación que ha sido posible y también exigida por el propio cuerpo, empieza una nueva vida cuya tarea constante será esa transformación en todas las situaciones de la existencia. (V, IX, XVI).

El cuerpo que somos refleja, con todas sus contradicciones, el origen celeste y el origen terrestre del hombre. Hay, pues, una manera de estar presentes físicamente que, por la plenitud cálida de su aura y por el brillo de su forma transparente al Ser esencial, da testimonio en una medida perfecta del origen celeste del hombre. Hay otra manera de estar que se caracteriza por alternativas de contracción y relajamiento que reflejan un yo sujeto a una voluntad egoísta, determinado por su origen terrestre. Pero es necesario haber hecho del origen celeste la ley de la vida para no buscar explicaciones ni excusas en meras circunstancias desfavorables a este juego alternado de contracción egocéntrica y de relajación, en que la forma se borra perdiéndose la responsabilidad. Por el contrario, estos estados se sentirán como una falla al destino que el Ser esencial nos promete y exige.

No es posible progresar en el camino interior por medio del cuerpo, si no logramos escuchar y seguir la voz de la tercera conciencia. La primera conciencia del cuerpo se dirige a la conservación, es decir, a la salud y al funcionamiento físico satisfactorio. La segunda se orienta hacia la belleza, la medida, la perfección de nuestra forma en todo gesto y en toda acción en el mundo. Pero es la tercera conciencia la que se enfoca hacia la gran trascendencia que nos habita. En este sentido, un hombre puede estar de manera "olímpica" con una salud perfecta, capaz de realizaciones casi sobrehumanas, en posesión de toda su fuerza física, hermoso más allá de lo corriente y, sin embargo, lejos de toda transparencia. Un enfermo, en cambio, en el último extremo, puede estar en su cuerpo bajo una gran armonía, transparente a la otra Vida que se le acerca con la muerte para transformarlo.

Podemos faltar a la trascendencia de varias maneras sin afectar a nuestra salud ni a nuestra figura. Un exceso de alimentación en una comida, por ejemplo. Otra manera de faltar que impide el adelanto más de lo que en general se cree, especialmente entre la gente joven, es la masturbación. Ella obscurece el resplandor, es decir, la expresión de una existencia conforme al Ser esencial. Los terapeutas que la alientan o que no le dan importancia, tratándola como si fuera algo natural, prohibido sólo por viejos tabúes ya sobrepasados, nada saben del resplandor y del auténtico Ser que se transparenta en ese resplandor. En qué medida la masturbación afecta a la Salud, es una cuestión, pero que sea contraria al Ser esencial está fuera de toda duda. El sentimiento de culpabilidad que trae consigo puede ser tratado en el terreno de la moral, pero no cuando ese sentimiento surge como la voz del Ser esencial.

La transparencia a la trascendencia que es el fin del ejercicio, busca la "fuerza bienhechora del gesto puro" en que el

hombre no desnaturaliza la expresión individual del SER en su plenitud, en su orden y en su unidad. Por la transparencia justa, el hombre refleja en su simple manera de estar ahí la triple unidad del SER.

El trabajo para la transparencia del hombre en tanto que cuerpo, supone el conocimiento de los obstáculos que impiden esta transparencia y también de los medios para eliminarlos. La gimnasia ordinaria no tiene cabida aquí. Los ejercicios físicos se han concentrado hasta ahora en la imagen de un "cuerpo sano". Cuando a lo anterior se agrega alguna preocupación por la gracia y la belleza, aún tiene un objeto solamente profano. Sin embargo, esto último puede abrir la puerta a la intuición de las virtudes iniciáticas.

Para el hombre que sólo está preocupado por el rendimiento y por la impresión que causa en el mundo, se trata en primer término, de despertar el sentido de la transparencia a lo divino presente en nuestro Ser esencial (las actitudes solemnes no bastan) y de las condiciones físicas que permiten esa transparencia.

El apoyo del cuerpo en su justo centro es una condición decisiva. De él dependen una espiración y una postura justas (IV).

La Relación del Hombre con lo Alto y con lo Bajo con el Mundo y Consigo Mismo.

La expresión del hombre en el cuerpo que "es", revela tres cosas:

1. Una cierta relación con lo alto y con lo bajo: no puede volar, pero tampoco está obligado a reptar. No es un pájaro ni un gusano. Se mueve erguido, parado en sus pies como un ser humano, es decir, sobre la tierra y en dirección al cielo.
2. Una cierta relación con el mundo: frente al mundo está en

situación de polaridad. Por una parte es el mismo; por la otra está ligado al mundo y en un intercambio vivo con él.
3. Una relación precisa consigo mismo: en cualquier forma en que esté, se encuentra en una relación particular con la vida que en él tiende a manifestarse y desplegarse en su unidad.

Su Ser esencial lo empuja siempre a la actualización de una forma que pueda revelar en el mundo. Si ella es posible, es porque el hombre se encuentra anclado en su centro. Este "estar en su centro" no es nunca algo exclusivamente interior: concierne también a la existencia en el mundo, esto es, en el cuerpo. La forma, la manera en que un ser humano está presente, es justa si permanece transparente a su esencia y al Ser que lo habita. Una relación muy precisa del hombre con lo alto y con lo bajo, con el mundo y consigo mismo garantiza esta transparencia. Este "ser así", condicionado siempre, tanto por las circunstancias exteriores como por las interiores, corresponde a la imagen innata de la relación justa, pero no son jamás completamente idénticas. El hombre no está nunca sino en el camino de alcanzar la forma perfecta que corresponde al justo centro que es su meta.

1. La relación justa con lo alto y lo bajo se reconoce, ante todo, por la postura, es decir, por la manera en que se coloca en la vertical que lo distingue del animal. ¿No es ella el símbolo de su origen divino? Si se mantiene derecho de la manera correcta, por su posición une el cielo y la tierra. Su sujeción a lo bajo no amenaza su aspiración a lo alto y ésta no es la negación de su pertenencia a la tierra. Está en un contacto profundo que, como las raíces de un árbol, no se oponen a su crecimiento en la vertical sino que lo permiten y aseguran. Su aspiración a lo alto no es una negación de la tierra, sino un movimiento ascendente que se hace posible por las vigorosas raíces que lo nutren. La actitud justa correspondiente a la relación entre lo alto y lo bajo, es la expresión armoniosa del hombre

que, al dirigirse hacia el cielo, encuentra su apoyo en la tierra que lo nutre y lo sostiene.

2. El sujeto cuya forma viviente está en conformidad con el mundo y los hombres, con las cosas y con la naturaleza, se encuentra también frente a ellos tanto cerrado como abierto, limitado por contornos precisos y, sin embargo, en un estado de contacto transparente. Diferente del mundo, está ligado a él. Reservado y receptivo, su respiración aspira regularmente el mundo lo espira apaciblemente como toda forma viviente.

3. Cuando la forma viviente expresa una relación justa del hombre consigo mismo, se encuentra tranquilo y reservado. Conserva su forma propia estando simultáneamente animado por la dinámica viva de un equilibrio justo, alerta y relajado a la vez. De esta manera, la forma justa se presenta en su triple aspecto de postura, respiración y tensión.

Si se consideran estas tres formas de adecuada relación con el cielo y la tierra, con el mundo y consigo mismo, puede apreciarse fácilmente la manera en que el hombre que no ha encontrado o que ha perdido su centro, quebranta la ley interior inmanente de la forma que coincide con su Ser esencial. Toda falta a esta ley acusa un desequilibrio entre los dos polos: una preponderancia del cielo sobre la tierra o de la tierra sobre el cielo, del yo sobre el mundo o de la vida sobre la forma que debe manifestar.

1. Vemos al hombre faltar a la relación justa entre el cielo y la tierra como corresponde a su condición humana, cuando, de pie, sentado o andando, tiende con exceso hacia lo alto o se hunde en sí mismo hasta el punto de no poder mantenerse. En lugar de hacer de la tierra un punto de apoyo, cae en una especie de inercia, de postración. Su raigambre en la tierra aparece como un peso abrumador. No encuentra en el suelo una base de apoyo, sino un medio que lo embaraza. Esta clase de gente no anda, sino que se arrastra; no se sienta,

se desploma; no se tiene en pie, apenas se sostiene para no caer.

Si la tendencia a lo alto se exagera, el sujeto parece "estirado" hacia arriba negando todo vínculo con la tierra. Sentado o de pie, se alarga; cuando anda, se contonea, trota, danza. Niega su gravedad natural. No aparece orgánicamente derecho: los hombros levantados, se infla orgullosamente. Frunciendo el ceño, dándose aires de importancia, parece perderse en las nubes.

En uno y otro caso falta el centro de gravedad justo que une lo alto con lo bajo. Cuando el hombre está presente, por el contrario, las fuerzas que elevan y las que afirman sobre la tierra, se fundan en la armonía del conjunto. Lo que está arriba está en relación con lo de abajo. Lo bajo tiende naturalmente a lo alto. La forma surge desde la tierra verticalmente como un árbol cuya corona se apoya sobre un tronco sólido con profundas raíces. Así, una posición justa expresa la aceptación del hombre a la totalidad de los dos polos que van del cielo a la tierra. No se apega a la tierra, se apoya confiadamente en ella. Aspira al cielo, sin olvidar la tierra.

2. Cuando la relación del sujeto con el mundo exterior no es la que debe ser, ésta aparece como una negación del mundo que sale a su encuentro, o como un abandono al mismo sin medida. En el primer caso parece cerrado, más aún, literalmente atrincherado en una forma rígida sin alma, con contornos que no son sólidos sino endurecidos. Su actitud inerte y aislada no expresa un distanciamiento libre y natural sino un encogimiento y un rechazo. La pulsación viva de la respiración no lo anima. Congelado en su forma esclerosada pierde su capacidad de intercambio dinámico entre el yo y el tú. Su respiración carece del ritmo vital que va de la actividad al reposo, de la gracia y la moderación, al tomar y dejar ir. Los gestos que expresan el entusiasmo y la participación ya no le son posibles.

La imagen opuesta es la de un ser que no se sostiene. Sus gestos revelan un dejarse ir sin freno ni medida que lo deja entregado al mundo con riesgo de ser absorbido por él. No hay nada que asegure la cohesión de la forma. Sin resistencia, parece a punto de disolverse entre lo que lo rodea. Se mueve como si no estuviera sostenido por su contextura ósea. A menudo esta clase de gente carece de tacto y del sentido de las distancias.

Falta aquí de nuevo el centro de gravedad exacto que asegura la independencia y los lazos apropiados en relación a sí mismo y al mundo. La relación justa, la relación propiamente humana, no se cumple sin una tensión equilibrada y creadora que una los dos polos. El hombre y el mundo deben simultáneamente mantener su autonomía y estar unidos. Deben poder separarse para volverse a encontrar y enriquecerse mutuamente en la unión. En la relación justa, la que corresponde a la correcta actitud del hombre hacia el mundo, los gestos son lo suficientemente contenidos para que la atracción, los lazos y la participación no impliquen un abandono. El hombre se encuentra bien centrado cuando su disposición interior le permite naturalmente y sin la menor molestia mantener el ritmo constante de aspiración-espiración en que se entrega sin perderse, permanece en el mundo sin ser absorbido, se recupera sin separarse y guarda su reserva sin endurecerse.

3. No existe relación justa del hombre consigo mismo si en el juego en que la vida interior alterna con la forma conseguida aparece un desequilibrio producto de un exceso de vida interior en pugna por exteriorizarse, o una forma muy defendida y rígida frente a la vida interior.

Algunas personas dan la impresión de tener una vida emocional y sentimental que se derrama y desborda con tal profusión que, faltándoles orden y dirección, amenazan la forma. Sus gestos carecen de ritmo y de coordinación, son desmesurados.

En el otro extremo, falta de fluidez de los movimientos. La expresión de los gestos está inhibida y es vacilante. En el reposo, el cuerpo permanece contraído. No se advierte el centro que mueve y anima el conjunto, que mantiene orgánicamente la cohesión y que irradia vida a su alrededor. Una armazón arbitraria, conseguida por un momento, parece a punto de romperse o dislocarse y, en cualquier instante, la disolución toma el lugar de la rigidez forzada.

Resumamos: la vida interior es a veces demasiado fuerte para la cáscara que la contiene o, por el contrario, el caparazón ahoga la vida profunda. Las palabras "vida interior" pueden entonces designar dos cosas: por una parte, la energía natural de fuerzas elementales; por la otra, la vida no vivida reprimida en el inconsciente, la sombra. La cáscara hace entonces el efecto de una coraza que asfixia la vida interior. En uno y otro caso falta el núcleo que es, simultáneamente, centro y capullo en floración, en que se funde lo opuesto entre la vida y la forma alcanzada. Con la presencia de este centro aparece la expresión de una vida interior espontánea, siempre en viva armonía. Forma devenida y vida no son aquí adversarios sino aliados. La forma no es artificial ni relajada, no está disuelta ni rígida. Siendo vida, se mantiene siempre en una transformación constante. De instante en instante la vida interior actualiza la forma que le corresponde y, a la recíproca, la vida que la anima regenera la forma en una perpetua metamorfosis. En todo instante su manifestación expresa la vida creadora que da nueva forma a lo ya devenido. El cuerpo entero, cada una de sus partes, está armónicamente animado por un centro inalterable y movido por una fuerza viva. El conjunto es una forma fluida y una fluidez con forma.

Igual que la ausencia de un centro justo implica una perturbación de todo el organismo, su presencia no manifiesta otra cosa que una actitud en que el conjunto de la persona se mantiene en relación de tensión viva entre dos polos. Cuando

falta un centro justo, el hombre alterna entre uno y otro extremo: si está comprimido hacia lo alto, termina tarde o temprano por desmoronarse. Si mantiene ordinariamente una actitud de abatimiento, intentará en cualquier momento erguirse con exceso. Frente al mundo, el hombre que no se ha integrado a su centro oscila entre una actitud distante de rechazo y un darse sin sujeción ni medida. Una relación falsa consigo mismo lo hace oscilar entre la disolución y la rigidez.

La forma corporal expresa una disposición general de la persona. El centro de gravedad determina, pues, la actitud del conjunto manifestado por el alma y el cuerpo, aun cuando se le llegue a localizar en un lugar preciso del cuerpo. Este centro que se hace sentir en el comportamiento físico y psicoespiritual, es también la expresión de un tercer factor. Este factor es el hombre integral, la "persona en devenir" en la cual la disposición simultánea conforme al Ser esencial y al mundo implica justamente una transformación que no terminará jamás.

En el plano iniciático la noción de hombre integral tiene otro significado que en el plano natural. Su relación con lo alto y lo bajo, con el universo y consigo mismo hechas realidad por una existencia y una manera de servir justas en el mundo, son también diferentes en el hombre natural y en el iniciático. En efecto, la vida entera de este último está determinada por su compromiso con la trascendencia inmanente, dando testimonio de su origen infinito en medio de la existencia finita.

La relación del hombre con el cielo y la tierra se expresa en la posición vertical propia de la condición humana. Da testimonio de la relación entre el espíritu y la materia, pero su significación es diferente para el hombre natural que para el iniciático. El hombre natural ve "en lo alto" y en aquello que de lo alto le alcanza, la victoria del espíritu racional, alerta, orientado hacia el sentido de los valores y dominando los impulsos obscuros de los instintos. Para el hombre iniciático, la vertical representa la fuerza del espíritu que viene a animar la

tierra. Manifestación del SER sobrenatural, esta fuerza resplandece a través del cuerpo por medio de una agilidad, una pulsación y una luminosidad, mientras que el hombre natural no supera jamás una cierta pesadez, una cierta densidad, una falta de luminosidad, aun cuando este hombre sea intelectualmente capaz, feliz, abierto. El hombre iniciático, aun cuando sea un principiante y en la medida en que se haya comprometido, posee una fluidez, un aura. Trasmite la presencia de un algo misterioso que no se encuentra en una personalidad por realizada que sea en el campo profano. Sin embargo, nadie puede, ni aun viviendo principalmente por el camino iniciático, mantenerse constantemente en esta "presencia". Cuando se separa, pierde también la luminosidad que anunciaba la presencia de una instancia más alta, de la trascendencia, del cielo.

El contacto justo con el mundo, con su medio, con las cosas, no tiene el mismo sentido para el hombre natural que para el iniciático. El primero ve en este contacto la condición de su seguridad en una existencia que tiene un sentido y en donde la comunidad le garantiza la protección para las tres aspiraciones del yo existencial. Para el hombre iniciático, el sentido y la finalidad de este contacto es la fusión con el Ser esencial. Por él siente la Vida indestructible y un sentido y una protección que no dependen en nada de la seguridad, de la justicia ni de la comunidad en el sentido mundano.

Desde el punto de vista del hombre natural, la relación consigo mismo se refiere a la relación de su yo consciente de sí, con el mundo y con el "inconsciente personal" que dependen del temperamento y de los antecedentes del sujeto. Para el hombre iniciático, el tema decisivo es, por el contrario, la relación del yo consciente con el "inconsciente colectivo" alimentado desde el fondo de los arquetipos. Es también la del yo condicionado por el mundo y el "cuerpo destinado" que ha crecido bajo las circunstancias de este mundo, con el Ser esencial que tiende a lograr su forma a través de todas las contingencias del mundo.

El SER se manifiesta siempre en la existencia por la acción de su triple unidad. En un sentido pragmático el cuerpo también revela esa triple unidad en cuanto representa: la plenitud por su fuerza física en sus gestos y en el reposo; la ley por una "imagen" más o menos perfecta en su medida y armonía, y la unidad por su apertura al contacto físico. La educación pragmática del cuerpo se encuentra también, así, bajo el signo de la triple unidad del SER. El cuerpo, instrumento de la trascendencia, permite al hombre orientado hacia la vida iniciática probar esa triple unidad como un soplo numinoso de la misteriosa plenitud de la Vida, aun cuando sea presa de la debilidad física y de la soledad. Siente el orden del Ser como un bienestar luminoso aun en la enfermedad, y como una impresión de armonía en medio del desorden del mundo. La unidad del Ser es para él el sentimiento pleno de una cualidad numinosa de pertenecer a un cuerpo cósmico presente en él y alrededor suyo en el cual, más allá de sí mismo, es como una ola en el mar. En la medida de nuestra transparencia nos sentimos en el cuerpo que somos, físicamente participando de un Todo que nos anima, nos comprende y que es nuestra vocación vivir de acuerdo a nuestro modo individual.

Adquirir la transparencia que somos en cuanto personas, exige una prolongada maduración. La "madurez del cuerpo" en el sentido iniciático, es distinta de la madurez biológica. El fruto potencial de esta última es la procreación. El fruto de la madurez en el sentido iniciático es un renacimiento por el Ser esencial que presupone la gran transparencia.

El hombre que llega a la madurez tiene una forma serena. Habiendo abandonado su yo, se centra en el Ser esencial. Toda su actitud es independiente en relación al bienestar del mundo exterior y a la consideración de los otros. Se afirma sobre sí mismo incluso en un sentido corporal y su manera de

ser expresa su libertad interior. La conciencia de sí del hombre que ha alcanzado la madurez no resulta de una posición segura en el mundo, sino de su arraigo en lo sobrenatural. El signo más evidente de la inmadurez vista a través de lo físico, es la crispación que alterna con la relajación. El hombre que ha alcanzado la madurez no está tenso ni relajado sino tranquilo y seguro, de alma y cuerpo. Conserva una forma cuya firmeza no es la negación a abrirse y en que el permanecer abierto nunca llega al abandono. El que se encuentra realmente en el camino, descubre también en sí la más leve crispación y la menor pérdida de la forma, no solamente porque le son penosas y disminuyen su bienestar o estorban su eficacia, sino también porque ve en ellos el signo de un deterioro de lo que es y quiere ser. Siente cerrarse el contacto con su Ser esencial. Todo dejarse ir no le parecerá menos falso que cualquier tensión excesiva y ello, no por el hecho de sufrir una enfermedad o por tener una dificultad en su trabajo profesional, sino porque la forma sufre en lo que debe ser su armonía con el Ser esencial. El signo visible de un ejercicio espiritual bien realizado se advierte en la sensación que sigue, de ser más sí mismo, incluso físicamente, es decir, más fuerte, en mejor forma y "en contacto", cualesquiera que sean las circunstancias exteriores. Un ejercicio que no dé este resultado no tendrá la fuerza para transformar la totalidad del hombre (VI).

Hara

El cuerpo, como medio en que se expresa la promesa, nos habla a través de la postura determinada por el centro de gravedad, por la respiración y por la relación entre tensión y relajación. Estos tres elementos entendidos en el sentido de la persona, no tienen una significación física. Son los medios de expre-

sión de una existencia y de una evolución potencial justas, es decir, conforme al Ser esencial de la persona y de lo que la dificulta.

Cuando se mira el cuerpo humano como la unidad de gestos en que el hombre está presente en el mundo y, al mismo tiempo, como el instrumento para la realización de la "persona posible" solamente a partir de sus raíces en la trascendencia, sus perturbaciones no acusan solamente problemas físicos. Reflejan un desorden contrario a su Ser esencial y actitudes falsas del hombre entero. La educación del cuerpo que forma parte del camino iniciático y la terapia de la persona, son diferentes de un tratamiento físico-médico.

En las formas corporales defectuosas, en particular en la relajación y la crispación, aparecen las malas actitudes de la persona. La rigidez, por ejemplo, traiciona un personaje hinchado de vanidad y de ambición o una desconfianza o una angustia que buscan seguridad. Un soltarse repentino no revela solamente un abatimiento físico: traduce también el desaliento y una deficiente confianza en sí. Tomemos por ejemplo la rigidez de los músculos de los hombros. No se captará nunca su significación si se ve en ella una simple tensión física que puede ser tratada con masajes, ejercicios de soltura puramente técnicos o inyecciones calmantes. Se debe en realidad, en el todo o en parte, a una actitud interior falsa. Un mismo fenómeno visto en relación a la persona toma otro sentido. Los hombros levantados traicionan el predominio del pequeño yo ansioso de seguridad y, por lo mismo, una desconfianza hacia el mundo y hacia la vida que tiene su origen en una falta de confianza en sí.

Demuestran, finalmente, que todas las actitudes falsas y los trastornos corporales resultantes son el signo de un yo que arroja al hombre fuera del Todo de la Vida y, particularmente, lo priva de las raíces de su Ser esencial.

El hombre encerrado en su yo tiene una desconfianza

irreprimible en relación al futuro inmediato. Constantemente en estado de preocupación y alarma, no puede dejar venir las cosas con calma. Inconscientemente le parece que estará obligado una vez más a hacer algo en lo que puede fracasar y ello, no obstante que tiene capacidad para hacerlo y podría realizarlo sin dificultad si dejara las cosas desenvolverse por sí mismas. Falto de confianza en sí, no consigue realizar lo que sabe y fracasa en el momento decisivo, porque, ansioso y preocupado, estorba su propia acción.

La terapia de la persona, que se dirige a las actitudes equivocadas, pasa por una toma de conciencia y una experiencia de la disposición que le permite y le produce seguridad y confianza. En lugar de enderezar el busto con rigidez, es necesario apoyarse abajo en la región de la base que no debe ser considerada aquí desde fuera, como una parte del cuerpo, sino desde dentro, como un instrumento para conseguir la manera de estar "ahí" en el mundo en tanto que hombre total, sea en forma justa o falsa, abierta o cerrada. Así comprendida esta región, es un centro cuya educación apropiada permite finalmente, gracias a su unión con una fuerza más vasta que ella representa, y que se puede sentir, alcanzar una tranquila seguridad. Más allá de su utilidad pragmática, cumple una función en el plano iniciático.

Lo mismo que el hombre no puede ser comprendido como persona sino en relación a su destino trascendente, la manera personal de considerar y ejercitar el cuerpo que se "es", consiste en tratarlo como instrumento de la maduración general hacia la transparencia de la trascendencia. El hombre no está presente de una manera justa a menos que esté ahí, también por su cuerpo, de conformidad al Ser esencial y orientado hacia él, es decir, abierto a la manifestación física de la esencia.

Ejercitar el cuerpo en el sentido de la transparencia implica eliminar todo lo que le obstruye la ruta y el surgimiento de lo que la hace posible. Toda manifestación de defensa de

posiciones y de seguridad del yo, son obstáculo al testimonio del SER. La rigidez y su contrario el desplome son índices. Ni el uno ni el otro permiten la manera justa de estar físicamente. Toda afectación, toda fachada que disimule la verdadera personalidad, toda tonalidad falsa en la voz, toda fluctuación en la mirada, cualquier artificio o cualquier blandura en la actitud, pueden ser y son síntomas de una falta de arraigo en el SER y por ello de un mal estado de la persona. Es necesario tomar conciencia y trabajar en su eliminación por medio del "exercitium ad integrum".

Una buena actitud está siempre determinada por el centro de gravedad justo. El desplazamiento del centro hacia arriba forma parte de las actitudes equivocadas arraigadas de mucha gente que se expresa por el "pecho afuera y vientre adentro". Las actitudes falsas muestran una identificación con el pequeño yo apegado predominantemente a una posición segura de la que nada lo saque. Cuando aquéllas se han establecido sólidamente, impiden el surgimiento de las fuerzas profundas liberadoras y regeneradoras que sostienen al hombre. La otra forma equivocada que a menudo alterna con la anterior, es un dejarse ir, la postración. Desnaturaliza la imagen interior del hombre vertical que se muestra en forma precisa y sólida. Cuando no se trata sólo de un debilitamiento físico, este abandono traduce la falta de comprensión y del sentido de responsabilidad hacia la forma sin la cual el SER no se puede manifestar. No se entra en el camino de la forma justa, sino después de haber aprendido a reconocer correctamente el centro corporal, el vientre. El occidental se sorprende y se resiste a reconocer que el primero y el más importante centro que debe desarrollar y conservar en un cuerpo que se dirige a la trascendencia, es el vientre o, más exactamente, el bajo vientre, la base.

Desde hace mucho tiempo se conoce en el Oriente y particularmente en el Japón, la importancia del abdomen. Debemos recordar, sin embargo, que también esa importancia apa-

rece destacada en las figuras de la época romana y de los comienzos del período gótico, en particular en las representaciones de Cristo, como la de Cristo en Majestad[1]. El ejercicio que conduce a la madurez, es decir a la integración a la trascendencia, es insistente en este aspecto. Lo encontramos en el Japón bajo la enseñanza del hara.

En el sentido propio del término, "Hara" significa vientre. En un sentido amplio designa la disposición del conjunto del hombre, por la que cada vez más se libera de la prisión del pequeño yo, despegado y sereno, anclado en una realidad que le permite percibir la vida que viene de un más allá, dominar el universo y servir sin descanso, lo que constituye su misión en el mundo. Puede, sin temor, combatir, morir, crear, amar.

Cuando el hombre logra establecerse y anclarse en el hara, lo siente como un lugar ligado a las potencias vitales que le permiten discernir, acoger y refundir las formas en que el yo se ha fijado a fin de obtener su conversión en otras nuevas. Gracias a esta fuerza de transformación y renovación, su contacto con el mundo se modifica. Nada le perturba, nada amenaza su vibrante equilibrio. La cabeza serena, el cuerpo relajado en alerta elástica, el hombre se abre y se cierra, se da y se recupera en su centro, al ritmo de la respiración. Permanece en calma en medio de las tormentas de la vida. En el "hara" se descansa en el manantial de una transformación sin fin, en el lugar en que arraiga el Ser de sí y el devenir personal. El "hara-no-hito", que significa "el hombre que tiene un vientre", es el hombre que ha llegado a la madurez. Ha cumplido la condición necesaria a la integración del yo profano con el de la esencia. Sólo el hombre que ha pasado del ámbito del yo existencial a aquel que corresponde al del hara, que es su centro terrestre que en él se ha afirmado, puede alcanzar el núcleo de su persona.

1 Catedral de Colonia, comienzos del siglo XII.

La búsqueda y la práctica del hara, centro fundamental, sostén y apoyo a la vez que nos mantiene "derechos", es el ejercicio básico de toda existencia justa en el mundo conforme al Ser esencial. El ejerccio hace del vientre, de la base y de la región lumbar el lugar de anclamiento seguro de una posición justa. Por el ejercicio se busca el centro sereno y seguro que nos permite andar, estar sentados o en posición de pie, dando testimonio de una existencia acorde con el Ser esencial. La vida cotidiana total es verdaderamente el campo del entrenamiento porque el olvido del hara compromete nuestra presencia como personas. Si la posición tiende a buscar apoyo arriba en el espacio del yo, nos cerramos al Ser esencial. Si nos dejamos ir hacia abajo, no logramos nuestra forma ni aun en el caso que mantengamos algún contacto con el centro.

No existe actividad alguna de aquellas que exigen la voluntad y una atención sostenida, que no ponga en peligro el centro justo, nuestra presencia en el hara. Cada vez que estamos tensos, preocupados de algo, fijando la atención del yo existencial en el resultado, nos salimos con facilidad del centro. Todo trabajo y toda acción orientados hacia un fin, cuando no estamos ejercitados en el hara, nos incita a trasladar el centro de gravedad hacia arriba, es decir, a confiarnos exclusivamente en la acción del yo. Es por ello que todas nuestras actividades son la ocasión de ejercitar el centro justo. Todo instante nos da la oportunidad de conservar y robustecer la disposición que nos mantiene presentes por el Ser y nos libera del dominio del yo temeroso ante el dolor, en busca de reconocimiento y seguridad. En la medida en que logramos apoyo en el hara, todo trabajo se nos hace fácil. Nuestros recursos están disponibles, nuestra actividad tiene éxito y, en las relaciones con nuestros semejantes, nos mantenemos en calma, libres y espontáneos.

Definido con la mayor simpleza, el hara es una disposición general del hombre físico que elimina todo obstáculo

a la personalidad existencial y a la persona en el camino iniciático, ya que para ambas los obstáculos proceden del pequeño yo. El hara consigue superar la tenaz supremacía de ese pequeño yo. Es entonces cuando en los momentos críticos, todo lo que tenemos, lo que sabemos y lo que somos capaces, están a nuestra disposición. En la enfermedad, por ejemplo, las fuerzas de la naturaleza que trabajan por el restablecimiento de la salud, no son obstaculizadas por la angustia del yo. En el camino iniciático, el hombre que ha logrado fundir en el hara las tendencias porfiadas del yo, está libre hasta en su cuerpo de dar testimonio del SER.

Cuando se dice del hara que es el centro del cuerpo, se trata siempre del centro terrestre. El núcleo del hombre es y queda siempre en el "corazón". Si ha logrado por medio del hara abandonar el centro del yo, se descubre como hijo del cielo y de la tierra, fruto de una madurez que se cumple en la unidad con la tierra (Eros-Cosmos) y con el cielo (Logos).

Un centro fundado en el yo existencial sujeta al hombre a lo contingente. Debe liberarse de la hegemonía del yo para abrir la puerta al Ser esencial, es decir, al Absoluto. Por otra parte, el dominio sereno del hara libera el acceso interior al flujo de fuerzas universales de que el hombre participa, pero de las que a menudo se priva. Los japoneses llaman "Ki" universal a esta fuerza que reside en el hara. Nosotros participamos de ella, pero , a diferencia de las fuerzas de la voluntad, debemos aprender a "acogerla" en lugar de "hacerla". Cuando logramos acogerla, podemos realizar sin esfuerzo muchas actividades que sin ella nos serían imposibles.

El Ejercicio Fundamental

Un ejercicio muy simple nos permite conocer si estamos o no en la posición justa cuyo centro de gravedad es el hara. Un golpe en la espalda, invariablemente hace caer de bruces a quienquiera que esté de pie en la posición ordinaria con las piernas separadas. Pero si se mantiene en el hara, siente una asombrosa impresión de solidez. Por fuerte que sea el empujón, no lo puede derribar. Ello se debe a que se encuentra en el centro de gravedad exacto. Tampoco es posible sin un esfuerzo muy grande, levantar a un hombre firmemente apoyado en el hara.

La mejor manera de ejercitar el centro de gravedad justo es el siguiente: el ejercitante se pone en pie, bien firme y bien derecho, las piernas un poco separadas, los brazos colgando sueltamente, la mirada dirigida al infinito. Es la posición prevista: vertical, libre, portador de la luz. Es importante que en la medida en que el que se ejercita sea capaz, comience siempre en esta posición fundamental natural en que, apoyándose solidamente, en sí mismo, se mantenga unido al mundo. Importa también que no piense primero en el vientre, en la región lumbar, en la base. A continuación, y a partir de esta posición del conjunto, presumiblemente correcta, observará en detalle las diferentes partes de su cuerpo, no desde fuera sino de dentro.

Lo esencial en el ejercicio del cuerpo en relación al camino, consiste en la intuición del "cuerpo interior". Se trata de desarrollar y afinar un órgano específico de percepción cenestésica. Con tal fin es conveniente en un comienzo cerrar los ojos y, silenciosamente, sentirse interiormente bajo la piel. A continuación, lentamente, procediendo de arriba hacia abajo y luego de abajo hacia arriba, descubrir y relajar todas las tensiones. Escuchar con mucha atención la respiración, sintiéndola ir y venir. De esta manera se comienza a tomar conciencia del cuerpo, poco a poco.

Sin cambiar la posición ni derrumbarse, dejarse deslizar hacia abajo con la espiración. Instintivamente ésta se alarga en relación a la inspiración. Tomando todo el tiempo necesario, se repite este ejercicio. A continuación viene el primer movimiento destinado a la postura justa: el dejar ir. Al comenzar la espiración, es necesario soltarse en los hombros. No se trata de aflojar los hombros ni de forzarlos hacia abajo, sino de dejarse ir uno mismo en los hombros. El segundo movimiento consiste en apoyarse, establecerse en la base al término de la espiración. Relajar el busto y establecerse en la base, son dos aspectos de un mismo movimiento. Sin embargo, uno no implica necesariamente el otro. Si se ensaya, por ejemplo, levantar los hombros y entrar simultáneamente un poco el vientre y después relajar los hombros, nos daremos cuenta que de tal manera no se modifica la posición del vientre. Colocarse en la base es algo más. A menudo el practicante es capaz de relajar el busto suficientemente, pero no puede apoyarse con confianza en la base sin que las costillas se hundan. El temor de un aspecto recóndito aparece con la tenaz costumbre de asegurar un apoyo arriba, en el espacio del yo. Más adelante la relajación de los hombros y el apoyo en la base deben constituir un solo movimiento. Mientras más pronto el ejercitante capte de que se trata, más observará en lo sucesivo que tan pronto como fija la atención sobre alguna cosa, el vientre comienza a recogerse y los hombros a elevarse. Lejos de situarse con confianza y dejarse sostener por la base, busca un apoyo en el busto. Observará así hasta que punto se bloquea arriba en el espacio del yo. En este punto interviene el tercer movimiento, tan importante para el aspecto técnico de la práctica del hara: la manera exacta de dejar combar el bajo vientre. En el ejercicio esto corresponde al final de la espiración. Debemos dejar constancia aquí de un malentendido que ocurre en nuestro días entre algunas personas debido a la respiración enseñada por el yoga. En

esta última, el vientre se infla en la inspiración y se recoge en la espiración. Pero debe distinguirse: 1) entre la respiración natural y la respiración completa perseguida por el yoga; y, 2) entre el estómago y el bajo vientre. El estómago se comprime en la espiración y se dilata un poco en la inspiración. Por la extensión que tiene el diafragma, las costillas también se dilatan al inspirar y se recogen al espirar (siempre que el diafragma funcione bien). Pero como bien lo saben los cantantes que no han adquirido una mala técnica de apoyo, con la espiración completa el bajo vientre se dilata ligeramente. En este movimiento en que la región lumbar se dilata al mismo tiempo que el bajo vientre, el hara adquiere su forma corporal adecuada que afirma el tronco completo. El practicante se siente cada vez más como si fuera una pirámide sostenida por un cimiento amplio y sólido o, mejor, como un árbol sostenido por poderosas raíces que con cada respiración se clava más amplia y profundamente en la tierra, mientras que el tronco se eleva cada vez más vigoroso y libre. No obstante, no basta combar el vientre empujándolo hacia adelante. La posición justa consiste en poner un poco de fuerza en el bajo vientre que debe estar libre y relajado. Lo importante es sentirse uno mismo en esta fuerza de las raíces, apoyarse ampliamente en el bajo vientre y en la región lumbar junto con experimentar una impresión de fuerza en el tronco completo. Para hacer más sensible esta impresión de fuerza, el debutante puede apoyar el puño sobre el vientre bajo el ombligo, suave y profundamente. Después, los hombros flexibles, el cuerpo rigurosamente inmóvil, debe rechazar el puño de un golpe seco dado con la sola musculatura del vientre. Si se mantiene el bajo vientre en esta forma, se puede tamborear encima sin causar una sensación desagradable, y nos mantendremos en pie en una posición firme sin que nadie nos pueda derribar. Ahora se trata de conservar el centro de gravedad justo que hemos adquirido. Pero esta posición

contiene todavía un defecto: el hueco del estómago también queda tenso. Es necesario llegar a mantener una ligera tensión del bajo vientre mientras que el hueco del estómago recupera la flexibilidad. Solamente ahora se siente la forma justa, a la vez relajada y firmemente ahí, en el centro de gravedad exacto, sujeto a la tierra, pero libre para elevarse hacia lo alto. El fin de los verdaderos lazos con la tierra se hacen también manifiestos: permiten, como las raíces, un crecimiento hacia arriba. Una relación justa con la tierra muestra ser la condición de una legítima aspiración hacia lo alto. Si se traicionan los vínculos con la tierra, no se obtendrá el cielo.

Los errores que cometen los principiantes que se ejercitan en el hara son, pues, los siguientes: no se dejan ir ellos mismos en los hombros, forzándolos en cambio hacia abajo. Se contentan con soltar los hombros sin apoyarse en la base. No permiten al bajo vientre tensarse flexiblemente y en cambio lo fuerzan hacia adelante. Conservan tensa la región del estómago en lugar de relajarla.

De la posición de pie se pasa a la marcha en el hara. Si se mantiene el centro de gravedad, el caminar resulta grácil. Con las piernas movidas por el centro, la persona no se cansa ni se sofoca.

En la posición sentado se cuidará instintivamente la postura en que las rodillas queden más bajo que la base con el objeto de dejar al vientre todo el espacio posible. No es necesario apoyo alguno, pero aun cuando nos apoyemos de alguna manera, la fuerza se mantendrá en la región de la base y permaneceremos así en el hara (V).

Tensión – Relajación

Tensión–relajación, contraer–soltar, son dos aspectos de toda estructura viva, pero el hombre contemporáneo oscila la mayor parte de las veces entre dos estados en que el uno

excluye al otro: la crispación y el dejarse ir. Está poseído por el yo cuya actitud contraria al Ser esencial se manifiesta por dos actitudes antagónicas peligrosas para la vida: la rigidez y la disolución. Aun cuando se trate de la relajación, se busca una disolución que hace desbordar los contornos para dejar lugar en seguida a la crispación. Lo que sabemos y deberíamos practicar constantemente es una relajación que no disuelva, sino, por el contrario, que nos traiga un relieve elástico conforme al Ser esencial y a la creación de una forma nueva.

El fin de una relajación adecuada no es suprimir rigurosamente toda tensión, sino transformarlas en una tensión justa. Sólo con el ejercicio del centro justo esta relajación deja de representar una práctica exclusivamente corporal. Representa siempre una actitud de la persona. Debemos aprender a relajarnos de una manera justa y no a "relajar nuestro cuerpo". Supone más que una relajación muscular. Dejar caer los hombros y dejarse ir en los hombros son dos cosas diversas. La primera es un gesto puramente corporal cuyo resultado es exterior y sin efectos durables, el otro es una modificación de la actitud total de la persona. Toda crispación muestra una presión del yo avasallado por el mundo. Conviene dejar ir este yo existencial atemorizado por el mundo. Y ello, no sólo cuando estamos especialmente tensos o temerosos o cuando una contrariedad nos exaspera o nos defendemos apoyándonos arriba, sino siempre. Es un ejercicio que concierne al hombre en tanto que cuerpo. A quien busca la transparencia no se le recomienda hacerlo de vez en cuando, sino siempre, y hacerlo ordinariamente como parte de todo ejercicio espiritual en pos de la transformación. Porque liberarse del pequeño yo, significa también liberar la forma corporal, a menudo fuertemente arraigada que muestra o renueva su imperio.

El abandono de este yo inquieto, cobarde ante el dolor y apegado a sus tensiones, significa una modificación corporal

del hombre entero. La tensión defectuosa no se nos hace consciente en un comienzo sino como una rigidez física. Sin embargo, debemos percibir en ella una actitud falsa de la persona y aprender a relajarnos nosostros mismos en nuestra actitud total. Sólo entonces alcanzaremos un dominio sereno. Pero para desprenderse del apoyo centrado en la parte alta que corresponde al espacio del yo que se encuentra en el origen de toda tensión, sin dislocarnos, es necesario antes haber aprendido a apoyarnos y a anclar en otra parte, en la región de la base, es decir, haber adquirido el hara.

Dejar ir, liberarse del dominio del yo, debe sentirse y ejercitarse desde un comienzo, no solamente en los hombros, sino también en la nuca y en toda la parte alta de la columna vertebral. Debemos mantenernos como si un escudo que llevaramos sobre los omóplatos nos protegiera de un peligro que nos amenaza desde la espalda. Nada de extraño es advertir que el principiante siente al comienzo un temor cuando se ejercita en la relajación de las vertebras superiores. Tiene necesidad de un poco de coraje. Viene a continuación la desconcentración de la cintura que no es menos importante. El hombre que vive sin un sólido apoyo en la tierra,afirmándose solamente en el busto, se sostiene contra la base, por un mecanismo de defensa. Es a menudo el índice de una sexualidad rechazada y representa en todo caso una separación de las fuerzas cósmicas a las que nos une la base. Una forma abierta, libre y flexible sostenida en el hara, en la base, es por ello la condición fundamental de la salud física y espiritual (V).

La Respiración

Igual que la tensión justa, el ejercicio de la respiración en su sentido propiamente humano falta a su objeto cuando se con-

sidera como un ejercicio puramente físico al servicio de la salud o de la eficiencia. Ver la respiración sólo como un inspirar y espirar el aire es un síntoma aflictivo. Debemos percibir en la respiración el soplo de la gran VIDA que impera sobre todo lo que vive. Anima y mantiene la vida del hombre integral: alma, espíritu y cuerpo.

La respiración es el movimiento por el cual el hombre se abre y se cierra, se da y se recibe de nuevo, se abandona y se reencuentra en una viva e incesante transformación. Si la respiración funciona mal, el sujeto entero enferma y no solamente su cuerpo.

Toda perturbación de la respiración revela un problema del hombre total en el camino de sí mismo. Una respiración defectuosa no significa sólo una disminución de las energías y de la eficiencia, es también la expresión de la imposibilidad de ser sí mismo, porque el movimiento fundamental de la transformación se encuentra bloqueado. Este es el sentido iniciático de la respiración y el de su ejercicio. El bloqueo tenaz que se expresa tras una respiración dificultada, concierne a todo el hombre y no sólo a su desarrollo físico. Una mala respiración muestra una alteración del Ser esencial que se consolida progresivamente. Practicar la respiración es desembarazar el camino que conduce a la realización de sí mismo.

Los errores más extendidos relativos a la respiración, son una espiración incompleta y una respiración mal centrada. Se insiste sobre la inspiración o se trabaja en ella. El otro error es respirar muy arriba, en el espacio del yo, en forma tal que el movimiento inconsciente del diafragma que realiza el hara se reemplaza por la acción de los músculos del tórax. En lugar de la respiración natural conforme al Ser esencial, se hace una contra natura que realiza consciente o inconscientemente el sujeto. La respiración justa por su relación con el Ser se hace por sí misma. Cuando la falsa respiración se ha enseñoreado, es un estorbo para la formación de la persona, porque es-

te error no concierne sólo al cuerpo: revela un hombre falto de la confianza fundamental, dominado por el yo desconfiado y ávido de seguridad.

Hay numerosos ejercicios de respiración inventados por el hombre y útiles para muchos objetos. Se puede discutir su bondad. Pero no existe sino un ejercicio incontrovertible que es el que nos lleva a aceptar la respiración que no ha sido inventada por el hombre, que es innata y conforme con su Ser esencial. Este ejercicio consiste simplemente en escuchar la respiración que la naturaleza ha dado al hombre y recuperar y mantener su forma original. Implica, sobre todo, acoger lo que nos mueve, sin nuestra intervención, como un flujo y un reflujo natural, un movimiento rítmico que da y recibe.

La forma defectuosa de respirar originada en la acentuación del yo profano, resiste inconscientemente la espiración completa con lo que el diafragma no vuelve por sí mismo, privándonos de aspirar nuestro propio aliento. Contra este defecto, un ejercicio fundamental que es beneficioso en la mayor parte de los casos consiste en permitir la espiración total, debiendo esto enfatizarse desde el comienzo. La inspiración correcta viene ahora por sí misma. Lo mismo que la finalidad de una relajación justa es una justa tensión, el sentido y el fruto de una espiración justa es una inspiración correcta que se produce sola. No es necesario para ser capaz de dar, recibir primero.

Por el contrario, debe darse para tener el derecho de recibir. El ejercicio de la respiración tampoco debe practicarse como un ejercicio corporal, sino de manera que nos abandonemos nosotros mismos, con confianza y sin reservas y que nos dejemos depurar en el flujo de la respiración. Exhalar completamente el aliento, expresa la confianza en la vida. Igual que en el ejercicio de la postura y la relajación justas, se trata principalmente de ejercitarse en el dejarse ir y en un gesto confiado, abandonar el pequeño yo siempre apegado a sus hábitos y a sus posesiones. Solamente así podremos salir de nuestra orgullosa

reserva y de nuestra crispación, abriéndonos al Ser esencial. Habiendo recuperado la unidad con él, conquistaremos la libertad de adquirir la forma correspondiente a nuestro principio infinito.

Yin - Yang

El centro de gravedad exacto, la tensión y la respiración justas, tienen en conjunto expresión simbólica en el viejo emblema extremo oriental del Yin y del Yang. Este símbolo encierra para el Extremo Oriente la más alta realidad que se presiente, se contempla y se experimenta en el Tao. En el camino del Tao y viniendo de él, los dos polos en que se mueve la vida son llamados Yin y Yang. Cuando el pensamiento occidental empieza en nuestros días a integrar la polaridad viviente del Yin y del Yang a su concepción de lo humano, ésta no encuentra su lugar solamente como pivote de la sabiduría oriental, sino que se abre también fértilmente a los principios fundamentales de toda reflexión sobre la vida.

¿Cuál es el sentido del Yin y del Yang? Ellos expresan la acción recíproca y coordinada de dos principios primordiales bajo cuyo signo se vive el nacimiento y la muerte de toda forma viviente, donde encarna y se extingue para animarse de nuevo. La vida produce la multiplicidad de formas, empuja a cada una a la singularidad individual y a la perfección de esa forma. A cada impulso hacia una forma (Yang) corresponde un retorno a su contrario (Yin) que, opuesto a lo particular, reintegra cada forma al seno del Todo único. A todo impulso hacia lo singular corresponde una tendencia a la unidad que lo absorbe. En el hombre este movimiento aparece en el juego de punto y contrapunto de lo masculino y de lo femenino, del universo del padre y del de la madre, el del cielo y el de la tierra, de lo que engendra y de lo que recibe, de la acción creadora y

de la no-acción liberadora, de la actividad voluntaria y de la aceptación pasiva del mundo, de la luz del yo consciente y del universo obscuro del inconsciente, del yo existencial con su júbilo de construir y del Ser esencial unido a lo divino. La vida humana comprende siempre estos dos principios. Si se separan, dejan de ser el Yin y el Yang. Su fruto no se engendra sino en el ciclo y el movimiento del Todo. Todo lo que vive, y también el ser humano en consecuencia, es una forma de manifestación del Yin y del Yang. No sería un ser vivo si no guardara armonía con la gran ley, es decir, con el ritmo del Yin y del Yang.

La pulsación viviente de la respiración nace del juego alternado en que la espiración termina en una inspiración y la inspiración en una espiración. Cada vez que en uno u otro sentido el movimiento disminuye, la vida se estorba. Si se detiene, la vida cesa. Es por ello que el enemigo de la vida puede concebirse como un poder que la destruye de dos maneras: Inmovilizando el movimiento que ha llegado al punto más alto de la forma, estrechándola y endureciéndola hasta dar muerte por rigidez a lo que parecía perfecto, o bien, impidiendo el movimiento que disuelve la forma devenida y con ello permite la eclosión de la nueva forma que pone fin a la disolución. Así, en lugar de la integración que pertenece a todo lo viviente, de la tensión para conseguir una forma y del reposo en la unidad que absorbe la forma para regenerarla, aparece el antagonismo de la rigidez y de la disolución. El primer peligro es propio de Occidente, de nosotros mismos; el segundo es propio del Oriente que también está en nosotros. Cualquiera de estas alternativas representan la detención de la respiración vital, es decir, la muerte. Pero ¿cuál es el agente de este enemigo en el hombre? Solamente el yo que, instalado en el centro, mantiene al hombre bajo la crispación o la relajación.

Una respiración justa es condición de una vida justa. En ella se realiza, crece y se despliega el ciclo eterno del devenir y del retornar, abriéndose y cerrándose, creando y fundiendo

nuevamente la forma, emergiendo y sumergiéndose todo ser viviente en el abismo del SER. Este significado profundo de la respiración explica por qué todo ejercicio espiritual que tiende a una transformación viva, se hace finalmente imposible si no se toma conciencia de la respiración. El que se ejercita espiritualmente desatendiendo el cuerpo que respira, termina en una espiritualidad ajena al cuerpo, opuesta a la transformación, es decir, sin raíces. Si, por el contrario, se practica una respiración justa, se puede sentir y facilitar en sí mismo el movimiento de transformación. El acento en uno u otro de estos polos, el de la disolución y retorno al seno del Todo (Yin) o el del nacimiento y exteriorización (Yang), señala la época y los caracteres, así como la diferencia entre el Oriente y el Occidente. Los pueblos del Oriente tienden más hacia el eterno retorno al Todo, mientras que los de Occidente hacia la eterna renovación y exteriorización. También hay personas que se inclinan más al Yin mientras otras lo hacen al Yang. El mundo y la tarea que deben cumplir les son dadas de manera diferente. El alma de la madre, fuente primordial y llamado de la patria original, y el espíritu del padre, ley y fuerza creadora, se combaten y se anudan de la manera propia a cada cual. Pero aunque se ponga el acento en uno u otro de estos aspectos a que atrae la vida, ésta no será fecunda y sana para el hombre si no deja lugar a la tendencia opuesta. La particularidad propia a cada Ser esencial determina la dirección fundamental de su devenir hacia la forma que le ha sido destinada. Esta tendencia representa el peligro que va ligado a toda individualidad. Esto también es verdad para el Occidente cristiano, para el cual el restablecimiento de la unidad primordial con el SER no significa el retorno al seno de la Gran Madre, sino la victoria del espíritu creador luminoso del padre sobre la materia que él modela y transforma en un espejo consciente de la unidad original (X).

Existen actitudes básicas contrarias al testimonio de la unidad con el Ser esencial y otras que la favorecen. El hombre no es feliz e integralmente sí mismo sino cuando el conjunto de sus actividades fundamentales le permiten la transparencia. Entonces, sereno y tranquilo se abre a su Ser esencial y obra de conformidad con él. En la medida en que esta transparencia sea guardada, el SER se manifiesta en la existencia como una forma bienhechora y liberadora, como un principio de belleza de la fuerza que anima. Es la unidad bajo el calor de los lazos del individuo consigo mismo y con los otros que ya se expresan inconscientemente en el plano natural.

El cuerpo dificulta la vocación del hombre cuando por negligencia o por rigidez impide esta triple manifestación de la vida.

La educación del cuerpo encaminada a la gran transparencia al SER, se diferencia claramente de la otra que tiene por sólo fin la "salud y la eficiencia", es decir, la capacidad de rendimiento. Esta transparencia dirigida al SER favorece también, además, las mejores condiciones para el éxito del yo existencial. Entretanto, lo que para la educación física que mira sobre todo a la eficacia objetiva no representan sino las condiciones humanas más favorables, para la formación del cuerpo fundado en el hombre total abierto al SER significan sentido y orientación decisivas.

Hay una gran tradición en las artes deportivas japonesas que tiene un sentido atemporal y universal. La verdad que contienen es válida para nosotros bajo la condición que la finalidad central del ejercicio corporal alrededor del cual todo gira, no sea un rendimiento medible, sino la realización del hombre en sí. La tradición japonesa del ejercicio y de la técnica de las artes guerreras, que es el medio del artista para descubrir y dar libertad al Ser esencial, se funda en este principio. Quien se

ejercita, usa una técnica que domina perfectamente, es decir, un saber purificado del yo al servicio de una fuerza más profunda. Este saber se hace consciente en el brillo de la experiencia y se realiza por la acción perfecta. Los instantes en que aquello se logra son excepcionales aun para los grandes maestros.

Los antiguos deportes del Japón tienen la particularidad de colocar el acento sobre el hombre y no sobre el resultado, en la relación del hombre con su acción. No es el resultado mensurable el que señala el valor y rango del hombre, sino el hombre, quien por su disposición anímica, su actitud y su postura, el que da calidad y rango a su acción. Cuando impera este estado anímico, la práctica bien comprendida es la ocasión maravillosa para la purificación y la maduración o, en otros términos, un ejercicio.

¿Cómo se practica un ejercicio de esta naturaleza en que el fin central no es el resultado en cuanto tal, sino, a través suyo, del hombre auténtico?

En el comienzo de la práctica se trata de un aprendizaje atento de la técnica, condición previa de toda capacidad. Pero mientras se domina este primer aprendizaje de la técnica, ya se aprende también a dirigir la atención hacia el interior y no al exterior, y a cultivar la disposición y la postura justas.

Mientras mejor se domina una técnica, más la ejecución de la tarea se hace fluida y segura, y menos, por consiguiente, la técnica y el saber son origen de errores eventuales. El conjunto de la ejecución automatizada refleja más y más el orden o el desorden interior, es decir, de aquel factor en nosotros mismos que se manifiesta en faltas, en vacilaciones, en sobresaltos y en anomalías perturbantes.

Hacer de la ejecución de una tarea el espejo del orden interior, tal es el principio de un ejercicio que se puede aplicar a toda actividad automatizada. Así, escribir a máquina puede llegar a ser para el que conoce la técnica, una fuente no despreciable de experiencias que informen al sujeto sobre

su propia actitud y, al mismo tiempo, sobre sus posibilidades de corregirla. Cuando aquello que técnicamente se domina llega a traducir la actitud interior, la práctica de una actividad se convierte al mismo tiempo en un ejercicio en el camino, en la medida misma en que la causa perturbadora que impide su ejecución es traída a la conciencia.

¿Cuál es el enemigo desde el interior? ¿De dónde procede la falta que impide una realización impecable cuando la técnica ha llegado a su punto? He aquí el problema capital que se propone a todo sujeto que, no obstante haber aprendido la técnica de un ejercicio, fracasa en el momento decisivo. ¿Cuáles son los requisitos que deben agregarse a la capacidad para que la tarea que se debe cumplir sea bien realizada? Hay quienes hablan de nervios sólidos. De "estar en forma". Pero ¿qué es estar en forma? ¿cuál es el factor que perturba esta forma y el equilibrio del individuo? Cuando la respuesta a esta pregunta aparece clara, se descubre también el eje alrededor del cual gira todo ejercicio cuyo fin no es el resultado objetivo sino la maduración del hombre. La respuesta es: el factor que perturba es aquí el yo que se atiene a un criterio de valor exterior y no interior y que, para mejor asegurarse, "hace" algo que sólo necesita "acoger". Esta constatación incluye el reconocimiento de la relación entre toda actividad, incluso el deporte, y la maduración humana.

El principal adversario que se encuentra en el camino interior iniciático, es el yo orientado hacia el mundo, preocupado de su seguridad, cuyo sentimiento de sí mismo depende del de los otros, en una palabra, del yo egocéntrico. Si por otra parte se puede probar que este yo es justamente aquel que a pesar de una técnica irreprochable impide una buena ejecución, se hace evidente que los esfuerzos dirigidos a obtener las condiciones de una ejecución perfecta y la repetición infatigable que ella exige de la misma secuencia de movimientos, puede ser un ejercicio de sujeción del yo que también lleva a

la gran transparencia. Tan pronto como se adquiere una técnica, el trabajo para la ejecución perfecta no se relaciona ya con ella. Se refiere ahora, siempre en mayor medida, a una lucha purificadora del sujeto consigo mismo.

A partir del momento en que el ejercitante posee la técnica de una actividad dada, si simplemente acepta lo que ya sabe, la secuencia de sus movimientos debería desenvolverse por sí misma, instintivamente (con una seguridad inconsciente). Pero si el ejecutante permanece ansiosamente preocupado del resultado, buscará siempre "hacer" algo, en lugar de dejar hacer a aquello que conoce. Esto quiere decir que no logra salir de su estado de conciencia "objetivamente definidora".

La superación de este estado requiere la sujeción del yo —vanidoso, definidor y actuante— en beneficio de una actitud general en que la técnica adquirida es simplemente admitida en un gesto de aceptación. ¿Confianza, en qué? ¿En su propia capacidad? Esta no basta. ¿En la suerte? Ella es engañosa. ¿En su propio yo? Es precisamente él el que fracasa. No queda, pues, sino la confianza en ese centro profundo que constituye el núcleo de la persona humana.

En una técnica que se domina se encuentra la condición de esta confianza. Entretanto ella exige también ese sentimiento de respecto cuyo desarrollo marcha a parejas con la maduración. Su nervio vital no es otro que la confianza incondicional en algo que no se puede "hacer" y que se debe acoger en lo profundo de sí mismo.

Esta dimensión de profundidad, y también su obstáculo, no se puede realmente percibir si el yo, inquieto y preocupado por hacerlo bien, no le cede el lugar. Para que su acción sea durable es necesario que el hombre no sólo aprenda a sentir esa dimensión, sino también a darle la importancia que merece.

Existe, pues, un requisito común al trabajo bien ejecutado y al progreso en el camino. La más perfecta realización se obtiene cuando aquel que lo ejecuta tiene la impresión de

no hacer nada él mismo, cuando, abandonándose plenamente confiado al instrumento de un saber perfecto, despojado del yo vanidoso y apresurado, reemplaza a éste por la fuerza de la profundidad que ahora se realiza en él. En el mismo sentido, en el camino de la maduración y a todo lo largo de nuestra vida, se trata siempre de relegar al segundo plano al yo profano a fin de despejar la ruta de la realidad más alta a la que en última instancia tenemos la misión de servir. Por el hecho de ser esta condición común a una ejecución perfecta y a una maduración auténtica, la adquisición de cualquier capacidad puede servir al camino interior. Un conocimiento de esta naturaleza puede significar una revolución en el terreno de los ejercicios físicos, como es el deporte. La actividad deportiva y la madurez humana tenidas hasta el presente como opuestas, no solo pueden, sino que deben coincidir. Es necesario hacer al hombre el objeto del fútbol y no al fútbol el objeto del hombre. Un cambio brusco en este sentido supone ciertamente que la vida humana se coloque ante cualquier otra cosa, esto es, la transparencia obtenida y conservada por la maduración, aquella que hace capaz de crear, actuar y amar al servicio de una instancia más alta. Para ello es necesario aprender, ayudándose de cada ejercicio, a sentir la "forma interior" que corresponde, no al yo voluntarioso apegado a los resultados, sino únicamente al centro profundo que cada vez más llegará a ser el maestro del ejercicio. Pues, este centro de gravedad, condición de un trabajo perfecto, es al mismo tiempo la condición de la maduración humana.

El Dominio de la Timidez frente al Contacto

A medida que el hombre progresa en el camino iniciático, es decir, en la fusión con su esencia, el contacto con el otro se le abre. La unidad con su propio Ser esencial, que es el modo en

que la vida sobrenatural está presente en él, implica tomar conciencia interior del SER en tanto que plenitud y sentido sobrenaturales y también como unidad que gobierna todas las cosas. Esta conciencia interior de aquello que nos une de nuevo, esencialmente, a todo lo que existe, se manifiesta en la manera de vivir el contacto con los otros. Sentirse "ahí" en y por el Ser esencial, supone que no sólo los otros seres humanos, sino también la naturaleza y las cosas se experimentan como una relación con el "tú". La luz que llega del SER da a cada cosa el resplandor de lo inmediato. Desligado de las apariencias y de los personajes, el encuentro con el prójimo adquiere una profundidad que permite alcanzar a la persona verdadera. Más aún, el contacto con el SER libera el amor –no el amor bajo su aspecto posesivo, ni una identificación con el otro que revela principalmente el temor de sufrir–, sino un amor creador y salvador que llama al otro a su propio Ser, a la manifestación individual del SER que lo libera, a veces rudamente, de su yo existencial. Esta relación desde el Ser esencial al Ser del otro, nos lleva a revisar bajo su claridad uno de los síntomas de nuestro tiempo ajeno al SER: el temor al contacto.

Mientras más las personas se perciben las unas a las otras como "objetos", menos se ven y más tienen temor a los contactos físicos. Los contactos físicos bien entendidos se muestran bajo la forma de gestos de ternura que acompañan toda especie de amor. Pero ¿no hay también contactos que no exigen relaciones amorosas propiamente dichas, sino que se fundan en la solidaridad de nuestra común condición humana y en la comunicación con el Ser esencial del otro? Precisamente, ello justifica un contacto físico. La verdad misma se impone. Hay, además, un sentido más grande que crea más que un simple acercamiento entre dos seres humanos y que los comprende a los dos en algo mucho mayor. Puede ser la causa de la conciencia bienhechora de un sentimiento de pertenecer a un cuerpo más vasto.

Porque un acercamiento a los otros, fundado en el Ser esencial, no ha encontrado una expresión legítima, incluso en lo físico; estamos rodeados de gente que siente frío. En todas partes, como a través de las barras de una reja, manos ávidas se tienden en busca de otras manos que las aprieten con calor, con amistad. Si por azar este contacto se produce, las barreras caen bruscamente y una corriente cálida de vida derrite el hielo del corazón. Pero ¡cuán raro es! Además, este encuentro no es posible sino cuando un hombre auténticamente presente descubre en el otro con confianza, en la unidad que siente con él, la verdad que encierra en sí. Para esto es necesario tener el coraje para pasar de largo frente a los tabúes y a las convenciones negativas que impiden todo contacto físico. ¿Por qué? Puede ser porque la desaparición de las convenciones arrastraría con ellas la destrucción del muro que da seguridad al pequeño yo en el aislamiento y que detiene todo acercamiento espontáneo. Estos impulsos atemorizan al yo existencial que no se dirige al Ser esencial del otro y que corre el riesgo de aproximaciones indiscretas. Sin embargo, ¡cuán bienhechora y liberadora puede ser la acción sorpresiva de una cálida mano, de una caricia en la cabeza, de una mano que nos toca los hombros o, simplemente, del gesto de abrazar a otro sin otro fin que expresar un "estar ahí" fraternal que surge del corazón y que expresa la solidaridad humana! Esta acción muy humana de los contactos físicos puede llegar a ser testimonio de la presencia de un tercero aún más grande, del SER en el que todos somos uno y a quien el gesto mismo llama.

Un fenómeno característico merece ser recordado aquí sin demasiados elogios. Me refiero al uso del masaje tan extendido en nuestros días.

Todos los masajes prescritos "médicamente" se refieren solamente al cuerpo que debe estar en la mejor de sus formas, tan ajustado como sea posible. Sin embargo, este estado que

se busca para un buen funcionamiento, no comprende de manera alguna al sentido y al objeto de las necesidades que se refieren al hombre y que deben devolverle la salud. En este último caso, no se trata del masaje y de cuidar más o menos hábilmente el cuerpo y de permitirle una actividad física satisfactoria. Debe consagrársele a un ser humano. Para ver hasta qué punto esto es excepcional, basta recordar que casi nunca se aprende a coordinar los movimientos del masaje con la respiración (por ejemplo si se trata de la relajación con la respiración). Parece ignorarse que la tensión general del cuerpo es diferente en la inspiración que en la espiración y se encuentra natural "trabajar" con el paciente sin preocuparse del ritmo personal que expresa su respiración. Cuidar el cuerpo no significa masajearlo, sino tomar en cuenta a un sujeto para que pueda ser más sí mismo. Mantenerlo en su propio ritmo (de respiración), es aquí el aspecto principal. Si a esto se une el aspecto iniciático, es necesario que la persona se perciba a sí misma tal cual es realmente para que crezca en su Ser esencial. Debe sentirse entonces en la dimensión que lo hace trascender su yo solamente condicionado por el mundo y orientado hacia él y tener en su cuerpo la experiencia de sobrepasarlo. Entonces este tratamiento lleva también a la experiencia de las cualidades numinosas que son siempre el signo del surgimiento de otra dimensión.

El tratamiento justo de un sujeto comprende siempre el desarrollo de su conciencia "desde adentro", de su conciencia intuitiva. Como lo que importa en el camino iniciático es destruir la hegemonía de la conciencia objetiva en beneficio de la conciencia intuitiva, el fin de las preocupaciones justas, conforme al Ser esencial llegan a ser, evidentemente, un progreso en el camino. Esto significa sobre todo la transparencia a las fuerzas y al orden cósmico de que formamos parte y de los cuales participamos fundamentalmente. Hay, así, para el cuerpo una apertura a la trascendencia cósmica. Con esta apertura el hom-

bre experimenta un extraordinario ensanche de sí mismo en el plano físico. Es sobre todo por medio de la piel cuando se le percibe no como lo que separa sino como aquello que une. Pero, ¿a qué cosa nos une?

La respuesta aclara una vez más las dos dimensiones, la natural y la espiritual del hombre. Mucha gente parece encerrada en su piel como en un sobre de celofán. Una mano amiga puede sacarlas de ese sobre de manera tal que la piel empiece repentinamente a respirar, a reanimarse, a sentirse en contacto con el mundo. Este contacto puede dirigir a otra dimensión cuando lleva al hombre a sobrepasarse a sí mismo para vivir en el ámbito de lo numinoso. Ello comienza con la experiencia personal del "cuerpo etéreo", es decir, del cuerpo de materia sutil.

Una de las características que entristece en una humanidad que nada comprende de la experiencia corporal de su Ser esencial, es no reconocer al amor físico un sentido trascendental. En todo erotismo, y no sólo en la sexualidad que termina en el orgasmo, existe un elemento cualitativamente perceptible que permite al hombre debilitar su pequeño yo y que lo lleva más allá de sí mismo. Este "más allá de sí mismo" ¿lleva a lo bajo, a la animalidad grosera, o hacia lo alto, a una sensualidad más allá de los sentidos? Las opiniones se dividen aquí. Toda educación sexual debería, sin embargo, dirigirse hacia esta claridad numinosa que ya en un ligero contacto erótico puede echar un puente hacia la otra orilla. Se sabe por la tradición que numerosas religiones han utilizado en mayor o menor medida la sexualidad y el erotismo para conducir al hombre a establecer y experimentar a través del despertar del cuerpo, una relación con la trascendencia.

CAPITULO VI
EL LLAMADO AL MAESTRO

El llamado al Maestro.

Cada vez resuena con más insistencia en nuestra época el llamado al maestro. Viene ese llamado más especialmente de la joven generación. Con él se abre una nueva era en la historia del espíritu occidental.

El llamado al "maestro" anuncia "tiempos nuevos" que dejan atrás los "tiempos modernos" ya sobrepasados. Es el síntoma del relevo de la época de las "luces" por una nueva luz. Con ello el hombre occidental reconoce que la espiritualidad que había aceptado hasta ahora, alteraba la verdad que le estaba destinada. Una nueva puerta se abre.

El llamado al maestro implica el rechazo del rol que había correspondido hasta el presente a los educadores y profesores en cuanto pretendían no sólo trasmitir el saber y la preparación, sino también formar hombres "justos" para una vida "justa". En efecto, la imagen que tenían de lo "justo", omitía lo esencial: la relación con la trascendencia que es una obligación, y la posibilidad fundada en esta trascendencia de una maduración humana que se cumple por el SER.

Cuando el hombre está preparado únicamente para afirmarse en razón de una actividad eficiente y para asegurar su bienestar, lo que verdaderamente corresponde a lo específico de su humanidad queda en la sombra. El hombre tiende hoy día hacia la luz que le está destinada y exige que se la reconozca y se le dirija. Pero, ¿quién puede tomar la responsabilidad

de esta dirección? Ser competente para trasmitir el saber necesario y despertar el impulso hacia una nueva vida, exige que quien guía conozca él mismo, por su propia experiencia, el origen divino del hombre. Este guía a quien se llama conduce hacia el camino llamado iniciático, porque comienza por abrir la puerta del misterio. Este último es la fuente, presente en nosotros, pero oculta al yo existencial, de una fuerza, de un sentido y de un amor que no son de este mundo. Su expresión y su testimonio en este mundo constituyen, sin embargo, la vocación innata del hombre. El guía en este camino es el *gurú*, el *maestro*. A las "profesiones" que ya se ocupan del hombre –médicos, profesores, educadores, terapeutas– es necesario agregar la tarea que incumbe a quien es versado en el conocimiento de esta realidad que el hombre en razón de su origen celeste está llamado a conocer y a desarrollar metódicamente. La terapia contemporánea parece dar un paso en esta dirección.

Psicoterapia y Dirección en el Camino.

Desde hace un tiempo se hace una diferencia entre pequeña y gran terapia. Por pequeña terapia se entienden los tratamientos dirigidos a las neurosis que miran al restablecimiento de la salud psíquica. Su objeto es restituir a un sujeto la aptitud para ocupar su lugar en la sociedad, para trabajar en ella y para mantener los contactos. Su primera condición es liberarlo de sus angustias, de sus sentimientos de culpabilidad y de su aislamiento. Este trabajo sirve al hombre naturalmente identificado con su yo existencial. Se trata de una terapia exclusivamente pragmática. Será siempre la primera meta del médico. A lo anterior se agrega desde hace poco una temática diferente que aparece cuando el sufrimiento humano –físico o psíquico– tiene raíces tan distantes que, más allá de lo psicológicamente accesible, alcanza el núcleo del Ser metafísico, situándose, en

consecuencia, a aquella profundidad del inconsciente cuyas manifestaciones tienen un carácter numinoso. Cuando aparece lo numinoso, la vida espiritual está en juego. La curación no es ahora posible salvo que el enfermo aprenda a percibirse en este nivel. Debe comprender sus fracasos en el mundo como un bloqueo en la realización de sí mismo a través de la cual su propio Ser trascendente debe irrumpir. Una terapia de este orden no busca solamente el restablecimiento de la salud del yo existencial, indiferente al SER. Se dirige al testimonio del Ser esencial en el yo profano y, en este sentido, a la realización del verdadero yo. Se le llama la gran terapia. Si quiere permanecer fiel a ella misma y no ser simplemente un rodeo para volver al restablecimiento de la salud y de la actividad en el mundo, debe tener un sentido iniciático.

Es explicable que un "psicoanalista" que no ha alcanzado el "grado" de evolución correspondiente, nada sepa y nada pueda saber de un "núcleo trascendente". Puede también negarse a reconocer la realidad e interpretar sus manifestaciones como proyecciones, ilusiones o fantasmas de un yo que huye de la realidad. Ello puede ser extremadamente perjudicial para el paciente. Un sujeto que sufre y que se encuentra en terreno iniciático, puede ser inmovilizado en el nivel natural por falta de comprensión y sufrir graves daños. Cuando habiendo alcanzado el grado iniciático, la evolución ya no le es suficiente, aquello puede, por sí mismo, ser la causa de la enfermedad.

Por el solo hecho de ocupar el lugar de paciente frente al terapeuta, lo que este último toma en serio para sí en la teoría y en la práctica, también es lo que toma importancia a los ojos de aquél. En adelante éste se observa sólo en la situación terapéutica propiamente tal. En efecto, sólo es realidad para nosotros, aquello que consideramos importante. Mientras más entra en nuestro radio de influencia un hombre, también más aquello que nosotros tomamos en serio adquiere realidad

para él. Lo que consideramos como el núcleo de la persona puede entonces actuar en él como un imán alrededor del cual todo se ordena, como un torbellino que lo coge en sus remolinos. Pero de este centro también puede brotar una fuente oculta y regeneradora. De ahí la inmensa responsabilidad que tenemos frente a aquellos que se confían a nosotros.

Cuando somos llamados al camino iniciático, es esencial encontrar un día a un hombre que, estando él mismo comprometido, vea y comprenda a los que se le aproximan de esencia a esencia. No se encuentra esto fácilmente entre los familiares. Los lazos de sangre estorban a menudo más de lo que favorecen la libertad del camino interior. Los vínculos con los compañeros de trabajo tienen otra naturaleza: con ellos se comparten más las preocupaciones propias del mundo. Pero es en el clima de la amistad fundada en afinidades del alma en el que se atreven a prender los primeros capullos que nacen del Ser esencial. Sin embargo, para que puedan florecer completamente, es necesario que un guía más avanzado en el camino reconozca, explique e interprete al principiante lo que le sucede y para que éste se descubra a sí mismo súbitamente, con seriedad, en una luz nueva.

En una civilización que valoriza sobre todo la eficiencia y un comportamiento ajustado, que da a la razón la preferencia sobre el corazón, que aprecia el conocimiento más que la sabiduría y la habilidad más que la madurez, es excepcional ser reconocido por el Ser esencial. Más raro es aún encontrar a alguien que tome a su cargo al recién llegado al camino. Para los que saben lo que está en juego, ha llegado el tiempo, sin embargo, de tomar conciencia de la responsabilidad que tienen frente a sus "hermanos espirituales", de unirse a ellos para acompañarlos y ayudarlos según su propio grado de evolución.

La transformación de que se trata en el camino iniciático no comienza siempre con una experiencia muy precisa del SER, con una situación extrema de alguna clase o con momen-

tos de un vivo resplandor. Son a veces solamente contactos más o menos pasajeros o nada más que un soplo de lo numinoso en un sueño. Pero, en nuestros días son más y más los casos, de gente joven sobre todo, que toman conciencia de semejantes momentos. Se asombran y se hacen preguntas. Por estos instantes, acogidos y tratados con seriedad, puede comenzar el camino que está fuera de toda terapia, aunque no tiene que ser necesariamente así. El fin primordial de la "gran terapia" no se ocupa de la capacidad profana gracias a la cual el sujeto triunfa en la existencia, a veces a costa del Ser esencial, sin pena ni dificultad. Su primera preocupación es la realización de sí mismo por el Ser esencial. No abandonar, sin embargo, el terreno de la terapia pragmática ni la transformación iniciática es desde el comienzo el sentido determinante del trabajo. El nivel iniciático no se alcanza de verdad, sino cuando la búsqueda de la transparencia a la trascendencia no tiene ya por objeto el interés propio del hombre, siendo, por el contrario, esa transparencia al Ser esencial la que se busca por ella misma, y la voluntad de madurar se dirige exclusivamente al servicio del SER. Su manifestación toma ahora la preferencia sobre la adaptación existencial del sujeto. Este último llega al punto indicado cuando ya no se trata ni de la adaptación al mundo, ni de la liberación del sufrimiento. No debe tratarse ya sino de la realización del verdadero yo, cuyo criterio en adelante no es la eficiencia profana, sino exclusivamente la transparencia al Ser esencial, al Ser verdadero conocido como el lugar en que el SER mismo es experimentado y testimoniado en el mundo según el lenguaje propio a la individualidad de cada cual. Una vida es "iniciática" cuando sin equívocos posibles ella sirve al SER y sólo a él. Mientras su contacto sea buscado para el bien propio del individuo, se trata todavía de una terapia. A partir del momento en que el proceso de realización de sí mismo es emprendido con sólo el SER como objeto, sin importar a qué precio, aun aceptando los sufrimientos y la dis-

minución pasajera de la capacidad existencial que puede ser su consecuencia, sólo entonces existe el compromiso en el camino iniciático.

Otra pregunta que comúnmente se hace está dirigida a saber en qué medida el camino de la iniciación exige y supone una investigación psicoanalítica y un trabajo terapéutico. En el hecho, el saneamiento psicoanalítico del inconsciente es necesario. Sin él, el sujeto es fácil presa de las ilusiones. Se imagina más próximo de lo que realmente está de la trascendencia y de la transparencia. El demonio tiene agarrado al hombre que en el ejercicio espiritual, por ejemplo, se vuelve exclusivamente hacia la luz sin preocuparse de sus propias tinieblas. Sobre fundaciones podridas, el bello edificio está siempre en peligro.

La percepción de lo que en el consciente y el inconsciente separa de lo numinoso que aparece en la realidad del SER, forma parte del trabajo en el camino interior con el mismo título que el reconocimiento y el respeto a lo numinoso. Una terapia seria que trabaje para explorar el inconsciente y los complejos, puede realizar una labor inicial de primera importancia. Cuando verdaderamente toma en consideración el Ser esencial, puede también significar el despertar y el punto de partida de una evolución que terminará en la iniciación.

Entretanto, si se quiere obtener más que una readaptación del yo existencial, es necesario, después de una competente disolución de los complejos y de ciertos mecanismos arraigados, trascender la forma de conciencia preocupada por definir qué domina al yo natural, sea éste egocéntrico o altruista. Solamente después, una vez sobrepasada la potestad de la conciencia objetivante, podrá iniciarse el trabajo en el camino dirigido a alcanzar más lejos que la simple adaptación al mundo y el restablecimiento de la capacidad para ser feliz, para trabajar y amar de un sujeto que todavía no ha despertado al SER. Es necesario que la terapia esté imbuida de este "espíritu

espiritual" nacido de la experiencia del SER, sujeto a la ley y a la imagen innata de este SER que en lo más íntimo se ha vivido y llegado a constituir la conciencia directora, para que a su luz, en el resplandor de su amor al prójimo, pueda florecer la fuerza que esclarece y sana a la vez. El trabajo que se realiza bajo la dirección iniciática para tener éxito sobre el dominio de la conciencia objetiva exige, en primer término, que se reconozcan sus propias limitaciones. Debe aceptarse, a este respecto, la prioridad de una realidad inaccesible a la razón, estar dispuesto a aceptar y a desarrollar formas de conciencia que le hagan justicia.

La realidad que se atiene a valores, es distinta de la que consiste en hechos. Comprender la información que dan los sentidos es cosa distinta a explicar un proceso. Reconocer a un hombre como persona es un problema diferente a explicar y comprender las cosas o a establecer su relación con los sentidos. Igualmente, la trascendencia llama al hombre a responder diferentemente de lo que éste debe responder a los hechos, a relaciones significativas o a las personas. Se trata, en este caso, de la unión y de la fusión con el Ser esencial por el cual todo es transformado, liberado, exigido. Ninguna explicación, comprensión o percepción del prójimo en el mundo es borrada sino, por el contrario, todas ellas integradas en una relación completamente distinta, sobrenatural, que exige una forma de conocimiento de un orden diferente. A partir de entonces, se desarrollará también, en los tiempos nuevos, una ciencia nueva de la naturaleza y de los hombres.

Todas las religiones o filosofías religiosas nacen de formas dolorosas de existencia en que el hombre, una vez que ha dejado atrás el paraíso de la infancia y el estado primitivo, sufre por su aislamiento y reclama el "retorno al hogar", donde, recuperando al Todo, el círculo se cierra. Ayudar realmente al hombre a liberarse significa, pues, guiarle y arraigarle en su suelo esencial. Ayudarle también a tomar conciencia y a culti-

var en sí mismo el elemento superior que, una vez sobrepasado lo que de él lo separaba, le devolverá la integridad que siempre ha existido en él como una necesidad y una potencia. Llamar, descubrir y dar forma a la persona profunda que refleje al Todo, tal es el trabajo conforme al SER que debe realizarse por el hombre en busca de su esencia.

"Metódicamente conocida, una ayuda dirigida a la libera- "ción esencial, es decir iniciática y no entendida en el sentido "psíquico o pragmático, tiende desde el comienzo a despertar las "fuerzas del SER sepultadas en el inconsciente y a darles un im- "pulso nuevo. En la anamnesis se dará, pues, una importancia "especial al relato de acontecimientos que "traspasan" y "alum- "bran" la realidad existencial racionalmente organizada. El "sentido de la cualidad numinosa particular de estas experien- "cias no puede escapar a nadie que haya sido llevado a tratar "seriamente la dimensión profunda de estas vivencias y su con- "tenido de verdad. Es necesario despertar en un sujeto toda- "vía inseguro, su facultad de percibir el contenido numinoso "de ciertos acontecimientos, animarlo a acoger y aceptar más "y más conscientemente estas potencialidades de intuición de "una dimensión más alta. Así, reconocerá derecho de ciudada- "nía a lo que antes le parecía ilegítimo o insignificante. Aquello "que, desde el punto de vista estrecho de la antigua realidad, "pasaba por "misterioso", adquiere, por la ampliación y pro- "fundización de la conciencia, el rango que le corresponde y "su justa apreciación de valor. Lo suprarreal llega a ser real. "A lo real racional se agrega un real trascendente que prome- "te al hombre el acceso a un "realismo trascendental" (Évola). "Porque es aceptado por el hombre nuevo como una realidad "natural, lo irracional es "demistificado" y llega a ser, final- "mente, el verdadero pan de vida"[1].

1 María Hippius, "Trasdendenz als Erfahrung", Bart Verlag, Weilheim, 1966 (XIII).

Maestro - Discípulo – Camino.

Los tiempos nuevos que se distinguen por su consideración a la experiencia del SER, representan también una relación nueva entre las personas que ingresan al camino y marchan en él. Una comunidad se forma entre aquellos que en su búsqueda se reconocen hermanos por el SER, miembros de una misma familia que se comprenden más allá de las fronteras del tiempo y del espacio. Muertos de hace ya mucho tiempo nos hablan como si estuvieran físicamente entre nosotros. Viejos y jóvenes se encuentran en una proximidad atemporal. Los muros que separan razas, religiones o tradiciones espirituales de los hombres naturales no tocados todavía por el Ser, desaparecen. Las diferencias religiosas y sociales se borran. La búsqueda lleva, más allá de épocas y países, como si estuvieran sostenidos por la corriente de un inmenso cortejo, hombres de todos los orígenes, venidos de todas las direcciones. Cada uno soportando el peso de su destino, vestidos extrañamente, libres y, sin embargo, mano contra mano, el mismo anhelo desconocido ante los ojos van empujados por la misma nostalgia y atraídos por la misma estrella. Parece que en esta oleada la vida se recobra en su totalidad. Parcelada, desmembrada, había sido despojada de sus raíces esenciales. Ahora se apresta a retomar el brillo de su plenitud, de su orden y de su unidad.

En el gran cortejo de aquéllos en que la vida se redescubre en la fuerza de la Vida renaciente, cada uno se da cuenta que ahora está en un camino en donde, irresistiblemente tocado por el SER, tiene necesidad de una dirección, de un guía en consecuencia, del maestro del cual debe ser el discípulo para llegar a ser aquel que ha reconocido en sí mismo en un instante de felicidad.

La maduración de un hombre no es posible sin un contacto con su centro profundo, con su Ser esencial no determinado por el mundo. La conciencia íntima de este

núcleo, tal como lo experimentamos hoy día, se manifiesta por una aspiración hacia la auténtica realización de sí mismo y hacia una dirección en el camino. El malestar del Ser esencial insatisfecho cuando éste es reconocido por la conciencia, ya no se deja acallar ni por un gran éxito en el mundo ni por el retorno a una creencia religiosa, porque surge de una situación en que al hombre no le satisfacen ya sus actividades profanas y en un momento en que las creencias han dejado de dirigirlo. La necesidad de una dirección en el camino interior se hace, pues, imperiosa. Y todo aquel que pide un maestro ha llegado a ser un discípulo.

El Maestro.

El maestro es la respuesta a una pregunta formulada en una situación interior precisa que corresponde a una etapa determinada de la evolución humana. El hombre ha llegado a un callejón sin salida, siente un malestar interior. La ayuda de un médico es inoperante. No le es posible alcanzar solo lo que requiere, y las creencias tradicionales han dejado de ser ya una ayuda. Sin embargo, presiente y busca algo, una promesa íntima y una exigencia que podría representar la verdadera realización de su vida. Presiente aquello a causa de una experiencia particular. De una u otra manera –por la felicidad de su aproximación o por la miseria de su alejamiento– ha encontrado al SER sobrenatural, lo divino. No se parece a lo que había buscado hasta entonces en el fárrago de sus hábitos y de sus tradiciones espirituales. No sabe bien lo que le ha pasado, sabe solamente que se trata de volver a encontrar un contacto durable con lo que le ha tocado. El malestar que debe afrontar no se refiere a su capacidad física o psíquica frente al mundo. Sufre de estar separado de la profundidad divina de su vida porque, precisamente, por un instante la ha vivido en su más honda intimidad. ¿A quién debe dirigirse el que sufre de esta

dolencia? Un médico consultado en su capacidad de tal, no lo comprenderá y con seguridad se declarará incompetente. Posiblemente le recetará un calmante o lo dirigirá a un psiquiatra. Pero este hombre tiene temor de los psicólogos y de los terapeutas, con seguridad ellos lo atribuirán a otra cosa. Lo más precioso de su experiencia lo mirarán como una ilusión, una inflación del yo o una proyección. Nada es más terrible y nefasto en esta situación que confiarse a un hombre que, por no conocer él mismo la experiencia, emite un diagnóstico falso y trata la experiencia del SER como una inflación del yo entre otras. Tampoco se atreve a dirigirse a un sacerdote o a un pastor por temor a que, en razón de su punto de vista teológico, ponga en duda la experiencia y viendo un fenómeno "natural", subjetivo, intente "llevar" a aquel que busca consejo y ayuda, al seno de la santa madre la iglesia, mientras el interesado piensa que aquello ya ha quedado atrás. Busca, en consecuencia, a alguien diferente, busca al maestro.

La palabra "maestro" puede designar tres cosas: el maestro eterno, el maestro en carne y hueso y el maestro interior.

El maestro eterno es un símbolo de la vida que se considera como una imagen primordial, una idea, un arquetipo. El maestro físicamente presente es la encarnación de esta idea en la realidad histórica. El maestro interior que despierta en un sujeto como una promesa, una experiencia y una misión, es la potencialidad de actualización del maestro eterno en una forma viva.

El "maestro", sea una idea, una realidad viva o un llamado interior, significa siempre la VIDA hecha hombre, la Vida sobrenatural que se engendra a sí misma perpetuamente manifestada bajo la forma humana.

No hay maestro sino para quien busca incondicionalmente el Camino que conduce a esa forma: el discípulo. Así, no existe maestro sino en relación al camino y al alumno, el discípulo.

Maestro – discípulo – camino, son una trinidad bajo cuyo signo se abre el camino hacia el misterio, es decir, al reino que no es de este mundo. Es el agente en y por el cual el infinito puede tomar forma en lo finito, el agente en y por el cual la vida más allá del tiempo y del espacio puede encarnarse, no obstante todos los obstáculos y circunstancias. Hacer consciente la vida en su elan hacia la manifestación, ver en ella la finalidad de nuestra misión y dirigirse metódicamente en el "camino", no es posible sino al hombre que ha llegado al grado iniciático de su evolución. Cuando se reconoce a sí mismo en su Ser esencial como el objeto de su búsqueda, como aquello que le ha sido dado y pedido traer a la plena conciencia y darle forma en este mundo, y cuando ha experimentado la aspiración a la realización de sí mismo por el SER como "demanda-exigencia-obligación", es solamente entonces cuando siente su participación en el camino y su necesidad del maestro: está preparado para hacerse un discípulo. (XI)

La idea que encierra la palabra "maestro" es la del "homo maximus", el hombre universal, en el cual el SER, la VIDA en su totalidad: plenitud, ley, unidad, se manifiesta en una forma humana. Esta vida trasciende el mundo y, al mismo tiempo, actúa en él, lo engendra y lo transforma. En el verdadero maestro el discípulo ve realizada la idea que ha despertado en él como la de la potencialidad de lo que espera y quiere ser por medio del camino que el maestro le muestra.

Como el maestro, el discípulo está en el camino de tres maneras: como idea, como realidad viva y como realidad interior.

El Maestro Interior

Cada vez que en el trabajo común del maestro y del discípulo el SER entra a la existencia y según el modo humano lo

sobrenatural se hace carne, ello ocurre en dos planos. Lo mismo ocurre cada vez que el discípulo franquea el umbral de la transformación hacia el camino en la disposición de espíritu que, poco a poco, le permite dar libertad a la verdad que reside en él y dar testimonio siempre creciente de la VIDA. El primero de estos planos es el del mundo exterior del espacio y del tiempo donde el maestro entra en juego en el encuentro entre un hombre verdadero y otro, el discípulo. El segundo es el espacio interior del discípulo mismo. Allí el maestro no encuentra al discípulo desde afuera; es para él una instancia interior. Alumnos y maestros interiores somos todos nosotros por el hecho de nuestro origen no finito. Lo somos a causa de nuestra dolencia y por la fuerza de nuestro Ser sobrenatural que tiende a la realización en una forma existencial. Así, el maestro interior es la condición previa de la búsqueda, del descubrimiento y de la acción de un maestro viviente.

Aquel que alcanza la madurez en el camino y reclama un maestro porque tiene necesidad de ser guiado, pero no encuentra a nadie alrededor suyo que corresponda a su necesidad, debe saber que existe en él el arquetipo del maestro interior, es decir, el mismo como maestro interior. Si no lo poseyera no podría tampoco encontrar un maestro afuera. Aun si lo encontrara no lo reconocería. Este maestro interior es la potencialidad inconsciente del hombre que podría y debería ser y que tiende a su actualización consciente. Presentir, reconocer y aceptar el maestro interior, es decir, esta potencialidad, supone un cierto grado de evolución.

Esto no tiene, además, nada de presuntuoso. La experiencia del camino que se abre ante el discípulo exige, por el contrario, una auténtica humildad. Pero existe también una falsa modestia: no es sino el temor frente a una gran responsabilidad. Ella obstaculiza el surgimiento del maestro interior.

Percibir y reconocer al maestro interior como inclinación

hacia el "Ser como Dios", hacia la participación en el reino que no es de este mundo, es la condición necesaria para hacer activa la fuerza del camino que está más allá de todas las contingencias. No se podría decir de un sujeto, que ha fallado al camino, si no se le atribuyera fundamentalmente la capacidad de seguirlo. Ciertamente no es el caso de todos sino de aquellos que han alcanzado la madurez que exige el paso hacia el plano iniciático.

El Maestro Viviente

La palabra "maestro", cuando se trata de una figura históricamente real, significa un hombre en el que la Vida está enteramente presente. La Vida se ha impuesto a su experiencia y a su conocimiento, está en él como una fuerza actuante bajo una forma corporal. En el maestro, la Vida en el ámbito de lo humano ha llegado a ser consciente de sí misma como verdad vivida en su libertad creadora emancipada, en su fuerza constantemente regeneradora dirigida hacia la transformación que nada puede detener.

El maestro viviente es, así, una forma perfecta del ser humano y una realización del camino, al que ha llegado porque no se ha alcanzado nunca a sí mismo y porque habiendo logrado el camino, jamás se ha detenido.

Instrumento de la vida superior que lo marca con su sello, la carga de su fuerza y la postura dirigida a aquélla, es el maestro la manifestación de lo sobrenatural en el hombre que ha llegado a la madurez del SER. Está más allá de lo que estorba el surgimiento de la VIDA. Aunque permaneciendo enteramente humano, encarna un rango superior a lo humano. Sus pensamientos y sus actos no están ya sujetos al orden y a las exigencias sociales, morales o teológicas del mundo porque se encuentra en una libertad sobrenatural. El maestro puede respetar el orden del mundo pero no le está sometido. Es por

ello muchas veces un elemento subversivo. La verdad de la vida no acepta lo devenido sino en la medida en que no sea contrario a lo no devenido. La primacía de lo absoluto en lo contingente hace estallar toda forma finita.

El maestro no corresponde a la idea del hombre "bien educado". No coincide con la imagen de lo que debe ser, de acuerdo a los valores de lo bello, de lo verdadero, de lo bueno. Lo que sale del maestro es abominable a los ojos del burgués, y éste es el blanco constante de las flechas de acero del maestro: el maestro no es un elemento de estabilidad sino una figura revolucionaria. Alrededor suyo, nunca se sabe lo que va a ocurrir. Es imprevisible y contradictorio como la vida. No trae la paz sino la espada.

El maestro es la vida, con el morir que precede a una nueva vida, peligroso, incomprensible, duro. El hombre busca la seguridad y la armonía. Para el que vive bien asegurado el maestro es alarmante: derriba lo que parece sólido, desata lo que está amarrado, quiere ir de los primeros y no quedarse detenido, andar y no llegar, cambiar y no concluir. La vida no es sino una etapa. El maestro hace de la vida un viaje perpetuo.

El SER se manifiesta en el maestro en su triple unidad. Por su fuerza primitiva y su poder superior a la muerte, encarna la plenitud del SER. A través suyo, sin que él haga nada, se cumple la ley del SER visible en su cualidad que lo distingue. Encarna la unidad del SER por su unión fundamental con todo lo viviente, por la profundidad de su humanidad y por un amor que nada tiene de semejante con un "sentimiento". Es la marca del grado que ha alcanzado. Así, las tres cualidades primordiales del Ser esencial son las propias del maestro: potencia, rango y grado (III).

El despertar al estado de discípulo no tiene forzosamente por causa un acontecimiento especial. El hecho más insignificante puede producir un brusco cambio interior, porque el sufrimiento del Ser esencial asfixiado durante mucho tiempo prepara siempre este despertar. Mientras más grande este malestar, mayor es la posibilidad que un hecho cualquiera, sin importancia, dé lugar al viraje y que una circunstancia trivial haga vibrar las cuerdas esenciales. Impensadamente el misterio se aclara.

El hombre es tocado por el gran desconocido. Se produce un instante de desconcierto, después, feliz y trastornado, se sacia, quizás por una fracción de segundo, en la fuente infinita.

Para que se produzca el despertar del discípulo, si embargo, ese momento no debe disiparse, hacerse humo. Es necesario que el hombre tome conciencia de esta experiencia como de una promesa, como de una obligación, como de una misión, y que acepte obedecer el llamado.

¿Quién puede así llamarse un discípulo? Sólo aquél cuya nostalgia lo ha tocado en lo más profundo, sólo aquél a quien un sufrimiento intenso le ha obligado a hacer a toda costa la irrupción para no perecer.

Sólo aquél a quien la inquietud de su corazón no le abandona mientras no haya encontrado el alimento.

Sólo quien, no pudiendo volver atrás en el camino en que está comprometido, acepta dejarse conducir y obedecer.

Aquél a quien una gran confianza le hace capaz de seguir, aun sin comprender, y que se somete a todas las pruebas.

Sólo quien puede ser implacable consigo mismo y acepta abandonar todo por el UNO que en él busca la luz (VII).

En el camino, la dirección también tiene siempre sus límites: en quien dirige y en quien es dirigido. El despertar y

la irrupción del SER son siempre una gracia. No se les puede "hacer" pero se les puede preparar. Se bloquea el camino cuando el que guía se complica con ideas y opiniones que minimizan, para él o para el alumno, la importancia y la fuerza fundamental del Ser esencial fuente de la vida. Decisivo es el elan del Ser esencial que encuentra acogida en la conciencia del discípulo y hace progresar secretamente su maduración interior. La mayor parte del tiempo, además, encontrará ante sí las puertas abiertas desde el momento en que recibe el llamado. El maestro ve en su discípulo: en el brillo de sus ojos, en el tono de su voz, en la fluidez de sus gestos, y adivina lo particular y el desarrollo de su Ser esencial presto a manifestarse a través de la persona corporal. Para tocarlo, hacerlo resonar en el discípulo por su propio Ser esencial, todo medio es bueno para el maestro. De esta relación de Ser a Ser le vienen la riqueza y la espontaneidad de su inspiración como también la fuerza de un amor supra-personal cuyo resplandor y vigor llaman constantemente al Ser del discípulo (VII).

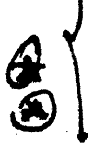
En el umbral de la sala de ejercicios está escrito con gruesos trazos *Todo o Nada*. Al pasar ese umbral el discípulo abandona todo. Comprende, en cambio, que el maestro no lo someterá a una voluntad arbitraria. La sabiduría que observa en él y que se dirige derechamente a su Ser esencial, hará uso de todos los medios para traerle a la vida. Porque el sentido del morir que se le impone sin cesar no es la muerte sino la VIDA que está más allá de la vida y de la muerte.

CAPITULO VII

MEDITACION Y VIDA MEDITATIVA

El Sentido de los Ejercicios de Meditación

Se practican en nuestros días muchos ejercicios que parecen tener un carácter meditativo: ejercicios de relajación, de silencio, hatha yoga, meditación trascendental, entrenamiento autógeno, Zazen, etc. Cualesquiera que sean sus etiquetas es necesario preguntarse siempre la razón y el objeto verdaderos que llevan a practicar esos ejercicios. Observándolos de más cerca nos damos cuenta que a menudo se trata de un fin práctico, pragmático. Sus adeptos buscan reparar por este medio los daños causados por una vida demasiado agitada o demasiado difícil. Se supone que ayudan a recobrar la salud y el éxito y a devolver la eficiencia. Permitirían hacer frente con un mínimo de dificultad a las exigencias del mundo, resistir victoriosamente las agresiones, soportar las tensiones sin mucho desgaste ni crispaciones, la impaciencia y los ruidos sin caer enfermo, recuperarse después de un surmenage, etc. Todo esto es natural, comprensible, y puede ser útil con la condición que el entrenamiento para la relajación no se utilice –como lo ha dicho una persona que lo practica– para permitir la reanudación de la misma forma de vida anterior sin daños para la salud. Vistos en esta perspectiva, los ejercicios de relajación toman simplemente el lugar de tantos otros medios que parecen ser el objeto de la industria moderna: crear siempre nuevos productos que hagan al hombre capaz de continuar sin sufrimiento un camino equivocado. Hacer así del sufrimiento la justificación de un error resulta diabólico.



Un ejercicio nada tiene de común con el "camino" si tiene por objeto reemplazar, como ocurre generalmente, un fin *iniciático* por uno *pragmático*, practicándose con miras a la conservación del hombre que vive hacia afuera y no para el desarrollo del hombre interior. Antes de preguntar por lo que se practica es necesario, en consecuencia, interrogar "cómo" se hacen estos ejercicios, con qué fin y por quién. Estas preguntas se aplican también a una forma de ejercicio que se extiende cada día más: el ejercicio del silencio.

Más y más a menudo gente se reúne simplemente para estar callados en conjunto, para practicar en grupo el estar sentados inmóviles y silenciosos como ocurre con el Zazen, o bien, sin adoptar una postura dada, para sentarse en silencio. Este ejercicio puede comprender o no la meditación que usa una palabra, una imagen, un pensamiento. Lo fundamental es el silencio.

Sin ninguna duda este ejercicio representa algo de particular, de saludable en el sentido profundo del término. Ayuda al hombre a recobrar su integridad. Todos los otros ejercicios de meditación deberían también comenzar por la inmovilidad del cuerpo. Ser capaz de esta inmovilidad puede representar un arte cuyo sentido va más lejos que el bienestar físico que reporta. Ejercicio del cuerpo que somos, sirve a la integridad de la persona.

Al comienzo, la resistencia a la inmovilidad alcanza muy estrechos límites. Cinco a diez minutos parecen al principiante una eternidad. Mientras más se alarga el tiempo de inmovilidad, más se aproxima el punto en que lo siente insoportable, en que se cree próximo a explotar. Es presa de una angustia difícil de dominar, se siente aspirado por un vértigo que amenaza hacerlo perder la conciencia. En un momento dado, una picazón en el cuello, el deseo de estornudar, una tos irreprimible o un dolor intolerable se presentan para permitirle "legítimamente" interrumpir una inmovilidad que se ha transformado en agarrotamiento como por un reflejo condicionado.

Pero cuando el entrenamiento ha permitido sobrepasar estas molestias y el ejercitante puede permanecer sin dificultad ni somnolencia casi indefinidamente inmóvil (existen también ejercicios de inmovilidad de pie en el hara), el ejercicio puede ya ser el punto de partida de una acción en profundidad si se practica en una disposición de ánimo justa. Sin embargo, es necesario una vez más hacerse la pregunta: ¿cuál es el fin perseguido con el ejercicio del silencio? Este puede tener tres motivos muy humanos y naturales que, sin embargo, dejan de lado el sentido iniciático.

1. La meditación como una simple búsqueda del silencio. Se quiere descansar de la agitación del mundo o bien alcanzar también el estado de ánimo que permite hacer frente a la existencia con calma, a pesar del ruido interior y exterior. Es un deseo normal. Su realización, sin embargo, sobre todo si no va acompañada de un trabajo de saneamiento del inconsciente, no sirve sino a allanar las dificultades del yo existencial y a mantener la fachada. Una meditación de esta clase es inútil para quien quiere trascender el horizonte del yo. Como todo lo que facilita una vida sin problemas mundanos, puede ratardar y aun impedir la irrupción hacia el otro reino.

2. La búsqueda de impresiones agradables en el ejercicio del silencio, cualquiera que sea la naturaleza del ejercicio. Se trata ahora de un deseo explicable. Sin embargo, neutraliza el bienestar más profundo contenido en la meditación realizada de acuerdo a un sentido justo. Su separación del Ser esencial hace del hombre un exiliado. Está, pues, a la búsqueda de su patria infinita, la verdadera. Ella empieza más allá de los linderos de su existencia finita y del orden ligado a su forma de conciencia. Cuando la descubre, solamente entonces la recobrará también en el interior de sus propios límites. Es cierto, la presencia de esta patria primordial puede ser vivida también como una cualidad agradable. En este caso todos los métodos parecen buenos para sobrepasar las fronteras de la impresión

de los sentidos profanos. Nos referimos con esto a las "impresiones gratificantes" que se buscan hoy día con las drogas, el "viaje" y la danza extática, como en todo tiempo lo han sido el alcohol y la sexualidad y ahora también los ejercicios del silencio. La lectura de libros que describen las prácticas meditativas del Oriente, sus éxtasis y sus estados extraordinarios como el Samadhi, el Satori, etc., es uno de los factores responsables de esta situación. Para los ignorantes, estas experiencias de beatitud constituyen la atracción capital de la meditación. Ver en ellas un sentido verdadero es un grosero error.

Así como una gran calma puede resultar de un largo entrenamiento, una experiencia gratificante puede también producirse en un ejercicio de meditación, pero hacer de ello el fin del ejercicio es pasar al lado del sentido real de una búsqueda que se sitúa a un otro nivel: el de la iniciación que tiene por fin la transformación.

3. Una tercera tendencia estimula al hombre contemporáneo a los ejercicios llamados meditativos: el deseo de poderes superiores. Pero, "¿qué tienen éstos que ver con el camino interior?", me respondió un día un maestro oriental a quien le pregunté su opinión sobre los resultados extraordinarios que obtienen los fakires. "Sería asombroso, agregó, que gente que se entrena por decenas de años, puede ser desde la infancia, en que incluso la familia se ha ejercitado por generaciones para cultivar "poderes superiores", no logren realizar estas hazañas que a los profanos parecen maravillosas. ¿Qué tiene ello que ver con el camino interior? Por el contrario, quien adelanta en el camino interior a niveles más y más elevados, logrará aquello que a otros parecen milagros. Pero eso no llega sino como algo lateral, lo más a menudo en secreto. En ello se reconoce al maestro. Puede él servirse alguna vez conscientemente del milagro para despertar al discípulo. Pero renuncia enseguida para no comprometerlo en un camino ficticio. El alumno buscaría en ello desde el comienzo lo que es el resul-

tado de una larga maduración, o que puede encontrar fortuitamente pero que no pertenece al camino".

Efectivamente, "poderes superiores" pueden llegar a manifestarse después de una larga práctica del "gran silencio". Desarrollarlos, sin embargo, no puede ser el objeto del ejercicio porque se pondrían al servicio del yo profano ávido de poder, con lo que se equivocaría el camino. Aun si el hombre tuviera la intención de emplear estos poderes con fines justificados, no podría hacerlo sin daño para su "alma" a menos que pudiera borrar el yo frente a la VIDA.

Lo dicho no excluye la utilidad que pueden tener para el camino poderes tales como la telepatía o la profecía por ejemplo, es decir, la utilización de un don natural que algunas gentes poseen más que otras y que cada vez más gozan del favor de los servicios secretos, políticos y militares. La única importancia que tienen para el camino interior se explica en razón que la práctica de cualquier facultad extrasensorial suspende temporalmente la conciencia dualista que define. Vencer la supremacía de la conciencia objetiva que es la condición esencial para la progresión en el camino, hace que toda práctica de la conciencia no objetiva sea favorable. Pero el sentido del ejercicio no será entonces desarrollar las facultades telepáticas o proféticas por sí mismas, sino la obtención de una forma de conciencia que favorezca la transparencia a la trascendencia, que es lo importante para el hombre iniciático.

Meditación.

La meditación como práctica del camino espiritual no cumple su finalidad, sino cuando se practica como un ejercicio de transformación. El fin de la meditación practicada en este sentido es una disposición en que el hombre entero –espíritu, alma y cuerpo– se hace transparente al SER divino presente

en su esencia, capaz de tomar íntimamente conciencia de él por la experiencia y dejarlo manifestarse a su través en el mundo. El fin de la meditación, ejercicio de transformación, es asegurar la transparencia de la persona al SER, para que por su intermedio éste pueda resonar (per-sonare) en el mundo. Por "persona" debemos entender una forma transparente al SER, el hombre entero devenido transparente que ha tomado forma y que da testimonio de su origen divino en su existencia finita.

En el sentido original, la palabra meditación expresa un ejercicio espiritual en el que el meditante se concentra en un pensamiento religioso, en una imagen, en un pasaje de las Sagradas Escrituras, en una palabra, con un contenido objetivo determinado que considera de una manera y en una actitud determinadas. La meditación como contemplación objetiva, es decir, reflexión intensa y penetración profunda de un "contenido", constituirá siempre una forma del ejercicio espiritual llamado meditación. El problema decisivo es saber cuál es el efecto de tal forma de meditación.

Si la práctica de la meditación debe hacer progresar a un sujeto en el camino de su unidad con el gran misterio, es necesario preguntarse como en el caso de cualquier otro ejercicio, si ella sirve para enriquecer al meditante sólo con una reflexión más profunda o si, en cambio, ella lo transforma verdaderamente.

Al respecto pueden plantearse las siguientes preguntas: ¿cómo es posible que un hombre, un monje, por ejemplo, medite "objetivamente" durante años sin ser realmente cambiado, es decir, sin llegar a irrumpir hacia el SER? Y cómo, por otra parte, un sujeto que medita bajo el signo de la transformación en que la meditación sobrepasa la fase de la concentración objetiva puede ser modificado hasta el extremo que una piedra colocada frente a él comience a resplandecer desde el interior cuando abre los ojos al salir de la meditación? ¿Por qué? Porque al liberarse de todo contenido objetivo, es

decir, de lo que viene de "afuera", su ojo interior, el ojo del Ser esencial, se ha abierto. ¿Qué ha ocurrido? Nada más que esto: gracias a la transformación que se ha operado en el meditante, un objeto, una piedra, resplandece por su naturaleza esencial oculta en su estado de objeto. Lo mismo puede ocurrir con una mesa, una frase consagrada. Lo anterior significa también que oponer en un antagonismo irreductible la meditación objetiva y la meditación no objetiva, es partir de un malentendido. Tampoco se justifica considerar la meditación no objetiva, la que pasa por el vacío, como puramente "oriental". Pedir igualmente a la meditación cristiana una concentración ininterrumpida sobre un objeto, es también una posición falsa. Por el contrario, si el fin de la meditación cristiana y de toda actitud cristiana en sí es descubrir e identificar en la creación que nos ha sido dada y confiada, y a través de la objetividad del mundo que nos rodea, la presencia oculta de Dios, aquello no es posible salvo por una forma de entendimiento en que el que percibe alcance aquello que está oculto en la superficie de los fenómenos. Sólo en este caso, por aquello que se transparenta bajo el velo del misterio, el ejercitante se aproxima al Ser esencial eternamente "no objetivo", al "Verbo" de lo objetivamente dado. Para quien tiene esta experiencia, este hecho lo libera de la prisión de su envoltura objetiva, haciéndolo transparente a su núcleo verdadero. Pero para el ojo ordinario, para quien ve objetivamente, esto es imposible.

Mientras el hombre no se desprenda de su forma de conciencia natural objetiva, de la que tiene necesidad para afrontar su condición en el mundo, pero que si gobierna sola le impide percibir lo sobrenatural en las cosas, no puede aproximarse a ellas de una manera verdaderamente "cristiana" para percibir el Verbo en ellas. El "encuentro recíproco en Cristo" permanece entonces como una exigencia irrealizable o como una fórmula vacía. Alcanzar la esencia en los objetos

no es posible salvo que, vaciado uno mismo de todo contenido, liberado absolutamente de todo –imágenes, pensamientos, deseos, representaciones–, el hombre se haga receptivo a la acción del "Espíritu Santo", aquel que prepara y abre los ojos. Porque hoy día esto se comprende, los ejercicios de silencio del Zen, el Sazen se extienden más y más. El vacío que con ellos se busca no es un privilegio del Oriente. La única diferencia es que su finalidad para los budistas es el encuentro con el Ser esencial (llamado naturaleza de Buda) y la fusión con él. Para el cristiano, por el contrario, es la experiencia del SER, del que también debe dar testimonio en el mundo, es decir, descubrirlo y liberarlo para hacerlo su principio de vida, de amor y de creación. La fusión con el SER es entonces una etapa y no el fin del camino.

En esta materia dos citas pueden acompañarnos. Una es de un maestro oriental, la otra de Novalis. Interrogado sobre lo específico de la sabiduría oriental, el primero contestó: "La sabiduría contempla lo interior, el saber ordinario lo exterior. Pero cuando se mira lo interior de la misma manera que lo exterior, se hace de lo interior un exterior". Nunca nos sobrepasaremos al insistir en la importancia que debemos dar a esta afirmación. Observar lo exterior es, precisamente, ver objetivamente. Lo que trasmite la verdadera sabiduría no se abre sino desde dentro cuando no se le busca a priori, objetivamente. Debería completarse este pensamiento con lo siguiente: debemos aprender a contemplar lo exterior como debe mirarse lo interior –interiormente y no objetivamente– para que en los objetos su naturaleza esencial se haga visible. Se trata, pues, de un interior en lo exterior, de lo íntimo presente en todo lo externo. La mirada debe ahora captar por lo interno lo que está en el exterior.

Novalis dijo: "Todo lo visible es un invisible elevado al nivel del misterio". Se podría hacer una variación y decir: todo lo audible es un inaudible elevado al nivel del misterio.

Todo lo que corresponde a lo espacio-temporal es un más allá del espacio y del tiempo elevado al plano de lo secreto. Todo lo que es profano y finito es un supranatural elevado al plano del misterio. Y su naturaleza infinita, justamente, eleva al hombre a este misterio. He aquí todavía un admirable y certero trozo sobre la oración: "La oración expresa una aspiración infinita del ser finito hacia su origen infinito". Lo afirmado en esta frase es tan cierto e imperioso como lo que exige la vocación al que ha sido llamado: buscar lo infinito en lo finito, encontrarlo y dar testimonio. El fin de la gran meditación y de la vida meditativa que le es inseparable es la transformación hacia la actitud que hace al hombre capaz de aquello.

La Vida Meditativa.

Dar testimonio de lo infinito en lo finito implica un conocimiento interior que no se adquiere sino por una actitud fundamentalmente meditativa: el "mundo" entero que nosotros observamos, y en este sentido nosotros mismos, puede ser percibido como una tentativa infinita para aparecer en lo finito. Cada cosa, cada flor, cada árbol, cada animal, cada ser humano tal cual es y tal cual vive, rebasa de la fuerza de la VIDA que sin cesar tiende a surgir y a aparecer en él en una forma particular. No importa el momento, una hora luminosa al mismo tiempo perturbadora y bienhechora puede hacer experimentar a aquel que se despierta al SER la certeza de ser parte él mismo de esta VIDA. Por ella lo divino presente en él busca engendrarse a sí mismo de una manera humana única. ¿Cuál sería entonces sin aquello el sentido de experiencia, promesa y vocación posibles del principio según el cual nosotros somos hijos de Dios? Como hijos de Dios "nosotros mismos" somos a la vez algo totalmente diferente del mundo y también la VIDA que en él toma forma. No nos oponemos a la

Vida, por el contrario, somos llamados a dar testimonio por ella y en ella, de aquel otro que, primeramente oculto, está destinado a manifestarse. Para quien ha despertado al camino, no es un aforismo piadoso sino un saber quemante que con su pulsación anima sus días y sus noches, una experiencia, una promesa y una misión.

Lo infinito innato en nosotros que tiende a aparecer en lo finito es nuestro verdadero centro. Abrirnos a él, conservar su contacto y vivir por él en el mundo en medio de lo que lo oculta, tal es, simplemente, el sentido de la vida meditativa. No se limita a un ejercicio especial como el de sentarse en silencio para meditar. La vida meditativa no se diferencia del estar-en-el-mundo no meditativo, como una "no-acción" se diferencia de la "acción". Se muestra más bien como un "no-hacer" en el "hacer", un contacto tranquilo y constante y una responsabilidad frente al SER, aun en medio de una actividad febril. Así se explica el aspecto meditativo de las prácticas de tiro al arco, de la escultura, de la actividad del leñador. Como dice un viejo adagio budista: "toda ocasión es la mejor ocasión", dar testimonio de la fidelidad al SER en medio de la existencia de manera tal que "cada instante sea vivido como una parte de la eternidad".

Los Cinco Grados

Cuando el discípulo en el camino llega a percibirse en su cuerpo de una manera justa, cuando ha conocido el centro de gravedad y la relación exacta entre tensión y relajación y cuando comprende y sabe aceptar la respiración justa, es capaz ya por medio de su cuerpo emprender la transformación que es el fin del camino, el que lleva a la forma transparente al SER. Es también el fin de todo ejercicio espiritual, en especial, de la meditación.

La experiencia enseña que la forma de persona de que se

trata en el camino iniciático resulta de un movimiento de metamorfosis que, en resumen, se compone de cinco grados.

1.- El primero consiste en liberarse de la supremacía del yo profano apegado a sus posesiones. Esto exige al comienzo un abandono de todo lo que está unido al yo orientado hacia el mundo, de todo lo que le sujeta. El hombre debe deshacerse de su orden y de sus representaciones teóricas y éticas. Debe renunciar a su propia voluntad y también al corazón cuyo amor consiste en un apego de que no se puede desprender. Después de este "dejar ir" (para el cuerpo significa dejar ir lo de arriba), es necesario establecerse en otra parte (para el cuerpo, en la base). Este nuevo apoyo termina en la aceptación de una unión confiada con la profundidad. Esta profundidad a que el hombre debe abandonarse no puede ser alcanzada si el hombre no se encuentra en el hara. Hara significa la base, la copa que acoge y que transforma aquello que se abandona y a quien hace el abandono.

El movimiento de transformación que se cumple en el hara comprende en sí tres etapas : 1) recibe al que hace el abandono en la copa materna; 2) la apertura de la base hacia abajo permite el surgimiento de las fuerzas cósmicas que purifican de todo contenido objetivo y realiza la unión con la gran naturaleza. Es esta la función del hara en tanto que copa cósmica; 3) el hecho de liberarse de todas cosas produce un nuevo desarrollo de la copa, esta vez orientada hacia lo alto, la *copa virginal*. Haciéndose consciente en lo íntimo de esta copa, el hombre se abre a la acción del "Espíritu Santo". Estas tres etapas de la evolución del hara, desde la copa materna a la copa virginal pasando por la copa cósmica, constituyen, en conjunto, el primer grado del movimiento de transformación iniciática tal como se practica en los ejercicios meditativos de estar sentado con miras a obtener el vacío interior.

2.- El segundo grado es la experiencia del surgimiento del "espíritu espiritual", que es la experiencia de una claridad

que da a todo un nuevo orden. Ella trae el germen de una otra forma de vida y la fusión con el espíritu que trasciende el orden, las imágenes, las ideas y las representaciones habituales.

3.- El fruto de esta fusión del "cielo y la tierra" abre el paso al tercer grado que es la experiencia del renacimiento como hijo del cielo y de la tierra. El lugar de esta experiencia es el corazón, no el corazón situado a la izquierda, incapaz de toda separación, sino el corazón del centro que encarna al hombre liberado que ha llegado a ser sí mismo. Cuando se produce esta experiencia, parece que con ella la cumbre de lo posible ha sido alcanzada. El hombre se siente renacer como un verdadero hijo de Dios que ha llegado a él mismo en el SER. Por ello es explicable que tenga el deseo de quedar solo, a recaudo de todas las molestias de un mundo que se opone a lo sobrenatural. Sin embargo, se exige otra cosa de él, justamente aquí porque esta experiencia de transformación no hace todavía un hombre transformado. De una iluminación no nace un iluminado.

4.- Despojado, débil como un recién nacido, el hombre es todavía incapaz de cumplir su tarea en el mundo; un ángel, nunca que se haya visto ha transformado el universo. Para llegar a portarse como un "hijo de Dios" en el mundo, debe ahora, lo que constituye el cuarto grado, trabajar metódicamente en transformarse. Ello implica retornar al mundo y el riesgo de ver destruir lo que acaba de ganar. Metafóricamente, necesita aceptar el combate con el dragón, bañarse en su sangre y endurecerse para la lucha contra todas las formas del enemigo. Las tinieblas que debe desafiar este recién nacido, este despertado al SER, comprenden también su propia sombra. En ninguna parte el hombre encuentra tan inevitablemente y con una tan cruel precisión la obscuridad de su alma, como en este espejo de la luz divina que acaba de aparecer en él.

5.- El fruto de esta integración al "mundo de las tinieblas", integración que constituye el cuarto grado de la "cuaternidad" (C.G. Jung), es la quinta etapa, la "quintaesencia", el encuentro del corazón fortificado con las tinieblas "exteriores" e "interiores". Así por la primera vez el "homo faber" del más alto grado de calidad se hace apto para cumplir su misión de testigo del SER en la existencia. El camino iniciático termina para el cristiano occidental, no en la disolución en el Todo sino, a su través, en la persona integral libre de la fascinación del yo y capaz de manifestar su origen divino según su modo individual [1].

1 Cf. J. W. Klein "Ihr seid Götter". Neske, Verlag, 1967.

CAPITULO VIII

EL TERRENO DEL TESTIMONIO

Lo Cotidiano como Ejercicio

El principal campo de actividad en el camino iniciático se abre al hombre desde el momento en que habiendo tomado firmemente la decisión, está listo para llevar en el mundo una vida de conformidad a su destino, es decir, al servicio del SER sobrenatural. Debe en adelante afirmar en su existencia finita su Ser infinito. Debe comprender que no hay salud para él sin fidelidad a su servicio. Mientras la seguridad, el bienestar y la actividad en el mundo sean su razón de vivir, no encontrará el camino justo. Alcanzará el camino solamente cuando en todo momento y en todas las circunstancias ya no se preocupe sino de conocer y servir la manifestación de la VIDA en el mundo. Todo lo cotidiano será el campo de la práctica del camino. Pero se falla al camino si se busca todavía, sea en lo que sea, su propio interés: poderes superiores, por ejemplo, impresiones agradables y aun la relajación, la armonía, o el propio bienestar, o cuando en el trabajo que realiza no está siempre presente el SER.

Lo cotidiano como ejercicio nos exige constantemente volvernos hacia nosotros mismos, la conversión, el desprendimiento del mundo y el acogimiento del Ser esencial y cuando nos ocurre percibir el núcleo más íntimo de nuestro Ser y la irrupción del SER en él, sentimos también entonces en todas partes la naturaleza íntima de las cosas y en el seno de la existencia profana encontramos al SER.

Cuando el Ser esencial penetra nuestra conciencia íntima nos sentimos otros. Desprendidos y libres, llenos de fuerza, transparentes, cargados de vida que renueva. Lo que antes nos pesaba se aliviana. Lo que nos lanzaba a la desesperación pierde su poder nocivo. Lo que era obscuro se aclara. Nuestra pobreza se transforma en riqueza. En medio del tumulto hay en nosotros paz y una tranquilidad especial. Una claridad invisible nos envuelve con su luz y su calor. Nos sentimos rodeados de un resplandor que se transparenta a través de todas las cosas. Todo esto puede acontecer como un relámpago o desaparecer con la misma rapidez. No podemos hacerlo ni conservarlo. Sin embargo, si nuestro oído está lo suficientemente atento, tendremos conciencia íntima de las actitudes que impiden estas experiencias así como de las que las favorecen. No debemos ejercitarnos sólo a ciertas horas, sino siempre.

El mundo en que vivimos no es el valle de lágrimas que nos aleja de las cimas de lo divino, sino el puente que nos une a ellas. Nos basta atravesar la niebla de esa conciencia que lo oculta a nuestra vista para derribar los muros que nos estorban el camino. Tal es el objeto de lo cotidiano vivido como ejercicio. No exige dedicarle un tiempo. Todos los instantes nos llaman a reflexionar y a despertar. No existe ocupación alguna, cualquiera que sea su naturaleza, que no contenga la oportunidad de avanzar hacia lo profundo de la verdad. Cualquier cosa que hagamos, andando, estando de pie o sentados, escribiendo, hablando o callando, atacando o defendiéndonos, ayudando al prójimo, en cualquier trabajo, todo y cada cosa encierra en sí la oportunidad de practicar una postura o una actitud que produzca o afirme el contacto siempre más próximo con el SER y sirva al progreso en el camino hacia la transparencia, a la trascendencia.

Cuando lo cotidiano se vive como ejercicio la "rueda de la transformación" no cesa un instante de girar. De la misma manera, cada ejercicio espiritual, si no se olvida su objeto,

nos hace progresar hacia los siguientes cinco grados de acuerdo a la ley: 1) mantener la atención alerta; 2) dejar ir y abandonar lo que es un obstáculo a la transparencia; 3) unirse con la profundidad que transforma; 4) renacer por la forma innata que surge por sí misma; y 5) manifestar y confirmar en todo lo cotidiano esa forma innata. La atención alerta del primer paso mantiene la vigilancia para tomar conciencia de las fallas.

Cada parte de este ciclo juega su propio papel en la formación de una actitud que hace progresar al practicante en la transparencia al SER. Ninguna etapa debe omitirse. Aun cuando cada una tiene su sentido específico, si ellas son bien realizadas, encierra cada una el total de las otras. El principiante, y todos somos tales a lo largo de nuestra vida, hará bien, sea en lo cotidiano o en horas reservadas para los ejercicios, en poner el acento ora en una, ora en otra etapa. Una cosa, sin embargo, debe estar siempre presente: no habrá cambios si la rueda de la transformación no se mantiene siempre en movimiento. Cada etapa cumple su objeto en el interior del movimiento constante de esta rueda. Madurar es un perpetuo renacer.

La fuerza de este ciclo eterno de revoluciones no surge jamás por el hecho que el SER nos coja por una vez en un momento dado de liberación y compromiso. Se trata de reconocer y retomar siempre el sentido y el elan que nos hace dar testimonio del SER en la existencia, de acogerla en ella por una decisión constantemente renovada, arraigada en la conciencia y en la voluntad. Sólo esta fidelidad a la "transformación que no se interrumpe" nos permite una alerta esencial eficaz, el dejar ir, la unión y el renacer como testigos del SER en el mundo y en lo cotidiano. (VI)

El ignorante pregunta a menudo si el camino en que el hombre se vuelve a lo interior esforzándose siempre para encontrar y mantener el contacto con su Ser esencial, no lo encierra en sí mismo. ¿No cesa entonces de interesarse por lo que pasa a su alrededor, perdiendo de vista más o menos egoístamente al prójimo y a la sociedad? La sola formulación de la pregunta revela falta de conocimiento.

El "Ser esencial" que en el camino iniciático ocupa el centro de la conciencia responsable, no es el "ego" que dice "yo soy y quiero conservarme distinto y opuesto a los otros" con lo que se separa de todo y de todos. Por el contrario, es la forma humana que hace participar al sujeto en la totalidad del UNO viviente. Despierta precisamente en la medida en que haya irrumpido el Ser esencial en la conciencia íntima y la fusión con él signifique una relación firme de reciprocidad en el darse al prójimo en el mundo. Esto debe entenderse, en un plano nuevo, en el del camino iniciático. El compromiso con el camino implica, por cierto, una conversión total, un giro hacia lo "interior" que puede, por un tiempo, hacer buscar la soledad. El permanente malentendido es creer que la gran conversión termina en una personalidad egocéntrica y sin amor por el mundo. Por el contrario, un materialista convencido puede realizarse en el servicio desinteresado de la sociedad, buscar obtener el máximo de seguridad y de bienestar para el mayor número de personas, hacer humanamente mucho bien, sin tener el menor vínculo con el camino interior en el sentido iniciático. Que la forma de existencia de un hombre así tenga también una "ética", no significa que se caracterice por el Ser esencial. Bien comprendido, el cristianismo no se limita a un trabajo social perfecto y el sentido de la cruz de Cristo no es el de la Cruz Roja erigida en emblema de una vida.

Cuando un hombre se compromete en el camino iniciá-

tico, es decir, cuando a causa de una experiencia del SER acoge repentinamente lo que se le exige desde lo más profundo, su vida entera cambia. El "discípulo en el camino" ha llegado a ser otro, ve la vida con otros ojos y de una manera diferente —tanto lo que le rodea como a sí mismo. Toda cosa extrae su sentido y su importancia de su relación con el SER. Así, los vínculos, las amistades, los apegos de largo tiempo son, en su mayor parte, puestos en tela de juicio— la familia, los lazos de sangre, las comunidades profanas pierden el valor de obligaciones indiscutibles. El que es tocado y llamado por el Ser esencial gira en adelante alrededor de otro centro y se aparta de todo lo que, comparado con su centro, le parece periférico. Aparece ahora a los otros singularmente cambiado, infiel, hasta puede suceder que les parezca completamente normal. Para aquel que una vez ha percibido el doble origen de su humanidad y probado su origen celeste como una promesa recibida y aceptada como una obligación, la relación con el prójimo y con el mundo se modifica profundamente. Participa menos que antes con los otros las alegrías y las penas de este mundo, pero está ligado a ellos fraternalmente en el camino del reino que no es de este mundo. Por esta circunstancia se encuentra con el otro y para el otro en un plano distinto, el de la experiencia y la promesa. Su misión es testimoniar en este mundo, en la vida común. El amor al prójimo toma otro sentido cuando el "origen celeste" del hombre ya no se funda en la fuerza de la simple creencia.

Aquel que vive bajo el signo del camino arrastra irresistiblemente a los que también buscan. Porque su manera de reaccionar a lo que encuentra, de entablar una conversación sobre una persona y no sobre otra, su manera de preguntar, atraen la atención espontánea de su interlocutor hacia aquello otro que "en el fondo" también le importa y de que toma conciencia. Muy pronto el otro se ve arrastrado a seguirle, los que buscan el camino son luego compañeros de ruta.

¡El prójimo! Esta palabra suena mal en los tiempos modernos que se acercan a su fin. Estaba y todavía lo está en contradicción con un mundo sin alma dominado por la razón, en que el espíritu riguroso y práctico no deja ningún lugar al sentimiento. En el pensamiento frío de nuestro tiempo "el amor al prójimo" tiene algo de "demasiado" cálido y tierno que evoca la misericordia. Significa algo como la "caridad", una palabra que produce malestar y remordimiento. A algunos recuerda algo que deben practicar, pero que no lo hacen. Los otros no quieren la caridad sino sólo aquello a que tienen derecho. Pero en el sentido renovado, el "amor al prójimo" se inclina frente al "otro" por su Ser esencial.

El hombre está hecho para el diálogo. La vida humana se desenvuelve entre llamadas y respuestas. Pero, ¿a qué nivel? nos preguntamos. ¿Quién llama y quien responde? Cuando el hombre se descubre a sí mismo en su Ser esencial, es decir, en otro plano, encuentra también en su prójimo un compañero y una misión que cumplir, un camarada en la ruta y un hermano en el camino. Para aquel que no lo conoce, llamadas y respuestas se sitúan al solo nivel del "mundo", al nivel de las necesidades y deseos. Pero que esta relación de los llamados y respuestas esté eternamente ordenada y subordinada al llamado de Dios –"¿Dónde estás Adán?"– y que sea solamente por la respuesta a este llamado que el hombre alcance plenamente su estado de hombre y de prójimo, sólo lo reconocen aquellos cuyos oídos interiores se han abierto. Para que esta relación *hombre-prójimo* sea justa y fecunda en el sentido más profundo, la vida sobrenatural debe ser el factor que le dé su sentido y dirección. Porque la vida en el amor al prójimo no puede realizarse totalmente si no se descubre su verdadero sentido: desatar en el otro, en el medio del mundo lo sobrenatural, esto es, el amor. Un amor que al servicio del SER libera, exige y hace progresar. Es cierto que este amor no es "amable". La vida sobrenatural y sus testigos son diferentes de todo eso.

En el nivel del hombre natural un comportamiento amoroso hacia el prójimo consiste en ayudarlo a sostener, en una forma correspondiente al yo profano natural, las tres tendencias fundamentales del hombre, que son la seguridad, el sentido y la protección en el medio amante de la comunidad. Todo papel que se desempeñe y toda situación en que los hombres se encuentren, ofrece la ocasión de cumplir este deber de solidaridad humana en la existencia profana. Basta tener el sentido.

Pero lo mismo que el hombre no es idéntico a su yo existencial y no llega a ser sí mismo con el primer contacto consciente con su Ser sobrenatural, el sentido auténtico del prójimo no se cumple tampoco si no se afirma bajo el signo de este Ser. Debemos distinguir claramente entre el deber y la solidaridad humana que nos incumbe por el hecho de la condición y de las necesidades del otro en tanto que yo existencial sujeto a su destino, y el deber de ayudar a su Ser esencial, fuente simultánea de sufrimiento y de promesa para él, ahogado y rechazado por el yo. Así, tenemos en relación a los otros dos clases de obligaciones: una concierne al compañero de destino, la otra al hermano.

El amor al prójimo en el sentido más elevado del término consiste en reconocer y considerarnos los unos a los otros en la verdad de nuestro origen divino. Este amor, colocado bajo el signo de la santidad, es decir, de un espíritu iniciado en lo sobrenatural y en su luz interior, puede ser también sólido y firme. Destruye las bellas apariencias que, bajo el pretexto de resguardar una vida armónica y sin conflictos en el mundo, impide la manifestación de lo sobrenatural (X).

Envejecer

De una manera general puede decirse que para el hombre sujeto a los intereses, a las preocupaciones y a las obligaciones del mundo, lo sobrenatural no penetra sino en las horas de

silencio o bien aparece o es llamado sólo en las situaciones extremas. Cuando se envejece de una manera justa, las mallas del hilo que sujetan al intercambio con el mundo se relajan. Lo que antes parecía secundario o que no aparecía sino en raros momentos se impone ahora más y más como lo esencial, pero a condición que el hombre que envejece sea capaz de abandonar lo devenido por un lado, y por el otro de acoger lo que le espera.

Así, el doble origen del hombre se manifiesta particularmente cuando avanzar en años no representa un envejecimiento sino una maduración. Con la unión al Ser esencial, lo contingente espacio-temporal pierde su importancia mientras se acentúa lo de aquello otro más allá del tiempo y del espacio. Para el hombre comprometido con el camino lo sobrenatural aparece más y más claramente a través de la pared siempre más tenue de la existencia. Con la manera de considerar la vida, de aceptar con calma lo que ella trae y de aprovechar en toda situación la oportunidad de dar testimonio de un sentido más alto, ve que una VIDA distinta, de otra clase, empieza a ganar terreno.

En dondequiera que la vida o lo devenido se mantengan todavía sanos, aquella será transparente a otra Vida superior. Esta transparencia a lo que en nosotros tiende a manifestar el SER divino es la finalidad de toda evolución espiritual. Para el hombre que envejece, si conserva su madurez, se hace el fin verdadero y el objeto único de su existencia.

Con la edad el interés, así como la dignidad del hombre, no dependen ya de una actividad vuelta hacia el mundo sino de la transparencia al SER divino que lo habita. Brilla a su través como una luz interior hecha de fuerza sobrenatural, de sabiduría y de bondad. Sin que el hombre actúe, más allá de toda acción o no-acción, emana de él el resplandor de una humanidad que ha llegado a la madurez.

Una vida no puede cumplirse con perfección en su senti-

do más profundo sino cuando hasta el fin permanece enriquecida y madura. Por el contrario, toda detención, toda postura tenaz de lo ya devenido, de ciertas ideas que nos hacemos de nuestra vida y de su objeto en particular, nos cierra a aquello que, viniendo de nuestro Ser profundo, busca salir a la luz en nosotros y a través nuestro. El hecho de endurecerse a la aspiración del propio corazón trae una angustia irremediable y la vida termina en una amargura sin esperanzas. Cuando un hombre acepta envejecer, cuando permanece hasta el fin presto a la transformación, siente que el debilitamiento de sus fuerzas naturales puede facilitar en él la eclosión de lo sobrenatural. Si deja ir al yo y lo abandona, la voz interior de una Vida más alta le habla, y cuando sabe escuchar, es colmado por este acento nuevo de la vida. Cuando el corazón se deshace de todo aquello que poseía, comienza a descubrir una plenitud y una fuerza que no son de este mundo. A pesar de la pobreza, de la enfermedad y de la soledad, este secreto trae riquezas, apoyo y protección. El medio se admira entonces de ver al anciano cambiar y esclarecerse singularmente. En lugar de ponerse terco, amargo y cerrado, de ser para sí mismo y para los otros un fardo pesado, gana más y más en alegría y bondad. ¿Qué debemos extraer de esto? Este hombre ha triunfado sobrepàsando la naturaleza profana arraigada en su origen terrestre, inevitablemente afligido de ver declinar su pequeña existencia. Tomando íntimamente conciencia del SER sobrenatural que manifiesta su origen celeste y que ahora surge a la luz, llega a ser otro hombre que hace el bien para sí y para los otros. Gracias a este testimonio del SER divino y de su presencia interior, la edad se perfecciona en una humanidad madura. Entrega frutos de bendición sin esfuerzo y espontáneamente, desprendiéndose de él como los frutos caen de los árboles. Estos frutos son la obra secreta del camino interior.

Toda la realidad del mundo en la medida en que el hombre la capte y la domine no es sino lo profano, el vestíbulo

del templo de una realidad más profunda. La realidad que se abre ahora no se somete como el mundo se somete al espíritu que ha sobrepasado su independencia frente a la naturaleza primitiva. De esta nueva verdad somos nosotros esta vez los sujetos. Sin embargo, si nos mostramos sus servidores, hace de nosotros en un nuevo sentido, enteramente nuevo, los maestros de este mundo. Nos hace capaces de percibir de otra manera: en medio de los intereses y de las preocupaciones que alejan de Dios; la verdad se reconoce ahora ella misma en nuestro Ser esencial y crea en nosotros las condiciones que permiten a lo sobrenatural tomar forma.

El hombre que envejece vive orientado hacia la muerte. Su manera de aceptarla revela su grado de madurez.

La llegada de la muerte anuncia la aproximación de la VIDA de donde venimos, a la cual retornamos y que aun durante el tiempo de nuestra existencia no se ha separado nunca de nosotros. Pero aquello que durante la vida tocaba más a menudo solamente nuestro inconsciente, tiende, al llegar los años, a penetrar siempre cada vez más en nuestra conciencia. Envejecer bien es acoger esta nueva conciencia. Al llegar el fin se ilumina cada vez más el término de la forma terrestre: ser el instrumento que aun en su oposición con el SER lleva a expresarlo.

El Morir y la Muerte

La manera de morir depende de la manera en que se haya vivido. Los muertos son tan diferentes de los vivos porque la muerte refleja la actitud ante la vida. Cuando ésta toca a su fin, lo que el hombre entendía por vida se hace aparente y se puede observar si a fin de cuentas vivió según su origen celeste o de acuerdo a su origen terrestre.

Si piensa que la vida en el espacio y en el tiempo es todo, el sufrimiento no tiene sentido y la muerte es solamente el

enemigo. Tiene temor de la muerte. Pero si durante la vida en el espacio y en el tiempo ha aprendido a presentir la otra Vida, la Vida sobrenatural, la existencia en el tiempo será ya una confirmación de la VIDA que "es" en y más allá de todos los tiempos, más allá de la vida y de la muerte. La existencia tiende hacia la VIDA que trasciende la muerte. Para que esta vida nazca en él, sin embargo, el hombre debe dejar extinguirse la vida en el tiempo. Ha sido ya así en la existencia y es el verdadero sentido de todo morir: también de la muerte física. En la conciencia del ser humano la VIDA crece a través del vivir y el morir en la medida en que la conciencia abandone su perspectiva existencial.

Por su origen celeste el hombre pertenece a la VIDA que está más allá de esta existencia íntimamente habitada por la muerte. El dolor que le causan sus límites despierta en el hombre la conciencia de la VIDA trascendente y ésta se hace en él consciente de ella misma. Es necesario primero el trabajo de descifrar el sufrimiento para que el hombre adquiera la fuerza de ser, en el espacio y en el tiempo, el testigo de esta VIDA. El mayor testimonio dado por el hombre a la VIDA es la luz que alumbra el momento de la muerte.

El yo elemental muestra todavía mucha fuerza en la agonía. Cuando llega el fin de su carrera reúne todas las energías de la naturaleza para mantenerse. A menudo este combate de la agonía no se le ahorra ni siquiera al hombre que está dispuesto a morir. Pero, justamente, cuando la rebeldía contra la muerte es violenta, la extinción del yo puede hacer aparecer la VIDA superior de una manera muy particular. Llegados a la frontera, estamos ahora próximos, muy próximos de lo que está más allá. En las tinieblas del fin, la claridad de un alba puede alcanzarnos y, al término doloroso de lo finito, el infinito arrancarnos a todos los tormentos.

Cuando con compasión el guía espiritual se empeña en la ayuda al moribundo, reconoce en él a su prójimo marcado

por la muerte. Con él sufre en su yo existencial y teme la muerte. Asociándose fraternalmente al moribundo en el dolor de la agonía le ayuda sin timidez, con una gran confianza, a liberarse de todo lo que le inquieta o le pesa. El que va a morir debe poder expresarse libremente, confesar aquello que le inquieta, pedir lo que desea. Si el acompañante y guía se abre simplemente con un sentimiento de amor al prójimo – quizá hablando de su propia miseria o de sus propias faltas– facilita al moribundo desprenderse de todos los lazos que hasta el fin le tienen prisionero de su "pretencioso" yo profano. Le sostiene en su renunciamiento a la locura que lo empuja todavía a pasar "noblemente" el umbral de la muerte. Le asiste en el momento en que, al entrar en la verdad, debe deshacerse de todas las apariencias para acoger, desnudo y despojado, el gran desconocido que inevitablemente avanza hacia él.

Pero aquel que acompaña al moribundo puede dar un paso más, unirse a él de esencia a esencia como a un hermano o a una hermana en el SER. No necesita reprimirse por sentimientos de piedad ante la angustia de la muerte. Pero no debe tampoco dar un testimonio impersonal de las promesas de la fe y eludir así la miseria personal. Los ojos fijos en el Ser esencial del otro, con fe y afecto, pero también con firmeza, necesita llamarlo a sí mismo, mantenerlo, puede ser en silencio, en los límites de la verdad y fortalecerlo a fin de que la visión de lo OTRO le ayude a soportar la dolorosa destrucción de un yo que sufre los últimos horrores del inevitable desprendimiento. Esta ayuda puede hacer brillar al fin de la existencia en este mundo el esplendor de la Vida sobrenatural.

Ayudar a la extinción del yo en una forma conforme al Ser esencial exige del guía espiritual el más grande de los esfuerzos. Al fin de su vida el hombre tiene necesidad de ayuda como al nacer. Esta ayuda no puede evitarle el nacimiento mismo ni los sufrimientos. Puede solamente contribuir a crear las condiciones que traerán a la luz el fruto del cuerpo que ha

llegado a ser receptivo en el morir y puede ser ahora bendito. Es necesario dar prueba de un amor superior, supra personal. El guía espiritual debe renunciar a pequeños gestos de afecto que expresan la piedad terrestre. Hay un amor que en este mundo sana las heridas, libera de las preocupaciones y seca las lágrimas. Se miente también, afectuosamente, para evitar o aliviar las penas. Este amor no tiene cabida aquí. No debe ahorrarse al moribundo la experiencia de la verdad. La verdad es siempre menos terrible que la aprehensión que suscita. Un moribundo ¿no tiene acaso derecho a la verdad más que cualquier otro?

Morir puede ser la oportunidad de asumir por la última vez –y puede ser por la primera– la plena humanidad que es la suprema prueba de la libertad de la persona. El moribundo puede ensayar todavía luchar una vez más, sea por desafío o por afirmarse a sí mismo, pero también puede abandonarse libremente, con plena confianza y sin reservas a una instancia más alta. Es libre de quedar ligado a su antigua manera de ver, de apegarse a su derecho natural a la vida y de obstinarse en su falta de fe. Pero le es posible también, con la intuición de la gracia y del sentido más alto que le toca en ese momento preciso, abrirse sin reservas a lo que todavía le es desconocido. Le es fácil cerrarse y endurecerse en un no definitivo a lo que le llega. Pero puede, también, liberarse conscientemente, por su último destello de libertad, al flujo del amor infinito cuyo poder ya lo anima.

Durante todo el proceso insondable del morir brilla inexorablemente la fría estrella de la verdad con su exigencia y su promesa. La verdad del infinito es el término del origen que arrastra lo finito. Por tratarse de esta verdad, el hombre no puede, en ese momento, sentirla solamente como un cruel llamado. Siente también la promesa de una liberación que lo lleva a un nuevo Ser. Es verdad que la aproximación de la muerte hace aparecer todavía una vez más en la escena al yo que se

apega a la vida. Es en ese instante, precisamente, cuando el guía debe hacer resonar la voz apremiante de la verdad sin temor al sufrimiento. De cualquier manera que el moribundo considere lo que se le acerca, la hora de esta verdad está ahí. Puede ser que solamente ella le dé la libertad de responder con el sí después del cual sentirá que la muerte que se le aproxima, al destruir todas las barreras, abre la puerta al amor soberanamente liberador que ahora podrá fluir en él. Una mera alusión a la verdad puede llevar al SER a la conciencia y disipar el terror de la muerte después de un momento de temor.

No olvidaré jamás lo que me ocurrió en una circunstancia de este orden. Después de una grave operación uno de mis amigos se encontraba próximo a morir. Los médicos que lo sabían perfectamente le habían asegurado que podría dejar el hospital en el curso de las semanas siguientes y prepararse después para una nueva operación que le devolvería totalmente la salud. Sus parientes próximos que lo atendían me acogieron con esta noticia. Al entrar en su habitación, sin embargo, me di cuenta que aquello no era verdad. El hombre estaba marcado por la muerte. Hice salir a su mujer para estar solo con él. Me dijo que esperaba preparar muy luego una conferencia que tenía prevista o por lo menos dictarla en su texto para que otro la leyera. Sus palabras dejaban ver la mentira que el mismo presentía. Reuniendo todo mi coraje le dije: "Querido amigo, creo que haría mejor, más que pensar en su conferencia, dejar todo de lado y preocuparse de aquello que se encuentra más allá de la vida y de la muerte. Escúcheme bien, le repetí, más allá de la vida y de la muerte". Mis palabras tuvieron un efecto sorprendente. Cerró los ojos. Una nueva vida apareció en su rostro. Al color cetrino de su piel sucedió un leve rubor y su rostro empezó a resplandecer. Abrió de nuevo los ojos y con una expresión de paz infinita me tendió la mano diciéndome simplemente "gracias". Después volvió a cerrar los ojos y yo salí para informar a su mujer que no podía con-

tar sino con una tregua de pocos días. Este hombre ya no temía a la muerte. Podía prepararse para ella con un espíritu abierto porque había alcanzado la madurez. La muerte aguardaba. Mientras más se acercaba el momento del paso a la otra vida, en los momentos en que necesitaba más calma, de una tranquila conversación con la compañera de toda su vida y sobre todo de silencio para él, de silencio y más silencio, las idas y venidas apresuradas de enfermeras y médicos se multiplicaban. Se llevaron aparatos destinados a prolongarle la vida física por unas pocas horas. Así, en el último momento, se robaba a este hombre la sola cosa que realmente podía llamar suya: la muerte.

¿Por qué no se deja a los hombres morir en paz cuando ha llegado el instante? ¿Por qué hacerles más difícil entrar a su país celeste y a la iluminación de una nueva vida por la muerte?

EPILOGO

Nuestro origen es doble, infinito y finito, celeste y terrestre. Entretanto ¿dónde estamos realmente en nuestro hogar?

Existe una experiencia del retorno del exilio a la patria, de lo contingente del mundo a lo infinito supraterrestre. Se produce sin motivo, por un brusco despertar, como una experiencia salvadora en la extrema miseria de la muerte, en la desesperación o en la desolación de la vida. Es el conocimiento repentino de una vida inmanente en nosotros más allá de la vida y de la muerte, de las tinieblas y de la luz, de la soledad y del calor de la comunidad. Existe una experiencia del origen celeste como la de nuestra verdadera patria, de la que tomamos conciencia cuando somos capaces de liberarnos del dominio del yo existencial y de acoger aquello de que éste nos separa. El yo existencial nos separa de nuestro Ser esencial que participa de la Vida que en nosotros y por nosotros quiere manifestarse en el mundo como una fuerza creadora y liberadora, como una conciencia y un amor que no son de este mundo.

Somos por nuestra esencia hijos del SER divino, ciudadanos del reino que no es de acá abajo, hermanos del Señor. De este mundo podemos tomar conciencia, trastornados y felices, libres para una nueva responsabilidad. Para ello debemos emanciparnos de la supremacía de aquella instancia que en nosotros se aísla y se separa de la patria primordial de nuestra naturaleza profunda. Es el yo que se diferencia y dice "yo soy

yo y quiero conservarme" y que hace un objeto frente a él de todo lo que percibe desde su posición de yo. El yo que fija, que circunscribe y define todo lo que encuentra, aun lo que por su naturaleza escapa a toda definición. La voluntad de durar de este yo obstaculiza toda transformación. Se opone a la ley fundamental de la vida, al eterno morir y devenir, al inacabable nacer y desaparecer, siendo el pecado contra la VIDA. En la conciencia centrada en este yo, el infinito se fija en lo finito. Oculta lo supranatural, el SER más allá del espacio y del tiempo. No es porque sea mortal que nuestra vida sea finita, ya que en el "morir y devenir" de la hoja vive el árbol eterno. Lo que nos parece opuesto y finito es lo infinito, el UNO visto al través del prisma del yo que divide. Así, el origen finito no es otra cosa que el producto de este yo, la manera en que el infinito se oculta a los ojos del yo profano.

El origen finito no concierne al hecho de haber sido engendrados por padres de carne. En este caso, toda la plenitud del mundo terrestre sería de origen terrestre. No. La tierra misma es de origen celeste. En su "devenir-morir-devenir" ella es testigo justamente de la VIDA eterna. El origen finito del hombre es el salto por el cual, en la conciencia humana, lo infinito se fija en lo finito, el Absoluto se oculta en lo contingente del tiempo y del espacio, el SER en lo profano. La existencia finita no es únicamente lo opuesto del SER infinito. Es también el lugar en que su manifestación velada bajo la condición humana y a través del dolor de esta ocultación se revela al modo humano.

Sin embargo, bendito seas tú mi yo pecador. ¿Cómo sin ti, sin el sufrimiento de la separación, conocería yo lo que tú disimulas, mi origen infinito? ¿Dónde podría yo sino en tu mundo infiel probar mi fidelidad a la patria, al infinito, y dar testimonio del Unico que es?

Sólo el sufrimiento que produce lo finito hace consciente lo infinito. Sólo la aspiración hacia lo infinito hace a lo finito

consciente de sí mismo. Y ambos, en una totalidad viva, se hacen experiencia, promesa y vocación en su manifestación en la forma humana.

APENDICE DEL TRADUCTOR

La obra del Profesor Dürckheim que terminamos de leer nos muestra una realidad diferente de la del mundo de todos los días de nuestra existencia "natural". La realidad hacia la cual dirige nuestra atención es la del mundo que encierra el misterio del SER, de la Trascendencia, de nuestro origen divino. No enfoca esta realidad bajo las formas limitadas que nos ha trasmitido la tradición imperante hasta nuestros días, circunscrita, por un lado, al plano de las "creencias", de la "fe" fundada en un dogma, de afirmaciones de una autoridad que ciegamente y sin discusión debamos aceptar y, por el otro, al de los meandros de una nueva forma dada a la especulación intelectual en el campo de la filosofía o de la metafísica. El autor nos habla, en efecto, del "conocimiento" del SER en cuanto realidad tangible de la que podemos tomar conciencia en una experiencia concreta.

Para llevarnos a este nuevo conocimiento, el autor nos propone un trabajo y un ejercicio que desembocan en la "experiencia", para que luego, "sabiendo" de qué se trata y con ello guiándonos por nuestro propio juicio, elijamos el camino que más se conforme con este nuevo saber. Como lo expresa en uno de los párrafos de la obra, estamos frente a una nueva "ciencia" sobre el hombre que, a diferencia de las que conocemos sobre él que lo enfocan desde fuera sólo como parte de la realidad del mundo objetivo, que se dirige a descubrir las

fuerzas y leyes que lo gobiernan y a que está sujeto en el plano del mundo finito de lo relativo que una vez descubiertas y conocidas quedan a disposición de quien quiera o desee utilizarlas y servirse de ellas, la realidad de que ahora se trata, la de nuestra esencia fundamental, para que tenga un valor serio y efectivo para nosotros, necesitamos siempre "redescubrirla" en nosotros mismos, no obstante que ya otros la descubrieron, la conocieron y nos hablaron de ella. La verdad de un Lao Tse, de un Buda, de un Cristo nos será desconocida y nada nos podrán aportar si no la redescubrimos en nosotros mismos, en el presente del aquí y del ahora.

En relación a esta otra realidad, el propio Profesor Dürckheim se pregunta si su conocimiento por la experiencia es accesible a todos nosotros y contestando responde: "Esto es una cuestión diferente. Pero es tiempo de dar al mayor número posible la oportunidad de hacer la prueba".

En otro de sus libros, después de señalar la necesidad de una ayuda en este camino se pregunta si es indispensable ser un "Maestro" para prestar esta ayuda y al respecto contesta: "Si así fuere, tendríamos que resignarnos todos. Pero no es así".

De esta manera, el tema fundamental de la obra queda planteado y también el desafío a iniciarnos y a ahondar en este nuevo conocimiento. Se trata de dar la oportunidad de juzgar por sí mismos al mayor número. Sin embargo, como la obra no está destinada a exponer las fórmulas prácticas que nos lleven a este nuevo conocimiento, el lector podrá preguntarse legítimamente por ellas. Es ésta la razón por la cual, con el patrocinio del propio autor, me he decidido a agregar sucintamente al término del libro lo que ha sido mi experiencia personal. Ella podrá servir de respuesta concreta, específica, válida y posible para aquellos que se decidan a intentar la prueba, en el entendido de que nuestra experiencia es una entre otras formas de trabajo. Ninguna puede reclamar ser la única, aunque en lo fundamental todas han de coincidir necesariamente en determinados aspectos.

Es útil adelantar previamente, como también lo señala el Profesor Dürckheim, algunas consideraciones indispensables a una buena orientación.

El trabajo y los ejercicios a realizar que inciden en esta nueva "ciencia" y en su práctica, en este nuevo (a la vez que el más antiguo quizá) saber del hombre, debe dividirse inicialmente en dos partes: la primera es la que lleva a la "iniciación", vale decir, a la experiencia del Ser, a la irrupción de él a la conciencia. Con ello se nos abren las puertas que hasta entonces nos ocultaban el mundo del misterio. Esta experiencia será la base de todo trabajo espiritual posterior y ello por una razón obvia que mejor podemos explicar con un ejemplo: a un sordo de nacimiento nada puede explicárselo de la música para llevarlo a su conocimiento y cabal comprensión. Lo mismo ocurre con un ciego que nunca ha visto, en relación a los colores. Para conocer y saber de esos mundos necesitan que primero se les despierte el órgano de percepción adecuado. Mientras tal cosa no ocurra, todo aquello de que puedan informarse a su respecto los llevará por caminos equivocados. Es lo que ocurre precisamente con el conocimiento del espíritu y de lo espiritual. El órgano aquí es la conciencia interiorizada en la que se nos revela el Ser esencial, inasible para la conciencia objetiva del hombre que no ha tenido la experiencia.

La segunda parte del trabajo consiste en hacer realidad en nosotros mismos e incorporar firmemente a la totalidad de nuestra vida lo que hemos vislumbrado al dar el primer paso. Esta será la obra del resto de nuestra vida ya que el ser humano nunca alcanzará la perfección completa a que ha sido destinado. Ha de tenerse presente, sin embargo, que la experiencia del Ser puede ser captada erróneamente, por una tendencia arraigada en el hombre, solamente por su conciencia objetiva y, como consecuencia, degradarse al nivel de una experiencia exterior al sujeto que la vive. En este caso, por

extraordinaria y especial que se la clasifique, no podrá producir todos sus frutos.

También ha de tenerse presente que esta segunda parte del trabajo conviene dividirla en dos etapas. La primera es la que nos permite afirmarnos en el camino, comprender las dificultades y trampas y los medios que nos permitan superarlas. Para ello necesitamos generalmente de la ayuda de una persona más experimentada. La segunda es la que nos corresponde realizar por nosotros mismos y que nunca termina. En el camino nunca se llega, dice Dürckheim. Debe comprenderse, finalmente, que el camino en sí es el fin, es decir, aquella disposición que permite una progresión segura y constante hacia la autenticidad y la libertad.

Es útil también conocer que el trabajo y los ejercicios de esta nueva ciencia requieren un cierto espíritu concordante con el fin perseguido y el respeto y consideración que merece el terreno en que se desarrolla. No se trata de un espectáculo ni de una prueba destinada tan sólo a satisfacer la curiosidad o a servir de entretención para después lucir hablando de ello. Deben prevalecer una sana inquietud y el anhelo de servir a una instancia más alta.

Al comienzo del trabajo que lleva a la iniciación, los ejercicios se dirigen principalmente al mantenimiento de una alerta en que el ejercitante se despoje de toda idea preconcebida, de todo prejuicio o idea, de todo pensamiento, incluso los que le puedan sugerir nuestras propias palabras. Debe mantenerse atento y receptivo a su propia realidad interior como experiencia en el presente. Los "ojos abiertos", "los pies firmemente en la tierra", completamente despierto y alerta, dispuesto a no dejarse engañar por ilusiones, fantasías, proyecciones, o imaginaciones ni a dar cabida a la sugestión o a sugestionarse él mismo. Debe adoptar la actitud rigurosa e incorruptible del científico que busca descubrir algo que todavía desconoce, despojado de toda idea preconcebida, de

todo deseo o interés personal, atento y dispuesto tan sólo a aceptar aquello que vea, oiga, toque, perciba o de que tenga conciencia clara, precisa y evidente en el aquí y el ahora. Cuando la mente critica, busca o espera algo, imagina o desea alguna cosa, nos perturba en la observación y en la vivencia de lo que está "ahí". Puede dar lugar a que tomemos como realidad lo que sólo deseamos (wishfull thinking), estamos inclinados a ver o aceptar o nos imaginamos. Ninguna de estas actitudes pueden mantenernos en el aquí y el ahora indispensables a toda experiencia. Toda parcialidad de la mente nos lleva a un pasado que ya no está y todo deseo o proyección nos traslada a un futuro que todavía no ha llegado. No hay realidad sino en el presente, en el aquí y el ahora.

Nunca habrá exceso en el insistir lo necesario que es para el trabajo una disposición a no aceptar sino lo "evidente". Algo experimentado sin carácter de evidencia y que expresamos con un "me parece" o un "creo" y aun, con un "estoy seguro", no basta para ser tomado como representativo de la experiencia auténtica. La única experiencia legítima es la que se nos presenta con una evidencia tal que no podemos dejar de reconocer sino como la del reino que no es de este mundo, sin posibilidad alguna de duda o vacilación.

Estos ejercicios que llevan a la iniciación comprenden tanto al cuerpo como a la mente. La persona única que somos no es un compuesto en el que puedan distinguirse independiente y separadamente el cuerpo del alma o espíritu. Somos una unidad y es esa sola unidad la única y la que siempre se expresa y vive en nosotros, tanto en el plano corporal como en el espiritual o mental. Lo que está en el cuerpo también está en el plano psíquico (consciente o inconsciente) y viceversa, porque cualquier expresión o manifestación de la persona, siendo una, fluye y se manifiesta en la totalidad de su ser y en todos los planos que corresponden a su vida en la existencia. Es así como una preocupación, un temor,

una alegría, se expresan también en los gestos, movimientos y posturas de la persona y una tensión muscular, una dificultad en la respiración que no obedezca a una alteración orgánica, revelan un estado psíquico de ánimo determinado y correspondiente. La escultura, la pintura, el teatro y todas las expresiones del arte en que se representa al hombre, arrancan su validez y su valor sólo de la aceptación de este principio.

Los ejercicios, repetimos, comprenden el cuerpo y la mente y están destinados a liberarnos de todo lo que nos pueda distraer la atención, así como de tensiones y contenidos que, por ser condicionados y efectos de nuestra vida en el mundo, estorban e impiden tomar conciencia de lo que verdaderamente somos en cuanto vida íntima e interior por nuestra esencia incondicionada. Comprenden también la respiración destinada a llevarnos a lo que naturalmente se nos da y a restituir las funciones propias del organismo reemplazadas por un "hacer" temeroso y desconfiado. Igualmente procuran situarnos en el centro corporal preciso, vale decir, en el vientre, en la región de la base entre la cintura y la pelvis, en donde naturalmente debemos apoyarnos para permitir la acción de las fuerzas del fondo. Finalmente comprenden la relajación justa destinada a completar el trabajo anterior y aumentar la capacidad de concentración que ya ha sido preparada y ha estado en progreso desde el principio. Todo esto se practica en la postura adecuada, sentados firmemente o apoyados en cualquier otra forma con un piso sólidamente arraigado en la tierra para mantener el cuerpo en la vertical que, correspondiendo a la postura del hombre, nos permita sentir y expresar el total de nuestra humanidad.

Todo conduce a despejar a la mente de todo contenido y al cuerpo de toda tensión que nos distraiga para poner el foco completo de nuestra atención en lo que nos llega como conciencia de nosotros mismos desde dentro y que desde dentro nos llama. Poco a poco la capacidad de concentración

aumenta o, más bien, la de eliminar de la conciencia todo contenido que al distraernos nos mantiene ausentes de nosotros mismos. En una etapa dada, llega el momento siempre impresionante y solemne en que con la mente aquietada, libre de contenidos pero firmamente despierta, en lo más profundo e íntimo, el ejercitante, pasando de la concentración a la meditación, toma conciencia de sí, del verdadero yo, del fundamental "Yo SOY" en que el conocedor y lo conocido coinciden, son UNO: se ha cumplido el paso de la iniciación. Con ella se llega al centro, el mundo de la Trascendencia se nos revela, es el reino que no es de este mundo. Lo que antes se fundaba en la creencia o no era más que una especulación intelectual, se ha transformado en un saber. Con ello empieza una nueva vida.

Si no se cede a la tentación de transformar la experiencia en un hecho objetivo, cuyo peligro acecha siempre al practicante, la repetición de ella sirve para avanzar y afirmarse en el camino de transformación que ahora pasa a ser el eje de la vida, en el que cumplimos la segunda etapa del trabajo.

Al emprender la tarea de la transformación que se nos hace evidente con la iniciación, advertimos que las verdaderas dificultades comienzan, pero también las satisfacciones, junto con la felicidad de saber que tenemos el derecho de ser "nosotros mismos", según corresponde a nuestra esencia incondicionada.

Los ejercicios que llevan a la iniciación con la experiencia del Ser no requieren de un trabajo prolongado o que aleje de la vida diaria como puede suponerse por quienes miran las fórmulas orientales. Para quien esté dispuesto, con un espíritu lúcido, libre de prejuicios y que no se deje engañar, puede ser cosa de horas, probablemente menos de las de un día de labor ordinaria o, simplemente, de algunos minutos. Como dice Dürckheim, "cualquiera puede hacer la prueba".

El trabajo de clarificación que luego nos transforma, y

que también cambia nuestro mundo, por el que nos afirmamos y mantenemos en el proceso de transformación puede requerir de algunos meses. Todo depende del interés y disposición del practicante. Cuando nuestra acción y nuestras metas existenciales dejan de constituir un fin en sí mismas y para nosotros no son ya sino los medios de ejercitarnos y probar nuestra adhesión al Ser, el camino iniciático que es experiencia, vocación innata de nuestro Ser y promesa, se ha afirmado.

MARIO FERNANDEZ PROVOSTE
ENCOMENDEROS 253

Santiago, Septiembre de 1981.

OBRAS DE K. DURCKHEIM

Citadas en este volumen
(Referencias en números romanos)

I. *Japan und die Kultur der Stille*
(O. W. Barth-Verlag, Weilheim, 5. Aufl. 1971)

1. Die Stille in Ost und West
2. Vom Wesen japanischer Ubung
3. Die Grundübungen der Stille
4. Bewährung der Stille im Leben
5. Gegenständliche Stille
6. Stille der Verschmelzung
7. Die Prüfung der Stille
8. Ausklang

II. *Im Zeichen der Grossen Erfahrung*
(Scherz - Verlag, 3. Aufl. 1974)

1. Die Haltung zum Leben
2. Der Ruf aus dem Sein
3. Der Weg in die Reife

III. *Durchbruch zum Wesen*
(Verlag Hans Huber, Bern - Stuttgart, 5, Aufl. 1972)
Trad. fr.: *La percée de l'Etre ou les étapes de la maturité, 1970*

1. Menschengeist - Gottesgeist
2. Die Seele im Schatten des Leistungszwangs
3. Leistung und Stille
4. Verlust der Innerlichkeit
5. Geistige Uberwindung des Mechanischen
6. Vom trennenden Ich und verbindenden Wesen
7. Zeichen menschlicher Unreife
8. Aufgang des Wesens in der Zeit der ersten Reife

9. Sternstunden des Lebens
10. Im Spiegel des Ernstes
11. Vom übernatürlichen Licht
12. Menschliches Reifen in psychologischer und religiöser Sicht
13. Heilung von Wesen zu Wesen
14. Die Dreienheit des lebendigen Seins im Spiegel der Typologie
15. Mächtigkeit, Rang und Stufe des Menschen

IV. *Erlebnis und Wandlung*
(Verlag Hans Huber, Bern - Stuttgart, 1956)
1. Der Mitmensch als Mittler zum Wesen
2. Die Erfahrungen des Wesen als Voraussetzung menschlicher Wandlung
3. Haltung, Spannung und Altem als Ausdruck der zentralen Lebensform des Menschen
4. Die transzendentale Bedeutung der Ichwirklichkeit

V. *Hara - Die Erdmitte des Menschen*
(O. W. Barth - Verlag, Weilheim, 5, Aufl. 1972)
Trad. fr.: *Hara, centre vital de l'homme,* 3a éd., 1974
1. Hara im Leben des Japaners
2. Hara in seiner allgemeinmenschlichen Bedeutung
3. Die Gefährdete Mitte
4. Hara als Ubung
5. Der Mensch mit Hara
6. Rückschau und Ausblick

VI. *Der Alltag als Ubung*
(Verlag Hans Huber, Bern-Stuttgart, 5, Aufl. 1972)
Trad. fr.: *Pratique de la voie intérieure. Le quotidien comme exercice* 1969
1. Der Alltag als Ubung
2. Die heilend Kraft der reinen Gebärde
3. Das Rad der Verwandlung

VII. *Zen und Wir*
(O. W. Barth - Verlag, Weilheim, 2. Aufl. 1972)
Trad. fr.: *Zen et nous,* 1975
1. Einleitung und Vorgriff
2. Not und Notwende des westlichen Menschen

3. Zen als Antwort
4. Zen für den Westen - Westlicher Zen

VIII. *Wunderbare Katze und andere Zen-Texte*
(O. W. Barth - Verlag, Weilheim, 2. Aufl. 1970)
1. Einführung
2. Vom Recht zu kämpfen
3. Ken-Zen–Einheit
4. Das Tao der Technik
5. Die wunderbare Kunst einer Katze
6. Fukan-Zazen-Gi
7. Uber die Ubung des Zen (Zazen)
8. Vom rechten Stizen

IX. *Sportliche Leistung - Menschliche Reife*
(Verlag Wilhelm Limpert, Frankfurt a.M., 3. Aufl. 1969)

X. *Uberweltliches Leben in der Welt*
(O. W. Barth - Verlag, Weilheim, 2. Aufl. 1972)
1. Das Ziel
   Mündigkeit
   Transparenz
   Gestalt
2. Der Weg
   Das Initiatische
   Ost und West
   Das Exercitium
3. Die Frucht
   Mitmenschlichkeit
   Der gereifte Alte
   Einen Sterbenden begleiten

XI. *Der Ruf nach dem Meister*
(O.W. Barth - Verlag, Weilheim 1972)
1. Der Ruf nach dem Meister
2. Meister - Schüler - Weg
3. Die Stimme des Meisters im Leben
4. Der Innere Meister in der Stimme der Mitte
5. Die Stimme des Meisters in der Begegnung mit dem Tod

XII. *Der Mensch im Spiegel der Hand*
(In Zusammenarbeit mit Ursula v. Mangoldt, O. W. Barth-Verlag, Weilheim, 2. Aufl. 1966)
1. Handlesekunst und Wissenschaft
2. Wesen und Wirklichkeit des Menschen
3. Die Hand als Spiegel des Menschen

XIII. *Transzendenz als Erfahrung*
(Festschrift zum 70. Geburtstag von Graf Dürckheim, Hrsg. Maria ippius, O. W. Barth-Verlag, Weilheim 1966)

XIV. *Aufsatz: Werk der Ubung - Geschenk der Gnade*
(In "Geist und Leben", Echter - Verlag, Würzburg 1972)

XV. *Aufsatz: Die Ganzheit des Menschen als Integration von östlichem und westlichen Lebensbewusstsein*
(Festschrift zum 75. Geburstag von Lama Anagoarika Govinda, Hrsg. K. H. Gottmann)

XVI. *Vom Leib, der man ist, in pragmatischer und initiatischer Sieht*
(In Körperdynamik, Sonderheft der Zeitschrift für praktische Psychologie, Hrsg. Hilarion Petzold, Jungermann - Verlag, Paderborn).

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



Cuatro Vientos Editorial entrega a sus lectores este libro que profundiza en la realidad interior del hombre: su doble origen *terrestre* y *celeste*. Según el autor, el tema fundamental de la vida humana –y el objeto de su vida interior– es resolver esta tensión entre sus dos naturalezas: la *natural* y la *sobrenatural*.

La antropología predominante durante siglos, dice, se revela demasiado estrecha en sus criterios. Ella reduce la totalidad del hombre a sus cinco sentidos, a su razón, a su pertenencia a una sociedad, y a su fidelidad a los valores y al orden existenciales. Más allá comienza lo *trascendente*. Esta trascendencia que nos habita se sitúa ya sobre el solo plano de la fe o de la creencia. Ahora entra en el dominio de la *experiencia y se transforma en conocimiento*.

El Profesor Karl Graf Dürckheim científico contemporáneo y maestro en espiritualidad nos propone no eludir la dualidad, sino por el contrario, encontrarle una solución creadora.

Fiel a su objetivo de publicar únicamente ideas que cada persona pueda usar para incrementar su crecimiento y su relación con los demás, Cuatro Vientos Editorial se complace en presentar esta obra de sabiduría.

CUATRO VIENTOS EDITORIAL 